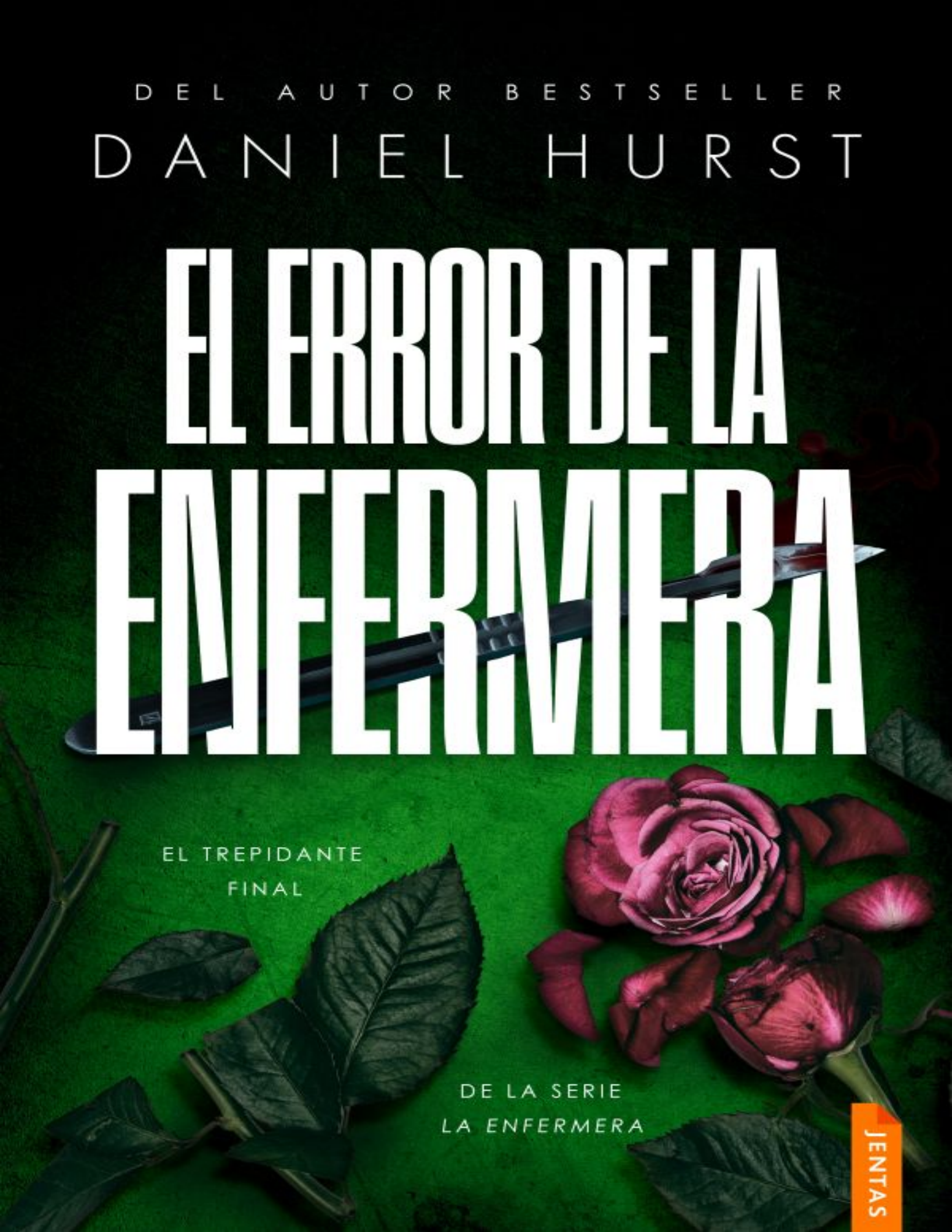
DEL AUTOR BESTSELLER

DANIEL HURST

EL ERROR DE LA ENFERMERA



EL TREPIDANTE FINAL

DE LA SERIE *LA ENFERMERA*

JENTAS



EL ERROR DE LA ENFERMERA

Daniel Hurst
El error de la enfermera
Título original: The Nurse’s Mistake
Copyright © Daniel Hurst, 2024
Copyright © 2025 Jentas A/S
Traducción: Daniel Conde Bravo © Jentas A/S
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1430-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

Hay cientos de enfermeros recorriendo las calles de Chicago.

Yo soy una de ellos.

Pero estoy fuera de lugar.

Es difícil darse cuenta de ello, porque me he camuflado de forma intencionada entre la multitud y llevo puesto un uniforme de enfermera como todas las personas que me rodean y van caminando en la misma dirección que yo, entre la gente que se agolpa en las aceras vitoreándonos. Se ha organizado este desfile para reconocer el trabajo de los enfermeros y animar a otras personas a dedicarse a esta profesión en el futuro. Hay niños que ciertamente dan la sensación de estar siendo inspirados, pues no dejan de saludar a todos los profesionales médicos mientras pasan a su lado. La verdad, no creo que tuvieran ganas de considerar esta opción profesional para su futuro si supieran la verdad acerca de las dos peligrosas enfermeras que se esconden entre las personas que desfilan.

Estoy yo.

Y también está mi hermana, que camina justo a mi lado.

Un helicóptero sobrevuela la zona con un zumbido constante, y decenas de agentes de policía no pierden de vista el desfile, aunque no lo hacen solo por asegurarse de que el evento transcurra sin incidentes.

Yo sé a qué se debe su presencia.

Están buscando a las dos enfermeras que no deberían estar aquí.

De momento, nadie nos ha visto en medio del desfile; caminamos manteniendo la mirada fija en el suelo y logramos pasar desapercibidas. Sin embargo, sí que recibimos la atención de la enfermera que camina más cerca de nosotras cuando, en un momento dado, detecta algo de sangre en mi uniforme.

—Qué bien logrado. Parece real —me dice con una sonrisa, totalmente ajena al hecho de que la sangre es auténtica y de que la persona a la que pertenece ha muerto hace muy poco tiempo. Es más, su cuerpo también forma parte de este desfile.

El cadáver está sobre una camilla que viene por detrás de nosotras. Un par de voluntarios van empujándola, sin tener ni la más remota idea de que la persona a la que transportan no es un actor interpretando a un paciente enfermo, sino una víctima verdadera, una persona fallecida. La presencia de personas «transportando pacientes» pretende aportar solemnidad al acto y servir como recordatorio simbólico de los cuidados que estos profesionales brindan a quienes lo necesitan.

Sin embargo, la camilla sobre la que se encuentra el cadáver vuelca de repente y el cuerpo comienza a rodar por el suelo, provocando que todo el mundo a su alrededor contenga la respiración al percatarse de que el «paciente» no se pone de pie de inmediato como cabría esperar ni se queja un poco tras haber sufrido una caída inesperada.

Por el contrario, yace inmóvil. En cuanto alguien se acerca para ver cómo está, la gente empieza a entrar en pánico.

Y es que se están dando cuenta de lo que yo ya sé.

Esa persona está muerta de verdad.

No pasa mucho tiempo hasta que alguien grita. La noticia comienza a difundirse a gran velocidad a lo largo y ancho del desfile, como un efecto dominó. Los participantes de la marcha y la gente que la presencia comienzan a descubrir que está sucediendo algo muy grave. Pero nosotras dos, que tratamos de camuflarnos entre todos ellos, ya sabíamos que ese hombre estaba muerto.

Nosotras lo hemos matado.

Lo único que nos preocupa es salir de Chicago antes de que nos cojan. Pero la policía se está acercando a nuestra zona, al igual que una gran multitud. Ahora que todo el mundo sabe que hay un muerto, la sangre de mi uniforme ya no parece tan falsa.

Mi hermana y yo no tenemos a dónde huir.

Siento que todo termina aquí.

¿Cómo vamos a lograr salir de esta?

ANTES

CAPÍTULO 1

DARCY

Llevo varias horas viajando en este autobús, toda la noche, aunque no he pegado ojo desde que empezó el trayecto. Cuando escucho el sonido de los frenos y el vehículo grande y pesado en el que viajo comienza a detenerse poco a poco, sería fácil tener la tentación de pensar que no está mal que paremos, porque así tendré la oportunidad de estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, una interrupción inesperada de un viaje nunca es bienvenida por ningún viajero, y menos por mí, una mujer a la fuga que no puede permitirse que nada la ralentice.

Pero, cuando asomo la cabeza por encima del asiento que tengo justo delante de mí y observo el exterior a través del cristal delantero del autobús, noto como si mis pulmones se quedaran de repente sin aire. Ahora, en lugar de pensar en un descanso y algo de comida, lo único que quiero es desaparecer de aquí.

La razón que lo explica es que he visto algunas de las cosas de las que precisamente estoy tratando de mantenerme alejada.

Luces azules de emergencia.

Uniformes.

Policía.

Cuando el autobús se detiene unos metros antes del coche de policía que está bloqueándole el paso, yo ya estoy buscando vías por las que poder salir del vehículo. Tengo la puerta por la que me subí a este autobús en Florida hace unas cuantas horas, pero está delante del todo, junto al conductor. Aunque me la abriera, me encontraría de frente con los dos policías que ya caminan hacia nosotros. Por suerte, hay una segunda puerta en la parte trasera del autobús, una salida de emergencia por si hubiera algún problema con la puerta de delante. Podría desaparecer de aquí sin ser vista por esos agentes utilizando al arcén de la carretera, que está completamente oscuro, para salir corriendo y huir hacia el bosque que rodea este autobús por ambos lados. Sin embargo, cuando estoy a punto de levantarme

de mi asiento para intentar escapar, escucho una voz masculina que se dirige a mí.

—No corras.

Me quedo petrificada ante esa advertencia, que procede del hombre que está sentado detrás de mí. Son las únicas palabras que ese pasajero me ha dirigido desde que ambos nos subimos al autobús. No tengo ni idea de por qué me ha dicho eso ni de cómo ha sido capaz de leer mi mente y saber que me disponía a intentar huir. Además, ha provocado que aún esté sentada en mi sitio cuando ya debería estar fuera, corriendo por el arcén.

Comienzo a hacer el movimiento para darme la vuelta y mirarlo, pero, cuando estoy a punto de girarme, vuelve a hablarme.

—No te des la vuelta. No te muevas. Tranquila. Mantén la cabeza baja. Llevas una gorra de béisbol. Eso está bien.

El hombre misterioso que está detrás de mí parece conocer la razón por la que es imprescindible que los policías que continúan acercándose al autobús no sepan que voy viajando en él. Por desconcertante que eso me resulte, porque nadie debería conocer mi secreto, el hombre parece estar intentando ayudarme a evitar que me descubran.

¿Funcionarán sus consejos?

Cuando el conductor abre la puerta delantera del autobús y abandona su asiento para ir a hablar con los agentes, hago exactamente lo que el hombre me ha dicho y mantengo la mirada fija en el suelo. La visera de mi gorra y la oscuridad de la noche impiden que se me vea la cara. Pero la cosa se complicará mucho si se encienden las luces del interior del autobús y los agentes empiezan a recorrer el pasillo, examinando asiento por asiento a todos los pasajeros.

¿Llegaremos a ese punto?

De ser así, ¿tendría alguna posibilidad de evitarlos?

Comienzo a arrepentirme de haber seguido las instrucciones de ese hombre. Desearía haber huido mientras tenía la oportunidad de hacerlo, pero ahora ya es demasiado tarde. Supongo que voy a darle a la policía, y de paso a todos los medios de comunicación, justo lo que tanto anhelan.

La enfermera asesina va a ser detenida y tendrá que enfrentarse a su inevitable destino.

El corazón me late con fuerza en el pecho cuando levanto con mucha indecisión la cabeza y me asomo para echar un vistazo a través de la ventana, con la intención de enterarme de lo que está ocurriendo fuera. Es arriesgado hacerlo. ¿Cómo puedo estar segura de que uno de los agentes no esté a punto de encender una linterna con la que apunte hacia la ventana y me mire a la vez que yo lo miro a él? En cualquier caso, tomo la decisión de hacerlo porque la incertidumbre me está matando. Veo que los dos agentes están charlando con el conductor. El encargado de llevar este autobús desde el sur hasta el norte del país, en un viaje de casi veinticuatro horas en total, es un hombre calvo y con sobrepeso, de cincuenta y tantos años. La forma de su cintura revela que se ha tirado demasiados años sentado al volante de vehículos como este o comiendo cosas grasientas en restaurantes de carretera. Sin embargo, en este momento, su mayor preocupación no son las enfermedades coronarias. Lo que más parece preocuparle es por qué lo han frenado en mitad de su actividad. Lo veo enarcar las cejas, y me pregunto si ese gesto se debe a que acaban de contarle lo que sucede.

"Señor, una de las personas que lleva en su autobús es una presunta asesina en serie».

Rezo para que mi nombre no haya salido en la conversación. No es que el conductor fuera a saber de inmediato que yo me encuentro en el autobús, pues dudo mucho que conociera mi identidad cuando subí a bordo. Pero, si los agentes han hablado de mí, lo más probable es que enseguida le pidan al conductor que les deje subir para inspeccionar el vehículo. Si eso ocurre, estoy jodida. Ya no hay tiempo para llegar a la puerta de atrás y comenzar a huir. Sería tentador culpar al tipo que tengo detrás por decirme que me quedara en mi asiento, pero la realidad es diferente.

La única culpable soy yo.

Porque la realidad es que soy responsable de los delitos por los que se me busca.

En el exterior continúa desarrollándose una conversación tensa, así que vuelvo a bajar la cabeza, aunque no lo hago con la única intención de no ser vista. Mi propósito es también echarle un vistazo al cuaderno que tengo en las manos, al que llevo aferrada desde que el autobús salió de Florida porque es prácticamente mi única posesión en la actualidad. El uniforme de enfermera que llevo puesto lo robé en un hospital, al igual que el abrigo con el que lo cubro. Lo único que de verdad me pertenece es este cuaderno, y hay una razón de peso para que no lo suelte por nada del mundo.

Es la clave para recordar mi verdadera identidad.

En las páginas que tengo ante mí están escritos los nombres de mis familiares más cercanos y la dirección en la que viven. Están mi madre, Scarlett; mi padre, Adrian; y mi hermana, Pippa. La dirección de la casa familiar pertenece a una calle de Winnetka, en Chicago. Hacia allí me dirijo, o al menos lo hacía hasta que el autobús se ha detenido. Ahora ya no tengo la certeza de que vaya a poder llegar hasta allí. Por otra parte, incluso si lo consiguiera, no tengo ni idea de si mi familia estaría esperándome en esa casa para recibirme. Puede que ya estén en manos de la policía. Rezo por que sigan libres, pero no existen muchas probabilidades de que sea así, porque vi sus nombres y sus fotos en las noticias mientras estaba esperando en la estación de autobuses de Florida. El informativo me dejó claro, al igual que al resto de los pasajeros que estuvieran viendo la tele, que la policía los está buscando. Como a mí.

De momento, yo he sido capaz de evitar que me detengan. ¿Lo habrán conseguido también ellos? ¿O estarán ya languideciendo en una celda con miedo a lo que les depare el futuro, posiblemente culpándome a mí de su situación? Ojalá lo supiera, pero no estoy con ellos. Yo estoy aislada, pues soy la única de la familia que se ha perdido del rebaño. Para poder volver a reunirme con ellos, necesito que mi plan funcione.

Pretendo bajarme de este autobús en la estación del centro de Chicago y dirigirme hasta la casa de Winnetka para tratar de encontrar alguna pista que me indique dónde podría estar escondida mi familia. Espero que se hayan dado a la fuga, igual que yo. Si es así, espero que me hayan dejado alguna señal para que pueda saber

a dónde se han dirigido y, de esa forma, unirme a ellos en su huida. Puede que tengamos que empezar de cero una nueva vida fuera de Estados Unidos, pero prefiero empezar esa vida con ellos antes que hacerlo sola. Ese era el plan antes de que el autobús se detuviera. Cuando cierro mi cuaderno y vuelvo a mirar hacia el exterior, veo algo que hace que mi corazón dé un vuelco tras otro.

Un agente de policía se dispone a subirse al autobús.

Ahora ya tengo la certeza absoluta de que la mejor idea era haber huido. Empiezo a entrar en pánico, pero, antes de que haga nada, siento cómo una mano fuerte se posa sobre mi hombro, haciendo que no me mueva de mi asiento. Otra vez ese hombre que está sentado detrás de mí. Creí que me estaba ayudando, pero ¿y si en realidad está haciendo lo contrario? ¿Y si se trata de un agente encubierto que me ha estado vigilando todo este tiempo y se ha puesto en contacto con sus compañeros para que vengan a arrestarme?

Qué estúpida soy.

Creía que lo estaba haciendo bien.

Pero hasta aquí he llegado.

—Disculpen, señoras y señores —dice el agente desde la parte delantera del autobús.

Mientras el resto de los pasajeros seguramente están mirándolo a él a la espera de explicaciones, yo tengo la cabeza gacha y los ojos cerrados, y solo aguardo una cosa.

Las esposas.

—Disculpen el pequeño retraso que se va a producir en su viaje, pero voy a ser muy rápido —dice el agente.

Pienso que probablemente tenga razón. Solo le va a tomar unos pocos segundos levantarme del asiento y esposarme con el acero plateado. Luego, me hará pasar entre el resto de los pasajeros, me empujará por la carretera y me meterá en la parte de atrás de ese coche patrulla. Podría resistirme e intentar armar un buen jaleo para tratar de retrasar lo inevitable, pero ¿serviría de algo? Mejor acabar con esto de la forma menos dolorosa posible. Puede que incluso levante ya las manos para que el agente sepa en qué asiento estoy.

—Como acabamos de informar a su conductor, un árbol se ha caído un poco más adelante en medio de la carretera y ahora no se puede transitar por ahí.

¿Cómo?

—El autobús tendrá que dar la vuelta, lo cual hará que se retrasen un poco, pero no hay alternativas. Les vuelvo a pedir disculpas y les deseo un buen viaje.

Escucho lo que parece ser el policía saliendo del autobús y, cuando levanto la vista, veo que el conductor vuelve a ponerse al volante.

¿Será una broma? ¿Un árbol se ha caído en la carretera? ¿Eso es todo?

Mientras algunos de los pasajeros que tengo a mi alrededor resoplan y protestan por la situación, yo me siento la persona más feliz del mundo. Nunca un retraso en un viaje me había alegrado tanto. Al final, ha resultado que yo no era la razón por la que esos policías han detenido el autobús. No estoy a punto de ser arrestada.

Estoy bien.

El motor del autobús vuelve a sonar y el conductor inicia la complicada maniobra de dar la vuelta. Observo cómo los agentes de policía vuelven a subirse al coche patrulla, probablemente esperando de nuevo a que llegue otro conductor al que darle la mala noticia. Pero para mí es muy buena. Cuando el vehículo comienza a avanzar en dirección contraria buscando un desvío, me reclino en mi asiento y suelto un suspiro de alivio. Pero muy breve, porque enseguida recuerdo al hombre que viaja detrás de mí, que parece ser consciente de que la policía me anda buscando.

Supongo que en algún momento debería darme la vuelta para mirarlo a los ojos y preguntarle por qué ha decidido ayudarme. Aunque, de momento, no lo voy a hacer.

Por ahora, mis pensamientos vuelven a centrarse en mi familia.

Esa familia a la que quizá aún tenga la oportunidad de volver a ver.

CAPÍTULO 2

PIPPA

—Mami, tengo miedo.

Esas palabras pronunciadas por un hijo que está asustado son las últimas que cualquier padre querría oír, pero eso es justo lo que me acaba de decir Campbell, mi hijo de cuatro años, acurrucándose cada vez más contra mí en la parte de atrás del coche. Hago todo lo que puedo para tranquilizarlo. Lo rodeo con un brazo y le beso la parte superior de la cabeza, deslizando mis labios sobre su pelo suave. Puedo percibir lo tenso que está y me rompe el corazón no ser capaz de ofrecerle el consuelo que necesita en estos momentos. No puedo culpar a mi hijo por sentirse así. Para ser sincera, yo también tengo miedo. Al margen de que estemos avanzando a través de una pista forestal desierta en plena noche, andamos a la fuga. Si nos llegaran a coger, no sé si alguna vez volveré a estar tan cerca como ahora de mi hijo.

—No hay nada que temer —le digo, intentando comportarme de forma valiente para tratar de infundirle seguridad—. Tranquilo, yo estoy aquí contigo.

No estoy segura de si servirá de algo, pero al menos ya casi hemos llegado a nuestro destino.

—Según el GPS, nos quedan dos minutos para llegar —dice mi padre, Adrian, que va conduciendo el coche lentamente. La visibilidad es escasa aunque los faros del coche brillen bastante en medio de la oscuridad. Sin el sistema de navegación, sería imposible encontrar el lugar al que nos dirigimos. Y no solo porque sea la primera vez que venimos, sino porque está en medio de la nada, completamente aislado de todo. Esa es la razón por la que decidimos venir aquí. Con suerte, en este lugar nadie nos va a encontrar, pues está tan aislado que sería extraño que no consiguiéramos ese objetivo.

Pretendemos encontrar un conjunto de cabañas turísticas que fueron construidas en este parque nacional del sur de Minnesota, a

cinco horas en coche de las casas que hemos dejado atrás en Chicago. Mi padre supo de la existencia de estas cabañas a través de un antiguo compañero de trabajo que pasó sus vacaciones en ellas hace muchos años, y recordó que ese hombre le había contado que las cabañas dejaron de usarse y terminaron quedando abandonadas. Recemos por que, cuando demos con ellas, estén todavía en un estado que nos permita instalarnos en alguna con las provisiones con las que nos hemos ido haciendo por el camino. Tendremos, además, todo un parque nacional a nuestra disposición para buscar comida, así que podremos ocultarnos aquí por un tiempo aún indeterminado.

Pero primero tenemos que encontrarlas.

—Ve un poco más despacio, Adrian. Este terreno es bastante inestable —dice Karl, mi marido, que viaja junto a mi padre en el asiento del copiloto y lo ayuda a orientarse por el lugar. No es que mi padre esté conduciendo muy rápido; es que el camino lleva mucho tiempo sin ser transitado y está lleno de baches y cubierto de vegetación proveniente del bosque que se extiende a ambos lados.

No me extraña que mi hijo tenga miedo. La oscuridad es total ahí fuera y detrás de los árboles que nos rodean podría esconderse cualquier cosa, pero con tan escasa visibilidad sería imposible saberlo. Campbell sigue con la cabeza apoyada en mi pecho, pues parece haber decidido que está más cómodo ahí refugiado que mirando a su alrededor. Normal. En un momento así, necesita el consuelo de su madre. Yo miro a la mía, que está sentada al otro lado de mi hijo en la parte trasera del coche; ella me lanza una mirada tranquilizadora que me reconforta.

—Todo va a salir bien —dice mi madre, Scarlett, sin sonar del todo convincente. Ahora bien, ¿qué otra cosa podría decir? ¿Que dentro de nada los secretos y pecados que cometimos en el pasado nos van a hacer pedazos? Yo no soy ninguna experta en psicología, pero estoy bastante segura de que eso sería lo peor que una persona podría decir en estos instantes mientras seguimos aventurándonos hacia lo desconocido.

—¿Qué hay ahí delante? ¡Veo algo! —grita de repente mi marido, señalando a través del parabrisas hacia una forma que no consigo

distinguir en la distancia. Pero, poco después, mi padre confirma la buena noticia.

—A mí me parece que es una cabaña —asegura.

Campbell levanta la cabeza y echa un vistazo también, y yo consigo por fin ver lo mismo que han visto los que marchan delante. Podemos divisar una cabaña y, además, según nos vamos acercando a ella, comprobamos que no hay tan solo una. Yo soy capaz de contar al menos cuatro, aunque tiene que haber más un poco más allá, esparcidas en medio de la oscuridad, solo que la luz es tan escasa que es imposible verlas. Tendremos que esperar hasta la mañana para poder ubicarnos por completo. De momento, lo único que necesitamos es un lugar donde descansar un poco durante la noche. Ahora mismo da la sensación de que podemos encontrarlo, lo cual es un gran alivio, porque estoy exhausta.

Cuando mi padre detiene el coche y apaga el motor, el silencio fantasmal resulta casi ensordecedor. Me dan ganas de pedirle que vuelva a arrancar para no correr el riesgo de oír algo espeluznante. Debe haber animales por aquí, posiblemente algunos osos, aunque no es la fauna lo que más me preocupa. Tengo miedo de que no seamos los únicos seres humanos que estén en este lugar porque, de ser así, nuestras posibilidades de permanecer ocultos en este entorno se van a reducir drásticamente, sobre todo si las personas que pueda haber nos llegan a reconocer por culpa de las noticias.

Por ahora, no veo nada que indique que podría haber alguien en estas cabañas o en sus alrededores. No hay luces encendidas en el interior de ninguna de ellas, ni tampoco hay otros vehículos aparcados fuera. Todo indica que somos las únicas personas en este lugar. Siendo ese el caso, imagino que ahora solo nos queda salir de este coche y elegir una cabaña para acomodarnos en ella.

Entonces, ¿por qué ninguno de nosotros se mueve lo más mínimo?

Pronto queda claro que a todos nos pone nerviosos la idea de salir del vehículo con la oscuridad que reina en el lugar. Tampoco nos tranquiliza saber que hemos de acercarnos hasta una de las cabañas y mirar dentro de ella para ver si hay alguien. Pero uno de nosotros va a tener que demostrar un poco de valentía. Teniendo en cuenta

que mi madre y yo estamos intentando tranquilizar a Campbell, me parece a mí que la tarea va a recaer en los dos hombres que están en la parte delantera del coche.

—Nosotros vamos a echar un vistazo. Vosotras quedaos aquí —dice mi padre, con la convicción que siente un hombre que sabe que no tiene otra alternativa.

—Tened cuidado —responde de inmediato mi madre.

Karl se gira para mirarnos a Campbell y a mí.

—Echa el seguro de las puertas mientras estemos fuera —dice en voz baja—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —pregunta Campbell. El terror se refleja en el rostro de mi hijo. Estoy muy enfadada porque mi marido haya dicho algo que ha preocupado de esta forma a Campbell. Sobre todo porque mi madre y yo ya somos lo bastante mayorcitas como para saber que teníamos que echar el seguro sin que nadie nos tuviera que decir que lo hiciéramos.

—No te preocupes, no pasa nada. Todo va a ir bien —dice Karl, mirando a Campbell a los ojos y sonriendo—. Te lo prometo.

Otra vez no me gusta escuchar lo que le dice. Es imposible que tenga la certeza de que todo vaya a salir bien. ¿Qué sentido tiene prometérselo? De todas formas, soy muy consciente de que está intentando hacerlo lo mejor que puede. Por eso, cuando abre la puerta para bajarse del coche junto a mi padre, me apetece decirle una cosa.

—Te quiero —le aseguro. Espero por otra parte que quede claro que el sentimiento que acabo de expresarle se extiende también a mi padre. Ambos se bajan del coche y, nada más cerrar las puertas, mi madre, con un movimiento veloz, extiende la mano y pulsa el botón que activa al instante los seguros del vehículo.

Los tres que quedamos en el interior observamos a los dos que ya caminan hacia la cabaña más cercana; se respira una tensión evidente ante lo que pueda suceder. Veo cómo titubean mientras se desplazan, lo cual es completamente lógico, hasta que llegan a la puerta principal y prueban a intentar a abrirla. Parece estar cerrada con llave, como cabía esperar, pero eso no va a ser un problema.

No les costará demasiado forzar la entrada.

El problema sería que hubiera alguien dentro.

Observo cómo mi padre y mi marido se desplazan por la parte delantera de la cabaña, asomándose por las ventanas que se van encontrando. Como aún no han vuelto corriendo hacia el coche, supongo que no están viendo nada en el interior que les pueda provocar una reacción de pánico. Pero tienen que asegurarse, han de mirar por todas partes. Cuando comienzan a recorrer el lateral de la cabaña dirigiéndose hacia la parte trasera, acepto que tendremos que perderlos de vista temporalmente. Sin embargo, no me gusta un pelo no saber con exactitud qué está pasando. Cuanto más tiempo transcurre sin que veamos a ninguno de los dos, más me tortura mi propia imaginación.

¿Y si hubiera alguien por aquí, escondido tras la cabaña?

¿Y si atacan por sorpresa a mi padre y a Karl? ¿Y si les hacen daño? ¿Y si los matan?

¿Y si los siguientes somos los que estamos en el coche?

—Tengo que ir a ver cómo están —le digo a madre. Ni a ella ni a Campbell les gusta cómo suena eso.

—¿Qué? No, no, tú espérate aquí. Volverán enseguida —me dice mi madre.

¿Cómo puede estar segura? ¿Y si no lo hacen?

—Ya ha pasado demasiado tiempo —le respondo con ansiedad.

Pero, para asegurarme de que en efecto ha transcurrido bastante tiempo, espero unos minutos más, observando cómo el reloj digital del salpicadero avanza progresivamente hasta que ya no aguanto más.

—Quedaos aquí. Vuelvo en un segundo —les digo a mi madre y a Campbell. Atraigo a mi hijo hacia mí para abrazarlo y tiro de la manilla de la puerta del coche, lo cual desactiva al instante el seguro desde dentro.

—Mamá... —dice Campbell, temeroso. Su abuela intenta decirme que será ella la que vaya a echar un vistazo, pero yo ya me he puesto en marcha. Salgo del coche y cierro la puerta de inmediato, antes de que me acobarde y terminemos tirándonos toda la noche sentados en el coche.

Aquí fuera reina un silencio insoportable. Miro hacia todas partes y me fijo en la cabaña que hace un rato han rodeado Karl y mi padre. También veo otra a unos veinticinco metros, y una tercera más allá. Estas cabañas son estructuras de madera impresionantes. No hay duda de que en su día costaría una fortuna alquilarlas para unas vacaciones, pero ahora están totalmente desaprovechadas, o al menos lo estaban hasta que hemos llegado nosotros esta noche. Al margen de ellas, lo único que alcanzo a ver son las copas de los altos árboles cada vez que las nubes se abren y se filtra un poco de la luz de la luna a través de ellas, lo que no sucede demasiado a menudo.

Decido comenzar a moverme antes de que el miedo me paralice.

Me acerco a la cabaña y me asomo por la primera ventana, pero no veo nada. Lo mismo ocurre con la segunda. Luego me desplazo por el lateral, siguiendo el mismo recorrido que han hecho los hombres y rezando para no llevarme una sorpresa desagradable al llegar a la parte de atrás. Pero sí que me llevo una sorpresa, aunque no es tan horrible como me temía. Lo que me sorprende es que ni mi padre ni Karl están aquí atrás.

¿Dónde se han metido?

Estoy a punto de gritarles, pero al final decido no hacerlo porque aún no estoy segura de que no haya más personas por este lugar que puedan oírme. Miro a mi alrededor en todas direcciones y empiezo a sentirme aún más desconcertada que en el interior del coche. Tardo unos segundos en comprender la razón.

No es solo que me preocupen mis seres queridos.

Es también que percibo con sorprendente claridad que alguien me está observando.

Me recorre un escalofrío que me eriza el vello de los brazos. Y no es por culpa del viento fresco. Cuando miro la cabaña que tengo a veinticinco metros, tengo la sensación de que no está tan vacía como parece. Antes de que mi preocupación ante ese hecho vaya a más, escucho un ruido detrás de mí y me giro para encontrarme a Karl saliendo por la puerta trasera de la cabaña. Mi padre lo sigue de cerca.

—Está vacía —dice Karl triunfalmente.

A continuación, mi padre me explica cómo han podido entrar para comprobarlo.

—La puerta trasera no estaba cerrada con llave —me detalla—. Parece que la manilla se ha oxidado, y eso ha debilitado la cerradura. Así que nada, hemos entrado, y hay camas, así que vamos a deshacer las maletas y a dormir un poco.

Son buenas noticias y salgo corriendo hacia el coche para decírselo a Campbell y a mi madre, y también para asegurarme de que siguen bien. Están perfectamente, y se alegran mucho al saber que podemos entrar en la cabaña. Cogemos nuestras cosas y nos dirigimos hacia el interior. Por un instante, casi me olvido del hecho de que la cabaña que tenemos más cerca me estaba dando muy mala espina hace solo unos minutos.

Casi.

Vuelvo a mirar hacia allá una vez más; cuando lo hago, tengo la misma sensación de estar siendo observada que antes. ¿Será así? ¿O tal vez sea solo mi imaginación?

Siendo una fugitiva, tal vez esto sea lo que me espera de ahora en adelante.

Debe ser exactamente igual para mi hermana Darcy. Espero que esté sana y salva.

CAPÍTULO 3

DARCY

Cuando abro los ojos, lo primero que trato de averiguar es si lo que acabo de recordar —una imagen de mí misma quemando un uniforme— ha sido una pesadilla o tal vez un *flashback*. Espero que sea lo primero, pero, teniendo en cuenta que últimamente cada vez se me vienen a la cabeza más recuerdos del pasado, me temo que lo más probable es que se trate de lo segundo. Dudo que me haya dormido, por la sencilla razón de que estoy demasiado nerviosa como para haber sido capaz de relajarme lo suficiente para poder hacerlo. Así que me imagino que ha tenido que ser otro *flashback*. Me he llevado un montón de tiempo tratando de recordar mi pasado, y parece que lo estoy consiguiendo a través de estas escenas retrospectivas cada vez más frecuentes.

Es posible que, según me vaya acercando a mi hogar en Chicago, vaya teniendo más recuerdos.

Está demasiado oscuro en este autobús como para volver a ponerme a leer mi cuaderno, en el que están escritos los nombres de mis seres queridos y dos advertencias: no ver las noticias y no volver jamás a mi casa. Ya ignoré la primera estando todavía en Florida. En cuanto llegue a mi destino, habré hecho también caso omiso de la segunda. No me queda más remedio.

Acabo de matar a un hombre llamado Parker en un hospital. Era mi vida o la suya, así que lo ataqué antes de que él tuviera la oportunidad de hacerme daño a mí. Lo asfixié con una almohada mientras estaba ingresado recuperándose de las consecuencias del incidente que me permitió escapar de su sótano. El uniforme de enfermera que llevaba puesto me ayudó a moverme por el hospital pasando desapercibida hasta que fue demasiado tarde para que alguien me detuviera. Tenía una buena razón para hacerlo: después de que Parker me hubiera encerrado en su sótano y yo consiguiera salir de allí, era absolutamente consciente de que la cosa no terminaría hasta que uno de los dos estuviera muerto. Con

anterioridad, había asumido la tarea de cuidar de su padre enfermo, pero poco después descubrí que tenía que andarme con mucho ojo con Parker. No era la primera vez que haber elegido la enfermería como profesión me había conducido hasta una encrucijada siniestra, en la que al final tuve que tomar una decisión horrible.

Me viene otro *flashback*, que me hace pensar otra vez que por fin podría estar recuperando la memoria. Vuelvo a ver a esa pareja. Laurence y Melissa. Él, ese hombre apuesto y encantador por el que llegué a sentirme atraída, y ella, su esposa moribunda, de cuyos cuidados me estaba encargando hasta que Laurence intentó convencerme de que acelerara la llegada del cruel destino que dictaba su enfermedad. Como las visiones del pasado son cada vez más frecuentes, parece ya claro que yo no la maté, que fue él. Pero sí que recuerdo que fui yo quien mató a Laurence después de aquello, cuando se disponía a acabar con mi vida para que su secreto jamás se revelara.

Luego está Eden, mi compañera de trabajo, también enfermera y antigua mejor amiga, con la que resultó que Laurence también mantenía una relación. Una mujer que me traicionó. Hace poco he visto en las noticias que también ha muerto. No sé qué es lo que le habrá pasado, pero tengo la terrible sensación de que mi hermana ha tenido algo que ver con eso. Pippa es mejor que yo en todos los sentidos, no solo como enfermera, sino también como ser humano, o al menos eso es lo que parece insinuar mi memoria, que está hecha trizas. Pero la he metido sin pretenderlo en este lío y puede que ahora también sea culpable de algunas cosas terribles. Pippa escribió esas advertencias en mi cuaderno, y eso me indica que aún le importo mucho, como supongo que también les importo a mis padres. Es probable que sean las únicas personas en el mundo que se preocupen por lo que me pasa, así que no voy a perderlos sin luchar.

Sin embargo, sé que es más fácil decirlo que hacerlo, por muchas razones. Una de ellas no deja de resonar en mi interior. Cuando maté a Parker poniéndole la almohada sobre la cara y convenciéndome a mí misma de que él me habría matado a mí si no hubiera logrado escapar de sus garras, tuve un *flashback* en el que

me vi haciéndole eso mismo a otra persona en el pasado. No sé quién es esa persona, o quien era, pero daba la impresión de que estábamos en un despacho. Había libros de medicina en las estanterías y un escritorio lleno de papeles. ¿Estábamos en un hospital? ¿O tal vez en la universidad? Ahora no lo recuerdo bien. Y quizá sea mejor así...

Siempre que divago y me pongo a pensar en el pasado me siento realmente mal, así que me obligo a reaccionar y me pongo a mirar a lo largo y ancho de este autobús oscuro y silencioso. Continúa avanzando con estruendo por la noche, en una ruta alternativa por culpa del árbol caído en medio de la carretera del que supimos por la intervención de la policía. Sigo con los nervios a flor de piel por culpa de aquella parada inesperada, al igual que me pone nerviosa pensar en el hombre que viaja detrás de mí y en lo que pueda saber acerca de la razón por la que temo tanto que me detengan.

La mayoría de los pasajeros del autobús están dormidos y el conductor permanece concentrado en la carretera que tiene por delante, así que creo que este es un buen momento para darme la vuelta y hablar con el pasajero que tengo justo detrás.

Me deslizo ligeramente en mi sitio hasta que tengo una visión de los asientos de atrás a través del hueco que queda entre mi asiento y el contiguo. Me fijo en los ojos del hombre sentado detrás y veo que está igual de despierto que yo. Parece que también ha estado esperando una oportunidad para hablar.

—¿Por qué me dijiste antes que no me moviera? —le pregunto en voz baja. No podría decirse que se lo haya susurrado, porque no podría oírme por culpa del ruido que hacen los neumáticos del coche al rodar sobre el asfalto, pero mi tono de voz tampoco es tan alto como para despertar a ninguno de los pasajeros que viajan dormidos—. Me refiero a cuando nos paró la policía.

—Tú sabes perfectamente por qué —me responde el hombre con calma.

Sí que lo sé, o al menos eso creo. Este hombre sabe que la policía me está buscando. ¿Cómo gestiono esta situación?

—No iba a salir corriendo —le digo sin convicción ninguna.

El hombre detecta la mentira al instante.

—No, qué va. Pero vamos, que no te habría culpado por ello. Aunque está claro que te habrían pillado y ya estarías en una celda.

¿Qué es lo que quiere? ¿Que le dé las gracias?

—No te preocupes —añade, respondiendo de alguna forma a mis incógnitas. Da la sensación de que solo trató de echarme un cable. Pero ¿por qué?

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, pero él se limita a sonreír.

—No hace falta que lo sepas. Tampoco me hacía ninguna falta a mí estar sentado esta noche en este autobús justo detrás de la mujer más buscada de América. Pero mira por dónde.

Ahí está. Esa es la confirmación. Está claro que sabe quién soy.

—Bueno, me imagino entonces que es cierto lo que dicen en las noticias sobre ti —prosigue el hombre misterioso—. La enfermera asesina, responsable de varios delitos, desde asesinato hasta hacerse pasar por una enfermera un hospital. Eres tú, ¿verdad?

Elijo no decir nada al respecto, porque poco puedo añadir.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo —me dice el hombre—. No quiero tener problemas. Lo único que quiero es llegar a casa, en Chicago. Supongo que tú tienes la misma intención. Eso sí, no entiendo por qué. ¿Para qué volver a la ciudad en la que más te están buscando? ¿No deberías dirigirte hacia el sur, tal vez a México?

No quiero compartir ningún detalle de mi vida con este hombre. Podría dar media vuelta e intentar continuar mi viaje en paz. Pero me siento sola sin mi familia, así que estaría bien tratar de aliviar un poco esa sensación hablando con la única persona con la que puedo ser sincera. También se me pasa por la cabeza la idea de que, con los problemas de memoria que tengo, puede que él sepa más que yo sobre mí en estos momentos, si es que ha estado viendo las noticias.

—Tengo que ir a mi casa —le digo—. Necesito encontrar a mi familia.

—Estás corriendo un gran riesgo. Se te va a acabar la suerte tarde o temprano.

—No soy tan mala como dicen por ahí —le intento explicar—. Me han obligado a hacer cosas terribles, pero en realidad yo no soy así.

—¿Quién eres entonces?

—Una hija. Una hermana. Nada más que eso.

—¿Una enfermera?

Asiento, porque tengo claro que también lo soy.

—¿Cómo puede una persona que se supone que ayuda a la gente ser acusada de haber hecho tantas cosas horribles? —me pregunta.

—La verdad es que no soy capaz de acordarme de todo. Los recuerdos se mezclan en mi cabeza. Pero de una cosa sí que estoy segura: voy a arreglar este lío.

Nuestra conversación tranquila se ve interrumpida cuando percibimos que el autobús empieza a aminorar la marcha. De inmediato miro hacia delante, aterrorizada ante la idea de volver a ver a la policía y que, esta vez sí, vengan directos a por mí. Pero, en lugar de eso, veo una estación de autobuses. Es una parada más de este viaje largo y agotador. Cuando el autobús aparca, observo cómo un par de viajeros con aspecto cansado recogen sus maletas y se disponen a subir al vehículo.

Las luces del interior se encienden temporalmente y algunos pasajeros dormidos se revuelven en sus asientos, pero la mayoría mantienen los ojos cerrados y la cabeza gacha. Tomo la decisión de bajar también la cabeza, pues esa será la mejor estrategia para que ninguno de los pasajeros nuevos me reconozca. Cuando empiezan a subir, me bajo aún más la visera de la gorra. Soy consciente de que hay muchos asientos libres en el autobús. Como solo suben un par de personas, me sorprende mucho ver que una de ellas se sienta a mi lado.

—Buenas noches —dice una voz masculina. Comienzo a ver mi espacio personal todavía más invadido al percibir que el hombre roza ligeramente su pierna contra la mía y apoya una mano a escasos centímetros de mi muslo—. ¿Vas hasta Chicago, preciosa? Si es así, esta es mi noche de suerte.

¡No, joder! Lo último que quiero ver ahora mismo es a un agente de policía, pero probablemente lo siguiente sea un pasajero perturbado intentando ligar conmigo. Pues parece que eso es lo que me ha tocado. ¿Qué puedo hacer?

Cuando me pone una mano sobre el muslo, imagino que este pasajero pervertido piensa que, o bien estoy dispuesta a divertirme un poco en la oscuridad que ofrece el autobús, o bien tengo demasiado miedo como para privarlo a él de esa diversión. Cuando levanto la cabeza y lo miro a la cara, el hombre ve mi rostro por primera vez. Puede que al principio fuera mi cuerpo lo que le interesara, pero, nada más verme bien, su sonrisa insinuante se borra de inmediato. Da la impresión de que estuviera compartiendo asiento con un fantasma. Sería la segunda persona de este autobús en reconocerme, lo cual aumentaría las probabilidades de que la policía sea advertida de mi presencia aquí o de que se suba algo a las redes sociales mencionando mi nombre. En última instancia, eso reduciría mis posibilidades de entrar en Chicago sin ser vista.

Pero, sin decir una sola palabra más, el hombre se levanta de inmediato y se marcha hasta la parte trasera del autobús. Se sienta allí y me deja sola, como debía haber hecho desde el principio.

¿Qué acaba de ocurrir?

Creo comprenderlo cuando el autobús ya se ha puesto otra vez en marcha. El pasajero nuevo me ha reconocido, pero no solo eso.

Me tenía miedo.

Quizá que se fijen en mí no sea tan grave como pensaba.

Está claro que a algunas personas les doy miedo. Mi reputación como enfermera asesina los asusta.

Así que supongo que tendré que usar eso a mi favor.

CAPÍTULO 4

PIPPA

No es fácil acostar a un niño de cuatro años incluso cuando tiene uno de sus mejores días, así que ya no hablemos de hacerlo aquí, en una cabaña desconocida en medio de un bosque oscuro, después de habernos ido de casa a toda prisa dejándolo todo atrás. Diría que va a ser imposible conseguir que mi hijo se duerma esta noche. Pero bueno, he de intentarlo como haría cualquier madre, así que en ello estoy, acariciándole el pelo y tratando de calmarlo diciéndole que todo va a ir bien.

—Cierra los ojos. Yo me quedo aquí contigo —le digo. Sé que no quiere dormirse porque se siente nervioso en un entorno tan extraño como este, y no puedo culparlo por ello.

Echo un vistazo a lo que ahora es el dormitorio de Campbell. Aunque en su día pudo parecer atractivo para los turistas que pagaban su buen dinero por venir aquí y escapar durante unos días de la vida de la ciudad, se ven signos evidentes de su falta de uso. Según mi padre, hace al menos un par de años que estas cabañas dejaron de estar disponibles para ser alquiladas, lo que explica el aspecto descuidado que tiene ahora esta habitación. En cada esquina del techo cuelgan telarañas, hay una gruesa capa de polvo cubriendo el tocador y la estructura de madera de esta habitación, que antaño probablemente lucía barnizada y pulida, parece ahora desgastada y envejecida.

Como yo.

La cabaña en su conjunto es muy espaciosa, con sitio de sobra para toda mi familia. Cuenta con tres dormitorios y un salón comedor grande en el que hay sofás, mesas y sillas. Todas esas estancias están también cubiertas de polvo. Sé que mi madre está limpiando todo lo que puede, sobre todo en la cocina, donde pretendemos cocinar algo de lo que hemos comprado de camino. Pero la tarea es ardua, y va a necesitar ayuda. En estos momentos, mi padre y mi marido están ocupados tratando de encender un

fuego para calentar este lugar, que está bien frío. Mientras, yo continúo intentando que mi hijo se duerma para que pueda olvidar su preocupación y descansar un poco.

Pensando en si habrán prendido ya el fuego en la chimenea, me acuerdo de cómo me opuse inicialmente a la propuesta de mi padre de hacer tal cosa.

—¿Y si alguien viera la luz? ¿O el humo? —le pregunté, preocupada ante la posibilidad de que alguien nos viera a kilómetros de distancia y alertara a la policía de la presencia de intrusos en la zona.

—¿Y si nos morimos de frío durante la noche? —me respondió mi marido de forma brusca.

No pude decir nada ante eso, porque la realidad es que hacía mucho frío aquí dentro. Así que me pareció bien que se pusieran a ello. Ya siento algo más calor que cuando llegamos, por lo que me imagino que el fuego debe estar ya encendido, aunque de momento no puedo ir a comprobarlo porque sigo teniendo que reconfortar a mi hijo, que sigue alterado.

—Quiero irme a casa —me dice Campbell en voz baja. Esa vocecita suya es un reflejo del miedo que parece tener aquí, acurrucado en esta cama, bajo una de las mantas grandes que cogí de casa antes de salir de allí.

—Estamos de vacaciones —le digo, intentando que esto parezca una aventura divertida, aunque en realidad sea cualquier cosa menos eso.

—Hace frío —me contesta Campbell.

Le subo la manta hasta la barbilla y deslizo las manos por encima, intentando transmitirle al menos un poco de mi calor corporal.

—Duerme un poco y mañana podremos ir a explorar la zona —le digo, con la esperanza de que eso le atraiga lo suficiente como para cerrar los ojos con el fin de que la mañana no tarde en llegar.

—¿A explorar?

—Sí, podemos dar un paseo por el bosque a ver qué encontramos —respondo, aunque interiormente preferiría no encontrar nada por la zona, pues se supone que somos los únicos que deberíamos andar por aquí.

—¿Podemos ir a cazar dinosaurios? —pregunta Campbell, pareciendo recuperar el ánimo. Es el momento del día en el que lo he visto más feliz.

—Sí, claro que sí —le digo sonriendo—. A ver si encontramos algún fósil, o puede que hasta veamos un dinosaurio de verdad. Pero uno de los bonitos, de esos que solo comen hojas, por favor.

—¡Yo quiero ver un tiranosaurio! —grita Campbell.

Yo me río y le aseguro que, si hay alguno por la zona, será imposible que no lo veamos.

—Venga, anda, duérmete un poco —insisto.

Esta vez Campbell cierra los ojos y los mantiene así.

Permanezco sentada a su lado esperando a que caiga en un sueño profundo. Unos minutos después, comienzo a escuchar unos ronquidos muy suaves. Ya estoy segura de que está descansando, y eso significa que yo también puedo intentar hacerlo. Al menos en lo que respecta a mi hijo, porque es difícil encontrar tranquilidad en ningún otro aspecto de mi vida. Cuando salgo del dormitorio y me reúno con el resto de mi familia en el salón, ni siquiera el hecho de ver un fuego crepitar es suficiente para aliviar mis preocupaciones.

—No está mal para un par de hombres que se han criado en la ciudad —me dice mi padre, con una sonrisa en el rostro, señalando hacia el fuego por si a mí se me hubieran pasado por alto las llamas anaranjadas que titilan en la habitación. Es evidente que se siente orgulloso de haber logrado encenderlo junto a Karl, teniendo en cuenta que ambos están mucho más acostumbrados a vivir cerca de radiadores o del interruptor de una calefacción central.

Miro a mi pareja, que está llevando una de nuestras maletas a la habitación mientras mi madre sigue limpiando en la cocina. Todos estamos agotados, pues hemos estado inmersos en diferentes ocupaciones desde que llegamos; parece que ahora deberíamos poder relajarnos un poco. Pero no va a ser así, al menos no en mi caso, ni tampoco el de la persona con la que decida compartir lo que me ronda la cabeza. Como mi madre y Karl siguen ocupados, decido que va a ser mi pobre padre el que va a tener que escucharme. Así que me acerco hasta él junto al fuego, esperando que el crepitar y el

chasquido de la leña al arder dificulten que los demás puedan oír nuestra conversación.

—No estoy segura de que estemos solos en estas cabañas —le digo a mi padre. Veo las llamas reflejadas en sus ojos.

—¿Cómo?

—Antes, cuando salí del coche para buscaros, tuve la sensación de que alguien me estaba observando —continúo explicándole. Hablo con un tono de voz muy bajo para que mi madre no me escuche y entre en pánico—. Cuando llegué a la parte de atrás de la cabaña, tuve la impresión de que alguien tenía los ojos puestos en mí.

Mi padre deja por fin de mirar el fuego y se gira hacia mí. No parece demasiado preocupado.

—Yo creo que tu imaginación te jugó una mala pasada ahí, en medio de la oscuridad.

—¿Tú crees? Esta no es la única cabaña que hay por la zona. ¿Por qué no podría estar ocupada alguna de las otras?

—Porque no hemos visto ningún coche aparcado cuando llegamos, ni tampoco había ninguna luz encendida por ninguna parte.

—Eso no significa necesariamente que no haya nadie en ninguna cabaña.

Mi padre respira hondo. Creo que está pensando qué otra cosa puede decirme para tranquilizarme. Me doy cuenta de que, en este momento, está interpretando el mismo papel que yo acabo de interpretar con Campbell.

Un padre tratando de calmar a un hijo que está alterado.

Supongo que, al margen de la edad de los implicados, esa es una tarea que jamás deja de realizarse.

—Aquí no hay nadie más. Este lugar lleva mucho tiempo abandonado. Fíjate —me dice, señalando otra telaraña—. Si alguien hubiera estado interesado en estas cabañas, habría venido hace ya mucho tiempo. Pero no ha sido así, porque, como sabes por el viaje tan largo que hemos tenido que hacer, estamos en mitad de la nada.

Lo que dice mi padre tiene sentido, pero el problema es que el miedo y la obsesión a menudo triunfan sobre el sentido común. No tengo duda de que eso es lo que está sucediendo ahora mismo en mi cabeza.

—Tenemos que echar un vistazo por el resto de las cabañas —lo insto, aunque la mera idea me asusta nada más exteriorizarla.

—¿Quieres ir ahora, en medio de esta oscuridad? —me pregunta mi padre con cara de escepticismo.

—Bueno, a ver, quizá no ahora por la noche. Pero mañana sí que deberíamos echar un buen vistazo. Por si acaso.

—Supongo que es mejor asegurarnos, sí —acepta finalmente mi padre—. Venga, vale, mañana nos acercamos a echarles un ojo. Pero a estas horas lo único que deberíamos hacer es dormir, así que vete ya a la cama y descansa un poco. Tu madre y yo nos quedamos vigilando esta noche.

Siento que debería ofrecerme a quedarme levantada y ayudar con algo, ya sea con la limpieza, manteniendo el fuego encendido o simplemente mirando por la ventana para comprobar que no viene la policía o que no hay movimiento en el resto de las cabañas. Pero la verdad es que estoy agotada, así que soy muy consciente de que no sería de utilidad para nadie si me obligara a seguir despierta unas horas más.

—Voy a echarle una mano a Karl en la habitación —le digo a mi padre. Le doy un abrazo y después me acerco hasta mi madre, que, pobrecita, sigue limpiando como si le fuera la vida en ello.

—Me voy a la cama —le hago saber. Extiendo los brazos para abrazarla, y ella deja de inmediato lo que estaba haciendo y me corresponde. Me aprieta más fuerte de lo habitual. Me imagino que eso se debe al momento difícil que estamos atravesando. Pero hay algo más.

—Tengo que abrazarte el doble de fuerte porque todavía no puedo abrazar a tu hermana —me dice con tristeza.

Me duele el alma por ella. Yo estoy preocupada por Darcy y la echo muchísimo de menos, pero supongo que ese dolor no tiene la misma intensidad que el de una madre que echa de menos a su hija. Me pongo en la piel de mi madre y pienso cómo me sentiría yo si Campbell estuviera por ahí en cualquier lugar de Estados Unidos, completamente solo y buscado por la policía. Y, además, sin que yo pudiera ofrecerle ninguna ayuda. Eso es lo que debe sentir mi madre cuando piensa en Darcy. Supongo que no es de extrañar que haya

estado limpiando como una loca desde que llegamos a la cabaña; es un intento desesperado por no pensar en su hija. A mí también me duele su ausencia, pues siento como si hubieran cortado el fuerte lazo que une a dos hermanas. Tengo que lograr restablecerlo como sea, antes de que desaparezca para siempre.

—Algún día volveremos a estar todos juntos —le prometo, sin saber si estará en mi mano que eso ocurra—. Y, hasta entonces, ella va a estar bien. Y nosotros también.

Mi madre tiene la suficiente experiencia y sabiduría como para reconocer una frase vacía en cuanto la oye, pero la acepta porque le resulta insoportable pensar en la alternativa. A continuación, les doy las buenas noches a mis padres y me dirijo hacia el dormitorio que está al lado del que ocupa mi hijo. Cuando paso frente a este último, me asomo para echar un vistazo. Me tranquiliza escucharlo roncar.

Entro en la habitación que voy a compartir con Karl y veo que ya casi ha deshecho nuestras maletas, lo que significa que ha estado trabajando casi tan rápido como mi madre en la cocina. Me parece que eso quiere decir que está igual de nervioso que ella.

—Todo va a ir bien —le digo mientras me acerco a él, buscando apoyarme en uno de sus brazos.

Sin embargo, Karl me ignora y cierra la cremallera de una de las maletas vacías. Pasa por delante de mí y la deja detrás de la puerta.

—Oye, ¿me has oído? Te he dicho que todo va a ir bien —le repito.

Pero, al igual que la primera vez, Karl sigue callado, fingiendo estar concentrado en sacar las cosas de las maletas, aunque ya ha terminado de hacerlo. Ya no tiene nada que hacer, o al menos eso creo hasta que veo que se dispone a salir de la habitación.

—¿A dónde vas?

—A ver cómo está Campbell —me contesta, deteniéndose por fin. Aunque quizá habría sido mejor que hubiera salido del dormitorio, porque es evidente que está cabreadísimo conmigo.

—Acabo de ir yo. Está bien.

—Ah, está bien, ¿no? Estupendo. Al menos hay alguien que lo está.

—Oye, ¿qué te pasa? —le pregunto mientras me acerco a él para intentar abrazarlo. La pregunta es bastante estúpida; de hecho, es una provocación para que vuelva a reprenderme.

—¿Qué me pasa? ¿Te parece poco que estemos aquí encerrados en medio de la nada y sin saber por cuánto tiempo? ¿Qué clase de vida es esta para nuestro hijo? Vamos, o para nosotros.

—Es algo temporal —le digo.

Pero Karl niega con la cabeza y se aparta de mí.

—Esta situación se nos ha ido tanto de las manos que no sé si tiene sentido que sigamos molestándonos en luchar —afirma.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo sabes perfectamente —responde bajando la voz.

No creo que haya dicho esa frase en voz baja por no despertar a nuestro hijo, sino más bien porque prefiere que mis padres no se enteren de que su yerno quizá no quiera que mantengamos esta fuga.

—No, en serio, ¿qué estás diciendo? ¿Que nos rindamos y vayamos a una comisaría? ¿De qué nos serviría eso? Nos arrestarían a todos. Yo maté a Eden y mis padres lo encubrieron. Y tú lo sabes todo, así que a ti también te detendrían. ¿En qué posición dejaría eso a nuestro hijo? ¡No le quedaría nadie!

Karl ya sabe todo esto, pero me he visto obligada a recordárselo para que comprenda lo mucho que nos jugamos todos los que estamos en esta cabaña.

¿Lo comprenderá y me dará un abrazo? ¿O me mantendrá lejos de él, poniendo aún más tensión en un matrimonio que ya se estaba tambaleando desde hace tiempo?

Enseguida obtengo mi respuesta. Me dice que me puedo quedar con la cama esta noche, ya que él va a estar echándole un ojo a Campbell. Acto seguido, se marcha y me deja sola en el dormitorio, con mis preocupaciones como única compañía.

Porque estoy preocupada por él. Por nuestro hijo. Por mis padres. Por la policía. Por la posibilidad de que haya alguien en alguna de las otras cabañas de este bosque.

Y por supuesto, como siempre, por mi hermana.

CAPÍTULO 5

DARCY

Veo a lo lejos las luces de la Torre Willis, dándole a la ciudad algo de color antes de que lo haga el sol cuando salga durante la próxima hora. Por el momento, sigue siendo de noche, y la única iluminación proviene del destello de las luces de los rascacielos. Pero no importa que aún no haya amanecido, porque eso no impedirá que este autobús llegue a su destino.

El conductor habla por el intercomunicador, despertando a todos los pasajeros que viajan dormidos para anunciarles que ya casi hemos llegado a la última parada. Respiro hondo y agarro mi cuaderno con más fuerza aún de la que lo he hecho a lo largo del viaje.

Ya estamos en Chicago.

He vuelto a mi lugar de origen.

¿Seguirá aquí mi familia?

Me quedo mirando los edificios por los que vamos pasando, pero así de primeras no recuerdo ninguno de ellos. Sin embargo, eso cambia cuando veo un letrero que indica *Greenwood Park*. Al pasar junto a las puertas de entrada al parque y vislumbrar el amplio sendero que se abre paso entre un montón de árboles altos, se me viene otro recuerdo a la cabeza.

Me veo de niña cruzando esas puertas. Voy cogida de la mano de mi padre dando pequeños saltos a su lado, loca de contenta por ir de pícnic con mi familia. Mi madre y mi hermana vienen detrás, muy cerca de nosotros. Al girarme, puedo ver que Pippa también avanza dando saltos. Mi padre lleva una cesta en la mano que le queda libre; mi madre, una manta en la suya. Seguimos caminando hasta que encontramos un sitio en el césped donde da el sol y desde el que hay una vista muy bonita de la fuente que se encuentra en el centro del parque.

Ahora, cuando el autobús gira en un cruce de calles, el parque desaparece de mi vista y dejo de recordar de inmediato. Sin

embargo, el *flashback* me ha proporcionado cierto abrigo, que ahora mismo es suficiente para mantener vivas mis esperanzas de reunirme con mi familia lo antes posible.

Tras volver a girar varias veces más, el autobús termina llegando a la estación central de Chicago y deteniéndose en su interior. El conductor apaga el motor y se relaja por fin en su asiento. Su duro trabajo ha concluido, al menos por ahora. Estoy segura de que volverá a la carretera tras haber descansado lo necesario, pero de momento es libre de hacer lo que le dé la gana. Es de suponer que va a estar durmiendo mientras el resto de los pasajeros —algunos de los cuales se levantan ya de sus asientos y se estiran un poco tras el viaje— tendrán cada uno su propio plan. Algunos llegarán a sus casas, otros seguirán el viaje desde aquí y puede que otros acaben de llegar a Chicago por primera vez en sus vidas con la esperanza de comenzar de cero en esta ciudad. Sean cuales sean sus intenciones, todos cogen su equipaje y se dirigen hacia la puerta para bajarse del autobús, así que lo mejor será que yo haga lo mismo.

Me levanto de mi asiento pensando en que hace unas cuantas horas estuve a punto de abandonarlo y salir corriendo, cosa que no hice porque me detuvo el hombre sentado detrás de mí. Al mirarlo ahora, veo que ya ha cogido sus pertenencias y está a punto de pasar junto a mí. ¿Me irá a decir algo?

—¡Buena suerte! —exclama, deteniéndose un segundo para desearme lo mejor—. Espero que te vaya bien. Yo estoy contigo.

Eso es todo lo que me dice antes de seguir adelante. Lo veo bajar mientras reflexiono sobre el hecho de que este hombre podrá conocer mi suerte simplemente viendo las noticias. Es una sensación extraña, porque podría haber ya alertado a alguien de mi presencia y haber salido también él en las noticias explicando que ha viajado durante toda la noche junto a la enfermera que todo el mundo en Estados Unidos tiene tantas ganas de encontrar. Pero no lo ha hecho. Quizá no quiera sus quince minutos de gloria. Tal vez no pueda permitírselos porque puede que tenga algún motivo personal por el que prefiera seguir siendo un desconocido. En cualquier caso, le estoy eternamente agradecida por haberme reconocido y haber guardado silencio al respecto.

Pero él no ha sido el único pasajero del autobús que me ha reconocido. Con nerviosismo, busco con la mirada al hombre que se sentó a mi lado en la parada anterior hasta que se dio cuenta de quién soy y salió corriendo. Lo veo al fondo, todavía en su asiento sin moverse, aunque me está mirando fijamente. ¿Qué le pasa? ¿Está esperando a que me baje yo primero? ¿Tanto miedo me tiene que quiere verme salir antes siquiera de moverse?

Decido pasar de él mientras esté en posición de hacerlo y marcharme ya, antes de que se me acabe la suerte, así que salgo a toda velocidad del autobús. En cuanto piso el cemento, comienzo a pensar en mis siguientes movimientos. Sé que quiero dirigirme hasta Winnetka, que es el lugar al que pertenece la dirección que aparece escrita en mi cuaderno, pero tengo que averiguar cuál es la mejor manera de llegar hasta allí. Sin duda, será una en la que no me arriesgue demasiado a que me vuelvan a reconocer.

No he dado ni diez pasos fuera de la estación de autobuses cuando veo mi cara en la portada de un periódico. Debe ser de ayer, porque va volando por la calle a merced del viento, pero se queda pegado a una farola. Y ahí puedo contemplar mi cara. Justo encima de ella, hay un titular que de inmediato me revuelve el estómago.

> ¿PUEDES ATRAPAR A LA ENFERMERA ASESINA?
> LA POLICÍA DE CHICAGO OFRECE UNA RECOMPENSA DE 50.000 DÓLARES

¿Están ofreciendo dinero por detenerme? Me parece que las cosas se han complicado más todavía. Ahora la policía no es la única interesada en encontrarme. Cualquier persona que quiera ganar un poco de dinero con facilidad va a estar interesada en dar conmigo. Me pregunto si los hombres que me reconocieron en el autobús sabían lo de la recompensa. Si no lo sabían, vaya suerte he tenido. Si se enteraran hoy, quizá mi fortuna se haya terminado, porque lo mismo van corriendo a la comisaría más cercana para contarle a la policía que la enfermera que sale en las noticias ha vuelto a Chicago.

Aunque sé muy bien que no debería hacerlo, cojo el periódico y lo examino, pues siento intriga por lo que se haya podido escribir sobre mí junto a la foto que los medios han decidido utilizar. Es una

imagen obviamente destinada a impactar a los lectores porque, mientras que el titular habla de una enfermera asesina, en la foto aparezco vestida con mi uniforme de enfermera y con pinta de no ser capaz de matar ni a una mosca. Transmito confianza y doy la sensación de ser muy profesional, como se le presupone a cualquier enfermera. Sin embargo, en vez de tratarse de características positivas sin más, el editor de este periódico tiene la intención obvia de que mi imagen sonriente contraste de forma brutal con el titular estremecedor y cargado de dramatismo. En cuanto al contenido del artículo, tampoco es que me deje en mucho mejor lugar.

> *Se les ha pedido a los residentes de Chicago que extremen las precauciones y estén alerta, ya que se desconoce el paradero de la «despreciable enfermera» Darcy Miller y de su familia, a la que se sigue buscando. La policía está tratando de encontrar a la enfermera Miller; a sus padres, el doctor Adrian y la enfermera Scarlett Miller; y también a su hermana, Pippa Simpson, que también es enfermera, para interrogarlos en relación con el hallazgo de dos cadáveres en el lago Michigan. Los cuerpos de Eden Carthy y Laurence Murphy fueron recuperados del lago, y la familia tenía vínculos con ambas víctimas.*
>
> *Eden fue vista cerca de la casa de la familia Miller poco antes de su desaparición. Además, el registro que la policía y los forenses realizaron en la propiedad demuestra que Eden estuvo en ella y que posiblemente resultó herida dentro de la casa. La enfermera Miller conocía a Laurence, pues era una de las personas encargadas del cuidado de su mujer, Melissa, antes de que sucumbiera al cáncer. Se cree que la enfermera Miller y Eden tuvieron un desencuentro, que, según nos ha descrito una antigua compañera de ambas, se debió a la existencia de un triángulo amoroso entre ellas y Laurence. Ahora han aumentado los temores de que la enfermera Miller esté relacionada con el hallazgo de los cadáveres de Eden y Laurence en el lago.*
>
> *Por lo tanto, se ha desplegado una búsqueda a gran escala para intentar encontrar a la enfermera Miller y a su familia. Las*

autoridades también han solicitado la colaboración de la ciudadanía.

"Estamos haciendo todo lo posible por encontrar a la enfermera Miller y confiamos en dar con ella muy pronto», ha declarado el detective Burgoyne. «Pero eso no significa que la población no pueda desempeñar un papel muy importante. Por eso, ofrecemos una recompensa económica bastante cuantiosa a cualquier persona que pueda indicarnos su paradero o facilitarnos información que pueda conducir a su detención. Les rogamos que se pongan en contacto con nosotros si creen haberla visto. Investigaremos a fondo cualquier tipo de información que nos faciliten».

Según se va intensificando la búsqueda, los hospitales y las instituciones médicas de todo Chicago están siendo cuestionados sobre cómo es posible que toda una familia con una experiencia tan amplia dentro del sector médico sea ahora el epicentro de una de las investigaciones relacionadas con asesinatos más importante que jamás haya visto esta ciudad.

Vuelvo a dejar el periódico en el suelo, deseando no haber decidido leerlo. Me alegra enormemente contemplar que el viento vuelve a alejarlo de mí. Lo veo revolotear calle abajo hasta que desaparece por una esquina en un movimiento que ha requerido bastante menos esfuerzo del que yo estoy necesitando para moverme. He de ponerme en marcha cuanto antes. Estoy expuesta, a la vista de todo el mundo. Aunque las calles de la ciudad están tranquilas de momento, dejarán de estarlo en cuanto esté a punto de amanecer y millones de habitantes de Chicago salgan de sus casas para comenzar su jornada.

Camino a buen paso por la acera y me cruzo con un par de indigentes. Ambos están sentados delante de las persianas metálicas cerradas de una tienda abandonada. Uno de ellos está durmiendo mientras el otro me mira al pasar por delante de él. ¿Me reconocerá? Desde luego, tiene pinta de que le vendría muy bien la recompensa que dan por atraparme. Por suerte, paso junto a él sin que suceda nada. O al menos eso creía.

—¡Eh!

El grito que escucho detrás de mí provoca que todos los músculos de mi cuerpo se paralicen al instante. Miro con indecisión hacia atrás y veo que el indigente me está señalando.

—¿Puedes darme unas monedas? —me pregunta.

Enseguida me relajo, pues comprendo que lo único que quiere es algo del dinero que pueda llevar encima y no la cantidad infinitamente más lucrativa que se está ofreciendo por encontrarme.

—Lo siento, no tengo nada —digo, tras soltar un suspiro de alivio. Aunque la tranquilidad no me dura demasiado.

—¿Y eso? —me pregunta el hombre, refiriéndose al cuaderno que tengo en las manos.

—Es mío.

—Dámelo.

—¡¿Qué?! ¡No!

De repente, el hombre se pone de pie. Me da miedo que intente robármelo, así que echo a correr, presa del pánico, todo lo rápido que puedo por las calles de mi ciudad, aún oscuras, pues todavía no ha amanecido. Me siento una recién llegada que no reconoce este lugar y no encaja en él. Ni siquiera miro hacia atrás para comprobar si ese hombre me está persiguiendo; no dejo de correr hasta que veo un taxi aparcado un poco más adelante.

Abro una de las puertas traseras y me siento justo detrás del conductor, que, de forma evidente, se sobresalta ante la repentina aparición de una nueva pasajera. Agacho la cabeza para que no pueda verme bien por el retrovisor. Lo único que quiero en estos momentos es que me lleve ya a Winnetka. Cuando esté por la zona, haré a pie el resto del trayecto hasta la casa de mi familia.

Entonces quizá averigüe lo que les ha podido pasar.

CAPÍTULO 6

PIPPA

Abro los ojos de golpe, y mi cuerpo se tensa de inmediato mientras trato de averiguar qué ha sido lo que me ha despertado. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado dormida, pero está claro que ha debido ser así. Mi intención de quedarme despierta para estar alerta ante cualquier ruido o intruso potencial terminó desmoronándose por culpa del agotamiento que me invadió durante todo el día de ayer. Ahora, sin embargo, estoy completamente despierta. Miro a mi alrededor en esta habitación oscura y desconocida, esperando escuchar otro sonido.

Todo está tranquilo. ¿Me habrá despertado un ruido específico? ¿O habrá sido solo un mal sueño?

No lo sé a ciencia cierta, pero lo que sí sé con seguridad es que estoy sola en una cama en la que nadie ha dormido desde hace un montón de tiempo. No tengo a nadie a mi lado que pueda reconfortarme un poco, y los rincones oscuros de esta habitación tan lúgubre tampoco me ofrecen ninguna tranquilidad.

La cabaña parece estar en silencio, quizá demasiado. Aunque sería aterrador escuchar cómo cruje alguna tabla del suelo, me tranquilizaría un poco oír por ejemplo a alguien roncando, ya sea a mi hijo, mi marido o mis padres. Pero no escucho nada.

Absolutamente nada.

No me gusta.

Decido intentar distraerme mirando mi teléfono. No tengo señal porque he quitado la tarjeta SIM para que la policía no pueda rastrearlo. Sin embargo, sí que puedo ver las fotos que tengo almacenadas en el dispositivo. Eso es lo que decido hacer para intentar animarme.

Contemplo fotografías de Campbell a lo largo del tiempo, desde que era un bebé muy pequeño hasta el niño ya más grande en el que se ha convertido. Aparece en ellas jugando con sus juguetes, disfrutando en un parque o simplemente mirando a la cámara con

esa sonrisa tan maravillosa que tiene. También hay fotos de mi marido, por supuesto. En algunas de ellas está con nuestro hijo, en otras solo, pero en todas ellas siempre está presente su sonrisa, que también es preciosa. Claro que sonreía; aquellos tiempos eran mucho más felices.

Luego me encuentro con una foto de mi hermana y se me parte el alma al verla sonreír, porque siento que es también es una imagen que pertenece exclusivamente al pasado. En esta foto, Darcy está riéndose mientras se come un plato de nachos. Recuerdo con exactitud de cuándo es la instantánea: la tomé una noche que fuimos a cenar a un restaurante mexicano. Las dos estábamos cansadas después de sendas jornadas interminables en el hospital en el que trabajábamos, pero cumplíamos con la promesa que nos habíamos hecho de quedar de vez en cuando para ponernos al día con una buena comida de por medio. Fue una noche divertida. Y fue la última que pasamos juntas antes de que Darcy tuviera su accidente de coche unas semanas más tarde y perdiera la memoria, destrozando a nuestra familia y haciendo que mis padres y yo lo intentáramos absolutamente todo para conseguir que la recuperara.

Es horrible que se me cruce esta idea por la cabeza, pero, mientras estoy tumbada aquí sola, en esta cama, a muchos kilómetros de mi verdadero hogar, pienso en lo fácil que sería mi vida ahora mismo si fuera hija única. Nunca me habría metido en situaciones tan terribles si no me hubiera dedicado a tratar de sacar a mi hermana de sus líos. Ella no es perfecta, ha cometido muchos errores en su vida. Esta vez es una víctima, así que he hecho todo lo posible por defenderla. Pero ¿y si nunca hubiera tenido que hacerlo? ¿Y si no tuviera una hermana? Supongo que las cosas serían mucho más sencillas. Sin Darcy, no habría habido cadáveres de por medio, policía ni necesidad de huir de casa con mi hijo a cuestas. Y no habría existido razón alguna para ocultarle secretos a mi marido hasta que todo estalló por los aires.

Es injusto pensar que todo esto es culpa de Darcy, porque no es así. Laurence era un hombre despiadado que la obligó a hacer cosas que ella no quería hacer. Pero lo cierto es que, si no tuviera una hermana, en estos momentos me encontraría durmiendo en mi

propia cama junto a mi marido, y Campbell iría hoy al colegio. En fin, tal y como están las cosas ahora mismo, siento que lo estoy perdiendo todo por mi hermana, por el mero hecho de que la quiero y no puedo abandonarla.

¿Merecerá la pena?

La pregunta es estúpida. Darcy no es solo mi hermana. Es también mi mejor amiga, una mujer que siempre ha estado ahí en momentos difíciles de mi vida, así que lo justo es que ahora le devuelva el favor. Por supuesto, ninguno de mis momentos difíciles tuvo una magnitud ni siquiera parecida a la de la situación actual, pero la cuestión es la misma. Las hermanas deben protegerse, así que yo voy a apoyar siempre a Darcy, independientemente de a dónde nos conduzcan a todos mis acciones.

Tengo la sensación de que me estoy volviendo loca con este silencio asfixiante, así que decido salir de la cama y comprobar cómo están los miembros de mi familia. Supongo que voy a encontrármelos a todos durmiendo, pero necesito asegurarme.

Al echar la manta hacia atrás, noto una sensación de frío al instante. Supongo que mi padre apagaría el fuego del salón antes de irse a la cama por motivos de seguridad. El frío se ha vuelto a apoderar de la cabaña no demasiado tiempo después. Busco mi sudadera para ponérmela, y considero la posibilidad de no volver a acostarme y dedicar un rato a intentar encender otro fuego por mí misma.

Avanzo con paso vacilante hasta las cortinas y las descorro para echar un vistazo hacia el exterior, esperando no encontrarme nada alarmante al otro lado del cristal. Al contrario, lo que veo me reconforta. Hay un tenue resplandor de color naranja en el horizonte. Está a punto de amanecer. Pronto, esta cabaña y el bosque ominoso en el que se encuentra estarán iluminados por un sol radiante.

Imagino que me sentiré mucho mejor cuando eso suceda.

Dejo atrás la soledad del dormitorio y voy en busca de algo de compañía. Me asomo a la puerta del primer dormitorio por el que paso, que es donde se supone que están durmiendo mis padres. Al mirar por el hueco estrecho que deja la puerta entreabierta veo a mi

madre y a mi padre en la cama, pegados el uno al otro. Él tiene un brazo extendido por encima de ella; ambos están acurrucados bajo el calor de una manta. Lucen exactamente como debería hacerlo cualquier matrimonio. Puede que estén pasando por un infierno con todo lo que está sucediendo con sus dos hijas y la investigación policial consecuente, pero el amor que se tienen el uno al otro se mantiene firme y resiste cualquier adversidad. Son un ejemplo para cualquier pareja de lo que significa amar y valorar a la persona con la que te has casado. Es precioso ser testigo de ello, aunque no puedo evitar sentir una profunda envidia porque mi matrimonio no tiene la firmeza del suyo.

Como eso me hace pensar en mi marido, y también en mi hijo, decido ir a verlos a la habitación contigua. Cuando miro hacia el interior de la misma, veo a Campbell tal como lo dejé, acurrucado en su cama y todavía profundamente dormido. Al menos no estará agotado cuando comience el nuevo día. Después, me fijo en el suelo, en un lateral de la cama, donde descansa mi marido. No está igual de cómodo que mi hijo, eso seguro, pero al menos también parece estar descansando. Aunque la imagen de Karl durmiendo junto a la cama de nuestro hijo es bella, soy muy consciente de que está ahí porque ha preferido eso antes que dormir a mi lado. Tengo la extraña sensación de ser la que está más fuera de lugar de las cinco personas que habitamos esta cabaña.

Me dirijo hasta el salón comedor y enseguida veo las brasas del fuego que encendió mi padre. Antes de pensar cómo volver a darles un poco de vida, me pongo a rebuscar un poco entre la comida que hemos traído. Mi madre ha sacado algunas cosas de las bolsas, aunque me doy cuenta de que no todas; habrá dejado en ellas más o menos la mitad. Me imagino que habrá considerado la opción de que quizá tengamos que salir corriendo de repente y no nos dé tiempo a meterlo todo en las bolsas de nuevo. Abro un paquete de galletas, engullo dos de inmediato y me obligo a parar ahí, pues no me parece justo saciar mi apetito cuando los demás estarán a punto de despertarse hambrientos.

Mientras termino la segunda galleta, echo un vistazo más detenido por el salón, pues anoche no lo hice. Abro las puertas de algunos

armarios y, aunque al principio no veo nada interesante, termino encontrando el mando a distancia de una televisión. Pero yo no veo ninguna tele por aquí. ¿Dónde estará?

Miro por todas partes, sin suerte. Estoy a punto de darme por vencida y asumir que alguna vez habría alguna pero la quitarían o quizá alguien la haya robado, pero en ese momento encuentro un interruptor en la pared, detrás de un mueble. Lo pulso pensando que se va a encender una luz, pero, en lugar de eso, se escucha un ruido mecánico proveniente de la parte superior de la chimenea. Me giro y veo cómo el cuadro que hay sobre la chimenea se divide en dos. Tras él, aparece una televisión fijada en la pared.

Pulso un botón del mando a distancia de inmediato con la intención de encender la tele, esperando encontrar un canal de noticias y ponerme al día acerca de los últimos acontecimientos sobre Darcy y la investigación policial. Lo único que aparece en la pantalla son interferencias, una mezcla de negro y gris borroso, lo que claramente significa una cosa.

No hay señal. Pero debe haber *electricidad*.

Eso me hace pensar que tal vez podamos hacer funcionar la televisión en algún momento. Tener acceso a las noticias aquí sería algo muy ventajoso para nosotros, pues nos ahorraría tener que salir de la cabaña para intentar enterarnos de las novedades en algún lugar más habitado. Sin embargo, hasta que alguien con más conocimientos que yo consiga hacer funcionar la tele, no me sirve demasiado, así que la apago y tiro el mando al sofá.

Ha comenzado a filtrarse una luz tenue en el interior de la cabaña. Puedo escuchar algunos pájaros gorjeando en los árboles, anunciando la llegada del nuevo día. Supongo que esos sonidos pronto despertarán también a los demás, así que decido intentar encender un fuego con la esperanza de que, cuando entren en el salón, encuentren algo de calor. También pienso que, si consigo impresionar a Karl haciendo algo así, puede que hoy se muestre un poco menos hostil conmigo, aunque soy consciente de que el mero hecho de conseguir unas llamas no compensa en absoluto que lo haya obligado a huir hasta este lugar.

Revuelvo las cenizas de la chimenea con un atizador, pero ya no queda leña por quemar. Enseguida comprendo que mi padre la cogería del exterior. Eso significa que, si quiero encender un fuego, tendré que salir de la cabaña y buscar leña por mí misma. ¿Quiero salir sola teniendo en cuenta la experiencia de anoche, cuando sentí que había alguien que me estaba observando?

Me acerco hasta una ventana y, a través del cristal, miro hacia la cabaña más cercana, esperando no encontrar nada raro. Se supone que está vacía, así que no debería ver luces ni movimiento en su interior. Así es, y por lo tanto pienso que, tal y como me advirtió mi padre, quizá mi imaginación me jugara una mala pasada. Aquí no hay nadie más que nosotros.

Siento cada vez más determinación a medida que el sol asciende y el entorno se va iluminando más y más. Decido pues ponerme los zapatos y lanzarme al exterior. Si este va a ser nuestro hogar durante un tiempo, es hora de empezar a sentirnos cómodos en él.

Salgo de la cabaña y cierro la puerta con cuidado. Echo un ojo a mi alrededor, buscando trozos de madera que pueda coger con facilidad. Veo algunos buenos trozos sobre el pasto crecido, así que voy hacia allá y los recojo pensando que servirán, aunque no estoy segura de ello. Me siento completamente fuera de mi terreno rebuscando por un bosque.

Yo soy enfermera, trabajo en pabellones infantiles atendiendo a pacientes enfermos, tomándoles la tensión y administrándoles inyecciones. Me formé para eso, no para esto. Pero en fin, a estas alturas ya sé que es muy poco probable que me dejen volver a realizar ese tipo de trabajo.

Intento no pensar demasiado en lo mucho que echaré de menos la enfermería y centrarme en lo que estoy haciendo, aunque acabo alejándome de la cabaña un poco más de lo que pretendía en un principio. Cuando me doy cuenta de ello, me detengo y me doy la vuelta para regresar, pensando que la leña que he recogido será suficiente por ahora. Justo antes de encaminarme hacia la cabaña, oigo el crujido fuerte de una rama y se me hiela todo el cuerpo.

¿Qué coño ha sido eso?

¿Un animal?

¿O una persona?

Percibo un rápido movimiento entre los árboles que tengo delante, y enseguida obtengo mi respuesta. Se mueve deprisa y desaparece de mi vista casi tan rápido como apareció ante mí, pero lo he podido ver lo suficiente como para estar segura de qué se trataba.

No era un ciervo.

No era un oso.

Era un hombre.

Pues mira por dónde, yo tenía razón.

Al final resulta que no estamos solos en estas cabañas.

CAPÍTULO 7

DARCY

Según me voy acercando a casa de mis padres, mi estado de ansiedad empeora, sobre todo desde que me doy cuenta de que ni de lejos tengo suficiente dinero como pagarle la carrera al taxista. Ya había pensado en que me dejara a un par de calles antes de mi destino, por precaución, pero ahora siento la necesidad de salir del vehículo de inmediato, antes de que la cantidad que marca el taxímetro se incremente todavía más. El problema es que tengo que ponerle alguna excusa que parezca creíble.

—Pues ya hemos llegado —le digo, señalando una casa junto a la calle por la que transitamos—. Esa de ahí es mi casa. ¿Podría esperarme aquí un segundo mientras entro a coger algo de dinero?

El conductor, que no parece haberse dado cuenta de que durante los últimos veinte minutos ha estado llevando en su taxi a una prófuga, tampoco parece ver problema alguno en lo que acabo de pedirle, así que aparca delante de la casa que le acabo de indicar. Pobre hombre. Me siento fatal por estar a punto de dejarlo tirado sin pagarle, con el trayecto tan largo que hemos recorrido desde la ciudad. Pero no me queda otra. No puedo pagarle, así que, si no desaparezco ya, va a echar los seguros del taxi y luego probablemente llamará a la policía. Con todo el esfuerzo que me ha supuesto llegar hasta aquí, acabarían deteniéndome por no haber pagado un taxi.

—¿Cuánto va a tardar? —me pregunta el conductor, mientras contemplo la casa ante la que acabamos de detenernos. Rezo para que no salga nadie de ella que pueda estropear mi plan.

—Nada, estoy de vuelta en dos minutos —le respondo. Tiento la manilla de la puerta y, para mi alivio, compruebo que esta se abre de inmediato. Menos mal que no voy a tener que pasar ni un segundo más encerrada en este vehículo.

Contengo un poco la rabia que siento por haber engañado a un hombre inocente y trabajador y cierro la puerta del taxi con cuidado,

pues no quiero despertar a algún vecino que quizá siga durmiendo, dado que aún no ha amanecido. Luego empiezo a subir por el camino de entrada en dirección a la casa a la que se supone que me dirijo para coger algo de dinero. Pero, obviamente, no puedo entrar en ella, así que me encamino hacia la puerta lateral de la parcela y la abro, esperando no encontrarme ninguna sorpresa desagradable al otro lado, como por ejemplo un perro o el dueño de la casa que, quizá, esté despierto desde bien temprano para ocuparse de su jardín. Por suerte, no hay nada que me dé la bienvenida, así que cierro la puerta al pasar y ya solo tengo que cruzar unos cuantos jardines traseros y salir un poco más adelante en la misma calle, a una altura desde la que el taxista no pueda verme.

No se me escapa en absoluto lo absurdo que resulta recorrer diversos jardines, pasar sigilosamente por delante de varias camas elásticas, saltar verjas no demasiado altas o ir abriéndome paso entre los árboles que me encuentro por el camino. Según se me describe en los medios de comunicación, soy una mujer peligrosa e inteligente con formación médica y una amplia experiencia como enfermera. Sin embargo, aquí estoy, dando tumbos al amanecer como alguien sin rumbo ni propósito alguno en la vida.

Supongo que ese es el tipo de persona que soy ahora.

Atravieso varios jardines, provocando que se encienda tan solo una luz de seguridad por el camino. No escucho que me llamen la atención, así que doy por hecho que no me ha visto nadie. Creo que ya puedo salir de nuevo con discreción a la calle. Cuando miro hacia atrás al hacerlo, veo el taxi a lo lejos. Todavía está esperando fuera de la casa frente a la que me baje. El conductor posiblemente seguirá tranquilo, sin sospechar aún que nunca más va a volver a verme el pelo. O quizá sí lo haga, cuando vea mi imagen en las noticias y se entere de lo cerca que estuvo de llevarse los cincuenta mil dólares de recompensa que dan por encontrarme.

Me alejo rápidamente de él, manteniendo la cabeza gacha y el paso acelerado hasta que veo a poca distancia de mí un letrero que me indica que ya casi he llegado a casa.

Sherwood Crescent.

Cuanto más me acerco, más cosas voy recordando, historias que parecía que había olvidado para siempre pero que han estado reapareciendo en mi memoria con una frecuencia cada vez mayor, lo que debe significar que mi cerebro se está curando por fin o que hay otros factores que están provocando que me acuerde de cada vez más cosas. Espero que no se trate de algo siniestro, como por ejemplo cuando una persona ve su vida pasar ante sus ojos justo antes de morir. Al fin y al cabo, hay que tener en cuenta que la policía me está buscando. Si me encontraran, quizá no se arriesguen a intentar capturarme por las buenas.

Puede que saquen sus armas, apunten y se aseguren de que no vuelva a escaparme.

Ralentizo el paso cuando llego al principio de mi calle, consciente de que puede haber un buen número de policías a la vuelta de la esquina. Busco refugio detrás del muro de un jardín y, a continuación, me asomo para comprobar qué obstáculos se interponen en el camino hasta mi casa.

En efecto, hay policías, aunque tan solo veo a dos, que están sentados en un vehículo aparcado frente a la vivienda de mis padres. Los dos están despiertos, cosa lógica estando de servicio, pero no parecen muy alerta. Uno de ellos se está frotando los ojos; el otro descansa la cabeza sobre su mano, que a su vez está apoyada sobre la ventanilla del coche. Ambos tienen pinta de estar aburridos y de no esperarse ni por asomo ningún tipo de acción a estas horas de la mañana. Ni de coña. Sabiendo que medio país los está buscando, los miembros de la familia dueña de esta casa tendrían que estar locos para volver a ella.

Debo estar loca de remate.

Decido mantener la misma estrategia que tan bien me ha funcionado para escapar del taxista sin que me viera, así que intento ir acercándome a la casa a través de los jardines traseros de las casas de los vecinos. Atravieso un jardín muy extenso con piscina y columpios para niños. En la propiedad contigua, paso por encima de un césped bien cuidado y, de repente, me quedo paralizada. Hay un hombre de mediana edad sentado en su terraza de madera con una taza de café.

Y me está mirando.

Aunque es evidente que me ha visto, no muevo ni un solo músculo, como si, por arte de magia, el quedarme inmóvil pudiera hacer dudar a este hombre de lo que está viendo. Sin embargo, enseguida me confirma con precisión que sabe quién soy.

—¿Darcy? —murmura, como si estuviera viendo un fantasma. Imagino que debo dar verdadero miedo a los vecinos de esta calle, que ahora han comenzado a comprender que han estado viviendo en presencia de una familia tan infame como la mía.

Antes de que pueda responderle, se mueve con rapidez hasta la puerta de atrás de su vivienda. Doy por hecho que tiene la intención de avisar a los agentes que hay en el coche de policía para hacerles saber que estoy aquí.

No tengo más remedio que detenerlo antes de que pueda hacerlo.

—¡Espera! —le grito mientras lo persigo.

Cuando llego a la altura de la puerta trasera, tengo miedo de que haya echado la llave a toda prisa. Pero no lo ha hecho, así que, en un abrir y cerrar de ojos, me encuentro en el interior de su vivienda. Cruzo corriendo la cocina, con el temor de no poder atraparlo antes de que salga a la calle. Si llega a alertar a esos policías de mi presencia, no solo correré el riesgo de que me detengan, sino que además nunca podré entrar en casa de mis padres para ver si hay alguna pista de a dónde puede haberse dirigido mi familia.

Por lo tanto, bajo ninguna circunstancia puedo permitir que este hombre se me escape.

Lo alcanzo en la entradilla de la casa, donde está intentando desesperadamente abrir la puerta de la calle. Al llegar hasta él, me viene a la imagen un recuerdo: yo ya he estado aquí, y además hace muy poco tiempo. Me veo a mí misma en este vestíbulo, con la espalda contra la pared y mi madre justo delante de mí, impidiéndome salir de la casa. Entretanto, el propietario de la casa y su mujer están de pie a unos metros, observando la escena.

Mi madre y yo estamos discutiendo, y recuerdo bien por qué.

Yo era su enfermera y ella, mi paciente. *Pero todo era una farsa*. Ella fingió estar enferma para que yo volviera a la casa de la familia

y trabajara allí como enfermera, con la esperanza de ayudarme a recuperar la memoria, perdida tras mi accidente.

¿Y cómo reaccioné a aquello?

Hui.

Llevo huyendo desde entonces.

—¡Detente un momento! ¡Espera! —le suplico al hombre. Tiro de él hacia atrás para alejarlo de su puerta antes de que consiga abrir la cerradura. En cuanto le pongo las manos encima, entra en pánico y se aleja de mí a toda prisa.

—¡No me hagas daño! —me ruega, lo cual es una estupidez, porque por supuesto que no voy a hacerle nada. Pero enseguida comprendo que eso él no lo sabe. Probablemente esté dando crédito a lo que cuentan de mí en las noticias. Por lo tanto, va a ser casi imposible convencerlo de que no tengo intención de causarle ningún daño. Como tampoco es que disponga de mucho tiempo para tratar de persuadirlo, decido hacerme pasar por la persona que él cree que soy.

—No me va a quedar más remedio que hacerlo si das un paso fuera de esta casa —le amenazo. El hombre permanece quieto. Ahora que tengo su atención, necesito usarla a mi favor—. Yo no quiero hacerte nada, y de verdad que si me haces caso, no te va a pasar nada malo. Necesito entrar en casa de mis padres sin que me vea la policía. Quiero coger una cosa de allí y después voy a desaparecer, no tendrás que volver a verme jamás. ¿Puedes permitirme hacer eso? ¿O vas a interponerte en mi camino?

—No, no, puedo dejarte que lo hagas, claro —me responde el hombre, aterrorizado.

¿Podré fiarme de él?

—Te lo advierto: si avisas a la policía en cuanto me haya ido, entonces volveré y te aseguro que tú también vas a salir en las noticias. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

El hombre asiente, moviendo la cabeza arriba y abajo de forma casi cómica. Parece absolutamente desesperando por convencerme de que no va a gritar mi nombre a los diez segundos de que me haya ido.

Ha llegado pues la hora de salir de esta casa, así que lo hago por la puerta trasera con la esperanza de no oír cómo el hombre sale por la principal. Pero eso no ocurre. Cuando llego al límite del jardín de mis padres, no escucho ningún alboroto en la calle que me indique que puedo correr peligro.

Me dirijo hacia la puerta trasera una vez que he comprobado que no hay ningún policía al acecho entre los arbustos. El sol naciente está reduciendo las sombras en las que podrían esconderse, pero también está acabando con mis posibles escondites, así que ahora tengo que ser aún más rápida.

Según me acerco a la puerta de la parte de atrás, voy considerando la opción de que esté cerrada con llave, cosa que confirmo nada más alcanzarla. ¿Cómo voy a entrar? Debería haberlo pensado antes. No puedo entrar por delante porque me vería la policía. Puede que tenga que romper una ventana.

Me doy la vuelta y veo un montón de piedras. Estoy a punto de agacharme para coger la más grande cuando un oportuno *flashback* me recuerda que no tengo que causar ningún destrozo para entrar.

Me veo a mí misma siendo adolescente, entrando a hurtadillas en este jardín trasero después de una noche de juerga. Me acerco hasta el montón de piedras y busco una llave debajo de la blanca.

¿Seguirá aquí esa llave?

Levanto la piedra blanca y obtengo mi respuesta.

Cojo la llave y me dirijo hasta la puerta, nerviosa por probarla ya en la cerradura.

Se desliza en ella fácilmente y la puerta se abre sin esfuerzo.

Ya estoy otra vez dentro de la casa de mi familia. Sí, la policía está justo en el exterior de la fachada principal, pero de momento no saben que estoy aquí.

Tengo que aprovechar esta oportunidad.

¿Qué puedo encontrar en esta casa que me ayude a recuperar a mi familia?

CAPÍTULO 8

PIPPA

Tenía la idea de que mi familia durmiera hasta tarde, pero acabo de ver una cosa en el bosque, fuera de la cabaña, que ha cambiado mis planes. Mejor dicho, una persona. No sé quién será ese hombre, pero su presencia demuestra que tenía mis motivos para estar paranoica.

Mi mayor temor se ha hecho realidad.

No estamos solos en estas cabañas.

Decido entrar primero en el dormitorio de mis padres, con la intención de despertarlos y contarles lo que he acabo de ver. Luego iré a la habitación en la que duermen mi marido y mi hijo, para despertar al primero y, probablemente, sobresaltar al segundo.

Encuentro a mis padres tal y como los dejé la última vez que los vi. Están pegados el uno al otro, acurrucados en la cama, y el brazo de mi padre abraza el cuerpo de mi madre. Su tranquilidad se acaba de golpe, pues empiezo a zarandearlos e interrumpo su plácido descanso.

—¡Mamá, papá, despertad! —exclamo. Utilizo un tono de voz suave, aunque suficiente para sacarlos del sueño, o quizá pesadilla, que puedan estar teniendo.

Es mi padre el que se despierta primero. Se gira sobre su espalda y frunce el ceño, buscando que sus ojos se ajusten cuanto antes a la luz que se ha hecho en su habitación de forma repentina. Se frota un poco la cara para comprobar quién acaba de despertarlo, y mientras lo hace mi madre también se despierta. Al principio está muy agitada, lo cual es comprensible teniendo en cuenta la brusquedad de mi entrada en el dormitorio.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo con Darcy? —me pregunta mi madre, que se ha incorporado en la cama y tiene pinta de estar dispuesta a ir de inmediato a socorrer a su otra hija si fuera necesario hacerlo.

—¡Hay un hombre ahí afuera! —exclamo sin rodeos.

—¿Qué? —grita mi padre. Se levanta de un salto de la cama y se acerca hasta la ventana—. ¿Es la policía?

—No. Creo que no. No sé quién es. Supongo que es un hombre cualquiera. Pero a lo mejor le da por llamar a la policía. Te dije que había alguien por aquí. ¡Lo presentía!

Mi padre corre la cortina y echa un vistazo hacia el exterior, pero dudo mucho que vaya a ver nada. Cuando lo vi, el hombre se movió con mucha rapidez; es probable que prefiera permanecer oculto. No me parece muy factible que esté ahí fuera esperando que alguien se asome a la ventana para saludarlo.

—No veo a nadie —dice mi padre. Obviamente eso no me hace sentir mejor, porque yo tengo muy claro lo que he visto.

—Tenemos que irnos ya de aquí, antes de que ese hombre caiga en la cuenta de quiénes somos por culpa de las noticias —digo—. Si es que no nos ha reconocido ya.

—¡Eh, tranquila, ve más despacio! Acabamos de llegar aquí y no sabemos quién es ese tipo; de hecho, ni siquiera sabemos si existe —dice mi padre.

Mi madre se levanta con esfuerzo de la cama y se pone la bata. Tiene una cara de agotamiento que parece que no hubiera dormido en toda la noche.

—¿Cómo que ni siquiera sabemos si existe? ¿Me estás diciendo que me lo estoy inventando? —le grito. Mi tono voz es tan alto que es evidente que voy a despertar a los que están durmiendo en la otra habitación, pero no puedo evitarlo.

—Lo único que sé es que llevas tiempo sin dormir bien y has sufrido una situación de mucho estrés —responde mi padre—. Tu mente podría estar jugándote malas pasadas, sobre todo ahí afuera.

Me lo dice mientras señala los árboles que nos rodean, con la clara intención de hacerme ver que, por mucho que ya haya salido el sol, aún existe una gran penumbra bajo las copas de esos árboles.

—¡No he visto nada que no exista! —me defiendo—. He visto a un hombre. ¡Y era tan real como tú!

—Eh, ¿qué está pasando aquí?

Todos nos giramos y vemos a Karl en el umbral de la puerta, con Campbell a su lado. Mi hijo está acurrucado contra la cintura de su

padre y, pobrecillo, parece dormido y asustado al mismo tiempo.

Quiero contarle a mi marido lo mismo que acabo de explicarles a mis padres, pero temo que eso pueda hacer que mi hijo tenga aún más miedo, así que me muerdo la lengua. Mi madre llena el silencio con sabiduría, haciendo lo que mejor saben hacer la mayoría de las madres cuando se trata de conseguir que su familia se sienta mejor.

Se ofrece a preparar el desayuno para todos.

A Campbell le gusta la idea, así que su abuela se lo lleva con ella en dirección a la cocina. Ahora que ya se ha ido, puedo poner a mi marido al día sobre los últimos acontecimientos.

—He visto a un hombre en el bosque. Ha sido un poco de refilón, pero lo que está claro es que hay alguien por la zona. Le estoy diciendo a mi padre que tenemos que irnos de aquí, pero él no está de acuerdo. ¿Qué opinas tú?

Debe ser demasiada información para mi pareja, teniendo en cuenta que hace dos minutos aún estaba durmiendo; es por eso por lo que tarda unos instantes en procesarla un poco. Pero mi padre ya ha tenido suficiente, como prueba el hecho de que se dispone a salir de la habitación sin seguir discutiendo el asunto.

—¿Dónde está ese hombre ahora? —pregunta Karl, nervioso.

Le respondo que no lo sé, y mi padre, al escucharme, se marcha como si ya no hubiera nada más que hablar. Su actitud me irrita, así que decido seguirlo.

—Papá, tenemos que hablarlo —le digo cuando le doy alcance en el salón comedor, donde Campbell ya está sentado junto a la mesa. Mi madre le está sirviendo unos cereales en un bol, y les añade un poco de leche de esa que no necesita refrigeración. Menos mal que la tenemos, porque aquí no parece haber una nevera que funcione.

—¿Tenemos una televisión? —pregunta mi padre al fijarse en la pantalla que descubrí hace un rato.

—No hay señal —le digo, aunque la expresión tranquila del rostro de mi padre sugiere que eso podría no ser un obstáculo importante.

—Voy a echar un vistazo. Puede que haya una antena parabólica en el tejado y que solo haga falta ajustarla un poco.

¿De verdad? ¿Su respuesta a que le advierta de que tenemos compañía en estas cabañas es ponerse a hacer alguna chapuza

doméstica?

—¿Soy la única persona aquí capaz de reconocer que tenemos un problema? —pregunto en voz alta. Sin ninguna duda, esa es la impresión que da, porque todos parecen estar a lo suyo. Campbell está comiendo, mi madre prepara más comida, Karl está buscando el café y mi padre se dedica a juguetear con el mando a distancia.

Ya me cuesta creer a veces a mi familia cuando las cosas van bien. Ahora que estamos en uno de nuestros peores momentos, ¿de verdad pretenden fingir que aquí no pasa nada? Estoy a punto de alzar las manos al aire en un gesto de incredulidad cuando Karl toma la palabra, para decir algo que todos parecen pensar.

—¿A dónde quieres que vayamos? —me pregunta con tranquilidad —. ¿Dónde, si no es aquí, tendríamos un techo bajo el que cobijarnos, camas calientes, un fuego y un lugar para sentarnos a comer?

O sea que, aunque mi familia me creyera cuando les digo que he visto a un hombre —lo cual parece ser discutible para ellos—, no estarían dispuestos a irse de aquí, porque esta es la mejor opción que tenemos siendo una familia a la fuga. ¿Es eso?

—Voy a subir al tejado —dice mi padre—. Karl, ¿me echas un cable?

—Claro —responde mi marido.

Los dos hombres salen de la cabaña, posiblemente felices por alejarse un poco de mí y dejar de escuchar mis quejas. Su comportamiento me duele más de lo que se creen.

Campbell termina con gran rapidez su desayuno y muestra su deseo de ayudar a mi padre y a mi marido. Evidentemente, es demasiado pequeño para subir al tejado.

—¿Por qué no lo llevas a dar un paseo? Le vendría bien un poco de aire fresco —sugiere mi madre. Da la impresión de que hubiera ignorado por completo que le he dicho que hay un hombre ahí afuera.

—¿Qué? No. ¡Podría ser peligroso! —exclamo.

Sin embargo, Campbell ya está junto a la puerta, poniéndose los zapatos.

—No puede quedarse aquí recluido todo el día —me dice mi madre—. Y tú tampoco. Te vas a volver loca.

La implicación es evidente.

Según todos, estoy perdiendo la cabeza.

Por eso a nadie más le preocupa la existencia de ese hombre.

Nadie se cree que lo que he visto sea real.

Quizá sí que necesite un poco de aire fresco, aunque abro la puerta con muchas reticencias. Me aseguro de coger a Campbell de la mano para que no salga corriendo en cuanto estemos en el exterior.

—¡Venga, mamá, vamos! —resopla, sin duda como loco por estirar las piernas y quemar algo de energía. Pero pienso mantenerlo cerca de mí, porque desconozco a dónde se habrá dirigido ese hombre o si sigue acechando por aquí cerca.

Cuando salimos, veo a mi marido justo en un lateral de la cabaña mirando hacia mi padre, que está sentado de forma insegura en el tejado, trasteando con la antena parabólica.

—¡Hola, abuelo! —grita Campbell, emocionado por verlo en el tejado, aunque yo no estoy tan contenta como él. Un resbalón, una caída y podríamos estar hablando de una lesión grave, lo cual sería un verdadero problema porque nos encontramos a muchos kilómetros de cualquier hospital. Y tampoco es que pudiéramos acudir a ninguno, pues nos detendrían al instante.

—Ten cuidado ahí arriba —le digo a mi padre con nerviosismo, intentando quitarme de la cabeza la idea de que se caiga y se rompa un hueso.

—No te preocupes, no me va a pasar nada. Y, si me pasa, tú eres enfermera —me dice, bromeando para relajar un poco el ambiente, aunque no me hace ninguna gracia.

A pesar de que esté cualificada para atender a alguien, solo entre las paredes de un hospital tengo acceso a analgésicos, vendas y cualquier otra cosa que un profesional médico necesite para un paciente. Pero aquí no dispongo de absolutamente nada, salvo el botiquín básico que me traje de casa, que no serviría para mucho.

Campbell pierde el interés por ver al abuelo en el tejado cuando cae en la cuenta de que tiene todo un bosque a su disposición en el

que jugar. De repente, se suelta de mi mano y sale corriendo.

—¡Campbell! ¡Vuelve aquí! —grito, desesperada. No quiero que se aleje mucho de mí, pero es rapidísimo para las piernas tan cortas que tiene.

Antes de que pueda alcanzarlo, ha llegado a la cabaña más cercana. Se me hiela la sangre al imaginarme la posibilidad de que ese hombre esté ahí dentro, dispuesto a coger a mi hijo y arrastrarlo hacia el interior.

—¡Campbell! ¡Para de una vez! —le ruego, pero está fuera de mi alcance. Estamos demasiado cerca de esa cabaña como para estar tranquila. No tengo ni idea de si habrá alguien dentro y no quiero acercarme lo suficiente para averiguarlo. Justo antes de que Campbell llegue a los escalones que conducen a la puerta de entrada, se cae y suelta un gemido al chocar contra el suelo, que está cubierto de hojas.

—¡Ay! —grita. Es evidente que se ha hecho daño.

Cuando llego a su altura, está llorando desconsoladamente.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupada. Pero no es nada, tan solo tiene un rasguño en la rodilla—. Por eso no puedes salir corriendo por ahí sin mí. Es muy peligroso. ¿Lo entiendes?

Campbell no parece nada contento entre la rodilla que se acaba de magullar y tener que escuchar a su madre sermoneándole. Decido que ya hemos pasado suficiente tiempo aquí afuera y que es hora de volver al interior de la cabaña.

Se pone de pie y vuelvo a cogerlo de la mano. Mientras lo hago, echo un vistazo a las ventanas de la cabaña, pero no veo a nadie que, desde el interior, me esté devolviendo la mirada. Luego contemplo por un instante la arboleda, dudando si podría volver a ver a ese hombre por allí. Pero tampoco veo nada.

¿Tendrá razón mi familia? ¿Será todo fruto de mi imaginación?

¿O mi intuición no me ha fallado?

Me siento aliviada en cuanto me encuentro de nuevo en la cabaña. Mi madre consuela de inmediato a Campbell, y mi padre y mi marido vuelven adentro muy poco tiempo después de haberlo hecho nosotros.

—Espero que haya funcionado —dice mi padre, que coge el mando a distancia y vuelve a encender la televisión. Ya no hay interferencias, sino imágenes en movimiento. Mi padre lo ha conseguido. Ha arreglado la tele. Ya podemos ver las noticias.

¿Será eso algo positivo?

No tardamos demasiado en obtener la respuesta. Después de zapear un poco, mi padre da con un informativo. Tal y como nos temíamos, parece que seguimos siendo la noticia que ocupa los principales titulares. O bueno, mejor dicho, es Darcy quien los ocupa. Y además, lo último que leemos es aún más impactante que lo que vimos antes de salir huyendo de nuestras casas.

"Darcy Miller, la enfermera asesina objeto de una intensa búsqueda, ha sido vista en el centro de Chicago esta mañana».

¿Ha vuelto Darcy a Chicago? Debe estar buscándonos. ¿Cómo va a ser capaz de encontrarnos en estas cabañas?

Me cuesta mucho respirar con normalidad cuando comprendo a qué lugar debe haberse dirigido.

Es muy peligroso, pero me jugaría cualquier cosa a que es allí donde está.

Estoy segura de que ha ido a casa.

Pero allí las únicas personas a las que va a encontrar son agentes de policía.

CAPÍTULO 9

DARCY

La casa está en silencio cuando entro en ella, tanto que me pone los pelos de punta. Parece como si llevara mucho tiempo deshabitada. Y así debe haber sido, pues al menos mi familia debe llevar varios días sin pisarla. Los únicos que han estado aquí desde que ellos se fueron son diferentes miembros del cuerpo de Policía. Aunque tampoco ellos están aquí ahora. Aparte de esos dos agentes que hay en el coche patrulla aparcado frente a la casa, estoy sola. Tengo que actuar muy rápidamente, porque no puedo permitir que me pillen aquí.

Cierro la puerta de atrás al entrar. Echo un vistazo a la cocina, y, al instante, me viene otro *flashback*. Es una imagen reciente. Estoy sentada aquí con mi padre, que me está describiendo el «accidente» que sufrió su mujer, que implica que necesite mis cuidados en calidad de enfermera. En aquel momento yo no sabía que era mi padre, ya que mis recuerdos estaban confusos o directamente no existían. Pero ahora sí que lo sé, y soy capaz de recordar que mis padres me «contrataron» como enfermera en un contexto simulado para ver si lograba recordar algo.

Por fin siento que estoy recuperando mi identidad real.

Estar en esta casa debería acelerar ese proceso.

Salgo de la cocina, atravieso el recibidor, veo una puerta abierta y me adentro en lo que, sin duda, es la sala de estar. Veo sofás, un televisor y una ventana grande orientada hacia la parte delantera de la casa...

Me agacho instintivamente, muerta de miedo ante la posibilidad de que alguno de los policías que están fuera haya mirado hacia la ventana y me haya visto a través de ella. Habría sido muy mala suerte. Voy a asegurarme a partir de ahora de no acercarme demasiado a ninguna otra ventana.

A continuación, entro en el estudio. Casi de inmediato comienzan a venirme más recuerdos. Primero me acuerdo de una vez cuando

era niña y estaba aquí dándole el coñazo a mi padre, que tenía un montón de trabajo y estaba intentando terminarlo. Pero luego recuerdo algo más reciente. Estoy en este estudio husmeando en los cajones del escritorio, intentando averiguar todo lo que pueda sobre las personas que viven en esta casa, y alguien me pilla mientras investigo. Supongo que me estaba volviendo escéptica acerca de la historia que me estaban contando mis padres, no creyéndome que necesitaran mi ayuda como enfermera.

Tengo la sensación de que han pasado muchas cosas desde entonces, pero es que además me imagino que no sé ni la mitad de ellas al ver un trozo de cinta amarilla adherida a una de las paredes. Es como las que usa la policía en la escena de un crimen.

Eso significa que aquí debió suceder algo grave.

¿Qué habrá sido?

Fuera lo que fuera, supongo que tendrá que ver con la razón por la que la policía quiere detener también a mi familia.

Miro a mi alrededor buscando cualquier cosa que pueda darme una pista de dónde podrían estar mis seres queridos. Sin embargo, no veo nada. Cuanto más tiempo paso en la casa, más comienzo a entender que muy probablemente haya sido un error venir hasta aquí. Es obvio que no voy a encontrar ninguna pista sobre el paradero de mi familia entre estas cuatro paredes. Aunque mis padres o mi hermana hubieran considerado la posibilidad de dejar algo para ayudarme a averiguar dónde están, la policía lo habría encontrado antes que yo, así que finalmente habrían decidido no correr ese riesgo.

Tal vez debería irme ya de aquí, pero me reconforta este lugar, pues siento como si estuviera más cerca de mis padres y mi hermana, sin duda más de lo que me he sentido en mucho tiempo. Así que decido quedarme un poco más y seguir mirando por si acaso.

Salgo del estudio y me dirijo con rapidez hacia la planta de arriba, consciente de que podrían cogerme en cualquier momento. Veo varias puertas. Abro la primera, que es la del cuarto de baño. Seguro que aquí no hay nada interesante. Veo mi reflejo en el espejo, y eso me hace detenerme para examinarme con más detalle. Es la primera

vez que me veo en mucho tiempo y me invade una sensación de desconcierto. Por lo general, una persona sabe aproximadamente lo que va a encontrarse cuando se mira en un espejo, pero mi aspecto me ha dejado en *shock*.

Me siento mal en general, pero mi apariencia es todavía peor.

Tengo la piel pálida, el pelo graso y unas ojeras que dejan muy claro que hace tiempo que no duermo en condiciones. Por desgracia, por muy mal aspecto que tenga, mi imagen no es demasiado diferente a la que está apareciendo en todos los periódicos y los informativos. Por lo tanto, sigo siendo fácilmente reconocible, y eso sin tener en cuenta el uniforme de enfermera que sigo llevando puesto, el que robé del hospital donde maté a Parker. Sigo vistiéndolo a falta de algo mejor que ponerme, pero quizá haya llegado ya el momento de desprenderme de él. Sin embargo, siento una extraña comodidad vistiendo un uniforme que me identifica con mi profesión, y me cuesta deshacerme de él. Ojalá siguiera siendo una enfermera normal y corriente que se levanta cada día para ayudar a la gente. Pero todo se ha torcido, así que tengo que quitarme de una vez el uniforme y buscar una vestimenta alternativa.

Aquí debería poder encontrar algo de ropa para cambiarme, aunque sea de mi madre, así que salgo del baño con la intención de explorar un poco en otra habitación. Entro en el dormitorio principal, y de inmediato recuerdo haber estado aquí hace poco tiempo. Mi madre estaba la cama, representando el rol de una paciente y dejando que mi hermana y yo la atendiéramos, como si de verdad lo necesitara. Le tomábamos la tensión, le mirábamos las pupilas y la ayudábamos a levantarse y acostarse. Nos sentábamos a su lado mientras comía y bebía, veíamos películas antiguas con ella, le hablábamos e intentábamos reconfortarla. En aquel momento pensaba que estaba desempeñando un buen trabajo, pero la realidad es que eran los demás los que lo estaban haciendo. Todos estaban actuando, y yo no era más que un simple peón al que manejaban, aunque solo porque me querían tanto que hacían todo lo posible para que yo recuperara la memoria después de mi accidente.

Siento una lágrima correr por mi mejilla cuando contemplo la cama vacía. Esta casa está gélida sin la presencia de mis seres queridos. No debería haber venido aquí, porque ahora me siento incluso peor que antes, que ya es decir. Un bajón repentino de mi estado de ánimo podría constituir un punto de no retorno.

Lo más fácil para mí ahora mismo sería salir de la casa y entregarme a los policías que vigilan el exterior. Pero hay algo muy dentro de mí que me obliga a seguir luchando.

Y sé muy bien lo que es.

Quiero que mi familia se sienta orgullosa de mí.

No puedo conseguirlo si no los tengo a mi lado, así que debo continuar, cueste lo que cueste. Abro uno de los armarios para buscar algo de ropa, pero tanto las estanterías como las perchas están vacías. Lo han vaciado. Parece como si quien viviera aquí hubiera hecho las maletas y se hubiera mudado.

¿Habrá vaciado la policía esta casa?

¿O fueron mis padres los que lo hicieron?

Dudo mucho que la policía tuviera la necesidad de recoger un buen montón de ropa, así que tiene más sentido que fueran mis padres. Eso debe implicar que tuvieron algo de tiempo para planear su huida. Reviso más cajones y armarios, y también debajo de la cama, pero en todas partes pasa lo mismo. Todo ha desaparecido.

Si bien esto puede resultar desconcertante, me da ciertas esperanzas. Puede que mi familia, esté donde esté, se encuentre bien. Es posible que tengan lo suficiente para lograr sobrevivir en otro lugar, suponiendo que puedan conseguir comida. No será fácil, teniendo en cuenta que sus caras aparecen constantemente en las noticias. No pueden registrarse en un hotel, pero quizá hayan encontrado un lugar en el que permanecer ocultos y esperar hasta que yo dé con ellos.

¿Y si yo pudiera aumentar las probabilidades de que nos volvamos a reunir invirtiendo nuestros papeles? Quizá, en lugar de buscar la proverbial aguja en el pajar, pueda hacer algo que les permita saber dónde estoy. Si saben que estoy en la ciudad, si llegaran a saber que he venido hasta la casa familiar, quizá alguno de ellos podría venir a buscarme.

Es una buena idea, pero antes de que pueda reflexionar mucho más acerca de ella, escucho un ruido. Procede del exterior de la casa, así que me asomo rápidamente a una ventana. Veo algo que me produce un escalofrío.

Son los dos policías que estaban sentados dentro del coche.

Ahora están andando hacia la casa.

Debo correr hasta la planta baja antes de que entren porque, de lo contrario, no tendré escapatoria. Voy a toda velocidad hasta el comienzo de las escaleras, tropezándome por el camino y casi cayendo, pero consiguiendo mantenerme de pie en última instancia. A continuación, bajo los escalones de dos en dos, arriesgándome a hacerme daño, pero no me queda más remedio. Cuando me encuentro ya en la planta baja, oigo dos voces al otro lado de la puerta de la calle.

Están a punto de entrar.

Corro a toda prisa hasta la puerta de atrás, rezando para que no entre nadie. Cuando la abro, pienso que quizá haya tenido suerte. Pero, en este instante, alguien grita desde detrás de mí. Cuando me giro, veo a un agente de policía mirándome desde el recibidor por el que ha entrado. Está claro que me ha visto intentando salir.

Nos miramos fijamente durante lo que parece una eternidad, aunque en realidad sea solo un segundo.

Luego, pide refuerzos a través de la radio.

CAPÍTULO 10

PIPPA

La noticia de última hora de que Darcy ha vuelto a Chicago y ha sido vista cerca de la estación de autobuses ha desatado un debate intenso entre los miembros de mi familia acerca de cuáles deberían ser nuestros próximos movimientos. Así, da la impresión de que se ha creado una gran división dentro de esta cabaña.

—¡Tenemos que ir a buscarla! —grito en medio de la discusión, porque no veo que tengamos ninguna otra alternativa—. Debe estar buscándonos, pero no va a poder encontrarnos si estamos aquí. ¡Nos necesita!

—No podemos correr ese riesgo —replica Karl, tajante—. Aquí estamos a salvo, pero no lo estaremos si volvemos a la ciudad. ¿De qué servirá hacerlo si terminamos todos arrestados?

—O sea, que pretendes abandonarla a su suerte —le digo, atónita, enfadada porque mi marido no vea las cosas de la misma forma que yo. Aunque tampoco me sorprende demasiado, porque no hemos coincidido en nada desde que todo esto comenzó.

—Pero a ver, ¿cómo íbamos a encontrarla? Podría estar en cualquier parte de Chicago. ¡No sabríamos ni dónde buscar!

—Sí, sí que lo sabemos. Va a ir a casa, seguro. Tiene la dirección escrita en el cuaderno que le di. Irá allí.

—¡Pues entonces la van a detener!

Karl no se echa atrás en la discusión, pero yo tampoco. Me giro hacia mis padres para tratar de conocer su opinión, aunque el hecho de que ninguno de los dos me haya apoyado expresamente todavía me está poniendo nerviosa.

—Mamá. Papá. Tenemos que ir a ayudar a Darcy. ¿Verdad?

—Por supuesto —dice mi madre. Son palabras prometedoras, pero mi padre niega con la cabeza.

—No. No podemos ir todos. Karl tiene razón. Es demasiado arriesgado. Si nos pillan a todos, se acabó.

—Vale, pues iré yo —respondo. Eso sonaba muy sencillo en mi cabeza, pero la realidad es mucho más complicada. Basta con mirar a mi hijo para comprender lo que puedo perder si la cosa saliera mal.

—¿Puedo ir yo también? —me pregunta Campbell, que no comprende la gravedad de la situación y probablemente piense que se trata de una aventura más—. Quiero volver a casa. No me gusta este sitio.

—No, tú te quedas aquí —responde Karl.

Ahí tengo que estar de acuerdo con mi marido. Nuestro hijo debe permanecer en la cabaña. Si viniera a Chicago conmigo, encontrar a Darcy sería aún más difícil.

—Debe estar muy asustada —dice mi madre con tristeza. Aún no se ha despegado de la tele y continúa viendo las noticias—. Muy confundida. ¡Pobre mía!

—Iré yo a buscarla —dice mi padre. Lo expresa de una forma que no parece tener mucha confianza en que ese plan salga bien, simplemente como si no le quedara más remedio que intentarlo.

Siento un fuerte impulso de ser yo la que vaya, como si tuviera más probabilidades de éxito, aunque es imposible saberlo con seguridad porque hay demasiadas variables a tener en cuenta. Quienquiera que vaya podría ser descubierto y arrestado mucho antes de entrar siquiera en la ciudad, así que debatir qué hacer para llegar hasta Darcy podría no ser más que una pérdida de tiempo.

—Yo puedo encontrarla —aseguro, intentando transmitir más confianza que mi padre.

Pero Karl hace un gesto de negación con la cabeza.

—Eso es. *Abandona a tu familia. Otra vez*.

—¿Perdona?

—Tu marido y tu hijo están aquí, y aun así quieres irte para tratar de salvar a tu hermana de nuevo. ¿Cuándo vas a dejar de intentar sacarla de apuros y nos vas a priorizar a nosotros?

Me duele que Karl exprese semejante opinión delante de los demás, sobre todo de Campbell. No debería tener que escucharnos discutir, así que me muerdo la lengua y le digo a mi hijo que se vaya a su dormitorio.

Campbell refunfuña y protesta, pero al final se va. Menos mal, porque al menos no se sentirá triste por nada de lo que se vaya a decir en este salón.

—¿Cómo te atreves a decirme algo así? —le reprocho a Karl—. Lo estoy haciendo lo mejor que sé.

—No, estás haciendo lo que es mejor para Darcy, pero eso no tiene por qué ser lo que más nos convenga a los demás. Fue ella la que nos metió en este lío, así que deja que se las apañe con la policía como pueda. ¿Acaso tu hermana está aquí tratando de salvarnos? No, ¿verdad que no? ¿Por qué nosotros deberíamos tratar de ayudarla?

—¡Porque no tiene a nadie más!

—Bueno, venga, vamos a tranquilizarnos todos —dice mi padre. Mi madre está comenzando a alterarse; ojalá la hubiera mandado también al dormitorio—. Las noticias no han dicho que hayan detenido a Darcy, solo dicen que ha sido vista en la ciudad. Tenemos que asumir que, de momento, sigue bien. Eso nos ofrece algo de tiempo.

—No tenemos ni idea de cómo está, con los problemas de memoria que tiene. Puede que le estén viniendo recuerdos o que esté cada vez más confundida —dice mi madre con profunda tristeza.

Al verla así, intento aportar algo de optimismo.

—El hecho de que haya llegado hasta Chicago demuestra que está razonando con lucidez —digo—. No habría llegado tan lejos si no estuviera pensando con claridad.

—Estoy harto de hablar de esto —añade Karl—. Recordad que era yo el que opinaba que salir huyendo era una idea malísima. Y, sin embargo, aquí estamos. ¿Ahora todos queréis volver a Chicago? Deberíamos haber hecho lo correcto hace mucho tiempo y haberle contado la verdad a la policía, sin más. Tendríamos que haberles dicho que fue Darcy quien desató esta situación y que todo lo que hemos hecho desde entonces ha sido para tratar de encubrirla.

La estrategia que acaba de adoptar mi marido es, sin duda, arriesgada. Verbalizar que todo es culpa de Darcy delante de sus padres es algo muy delicado, porque ellos siempre van a defenderla

y, además, evidentemente, la quieren a ella más que a él. Pero es obvio que Karl está agotado y que hace tiempo que quiere dejar de hacer lo que estamos haciendo. En parte no puedo culparlo, porque yo también me siento exhausta. Pero ahora no podemos ir a la policía, de ninguna manera. Imposible.

Una nueva noticia de última hora interrumpe nuestra discusión.

—Nos informan de que la enfermera Miller, objeto de una enorme operación de búsqueda, acaba de ser vista en el entorno de Winnetka.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Es real, Darcy ha ido a casa. ¿La habrán detenido?

Mis padres y yo contenemos la respiración a la espera de más noticias, pero Karl ya está harto de que nuestras vidas dependan de las decisiones de mi hermana. Sale de la habitación y me dice que va a ver cómo está Campbell. Yo debería ir a hacer lo mismo que él, pero tengo que estar segura de que no hayan cogido a mi hermana. Según las últimas noticias, la policía estuvo muy cerca de atraparla antes de que huyera de la casa.

—¡Ha desaparecido!

La voz de puro pánico que proviene de detrás de nosotros nos hace apartar la vista de la televisión. Karl vuelve corriendo al salón con una expresión de gran desconcierto en su rostro.

—¡Campbell! ¡No está en su habitación! ¡La ventana está abierta! ¡No está allí!

Mis padres miran de inmediato en el resto de las habitaciones, pero no hay ni rastro de su nieto. En consecuencia, Karl sale disparado hacia el exterior, y yo lo sigo rápidamente. Los dos avanzamos desesperados por encontrar a nuestro hijo antes de que se aleje demasiado de la cabaña. ¿Podremos hacerlo? Mientras corremos, miramos en todas direcciones, pero no hay ni rastro del niño. La situación está yendo de mal en peor.

Todo esto es culpa nuestra. Hemos levantado demasiado la voz delante de él. Nos ha escuchado discutir, ha visto lo enfadados que estábamos y, sin duda, habrá pensado que eso tenía algo que ver con él. Así que ha hecho lo que haría cualquier niño: culparse a sí mismo, aunque él no tenga culpa de nada. *Y ahora ha desaparecido.*

El miedo me paraliza al pensar que mi hijo se haya podido perder en este bosque. Podría estar por cualquier parte, podría haber avanzado en cualquier dirección, alejándose cada vez más de la cabaña. Temo que no sea capaz de encontrar el camino de vuelta. Pienso en lo que podría pasarle si se cae, se hace daño o se queda atrapado en algún sitio. O si se encuentra con un peligroso animal salvaje que lo confunda con una presa. Y entonces me viene a la mente el hombre que vi antes.

¿Y si encuentra a mi hijo antes que yo?

—¡Vamos a separarnos! —insto a los demás cuando mis padres llegan a nuestra altura para buscar en el denso bosque que nos está impidiendo ver al niño al que tanto queremos—. ¡Yo voy por aquí! —les grito, eligiendo la ruta que me parece más lógica, desde la ventana del dormitorio por la que mi hijo ha salido. Corro en esa dirección tan rápido como puedo.

—¡Campbell! —chillo, pero lo único que escucho como respuesta son los gritos del resto, que repiten el mismo nombre. Todos ellos también se dividen, partiendo en direcciones opuestas. A medida que nos dispersamos, sus gritos se van apagando, hasta que llega un momento en el que la única voz que puedo oír es la mía. Me encuentro ya en pleno bosque sin más compañía que la de cientos de árboles, y tengo miedo.

Mucho mucho miedo.

De pronto, escucho algo.

Es un llanto débil. Por muy lejano que sea, lo reconozco al instante, pues pertenece a mi hijo.

—¡Campbell!

Corro hacia el lugar de donde provienen sus lamentos, con mucho miedo de lo que podría estar causándolos, pero también aliviada por haber localizado al menos la zona en la que Campbell parece encontrarse. Y, casi de inmediato, lo veo, tendido en el suelo del bosque entre todo tipo de maleza.

Pero no está solo.

Hay un hombre con él.

Un hombre al que ya he visto.

No era producto de mi imaginación como todos los demás pensaban.

Es una persona real.

Ahora está con mi hijo.

Y tiene sangre en las manos.

—¡Eh! ¡¿Qué estás haciendo?! ¡Aléjate de él! —le grito al hombre según me voy acercando.

Parece sobresaltarse cuando me ve correr hacia él a toda velocidad, seguramente con aspecto amenazante. Pero enseguida recupera la compostura y alza las manos, como para indicar que no le está haciendo nada malo a mi hijo. Campbell está tumbado delante del hombre, con una expresión de dolor en el rostro.

—Acabo de encontrarlo aquí. Se ha hecho daño, pero está bien —me explica el hombre cuando llego a la altura de Campbell y compruebo cómo se encuentra.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho? —les pregunto primero al hombre y luego a mi hijo. Fruto de la adrenalina, comienzo a disparar preguntas por doquier, demasiadas como para que me puedan responder.

—Tenga cuidado —me dice el hombre, como si yo fuera a hacer algo que pudiera lastimar a mi hijo. Tal vez dé por hecho que voy a actuar con torpeza.

—¡Soy enfermera! —le respondo bruscamente, pues quiero dejarle claro que estoy más que cualificada para hacerme cargo de la situación a partir de ahora, independientemente de mi relación con el afectado.

Haciendo un examen rápido con la vista, observo que hay sangre en la pierna de Campbell y también percibo que sus pantalones están rotos.

—Se ha cortado —me dice el hombre, que señala el extremo afilado de una rama que sobresale de un árbol cercano—. Supongo que habrá sido con eso.

Sí, parece que tiene razón. Mi hijo tiene una herida en la pierna que me parece compatible con un corte causado por ese árbol. Hay mucha sangre, así que no puedo evaluar bien la herida hasta que la haya limpiado y desinfectado. Eso no es algo que se pueda hacer

aquí, en medio del bosque. Dependiendo de la gravedad de la herida, podría ser necesario que un médico la examinara en un hospital. Sin embargo, soy muy consciente de que, si vamos a uno, eso sería nuestro final.

Aunque, si mi hijo necesitara asistencia médica, no seré yo quien anteponga mis propias necesidades a las suyas. No obstante, espero ser capaz de encargarme de la herida por mí misma gracias a mi formación médica y mi experiencia profesional.

El hombre misterioso ha dado un paso atrás para dejarme más espacio, pero aún no tengo ni idea de quién es ni de si representa una amenaza.

Además, ¿cómo puedo estar completamente segura de que no ha sido él quien le ha hecho daño a mi hijo?

La única forma de saberlo a ciencia cierta sería que Campbell me lo dijera, pero aún está demasiado alterado. Además, no me lo va a contar si tiene miedo. Por eso tengo que olvidarme un poco de mis reservas sobre este hombre y centrarme en llevar a mi hijo hasta un lugar en el que pueda estar más cómodo.

—Tenemos que volver a la cabaña —le digo a Campbell, que sigue gimoteando—. Te va a doler, pero tienes que ser valiente.

—¡¡Ay!! —exclama cuando intento levantarlo.

Me imagino que su pierna está peor de lo que pensaba, porque parece incapaz de apoyar peso sobre ella. O tal vez no quiera moverse porque sigue en *shock* por el accidente que acaba de tener. En cualquier caso, la cuestión es que no puede andar.

—Yo la ayudo —se ofrece el hombre.

Desde luego, no estoy en posición de rechazar esa oferta. No va a ser fácil llevar a Campbell de vuelta yo sola, y más teniendo en cuenta la dificultad del terreno. Por si eso fuera poco, también tengo que contar con que he llegado hasta este lugar corriendo tan a la desesperada que, honestamente, ni siquiera estoy segura de cómo volver hasta la cabaña.

Levanto a mi hijo para cogerlo en brazos. Él gime mientras lo hago. Su cuerpecito se aferra a mí, rodeándome el cuello con los brazos. Pesa mucho. Podría llevarlo así durante un rato, pero... ¿todo

el camino de vuelta? No estoy yo muy segura. Cuando empiezo a caminar, el hombre me muestra el camino a seguir.

—Por aquí —me indica, señalando entre unos árboles.

Lo sigo de inmediato. No me queda otra alternativa que confiar en él, porque estoy perdida y cada segundo cuenta. Pero, aunque haya acelerado el paso, es muy incómodo llevar en brazos a mi hijo por este lugar. Me preocupa la idea de tropezar, caerme y terminar haciéndole todavía más daño.

—Démelo. Yo lo llevo —me ofrece el hombre, consciente de lo que me está costando hacerlo a mí.

—No. Estoy bien —respondo, pero es una mentira obvia. Más si cabe cuando, un segundo después, casi pierdo el equilibrio.

—Venga. Llegaremos antes si lo llevo yo —me insta el hombre, que me hace señas para que le pase a Campbell.

¿Debería hacerlo?

Ojalá estuvieran aquí mi marido o mis padres para ayudarme.

Pero solo estamos él y yo.

¿Qué hago?

CAPÍTULO 11

DARCY

Corro lo más rápido que puedo, intentado mantenerme oculta. Detrás de mí, oigo las sirenas de los coches de policía que se dirigen a toda velocidad hacia la casa de la que acabo de huir.

¡Qué cerca ha estado! Podrían haberme cogido y todo habría terminado. He logrado escaparme, sigo libre, pero no tengo ni idea de por cuánto tiempo. La policía ya sabe que he vuelto a Chicago y que estoy desplazándome a pie por este barrio. Eso implica que en estos momentos la probabilidad de que me atrapen es alta, especialmente si mandan un helicóptero.

Tengo que adentrarme en la ciudad cuanto antes, porque allí hay más gente y más lugares en los que esconderme. Veo a un grupo de personas en una parada de autobús que hay un poco más adelante. Aunque en un primer momento pienso en evitarlos, me doy cuenta de que va a ser imposible pasar desapercibida si sigo sola por esta zona. Tendré que tomar algunos riesgos, así que me pongo al final de la fila en la parada y rezo para que el autobús llegue muy pronto.

Mantengo la cabeza agachada, al igual que todos los demás. La mayoría de ellos están distraídos con sus teléfonos móviles, aunque hay un hombre que está leyendo un periódico. Como sigo siendo protagonista de los principales titulares, hay muchas posibilidades de que me descubra a poco que levante la vista y establezca contacto visual conmigo. Pero enseguida oigo acercarse un autobús y, al comprobar que se dirige al centro de la ciudad, me relajo un poco. Toda esta gente debe estar de camino al trabajo, como cada día, así que lo único que tengo que hacer es intentar dar la impresión de que estoy haciendo lo mismo que ellos, y así no me pasará nada. Si alguien ve mi uniforme, se imaginará que voy al hospital. Pero ¿a dónde voy a ir en realidad?

No lo sé, pero cada vez se escuchan más y más sirenas, así que tengo que salir de aquí como sea.

El autobús se detiene y todo el mundo se apresura a subir, deseando encontrar un asiento libre. A mí me eso me da igual, pero tengo que dar la sensación de no desentonar demasiado, así que imito al resto de los viajeros y busco un sitio libre nada más entrar en el autobús. Ya estoy pues sentada, tratando de parecer lo más pequeña e imperceptible posible. No he pagado el viaje, pues no he validado una tarjeta de transporte en el lector, a diferencia de los demás pasajeros. Pero es que yo no tengo tarjeta de transporte. No me queda otra que esperar que nadie me pida el billete.

El autobús comienza a dirigirse hacia el centro de la ciudad. Durante el trayecto, escucho hablar a un par de mujeres jóvenes que están sentadas detrás de mí. Aunque ya tengo bastantes cosas con las que ocupar mi mente, no puedo evitar oír la conversación que mantienen, pues parece que están hablando de mí.

—Es enfermera. Pregúntale si puede darnos algún consejo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Lleva un uniforme de enfermera debajo del abrigo.

—¿Y qué? Podría ser un disfraz, ¿no?

—¿Un día laboral por la mañana?

—No lo sé. Podría ser. Además, ¿qué quieres que le pregunte?

—No sé... ¿Algún consejo para aprobar los exámenes? Quizá nos ayude a responder algunas dudas sobre lo que se supone que estamos estudiando.

Entiendo que estas dos mujeres son estudiantes de Enfermería que se están formando para tener algún día la misma capacitación profesional que yo, aunque doy por hecho que esperan tener una carrera menos dramática que la mía. Espero que no me den una palmadita en el hombro para llamarme y preguntarme alguna cosa. No es que me sienta insegura de mí misma y tema no poder ayudarlas. Lo que me da miedo es que me reconozcan y monten un numerito en el autobús. La negativa de una de las estudiantes se ha antepuesto a la idea de la otra, así que ambas vuelven a charlar de lo que sea que estuvieran hablando antes de que yo me subiera al autobús. En ese instante, escucho un nombre que reconozco.

—El profesor Wright me va a matar si no empiezo a mejorar en sus clases. Ya me ha advertido un par de veces.

El profesor Wright... ¿Por qué me suena ese nombre?

—No si le confiesas que la razón por la que te cuesta tanto concentrarte es por lo hipnóticos que resultan sus ojos —le responde la otra alumna.

Yo continúo intentando averiguar si sé de quién están hablando y de qué podría conocerlo.

—¡Puaj! ¿En serio? Si tendrá por lo menos sesenta años.

—¿Y? Es guapo. Más que los chicos de nuestra edad.

—¿En serio? ¿Te gusta nuestro profesor? Vaya topicazo.

—¿Que quieras ser enfermera solo porque tu madre lo era no es un topicazo?

Mientras ambas estudiantes continúan haciéndose bromas entre ellas, de repente me viene a la mente un recuerdo. Estoy en un despacho y, sobre el escritorio, hay una placa con un nombre. *Profesor Wright.* Estoy nerviosa, soy joven. Poco más de veinte años. Tengo dudas sobre algo. Tal vez sobre todo. Pero él está ahí, haciendo todo lo posible por tranquilizarme.

—Yo puedo ayudarte, Darcy —me dice, con un rostro lleno de bondad.

Pues sí, la estudiante que va detrás de mí tenía razón: el profesor es guapo. O, al menos, sin duda lo era cuando yo lo conocí.

—Es que siento muchísima presión —le explico, hablándole con aparente soltura y naturalidad—. Me costó muchísimo conseguir mi título de enfermera en Michigan, y ahora estoy aquí, con lo objetivo de seguir formándome, pero ¿es este mi camino? ¿Será esto lo que tengo que hacer con mi vida? Mi padre es uno de los médicos más reputados de Chicago y mi madre era una enfermera fabulosa. Hasta mi hermana pequeña habla de estudiar Enfermería cuando sea mayor. La medicina es la vocación de toda mi familia, pero yo no sé si soy lo bastante buena como para destacar tanto como ellos. No quiero decepcionar a nadie.

—No querer defraudar a tus seres queridos es algo que entra dentro de la lógica —me dice el profesor Wright, acercándose un poco más a mí. Los libros de medicina con tapa de cuero que hay en la repisa que se encuentra a su espalda quedan ocultos cuando su

figura los cubre—, pero es a ti misma a quien menos deberías querer decepcionar. Créeme, mejor no cargar con ningún arrepentimiento.

El profesor se acerca un poco más. ¿Me molesta que lo haga? Sigo nerviosa. Parece muy amable. Auténtico. Creo que puedo confiar en que me proporcione la ayuda que necesito.

Mi recuerdo termina en ese momento, aunque sigo pensando en el profesor a pesar de ello. No tengo ninguna persona a la que acudir en esta ciudad, dado que no puedo encontrar a mi familia. ¿Y si él pudiera ayudarme? Es obvio que sigue trabajando, porque las estudiantes que viajan detrás de mí están hablando sobre él. Lo único que tengo que hacer para encontrarlo es seguirlas hasta su clase de esta mañana. Luego, si el profesor me recuerda, tal vez pueda volver a ayudarme.

Merece la pena intentarlo.

No tengo otra cosa.

O intento hacer eso, o me bajo del autobús en el centro de la ciudad y me dedico a vagar por las calles hasta que ocurra lo inevitable y alguien me reconozca.

Permanezco en el autobús mientras las estudiantes siguen montadas en él. Voy con la cabeza gacha, y de vez en cuando echo un vistazo a la ciudad que se mueve al otro lado de la ventanilla. Hay mucho movimiento en la mañana. Chicago está cobrando vida poco a poco. Durante unos instantes optimistas me digo a mí misma que aquí ocurren tantas cosas que puedo seguir pasando desapercibida, que en esta ciudad todo el mundo tiene cosas mejores que hacer con su tiempo que dedicarse a buscarme. Pero me basta con ver un coche de policía para comprender que eso no es del todo cierto. Tampoco ayuda escuchar un poco más de la conversación entre las estudiantes.

—¿Tú crees que está dando mala fama a las enfermeras?

—¿Quién?

—La enfermera Miller. La enfermera asesina.

—No lo sé. Mala fama tiene, desde luego, pero tal vez su caso esté haciendo que nuestro trabajo vuelva a parecer interesante.

—Lo único que haría que nuestro trabajo volviera a ser atractivo es que esté mejor pagado.

—Tal vez sea esa la razón de su arrebato de violencia. Estaría hartísima de trabajar tan duro por una miseria.

—Espero que esté viva cuando la encuentren. Quiero escuchar la historia que tenga que contar.

—Dependerá de si se entrega o no. Como siga huyendo, va a terminar muerta.

Trago saliva con dificultad al escuchar a estas dos desconocidas hablar abiertamente y con naturalidad sobre el hecho de que la policía podría terminar matándome durante mi posible detención. Supongo que para ellas es muy fácil especular, ya que no se trata de su vida. Sin embargo, para mí es una cuestión de vida o muerte, nunca mejor dicho.

El autobús se ha ido vaciando. No quedan muchos pasajeros montados en él cuando pasamos junto a una señal que anuncia que ya casi hemos llegado a la Facultad de Medicina de Chicago. Cuanto más nos aproximamos, más estudiantes veo caminando en la misma dirección que el autobús. Todos ellos son mucho más jóvenes que yo y parecen tener mucha más energía. La mayoría se ríen, como si nada en el mundo les preocupara. Puede que exista un examen en su horizonte o quizá tengan que terminar algún trabajo de alguna asignatura, pero, en general, parecen relajados porque tienen algo que yo hace tiempo que dejé de tener.

La perspectiva de un futuro brillante.

Siento envidia de todos y cada uno de ellos. Sobre todo, cuando me viene a la memoria el recuerdo de haber estado aquí con anterioridad, encaminándome hacia el edificio grande que se alza frente a mí con una mochila al hombro y el corazón lleno de optimismo sobre mi futuro. No sabía todo lo que me deparaba la vida, igual que ninguno de estos futuros profesionales de la medicina lo sabe tampoco, pero seguro que ninguno de ellos se verá envuelto en las cosas que yo he tenido que vivir.

El autobús se detiene y las dos estudiantes sentadas a mi espalda comienzan a moverse, así que las dejo pasar, me levanto y las sigo hacia el exterior. Enseguida se unen a la multitud que camina en el entorno de la facultad, pero me aseguro de no perderlas de vista

para poder seguirlas hasta su clase, consciente de que es la forma más rápida de averiguar dónde está el profesor Wright.

La sensación de *déjà vu* es fuerte mientras me voy acercando al edificio que luce el distintivo de la facultad. Pero no tengo tiempo de apreciar el hecho de estar de nuevo en un entorno que me resulta familiar, pues soy muy consciente de que podrían reconocerme en cualquier momento. Me subo el cuello del abrigo, me ajusto más la gorra de béisbol y bajo la cabeza cada vez que puedo. Eso provoca que choque por accidente contra una persona y entre en pánico por un instante ante la posibilidad de que me mire a los ojos. Por suerte, la persona sigue su camino sin siquiera mirarme a la cara, pues parece ir con prisa. Es probable que llegue tarde a alguna clase y no pueda permitirse el lujo de perder ni un segundo.

Sigo a las dos jóvenes cuando entran en el edificio. A medida que avanzamos por los pasillos, llenos de gente y cuyas paredes están cubiertas de anuncios de estudiantes y lemas inspiradores dirigidos a la próxima generación, recuerdo nítidamente haber estado aquí con anterioridad. Pero la sensación que tengo no es buena. Cuanto más me adentro en este lugar, peor comienzo a sentirme. Cuando veo a las dos mujeres entrar en un aula magna, empiezo a pensar que tal vez no debería haber llegado tan lejos.

¿Debería darme la vuelta?

Varios estudiantes que caminan a mi alrededor prácticamente me empujan para entrar en el aula antes de que empiece la clase. Me veo arrastrada casi sin querer por su ímpetu y, sin darme cuenta, me encuentro en el fondo de un gran auditorio, mirando hacia abajo para ver las filas de asientos dispuestas en semicírculo frente al atril donde pronto se ubicará el profesor.

Las puertas se cierran detrás de mí y el murmullo general se apaga de golpe. Ya está aquí. El profesor Wright sale con determinación por una puerta lateral y se coloca detrás del atril, de forma que todos los futuros profesionales de la medicina pueden verlo.

Parece imponer respeto sin ningún esfuerzo y no creo que sea solo porque es guapo o por la seguridad que transmite. Me parece

que se debe a que estos estudiantes saben algo que yo también recuerdo.

Este hombre es muy agradable.

Si es así, ¿por qué su presencia me hace sentir tan incómoda de inmediato?

Me siento en la última fila, rezando por que el profesor no se dé cuenta de que estoy aquí arriba. Tengo la sensación de que el motivo por el que me siento así de incómoda es porque una vez hice algo que me granjeó la antipatía de este hombre.

¿Qué fue?

¿Será él capaz de recordarlo, a diferencia de mí?

CAPÍTULO 12

PIPPA

—¡Es ahí! —le indico al desconocido que lleva en brazos a mi hijo, haciéndole saber a qué cabaña tiene que dirigirse. Como Campbell sigue quejándose y yo aún desconfío de la integridad del hombre que lo lleva, no tengo más remedio que aceptar la situación hasta que mi hijo esté en un lugar seguro y pueda evaluar sus heridas como es debido.

Espero que el corte que tiene no sea tan profundo como parece; de momento, lo único que puedo hacer es acostarlo en una cama cómoda, pero no puedo hacerlo sola. Me he perdido por el bosque y seguiría vagando por él si este hombre no me hubiera ayudado. No sé si nos ha reconocido gracias a las noticias, pero, si lo ha hecho, no ha dicho nada al respecto ni tampoco ha dado muestras de nerviosismo estando junto a mí. De igual forma, si ha sido él quien ha herido a Campbell, tampoco está dando pistas al respecto.

Abro la puerta de la cabaña y la sujeto para que no se cierre mientras el hombre introduce a Campbell. Acto seguido, le digo a qué cama debe llevarlo. Nos desplazamos a gran velocidad por el interior de la cabaña, donde no hay ni rastro de los demás miembros de mi familia. Deben estar todavía en el bosque, buscando a Campbell en la dirección que cada uno escogió. Yo he sido quien lo ha encontrado y ahora desearía que estuvieran todos aquí para que pudieran ayudarme con lo que ocurra a continuación. Así las cosas, mi hijo y yo seguimos solos con este completo desconocido.

El hombre lleva a mi hijo hasta el dormitorio mientras yo voy a buscar el botiquín pequeño que he traído para contratiempos de poca gravedad. Menos mal que lo cogí, porque supongo que voy a tener que utilizar la mayoría de los artículos médicos básicos que contiene. También busco una toalla y la pongo sobre la cama para que Campbell no manche de sangre las sábanas cuando el hombre lo coloque sobre ella.

—¡Con cuidado! —le grito al hombre mientras empieza a bajar al niño poco a poco.

—¡Ay! —se queja mi hijo. No hay duda de que está muy dolorido, aunque espero que eso se deba más al miedo inicial por haberse hecho daño que a un problema real que no pueda curarse con un poco de descanso y muchos mimos.

—Déjeme un poco de espacio —le pido al hombre, que retrocede de inmediato para permitirme llegar hasta la cama de Campbell y empezar a encargarme de él.

Es duro porque estamos hablando de mi hijo, pero tengo que activar el modo enfermera y tratarlo como si fuera cualquier otro paciente al que viera en el hospital cada día. Por eso, debo dejar a un lado las emociones, aunque es más fácil decirlo que hacerlo. Y todo ello sin tener en cuenta las circunstancias tan especiales en la que nos encontramos. Independientemente de quién sea mi paciente, no estamos en un hospital y no estoy acompañada por un compañero bien formado que sea de mi confianza.

Es imposible estar más lejos de mi zona de confort.

Pero da igual, tengo que conseguir que esto salga bien.

—Muy bien, Campbell. Ahora necesito que seas un niño valiente y me respondas unas preguntas —le digo a mi hijo—. ¿Puedes hacerlo?

Campbell resopla, pero asiente con la cabeza. Cae pues en la trampa en la que caen la mayoría de los niños pequeños, que quieren parecer mayores y más valientes de lo que son en realidad cuando están con adultos.

—¿Con qué te has cortado? —le pregunto.

—Con una rama estúpida —se lamenta Campbell—. Me ha arañado.

Palpo con mucha suavidad alrededor del punto que más dolor le causa a mi hijo, que hace una mueca de dolor al instante. Necesito examinar de cerca la herida para estar segura de que, como él dice, se la ha provocado una rama y no las manos del hombre que lo ha traído hasta aquí.

—Muy bien, buen chico. Ahora necesito que seas fuerte. Voy a echar un vistazo más de cerca.

—¡No! —responde Campbell. No cabe duda de que le da miedo que eso pueda provocarle más dolor.

—No te preocupes, tú tranquilo. Si te duele, yo paro.

Campbell vuelve a lloriquear, pero mi pequeño valiente se está portando muy bien.

Examino el corte de cerca. Hay bastante sangre, pero espero que sea superficial. Abro el kit médico, saco las toallitas desinfectantes y comienzo a limpiar la zona de alrededor de la herida. Como era de esperar, el alcohol de las toallitas desinfectantes le causa un poco de dolor a mi hijo.

—¡Ay! —grita, retorciéndose.

—Ya casi he terminado —le aseguro, concentrada en la herida.

A medida que voy limpiando la zona, me alivia ver que no hay demasiada suciedad en general, ni en la herida ni a su alrededor. Vierto agua de la botella que hay junto a la cama de mi hijo sobre la zona para estar segura al cien por cien. Campbell se vuelve a quejar, pero hay que hacerlo.

—Lo estás haciendo muy bien —le digo a mi hijo.

Echo otro buen vistazo y compruebo que el corte es, por desgracia, un poco más profundo de lo que pensé en un principio. Puede que se cure con reposo y poco movimiento general, pero me temo que sigue habiendo posibilidades de que exista una infección, lo cual sería un problema grande, enorme. Para evitar que la herida se infecte, tengo que utilizar cremas más efectivas. De hecho, si ya hubiera infección, podría necesitar antibióticos orales. No tengo ninguna de esas cosas en este botiquín tan básico. No sé qué podría haber en esa rama, qué gérmenes podrían haber entrado en el torrente sanguíneo de mi hijo. Si su estado general o el de la herida empeora, será un indicio inequívoco de que hay una infección, y en ese caso necesitará fármacos, no cabe duda.

Fármacos que solo se pueden obtener gracias a un profesional médico autorizado para recetar medicamentos.

—¿Me voy a poner bueno? —me pregunta Campbell, asustado.

No es el único que lo está, aunque una buena enfermera nunca puede mostrar ningún miedo.

—Claro que sí —le digo con seguridad, anteponiendo la salud mental de mi hijo a la mía—. ¿Crees que podrías ducharte? Será bueno lavar ese corte cuanto antes.

—Me duele —vuelve a quejarse Campbell, así que decido darle a mi niño unos minutos para que descanse en la cama antes de obligarlo a levantarse de nuevo. En ese momento, recuerdo al hombre que ha venido con nosotros. Está de pie junto a la puerta, observándonos.

—¿Puede darme un minuto a solas con él? —le pregunto.

El hombre sale de la habitación. Por fin puedo hablar en privado con Campbell, por primera vez desde que se hizo el corte.

—¿Qué ha pasado? Puedes contármelo. ¿Te ha hecho daño ese hombre que está ahí fuera? —le susurro a Campbell, temerosa de la respuesta.

Pero mi hijo niega con la cabeza.

—No. Estaba jugando y, no sé cómo, me corté.

—¿Te estaba persiguiendo?

—No. Él me ha ayudado.

Campbell parece estar respaldando a ese tipo. Pero ¿puedo fiarme de las palabras de un niño de cuatro años que muy probablemente esté asustado? ¿Le habrá dicho ese desconocido a mi hijo qué es lo que tiene que decir y está demasiado asustado como para contarme la verdad?

—¿Estás completamente seguro? —vuelvo a susurrarle—. Yo no te voy a reñir, ¿eh? Solo quiero saber si puedo confiar en ese hombre.

Campbell me mira fijamente. En ese instante, tengo dudas. No sé si por fin va a revelarme que el hombre es peligroso y que estamos bien jodidos, porque está en la cabaña con nosotros y no contamos con nadie que pueda ayudarnos. Pero no es eso lo que sucede.

—El hombre es simpático —dice Campbell—. Me ha ayudado.

Supongo que no me queda otra que creer lo que me dice mi hijo. Es un alivio no sentir que seguimos en peligro, aunque seguiré manteniendo la guardia con este hombre. Y no solo por el hecho de que pudiera reconocernos.

¿Qué razón tendrá para estar en estas cabañas? ¿De qué se estará escondiendo?

¿Será todavía más peligroso de lo que, según la policía, somos nosotros?

—Quiero ver a papá —gimotea Campbell—. ¿Dónde está? ¿Y dónde están los abuelos?

Esas preguntas son buenas, pero no puedo responderlas. No tengo ni idea. Pero puedo asomarme a ver si los veo.

—Voy a ver si han vuelto a la cabaña. ¿Puedes seguir siendo igual de valiente que hasta ahora y quedarte aquí hasta que regrese? No tardo nada. Estaré ahí, justo al otro lado de la puerta.

Campbell asiente. Está claro que ya se ha olvidado de ese impulso travieso que lo condujo a escaparse de este dormitorio hace un rato. En fin, una herida tiende a provocar eso.

Lo beso en la frente y salgo de la habitación, muerta de ganas por que el resto de mi familia haya vuelto ya. Pero la única persona que veo en el salón de la cabaña es el hombre que me ha ayudado a traer a Campbell hasta aquí. Está de pie junto a la chimenea y se le nota incómodo, como si supiera que no debería estar aquí, pero hubiera pensado que tenía que quedarse hasta que tuviéramos la oportunidad de hablar para analizar lo ocurrido.

—Se le da muy bien eso —me dice el hombre en voz baja al verme entrar—. Me refiero a cuidar de él.

Me pregunto qué intención tiene ese comentario. ¿Piensa realmente que tengo un talento natural para cuidar de los demás? Si es así, ¿significa eso que desconoce que soy una de las enfermeras que se ha dado a la fuga de las que hablan las noticias? ¿O lo habrá dicho con otra intención, como si estuviera al tanto de cuál es mi profesión y casi se estuviera burlando de mí?

—Cuénteme exactamente qué ha pasado —le pido, manteniéndome a cierta distancia de él, pues quiero saber si su versión de los hechos coincide con la de mi hijo.

—Lo vi en el bosque. Estaba correteando por ahí. Pensé que habría un adulto cerca de él, pero no vi a nadie. Entonces él me vio a mí. Le sonreí, pero supongo que no me esperaba y se asustó. Por eso echó a correr a toda velocidad. Se hizo un raspón en la pierna y se cayó, y enseguida intenté socorrerlo.

La historia coincide con la que me ha contado Campbell, pero aún sigo alerta.

—¿Qué estaba haciendo por el bosque? —le cuestiono. Acto seguido, le hago otra pregunta, que es la que realmente me preocupa de este tipo, la que me tiene tan nerviosa—. ¿Qué hace usted por estas cabañas?

—Yo podría preguntarle lo mismo —me responde sin alterarse—. ¿Qué les trae por aquí a usted y a su familia? Supongo que sabe que se supone que estas cabañas están en desuso, ¿verdad?

—Yo le he preguntado primero —le digo, tratando de mantenerme firme con la esperanza de que eso sirva para algo.

—Supongo que eso es cierto —acepta el hombre. Se sienta en uno de los sofás y se pone cómodo, lo cual resulta extraño cuando no hay duda de que la conversación que vamos a tener va a ser incómoda.

Miro hacia el dormitorio en el que se encuentra Campbell, pero la puerta sigue cerrada. Luego miro hacia las ventanas para ver si mi marido o mis padres están ya de vuelta, pero no hay ni rastro de ellos.

—Mi mujer y yo, o bueno, debería decir mi exmujer, nos separamos el año pasado —explica el hombre, diciendo algo que me pilla totalmente desprevenida—. No sé si alguna vez ha tenido que pasar por un divorcio, pero fue un proceso horrible, muy doloroso.

No, no he tenido que sufrir un divorcio, aunque últimamente, con los problemas que ha sufrido mi matrimonio, sí que he pensado en cómo sería.

—Cuando nos separamos, tuve la necesidad de cambiar cosas en mi vida, así que me fui de la ciudad para intentar empezar de cero en otro sitio. Me sentí atraído por la naturaleza y empecé a venir aquí los fines de semana, buscando la tranquilidad del bosque. Fue entonces cuando encontré estas cabañas y me di cuenta de que podía vivir aquí, que no quería hacerlo en zonas más urbanizadas. Tengo muchos ahorros porque vendimos la casa tras el divorcio y me quedé con la mitad que me correspondía, y no es que sea caro vivir por esta zona. Además, sé cazar, así que la comida no es un

problema, y hay un arroyo a menos de un kilómetro que me proporciona toda el agua que necesito.

El hombre parece muy convincente. Pero ¿me lo creo?

—Me llamo Hector —me dice, ofreciéndome una sonrisa—. ¿Y usted es...?

No puedo decirle mi nombre real, ¿verdad? Quizá el que él me ha dado tampoco lo sea.

Antes de que pueda responderle, escucho voces que provienen del exterior. Me giro hacia la puerta y veo a Karl entrando en la cabaña, seguido de cerca por mis padres.

—¡Estás aquí! ¡Te hemos estado buscando por todas partes! —grita mi padre.

—¿Has encontrado a Campbell? —me pregunta mi madre, visiblemente alterada.

Cuando asiento, los tres apartan la vista de mí y se fijan en la persona que no debería estar aquí.

—¿Quién es usted?

La pregunta de mi marido va dirigida al hombre que está sentado en el sofá, aunque se levanta rápidamente.

—Es Hector —le explico—. Ha encontrado a Campbell en el bosque y me ha ayudado a traerlo hasta aquí. El niño tiene una herida, pero está bien.

—¿Tiene una herida? ¿Qué coño ha pasado? —grita Karl, todavía mirando al desconocido.

—Será mejor que me vaya —dice Hector.

No podría estar más de acuerdo con eso, pero Karl está en la puerta, impidiendo su salida.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta mi marido.

—Karl, deja que se vaya. Como os acabo de decir, ha ayudado a Campbell.

Supongo que, después de todo, estoy confiando en este desconocido, así que mi marido acaba haciéndose a un lado, permitiendo que Hector salga de la cabaña.

Me imagino que tendré la oportunidad de volver a hablar con este hombre en algún momento en un futuro próximo, ya que está instalado en una de las cabañas de la zona. De momento, tengo que

explicarle a mi familia lo que ha pasado con Campbell. Y luego tendré que volver a evaluar su herida. No desaparece de mi cabeza el temor a que llegue a necesitar un tratamiento médico más especializado.

De ser así, ¿dónde está el hospital más cercano?

¿Y cómo puedo ir allí sin que me detengan?

CAPÍTULO 13

DARCY

El aula magna está en silencio, salvo por dos cosas. En primer lugar, por la voz del profesor que está situado en el lugar más destacado del aula, presentando diapositivas sobre las infecciones de sangre y cómo tratarlas. Y, además, por el roce de los bolígrafos sobre los cuadernos mientras los estudiantes que me rodean toman nota sobre la información que están recibiendo, que les será útil en su vida profesional.

Pero yo no estoy escribiendo nada. No es solo que ya sea una enfermera titulada que debería saberse estas lecciones de sobra; es que no debería estar aquí. Estoy fuera de lugar en esta aula, pues no soy una estudiante y, desde luego, no debería estar tan visible en un lugar público. Pero aquí estoy, porque recuerdo a este profesor y quiero ver si puede ayudarme. Para poder averiguarlo, necesito que termine su clase.

—¿Quién puede decirme qué fármaco se puede utilizar para inducir un coma? —les pregunta a los alumnos.

Dos manos se alzan rápidamente, que pertenecen a futuros enfermeros ansiosos por mostrar su pericia, cada vez mayor. Una mano es de un hombre que está sentado en la segunda fila, con aspecto de ser muy aplicado y con una camisa abotonada hasta el cuello; la otra pertenece a una estudiante rubia muy guapa que está sentada en una fila central del auditorio. Tiene un aspecto menos aplicado que el chico, pero, sin duda, resulta mucho más llamativa para el profesor, porque es a ella a quien le ofrece la oportunidad de responder.

—Pentobarbital —responde.

El profesor Wright sonríe y asiente.

—Correcto —le dice. Noto que el contacto visual entre ambos se prolonga ligeramente antes de que el profesor pase a la siguiente diapositiva.

Mientras escucho al profesor Wright dar la clase con aparente facilidad, pienso que debe ser algo innato para él, pues lleva un montón de tiempo haciendo lo mismo. Si realmente fue profesor mío, y tengo la sensación de que lo fue, lleva años en este lugar, dándoles a los alumnos nuevos las mismas lecciones de siempre. ¿No se habrá aburrido ya de hacerlo? Tal vez le encante transmitir sus conocimientos y se sienta realizado sabiendo que está formando a la próxima generación de profesionales médicos que servirán con gran dedicación a los estadounidenses. O quizá le encante recibir mucha atención por parte de estudiantes jóvenes y guapas que tienen menos de la mitad de su edad.

A medida que se desarrolla la clase, observo una tendencia. El profesor hace preguntas, varias manos se alzan al aire y, sin excepción, siempre elije a las estudiantes más atractivas para que las respondan. Es como si los chicos de la clase no existieran, a pesar de que constituyan al menos una cuarta parte del total del alumnado. En cuanto a las estudiantes que no son atractivas atendiendo a los cánones tradicionales de belleza, el profesor apenas les dirige una mirada, reservando toda su atención para las que llevan blusas escotadas o las que tienen las sonrisas más llamativas.

Cuando la clase va llegando ya a su fin, doy por hecho que el hombre que la está impartiendo no se ha fijado en mí. No porque no me considere lo bastante guapa, sino porque estoy aquí, al fondo del aula, en un rincón oscuro y con la gorra bien ajustada. Tampoco he levantado la mano ni he hecho nada para llamar su atención, así que no le he dado motivo alguno para que me mire. Preferiría que solo me viera cuando me acerque a él al final de la clase, cuando todos los demás hayan salido del aula. Será la mejor manera de saber si se acuerda de mí igual que yo me acuerdo de él.

—Todos ustedes son personas increíblemente inteligentes que ya tienen sus títulos de Enfermería, obtenidos en universidades de todo el país —dice, tratando de terminar su lección con un mensaje alentador y optimista—. Ahora están aquí para sumar unos conocimientos adicionales que los distinguirán de los demás enfermeros que compitan con ustedes por los mismos puestos de trabajo. Así que confíen en ustedes mismos, estén convencidos de

que se lo merecen y de que, cuando salgan de aquí, le llevarán la delantera a su competencia.

Eso parece ayudar a relajar el ambiente de la clase, que se había vuelto un poco denso debido a toda la terminología médica que se ha usado durante los últimos sesenta minutos.

—¿Alguna pregunta más sobre lo que han aprendido hoy? —pregunta el profesor Wright, listo ya para irse si no hay ninguna. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, veo una mano levantarse. Caigo en la cuenta de que se trata de una de las estudiantes que venía sentada detrás de mí en el autobús.

—No es sobre la clase de hoy, pero quería saber qué piensa usted sobre lo que está apareciendo en las noticias.

—Me temo que tendrá que ser usted más específica. Salen muchas cosas en las noticias, así que, a menos que quiera que lo intente adivinar, va a tener que darme una pista.

El profesor sonríe con sarcasmo y algunos alumnos se ríen por lo bajo.

—La enfermera Miller —prosigue la estudiante, aportando la especificidad que el profesor requería—. Por lo que sé, fue alumna de este lugar. ¿Alguna vez le dio clases?

Mi corazón empieza a latir más deprisa, porque me acabo de convertir en el tema de esta clase. Todos estos estudiantes, con los bolígrafos aún en mano, están a punto de oír hablar sobre mí. O eso es lo que creo, hasta que el profesor comienza a hablar de nuevo.

—Creo que fue alumna de esta facultad, hace muchos muchos años, pero no la recuerdo personalmente. Enseño a muchos alumnos, pero no creo haberle dado clases a ella, lo cual espero que sea obvio para ustedes. Si hubiera sido alumna mía, desde luego no le habría enseñado a ir por ahí dando mala fama al resto de las enfermeras.

Hay risas en la sala, pues a todos parece hacerle gracia la broma del profesor. A todos menos a mí. Acaba de hacer un chiste a mi costa, pero sé que no lo decía en serio. No me refiero a la broma en sí, sino a cuando ha explicado que no me conoce. Estoy segura de que me dio clases cuando yo estudiaba aquí. ¿Por qué si no me iba a

sonar su nombre? Por lo que ha asegurado, parece que no me recuerda.

¿Habrá dicho la verdad?

Cuando los alumnos se levantan y empiezan a dirigirse hacia las puertas para salir del aula, decido que ya es hora de averiguarlo.

Permanezco en mi asiento con la cabeza agachada mientras todos los que me rodean se marchan, hasta que solo quedamos el profesor y yo. Él está ocupado ordenando sus notas y todavía no me ha visto. Sigue sin fijarse en mí cuando bajo los escalones caminando en su dirección y tiene la cabeza agachada cuando me acerco, pues está mirando hacia sus pertenencias sobre el escritorio. Pero detecta la presencia de alguien.

—¿Es ahora cuando me pide que le explique las cosas de nuevo porque estaba dormida cuando lo hice antes? —bromea el profesor Wright, pensando sin duda que soy una estudiante cualquiera que no estaba prestando atención durante la clase. Pero, por fin, levanta la vista. Y, cuando me ve, se le acaban las bromas.

La expresión de su rostro me dice todo lo que necesito saber.

Está claro que me reconoce.

¿Será por los últimos informativos que aparecen en la tele?

¿O se acordará de mí por el pasado?

—Tú me diste clases, ¿verdad? —le pregunto. El profesor no mueve un músculo—. Soy una de tus antiguas alumnas. Ahora me acuerdo bien. Recuerdo haber estado aquí. Me acuerdo de ti.

—¿Qué quieres? —me pregunta el profesor Wright. Percibo que mira por detrás de mí hacia donde está la puerta más cercana.

—Necesito ayuda —le admito con sinceridad—. No tengo a nadie aquí, en Chicago, que pueda ayudarme. Vengo con la esperanza de que tú puedas hacerlo.

—¿Yo?

—Necesito un amigo —reconozco, desesperada—. Por favor, me está buscando todo el mundo y no tengo a dónde ir. Estoy intentando recordar cosas sobre mi pasado, sobre mi verdadera identidad. ¿Te acuerdas de mí? Me refiero a cuando estudiaba aquí.

El profesor se toma su tiempo y, acto seguido, asiente lentamente.

—Por eso estoy aquí —continúo, sintiéndome justificada—. Me ha venido a la mente un recuerdo en el que me encontraba en este campus, en algún despacho por alguna parte, y yo estaba...

—¿Tú estabas qué?

—Estaba presionando una almohada contra el rostro de alguien.

Los ojos del profesor se abren de par en par. No sé si es porque lo que acabo de decirle le ha impactado mucho o porque él también recuerda ese incidente.

—¿Qué hice? ¿A quién se lo hice? —le pregunto—. ¿Tienes alguna idea?

El profesor echa un vistazo al aula magna, en la que no hay nadie más que nosotros, y, a continuación, toma una decisión rápida.

—No podemos quedarnos aquí. Podría verte alguien. Ven conmigo.

El hombre recoge sus cuadernos y se dirige hacia la puerta más cercana. Yo lo sigo sin pensármelo porque temo perderlo de vista y volver a quedarme sola en este campus tan laberíntico, del que dudo que pueda salir con tanta suerte como la que he tenido al entrar.

***

Salimos del aula y entramos en un pasillo muy largo. Me reconforta que no nos encontremos con ninguna otra persona en él. Todo el mundo debe estar ya en otras clases o en el exterior del edificio, donde ya brilla el sol. Pero nosotros no vamos a ir a ninguno de esos sitios. El profesor Wright me conduce hasta una puerta y la abre con una llave, y enseguida comprendo a qué lugar acabamos de llegar.

A su despacho.

Nada más entrar y echar un vistazo, me viene otro *flashback*. No me cabe la más mínima duda de que yo ya he estado aquí. El lugar me resulta familiar. Desde el escritorio bastante desordenado hasta el olor a café, pasando por lo que puede verse desde la ventana que hay detrás del escritorio, una gran zona verde donde varios estudiantes están charlando sentados. Es muy confuso estar recordando tantas cosas a la vez. Siento como si mi cerebro fuera un ordenador que se estuviera reiniciando constantemente, imposibilitándome guardar mi trabajo a tiempo o recordar dónde me había quedado antes de cada reinicio. Cuando el profesor Wright

cierra la puerta tras de mí, parece tener muy claro lo que está sucediendo.

Por eso, a continuación, echa la llave de la puerta.

—Por si acaso alguien intentara entrar aquí —dice despreocupadamente—. No querrás que te vean. Puedo ayudarte, pero solo si conseguimos que no te descubra nadie.

Eso tiene sentido, pero sigo teniendo mis recelos al ver que el profesor camina por detrás de su escritorio hasta la ventana y baja las persianas, de modo que la ventana queda tapada y nadie puede vernos desde el exterior. En consecuencia, decido no perder de vista la llave que ha dejado sobre el escritorio.

—Gracias por no perder la calma y llamar a la policía —le digo.

—A ver, me vendría muy bien la recompensa que están ofreciendo por ti, pero no me hace tanta falta el dinero —dice el profesor Wright, tratando de aligerar el ambiente—. Incluso teniendo en cuenta lo mal que me pagan.

Echo un vistazo a su espacio de trabajo, a todos los libros de medicina y a los montones de trabajos por corregir, y pienso en la gran cantidad de conocimientos médicos que este hombre debe poseer e intentar transmitir cada día. Es imposible evitar sentir que es demasiado trabajo para lo que le sea que le paguen. Por otra parte, su labor debe ser más fácil que dedicarse a la enfermería, porque, de lo contrario, estaría dedicándose a ella. Me parece evidente que un despacho como este es un poco más tranquilo que cualquier pabellón de un hospital, a pesar de los estudiantes bulliciosos con los que tendrá que tratar a diario.

—Debes estar decepcionado conmigo —le digo. El profesor Wright está situado tras el escritorio, aparentemente incómodo—. Una antigua alumna tuya resulta ser la peor enfermera de la historia y la mujer más buscada de todo Chicago.

—No me creo todo lo que dicen en las noticias —responde el profesor sin inmutarse—. Entiendo que la vida no es tan simple como lo que cuenta cualquier periodista en la tele. Una historia siempre puede contarse desde distintos ángulos, siempre tiene diferentes versiones. ¿Por qué no me cuentas la tuya?

—Ojalá pudiera —aseguro, negando con la cabeza—. Mis recuerdos están desordenados.

—Tu accidente —dice el profesor Wright, y yo asiento—. Amnesia retrógrada, según tengo entendido. Se ha hablado mucho de tu lesión cerebral en las noticias desde que la gente empezó a especular sobre ti y sobre la causa de tu comportamiento. Solo la mitad de lo que dicen esos expertos médicos es cierto. Yo conozco la realidad. Tu memoria ya no funciona como lo hacía antes del accidente, y probablemente nunca volverá a hacerlo. Por lo tanto, no sabes quién eres ni en quién confiar.

—Lo único que estoy intentando ahora es encontrar a mi familia —explico.

El profesor asiente.

—Me has dicho que se te han estado viniendo recuerdos a la mente —añade—. Háblame de ellos. Específicamente, los que tengan que ver con este lugar. Conmigo.

El profesor se sienta, lo cual interpreto como una buena señal, pues parece estar sintiéndose más cómodo junto a mí. Si todavía está nervioso por mi presencia, lo disimula muy bien.

—Últimamente me vienen cada vez más recuerdos en forma de *flashbacks* —le digo.

—Algunos de ellos pueden ser falsos —interrumpe él, que parece que no pudiera permitir que una conversación sobre cualquier tipo de enfermedad o lesión se prolongara demasiado sin que él interviniera para aportar sus conocimientos sobre la materia.

—¿Los seguiré teniendo? ¿Llegaré a recordarlo todo pronto? ¿Cómo puedo saber qué es real y qué no?

—Es complicado —explica el profesor, dando golpecitos en su escritorio. Me doy cuenta de que no lleva ninguna alianza en la mano—. Puede que tengas más o puede que recuerdes lo mismo una y otra vez. Es probable que nunca llegues a recordarlo todo. Y, como parte de lo que recuerdas puede no ser real, es casi imposible estar seguro de qué puede serlo. Tu imaginación juega un papel importante en los *flashbacks*. Obsesión. Miedo. Es como tener un sueño. A veces un *flashback* está basado en la realidad, pero otras veces no. El problema es que, cuando sueñas, todo parece muy real.

—Entonces, lo de recordar haber asfixiado a alguien aquí... puede que no sea real.

El profesor Wright suelta una risita.

—Estoy bastante seguro de que eso no es real.

—¿Cómo puedo saberlo con seguridad?

—Bueno, planteémoslo así: llevo mucho tiempo trabajando aquí y no recuerdo nada relacionado con que un estudiante asfixiara a alguien.

Supongo que ha dicho eso para tranquilizarme un poco, pero no lo ha conseguido. Ese recuerdo fue tan vívido que no pudo ser fruto de mi imaginación. Pero el profesor Wright me está diciendo que lo fue. En fin, supongo que debo confiar en un hombre tan sabio como él, aunque, sin duda, yo me conozco mejor que nadie.

—¿Dónde te estás quedando? —me pregunta, sacándome así de mis pensamientos y preocupaciones sobre ese recuerdo.

—No tengo a dónde ir —le respondo en voz baja.

—¿Y la comida? ¿Has comido recientemente? —me pregunta.

Yo niego con la cabeza. No le confieso que he estado tan estresada que ni siquiera he tenido ganas de comer.

—Llevo un tiempo sin hacerlo.

—Espera aquí. Voy a la cafetería para traerte algo. Fingiré que es para mí.

Coge la llave de su escritorio y se dirige hacia la puerta.

—¿Por qué me estás ayudando? No tendrías por qué hacerlo. Podrías llamar a la policía y ya está —le digo, señalando lo evidente.

El profesor Wright, que ha girado ya la llave en la cerradura de la puerta, hace una pausa antes de abrirla.

—Porque te hice una promesa la primera vez que estuviste aquí —explica, lo cual me deja confundida.

—¿Una promesa?

—Sí. Le digo lo mismo a cualquier alumno de esta facultad. Cuando te gradúes y salgas de aquí, no podré ayudarte, pero, mientras estés entre estas paredes, seré tu amigo y podrás contar conmigo, porque haré todo lo que esté en mi mano por ti. Ahora que vuelves a estar entre estas paredes, incumpliría mi palabra si no te ayudara.

El profesor Wright me sonríe y, acto seguido, me indica que me aparte un poco para no estar a la vista de cualquier persona que pase por el pasillo cuando abra la puerta. Cuando esta se cierra, debería sentirme más o menos relajada hasta que el profesor vuelva con mi comida. Pero, al oír el ruido de la llave al girar de nuevo en la cerradura, entro en pánico.

Ha echado la llave para que no pueda entrar nadie en el despacho y, así, descubrirme aquí dentro, ¿verdad?

¿O acabo de cometer un error imperdonable?

¿Habré hecho bien al confiar en él?

¿O estaré ahora encerrada y sin posibilidad alguna de evitar que un agente de policía sea la próxima persona que entre por esa puerta?

CAPÍTULO 14

PIPPA

Levanto con cuidado la gasa de la herida que mi hijo tiene en la pierna y comienzo a comprobar si hay signos de infección. Han pasado un par de horas desde que se hizo un corte en el bosque y lo he dejado descansar un rato desde que le curé la herida, esperando que los primeros cuidados básicos que empleé sobre la misma fueran suficientes para recuperarse. Veo con preocupación que Campbell tiene la piel muy roja alrededor de la herida y que, además, ha comenzado a subirle la fiebre.

Mis peores temores podrían estar haciéndose realidad. Mi hijo necesita una atención más específica que la que yo puedo proporcionarle aquí.

—Hace frío —me dice Campbell, que intenta apartarse de mí y acurrucarse de nuevo bajo su manta. El frío que dice tener contrasta directamente con el calor que noto yo cada vez que le toco la frente. Esa señal también es mala. Aunque su piel arde, él tiene la sensación de que hace frío.

—Voy a cambiarte el apósito y a ponerte una venda nueva —le digo, volviendo a abrir el botiquín, pues es lo único que tengo a mi disposición para cuidar a mi paciente.

—¡No, que duele! —exclama Campbell, que se zafa de mí con un movimiento nervioso.

No puedo culparlo por no querer que siga toqueteándolo cuando lo único que quiere es descansar.

—Te prometo que lo voy a hacer muy rápido —le aseguro. Esa frase se la he dicho a un sinfín de pacientes a lo largo de los años en los hospitales en los que he trabajado. Muchas veces es mentira, porque no siempre es rápido. Pero bueno, es una mentira piadosa que solo tiene la intención de hacer que el paciente se sienta un poco mejor. Sin embargo, no siempre funciona; algunos están más asustados o son más sensibles que otros. En estos momentos, mi hijo entra en esa categoría.

Campbell sigue quejándose cuando vuelvo a lavarle la herida con una toallita antiséptica y comienzo a vendarle la parte afectada de la pierna. Ojalá fuera un paciente fácil. Nunca lo ha sido en todas las ocasiones en las que se ha puesto malo en el pasado, pero, además, esta situación es muy diferente a las anteriores. Normalmente, ahora estaría en casa, en su habitación, rodeado de cosas que le resultan familiares y reconfortantes. Yo me habría cogido el día libre en el trabajo para estar a su lado, cuidándolo a él en vez de a los hijos de otras personas en el hospital. Este entorno es bien diferente. En casa siempre ha sido difícil conseguir que se sienta mejor, así que aquí puede que directamente sea imposible, más aún porque no dispongo del recurso básico de llevarlo al hospital si su estado empeora. Pero, desde luego, no puedo arriesgar su vida y, si la herida está infectada como me temo, las cosas podrían ponerse muy feas a un ritmo vertiginoso. Soy su madre, así que haré lo que haga falta por su bienestar, aunque eso signifique que la policía pueda detenerme.

—¡Muy bien! —le digo una vez que he terminado de vendarle la pierna. Corto el extremo de la venda y Campbell vuelve a relajarse un poco—. Has sido muy valiente.

Decido dejarlo en paz un rato y me dirijo hacia la puerta de la habitación, donde Karl ha estado observándonos. Tiene los brazos cruzados y el rostro pensativo. No hay dudas de que está tan preocupado por nuestro hijo como yo.

—Está bien, ¿verdad? —me susurra.

Yo asiento, aunque solo lo hago por Campbell, que nos está mirando. Luego, le hago un gesto a mi marido para que me siga hasta el exterior la habitación. Cuando ambos estamos fuera, cierro la puerta y comienzo mi consulta con el padre del paciente, que es otra cosa que he hecho miles de veces a lo largo de mi carrera profesional y que a menudo es la parte más difícil de mi trabajo. Nunca es fácil hablar con un padre preocupado, sobre todo cuando tienes que darle malas noticias. Justo eso es lo que tengo que hacer ahora.

—Creo que la herida está infectada —le explico—. Aún es pronto para saberlo con seguridad, pero no puedo arriesgarme a no hacer

nada porque podría empeorar, especialmente estando aquí aislados en medio del bosque. Tengo que hacer algo más.

—¿Como qué?

—Hay que ir a un hospital.

Karl parece preocupado, supongo que por dos razones obvias. La primera, que Campbell necesita una atención médica más especializada. La segunda, que conseguirla implica un riesgo alto de que nos pille la policía.

—Si no hay más remedio... —dice Karl, que, por un segundo, parece casi aliviado. Enseguida comprendo por qué—. A ver, esto ya ha durado demasiado. Tenemos que volver a la civilización, conseguirle a Campbell la ayuda que necesita y luego explicarle a la gente lo que ocurrió. Y que la culpa de todo es de Darcy.

¿De verdad mi marido piensa que nos vamos a rendir? ¿De verdad cree que a mí se me pasa por la cabeza culpar de todo a mi hermana?

—Eso no va a suceder —le digo con firmeza.

Él frunce el ceño al instante.

—¿Cómo dices? Si nos van a detener en cuanto entremos en un hospital, tenemos que prepararnos y saber bien qué vamos a decir.

—¿Quién ha dicho nada de que nos vayan a detener? —le pregunto, aunque no pretendo que me responda—. ¿Y si puedo conseguirle a Campbell las medicinas que necesita sin que nadie sepa que entré en el hospital?

Propongo algo tan descabellado que uso un tono de voz muy firme para que mi marido piense que es posible. No tengo ni idea de si lo será o no, porque no tengo ningún plan. Ni siquiera sé dónde está el hospital más cercano, así que ya no hablemos de cómo moverme por él y encontrar lo que nos hace falta sin que nadie me reconozca. Pero tengo muy claro que hay que intentarlo.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —me pregunta Karl.

Niego con la cabeza, me doy la vuelta y me dirijo al salón, donde mis padres están sentados, nerviosos, con ganas de saber cómo está Campbell.

—Está bien —les digo nada más llegar, para que no les dé tiempo a preocuparse.

—Acabas de decirme que necesita ir a un hospital —protesta Karl, que viene detrás de mí.

Mis padres, nada más oír eso, vuelven a mostrarse atemorizados.

—Sí, es verdad. Lo que quería decir es que está bien de momento. Pero necesita medicinas a las que no tengo acceso aquí. Por eso voy a ir a buscárselas, las traeré aquí y la herida de la pierna mejorará.

—¿Alguno de vosotros puede hacerla entrar en razón? —les suplica Karl a mis padres—. Cree que puede caminar libremente por un hospital y robar medicamentos sin que nadie la pille. Y es que, aunque lo consiga, estaría sumando otro delito más a los que ya provocan que la policía nos esté buscando. ¿Tú estás loca?

—No, lo que estoy haciendo es intentar mantener a mi familia a salvo a toda costa, cueste lo que cueste —le respondo, con firmeza y con cierto enfado por tener que explicarle eso a mi marido. Tratar de proteger a mi familia ha sido mi único objetivo desde que todo esto empezó.

¿Por qué tengo la sensación de que yo estoy actuando en beneficio de todos y él está haciendo justo lo contrario?

—¿Qué le hace falta a Campbell? Creía que se iba a poner bien —dice mi madre, que, como cabía esperar, se muestra preocupada. Yo le aseguro rápidamente que su nieto se pondrá bien en cuanto le traiga lo necesario—. ¿Tiene una infección? ¿La herida necesita puntos?

—¿Hay alguna farmacia o algo así cerca de aquí? —pregunta mi padre.

Agradezco mucho que lo haga; por fin una pregunta más práctica que emocional.

—No lo sé. Cuento contigo para que me ayudes a averiguarlo. Podríamos ir juntos —le digo—. Tú conduces y yo entro a buscar lo que necesitamos. Los demás os quedáis aquí hasta que volvamos.

—¿Qué te parece si le echo un vistazo antes de irnos? —me sugiere. El médico que hay en mi padre quizá piense que puede resolver la situación sin necesidad de correr riesgos—. Puede que aquí tengamos todo lo que necesitamos.

—No, no perdamos más tiempo. He visto bien cómo está la herida y no va a cambiar porque vayas a verlo —insisto, con la esperanza

de que mis padres respeten que mis conocimientos médicos son tan sólidos como los suyos y no se ven influidos por mi relación con el paciente—. Créeme, preferiría no tener que correr este riesgo, pero debemos irnos ya. Karl y mamá se quedan con Campbell.

—¿Qué? —grita mi marido, que evidentemente no está nada de acuerdo con el plan.

—Tienes que quedarte aquí y echarle un ojo —le digo—. Sé que tú lo vas a hacer también, mamá. Sabes bien a qué tienes que estar atenta. Sigue vigilándolo. Dale mucha agua y observa su temperatura. Iremos lo más rápido que podamos y, en cuanto estemos de vuelta, mejorará rápidamente.

—Por supuesto —me responde mi madre. Ella no necesita que le haga ninguna indicación relacionada con el cuidado de un paciente, con los años de experiencia que tiene como enfermera. Pero yo me siento mejor exteriorizándolo porque me hace sentir menos culpable por irme de la cabaña durante un tiempo.

—¿Por qué hablas como si lo que vais a hacer fuera algo tan sencillo que sin duda va a salir bien? —pregunta Karl, moviendo la cabeza de lado a lado en señal de desesperación—. Sabes muy bien que te van a detener en ese hospital. Y luego te cogerán a ti también, Adrian, en cuanto te encuentren sentado en el coche en el aparcamiento exterior. ¿Y entonces qué? ¿Los llevaréis hasta nosotros? ¿O se supone que tenemos que quedarnos aquí, esperando, sin un coche a nuestra disposición? ¿Y hacer qué? Estaríamos completamente jodidos. Campbell seguiría empeorando. No puedo permitir que eso ocurra y que no tengamos forma de salir de aquí.

—No voy a dejar que eso suceda —le aseguro, deseando ponerme ya en camino porque esta conversación es una pérdida de tiempo. No puedo irme de aquí hasta que mi marido entienda bien qué pasaría si ocurre lo peor y acabo esposada—. Si me cogen y me detienen, le revelaré a la policía dónde estáis para que vengan aquí, de forma que Campbell recibiría rápidamente la ayuda que necesita. No soy estúpida, no arriesgaré la vida de nuestro hijo bajo ninguna circunstancia. Pero hay una posibilidad de conseguir lo que necesita sin que nos detengan a ninguno. Así que déjame intentarlo.

Karl levanta las manos al aire, en un gesto de exasperación total. No esperaba otra cosa por su parte, ya que nuestro matrimonio ya vivía situaciones de desesperación antes de que las cosas llegaran hasta este punto. No cabe duda de que los últimos acontecimientos han expuesto aún más nuestros conflictos y los han intensificado. Los problemas, como cualquier otra cosa bajo una lupa, se hacen más grandes, no más pequeños.

—¿Qué piensas tú? —le pregunta mi madre a mi padre.

—Tenemos que intentarlo, ¿no? —responde él, mirándome.

Yo asiento.

—Sí, y debemos irnos ya —le digo, volviendo la vista hacia el dormitorio de Campbell, para que sean conscientes de que la salud de su nieto depende de que no perdamos ni un segundo más discutiendo el tema.

—Hay que coger algo para que te camufles un poco —dice mi padre. Se pone en marcha de inmediato y empieza a coger cualquier cosa que pueda servirme para ocultarme, desde su gorra de béisbol hasta una chaqueta de mi madre—. Yo también podría intentar ponerme algo para pasar desapercibido. Encontraremos más rápido lo que necesitamos si los dos entramos a buscar en el hospital.

—No, entraré yo sola. Si vamos los dos, se duplican las opciones de que nos vean a alguno.

Estoy más que preparada para irme ya, pero mi marido sigue cabreado.

—¡No me lo puedo creer! —murmura Karl cuando me dispongo a salir. Pero ya no nos va a detener.

Mis padres se abrazan, y pienso si hacer lo mismo con mi marido. Pero dudo que se muestre receptivo, así que abandono la idea y me decanto por ir a ver a mi hijo de nuevo. No sé cómo va a acabar esto y, por si acaso, quiero estar a su lado una vez más.

Cuando llego a su cama, compruebo que sigue inquieto y que su frente sigue caliente cuando la toco. Está agotado. No está mejorando.

Así que le doy un beso en la mejilla y me voy.

Próxima parada, *el hospital.*

CAPÍTULO 15

DARCY

Vuelvo a probar el pomo de la puerta, pero obtengo el mismo resultado. Sigo encerrada en el despacho de mi antiguo profesor, en medio de la facultad en la que estudié, que está repleta de estudiantes de Enfermería. Y no puedo escapar de aquí, aunque quisiera.

Y tengo muchísimas ganas de hacerlo.

Vine hasta este lugar porque reconocí el nombre del profesor y pensé que podría ayudarme, pero hay algo en él que no me cuadra. Ahora que estoy encerrada en su despacho, ya es demasiado tarde para seguir mi instinto y echarme atrás. Me ha dicho que ha ido a buscar algo de comida para mí, pero ¿será verdad? ¿Por qué iba a ayudarme? Me ha asegurado que lo hacía porque me conocía y porque les promete a todos sus alumnos que siempre les echará una mano mientras estén entre las paredes de la facultad, pero eso no tiene por qué ser cierto. Además, yo no soy una alumna cualquiera.

No soy una enfermera más entre todas las que él ha formado.

Soy la enfermera asesina que aparece en todas las noticias.

Cada vez noto más los nervios en el estómago. Me alejo de la puerta y me dirijo hacia la ventana, decidida a probar por ahí una posible vía de escape. El profesor Wright ha cerrado las persianas, pero yo las vuelvo a abrir, permitiendo que la luz natural inunde el despacho, que estaba casi a oscuras. Hay un buen puñado de libros de texto relacionados con la medicina en esta estancia desordenada, que se iluminan con la luz adicional que ahora entra por la ventana. Me asomo para mirar hacia el exterior y cuento hasta seis estudiantes sentados en el césped, disfrutando de un descanso entre clase y clase. Ninguno de ellos mira en mi dirección, aunque nada les impediría hacerlo y descubrirme aquí asomada.

En esta ventana.

Pruebo la manilla, esperando que no esté bloqueada con algún tipo de cerradura. Pero gira, hace clic y la ventana se abre, lo que

significa que tengo una salida. Decido que lo mejor es intentar utilizarla, por si acaso. Lo peor que puede pasar si salgo de aquí es que el profesor Wright estuviera intentando ayudarme de verdad y se sienta frustrado porque me haya ido sin esperar a que volviera. Pero lo peor que puede pasar si me quedo en el despacho es que ese hombre vuelva con un miembro del personal de seguridad de la facultad, y entonces no tendré ninguna posibilidad de escapar.

Por eso, decido salir.

Trepo para salvar la altura de la ventana, que ya está abierta, preguntándome qué pensará cualquier estudiante que me vea haciendo esto. ¿Sabrán de qué despacho estoy escapando? ¿Pensarán que es algo extraño? ¿O me reconocerán por culpa de las noticias, provocando una oleada de pánico en todo el campus y que todo el mundo comience a correr de repente para salvar sus vidas, como si yo constituyera una amenaza para ellos?

Salto por la ventana. Cuando mis pies tocan el suelo, miro de inmediato a mi alrededor para ver si alguien se ha fijado en mí. Pero no, nadie lo ha hecho. No hay ningún tipo de alboroto, pero lo habrá enseguida si me quedo aquí parada, así que empiezo a andar deprisa. Me alejo del despacho, manteniéndome en los márgenes del espacio común que los estudiantes comparten para su descanso.

No tengo ni idea de cómo salir de aquí, pero veo una puerta delante y decido entrar por ella. Ahora me encuentro en un pasillo tranquilo. Estoy a punto de cruzarlo cuando oigo una voz familiar que me deja petrificada.

Pertenece al profesor Wright.

Está a la vuelta de la siguiente esquina. Y está hablando con alguien.

No me atrevo a mover un músculo, tratando de descubrir si se está acercando más a mi posición y qué es lo que dice. No parece que se esté moviendo. Sin embargo, sí que parece que tengo un problema.

—Sí, está aquí. Está en mi despacho, como le he dicho, y no puede ir a ninguna parte porque la puerta está cerrada con llave. Tienen que venir de inmediato porque está claro que es muy

peligrosa, y aquí hay muchos estudiantes que podrían estar en peligro.

¿Con quién está hablando?

¿Y por qué acaba de hablarle de mi presencia?

El instinto que he tenido en el último momento de no confiar en el profesor Wright era correcto. Está claro que he hecho muy bien yéndome de su despacho. Me está traicionando, pero aún no sé con quién está hablando, así que avanzo sigilosamente hacia el lugar del que proviene su voz. Llego hasta a la esquina del pasillo, me asomo ligeramente y compruebo que el profesor está hablando por teléfono.

—Está desvariando y diciendo todo tipo de disparates. Aunque se fía de mí, así que la voy a mantener aquí como sea. Pero sean rápidos. En cualquier momento podría sentir la necesidad de irse, y yo no sé de qué puede ser capaz.

No me puedo creer lo que está diciendo el profesor, pero tengo que hacerme a la idea de que está hablando con la policía, instándolos a que vengan a detenerme.

Podría doblar la esquina de golpe y enfrentarme a él, reprochándole su traición. Pero decido no hacer una tontería como esa, aunque la idea de pensar en la expresión de su rostro cuando vea que ya no estoy en su despacho me ofrece un segundo de placer. Tengo que largarme de aquí mientras tenga una pequeña ventaja, así que me doy la vuelta y empiezo a andar.

Y, en cuanto empiezo a hacerlo, me choco de frente contra un guardia de seguridad.

Cuando nos apartamos el uno del otro, veo su uniforme y su tarjeta de identificación, así como una radio sujeta a su cinturón. Lo único que tiene que hacer para saber quién soy es mirarme a la cara. Y justo eso es lo que hace. El hombre enarca las cejas cuando cae en la cuenta de que se ha encontrado cara a cara con la mujer que todo el mundo está buscando en Chicago.

—¡Espere! —me grita una vez que he me he dado la vuelta y he comenzado a correr. Sin embargo, yo no miro atrás y trato de alejarme de él. No he llegado demasiado lejos cuando lo escucho hablar por la radio.

El sonido de mis zancadas me impide saber exactamente lo que está diciendo, pero sí que soy capaz de oír a la perfección lo que viene después.

Ha empezado a sonar la alarma de la facultad. Este lugar ha activado el protocolo de seguridad para su aislamiento.

Mi sensación de apremio se intensifica cada vez más. Dispongo de unos segundos escasos, literalmente, para salir de este campus antes de quedarme atrapada en él y de que la policía se despliegue por todo el recinto. No tengo ni idea de hacia dónde encaminarme o por qué puerta intentar salir. Aunque sigo corriendo, siento que este es mi final.

Se acabó.

Estoy a punto de enfrentarme a las consecuencias de todas mis acciones.

La alarma sigue sonando, dejándonos sordos tanto a mí como al resto de las personas que la oyen, porque está diseñada para no ser ignorada. Puede decirse que, a estas alturas, casi me he resignado a que me detengan. Incluso cuando veo que se abre una puerta y sale un hombre con unos pantalones azules y una elegante camisa del mismo color, no se me ocurre pensar en esquivarlo ni en hacer nada para alejarlo de mí. De hecho, ya no tengo fuerzas para seguir fingiendo, así que me limito a ponerme de rodillas y echarme a llorar, para que ese hombre sea consciente de que estoy totalmente indefensa y de que no represento ninguna amenaza para él.

—¿Darcy?

Escucho al hombre decir mi nombre, pero tengo la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas. Me imagino que me habrá reconocido por las noticias y que quizá simplemente ha pronunciado mi nombre por la incredulidad de que haya aparecido justo delante de él.

Pero, a continuación, dice algo que no tiene fácil explicación.

—Levántate. Ven conmigo. ¡Rápido! ¡Aquí dentro!

Levanto la vista y lo veo haciéndome gestos urgentes para que lo siga hasta el interior de la estancia de la que acaba de salir. Aunque aún no conozco por qué razón, parece que está intentando ayudarme.

—Vamos. ¡Muévete! —exclama de nuevo. Continúa insistiéndome para que lo siga, así que me pongo de pie y entro en un despacho, pensando que no puede ser peor que estar ahí fuera, en medio del pasillo, esperando a que el guardia de seguridad llegue hasta mi altura.

Cuando el hombre cierra la puerta una vez que hemos entrado, echa un vistazo rápido a su alrededor y me explica por qué.

—Necesitamos esconderte en algún sitio. ¡El armario! —exclama. Se dirige hacia él, abre las puertas y saca a toda prisa algunas de las cajas llenas de cuadernos que guarda ahí, presumiblemente para hacerme algo de sitio.

—¿Por qué estás intentando ayudarme? —le pregunto a este desconocido, que al verme ha reaccionado de forma totalmente opuesta a la del guardia de seguridad.

—¿Cómo? —me pregunta el hombre. Solo hace una breve pausa al escuchar mi pregunta, pero enseguida vuelve a ponerse con la tarea de hacerme más sitio en el interior del armario.

—Quiero decir, ¿por qué no me tienes miedo? Todo el mundo tiene miedo de mí.

El hombre se detiene de nuevo y esta vez no vuelve a trastear con las cajas de inmediato.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —me dice con tristeza. No me queda más remedio que negar con la cabeza.

La alarma sigue atronando. En cualquier momento, alguien podría irrumpir en esta estancia para buscarme, pero tengo que estar segura de que no estoy cayendo en otra trampa. Necesito saber quién es este tipo.

—Me llamo Cody —afirma. Hace una pausa para ver si me suena ese nombre. Como no es así, sigue explicándome—. Estábamos en la misma clase en esta facultad cuando estudiábamos Enfermería. A veces nos sentábamos juntos. Éramos amigos.

Hay algo en la mirada de Cody cuando recuerda nuestro pasado que me hace pensar que en algún momento fuimos más que amigos, o que él siempre quiso que lo fuéramos pero nunca llegó a suceder. Ahora mismo no tenemos tiempo para entrar en los detalles minuciosos, teniendo en cuenta que el campus está aislado y que

está a punto de comenzar una búsqueda exhaustiva, si es que no lo ha hecho ya.

—No pasa nada si no te acuerdas de mí. Supe lo de tu accidente y me enteré de que sufres amnesia desde entonces. Lo siento mucho —dice Cody con sinceridad. A diferencia del profesor Wright, este hombre me transmite buenas sensaciones—. No podemos hablar ahora. Van a registrar todo esto, así que tienes que esconderte. Haré lo posible para que no te encuentren y luego, si puedo, te sacaré del campus y te llevaré a un lugar seguro.

Cody me hace señas para que entre en el armario, pues ya hay espacio suficiente para que me oculte allí. Pero tengo una pregunta más antes de hacerlo.

—¿Y si te pillan ayudándome? También te arrestarían a ti.

—Voy a correr el riesgo —responde sin inmutarse—. Por una amiga.

De nuevo, no estoy del todo convencida de que él y yo fuéramos solo amigos, o de que no existiera la posibilidad de que hubiéramos podido ser algo más. Pero sí que me convence la autenticidad de Cody. Lo he sentido así desde el momento en el que me vio en el pasillo. Me miró de forma diferente a la que lo hicieron todas las personas a las que he visto desde que volví a Chicago. Me miró como yo me veo a mí misma. Como a una persona que ha tomado algunas decisiones horribles, pero que en el fondo es buena por naturaleza.

Por eso me está ayudando.

Sabe cómo soy en realidad.

Ahora solo me queda esperar que pueda permanecer escondida el tiempo suficiente para tener la oportunidad de mostrarle también al resto del mundo cómo soy en realidad.

CAPÍTULO 16

PIPPA

Hospital Sunset Memorial.

Ese es el lugar en el que he planeado robar.

No es lo que nos quedaba más a mano, pues hay un par de farmacias más cerca de la cabaña, pero el problema es que son demasiado pequeñas y es imposible merodear por ellas sin tener que tratar con el farmacéutico que haya detrás del mostrador. Una farmacia hospitalaria es mucho mejor. Son más grandes y, aunque eso signifique que haya más gente en ellas, también hay menos posibilidades de destacar entre la multitud. Además, conozco bien los hospitales. No este en concreto, pero la distribución suele ser similar en casi todos ellos. A la hora de diseñar hospitales, se da prioridad a la atención al paciente y, por lo tanto, se utiliza una distribución estandarizada. Cada planta está trazada para que el personal que trabaja en ella pueda rendir al máximo. Por eso, creo que tengo una idea bastante clara de dónde podré encontrar el lugar en el que se almacenan los medicamentos. Solo tengo que entrar en el hospital, leer algunos letreros y luego pensar y actuar como si realmente fuera una enfermera que trabaja allí.

Pero no lo soy, claro. Seré una intrusa. Una ladrona.

Un delito más que añadir a los que ya hacen que la policía me esté buscando.

No me extraña que mi padre esté tan nervioso mientras conduce en dirección al hospital.

Estará pensando lo mismo que piensan los que se han quedado en la cabaña.

Que esta idea es terrible.

—¿Y si entro yo? —me vuelve a sugerir, mientras recorremos una carretera rural muy tranquila.

Rezo por que no tengamos tan mala suerte como para encontrarnos con un coche de policía y que nos detengan incluso antes de llegar al hospital.

—No. Yo iré más rápido. No te ofendas —le digo. No puede discutir que la juventud está de mi parte.

—Pero, si me atrapan a mí, a ti te quedaría una oportunidad. Podrías salir pitando con el coche, intentarlo en otro sitio y volver a la cabaña. Si te atrapan a ti, ¿qué vamos a hacer?

—Si me pillan a mí, se acabó la historia —respondo con tranquilidad—. Como os dije antes, no pienso poner en peligro la salud de mi hijo. Si me detienen, les daré la localización de la cabaña y se terminó. Pero, al menos, vamos a intentarlo.

Mi padre sigue sin tenerlo claro, pero continúa conduciendo en dirección a la ciudad. Cuando empezamos a ver más coches y los primeros peatones en las aceras, comprendo que ya casi hemos llegado. Decido probar de nuevo la radio, ya que desde que salimos de la cabaña he intentado sintonizar algo un par de veces, pero lo único que he conseguido escuchar es un zumbido constante. Ahora sí que logramos captar una emisora de radio. Espero que, mientras atravesamos la ciudad, tengamos la oportunidad de enterarnos de las últimas novedades con respecto a mi hermana en Chicago.

Por desgracia, lo único que ponen en esa cadena es música *country*. Aunque pruebo a sintonizar otros canales, no doy con ningún informativo. No me queda otra que cruzar los dedos para que Darcy siga libre y esté bien. Si consigo en el hospital todo lo necesario para mi hijo, podré ir a buscar a mi hermana. Pero lo primero es lo primero. Mi padre sigue una indicación de la carretera que señala el camino hacia el hospital, y según nos acercamos, las mariposas de mi estómago comienzan a batir sus alas con más fuerza. Ya casi ha llegado el momento de poner en marcha mi plan.

Cuando llegamos, me siento a la vez aliviada y abrumada al comprobar lo grande que es el hospital. Aliviada porque cuanto más grande mejor, porque eso significa que hay más lugares en los que esconderme y un mayor número de posibles vías de escape. Pero abrumada porque, siendo así de grande, voy a tardar un poco más en encontrar lo que busco. De todas formas, con solo pensar en mi hijo tumbado en la cama de la cabaña, cada vez con más fiebre y con la herida de la pierna empeorando, tengo más que suficiente para no detenerme en mis intenciones.

El coche deja de moverse en cuanto mi padre encuentra una plaza de aparcamiento lo más cerca posible de las puertas de entrada. La idea es que yo tenga que recorrer la menor distancia posible en caso de tener que salir huyendo del interior del hospital dentro de unos minutos. Me desmoraliza visualizar la imagen de mí misma saliendo a toda velocidad con las medicinas en una mano y varios guardias de seguridad persiguiéndome, al igual que pensar en que quizá mi padre tenga que salir del aparcamiento tan rápido como pueda y volver a la cabaña antes de que la policía comience a perseguirnos. La verdad es que, cuando abro la puerta del coche para salir, pienso que ese es el escenario más probable.

O eso, o que no vuelva a salir de este hospital jamás.

—Ten cuidado —me pide mi padre, como si fuera necesario que lo hiciera. Debe haberse sentido obligado a decir algo antes de que me fuera.

—Vuelvo dentro de nada —le digo, fingiendo confianza—. Mantén el motor en marcha.

Dicho eso, doy un portazo y empiezo a caminar hacia la entrada del hospital antes de que los nervios que siento me ralenticen y dificulten aún más mi tarea.

Llevo puesta una de las gorras de béisbol de mi padre; espero que así sea más difícil que me reconozcan. En el trayecto hasta la entrada me cruzo con varias personas y ninguna de ellas me mira. Cuando las puertas se abren y entro en la recepción, que está bien fresca gracias al aire acondicionado, veo letreros con los nombres de varios departamentos que me resultan familiares.

Radiología. UCI. Obstetricia. Pediatría. *Farmacia hospitalaria.*

Sigo las indicaciones que guían hasta el lugar en el que se guardan los medicamentos, deseando tener la oportunidad de robar lo que necesito sin tener que pararme a hablar con nadie. Me cruzo con familiares con aspecto pensativo sentados en sillas de plástico, así como con varios pacientes débiles a los que llevan en silla de ruedas o que dan unos pasos tímidos para tomarse un respiro de estar casi todo el tiempo en cama. El olor a desinfectante también me resulta familiar, al igual que el ritmo con el que se desplazan todos los trabajadores del hospital. Caminan deprisa porque siempre

hay otro paciente al que atender, otra cita a la que acudir, otra cirugía en la que estar. Por eso siempre es una mala señal ver a un médico o a una enfermera andando despacio. Significa que lo más probable es que estén a punto de transmitir malas noticias.

Si el paciente tiene una oportunidad, la prisa es crucial, es trascendental actuar rápido. Pero, si ya no tiene opciones, las cosas se ralentizan.

Tengo la suerte de que, al haber trabajado mucho tiempo en un entorno tan estresante como el de un hospital, no me abruma el volumen de gente que hay en este ni los pitidos que provienen de las máquinas de las distintas habitaciones. Estoy completamente concentrada en llegar a mi destino. Está en la segunda planta. Cuando llego a la altura de los ascensores, tomo la decisión de evitarlos y subir por las escaleras. No quiero estar encerrada en un espacio reducido con otras personas, pues cualquiera podría reconocerme si se fijara en mí detenidamente.

Subo las escaleras de dos en dos, moviéndome deprisa, consciente de que mi padre estará con la mirada fija en las puertas del hospital, esperando verme salir sana y salva de él. Cuando llego a la segunda planta, vuelvo a pensar en Campbell, y eso hace que me apresure aún más y continúe mi camino, ahora que la farmacia está ya a la vista.

Veo a dos farmacéuticos detrás del mostrador. Más allá de ellos, hay filas y filas de medicamentos, frascos y envases alineados en las estanterías, todos listos para ser entregados a cualquiera que tenga una receta. Yo no tengo ninguna, y por eso no me uno a la cola que hay frente al mostrador, formada por personas que están esperando para recibir los medicamentos que un médico les ha recetado. En lugar de eso, me centro en la puerta que hay en un lateral del mostrador, y también en un problema: necesito que alguien salga por ella para poder entrar.

Me mantengo en un extremo de la zona de espera, asegurándome de que nadie me está mirando. Y no, nadie lo hace. Los dos empleados del mostrador están muy ocupados: uno comprueba las recetas y cobra mientras el otro recorre los pasillos que hay al fondo para buscar medicamentos y entregárselos al paciente. Y, a

continuación, se pone a buscar lo siguiente que se necesite. Se trata de una operación sencilla y organizada, aunque eso se debe a que aquí no hay nadie que esté actuando fuera de lugar. Ninguna persona se quiere saltar la cola, nadie exige ser atendido antes que los demás y no existe ningún problema para que los farmacéuticos encuentren los medicamentos que buscan porque tienen experiencia y saben muy bien lo que se hacen.

Pero yo estoy a punto de introducir algo de caos en este lugar.

Cuando veo llegar a una tercera farmacéutica que se dirige hacia esa puerta lateral, me dispongo a seguirla hacia el interior, deseando con todas mis fuerzas que no mire hacia atrás mientras entra. La veo introducir un código en el teclado electrónico. Acto seguido, la puerta se desbloquea y la mujer la abre de un empujón. Entro justo detrás de ella, pisándole los talones. Se aleja hacia el mostrador y yo voy en dirección contraria, deslizándome rápidamente hasta la parte de atrás de una de las estanterías y asegurándome de que ninguno de los tres farmacéuticos pueda verme.

Este lugar es un laberinto diminuto cuyos pasillos están llenos de medicamentos. Espero que su distribución contribuya a evitar que nadie me vea. Para lo que no va a servir, sin embargo, es para facilitarme la tarea de encontrar lo que busco.

Escucho a los farmacéuticos charlando y el ruido que hacen las bolsas de papel mientras se reparten los medicamentos. Comienzo a examinar los fármacos que contiene la estantería que tengo delante de mí. Pero no son los que necesito. Veo diversas medicinas relacionadas con el asma y un montón de inyectores automáticos de adrenalina para tratar la anafilaxia. Pero no hay antibióticos.

Me desplazo sigilosamente por el pasillo y sigo buscando, aunque sin ningún resultado.

Venga, hombre, tiene que estar por aquí.

Pero ¿dónde?

Se me hiela la sangre cuando escucho una voz justo al otro lado de la estantería que tengo ante mí. Aunque la persona que acaba de hablar no pueda verme, estamos muy cerca. Acelero mi búsqueda, pero llego al final del pasillo sin éxito, lo que significa que voy a tener que atreverme a adentrarme en otro. ¿Quién sabe lo que

podría estar esperándome en él? Justo antes de que pueda hacerlo, escucho que la voz se acerca todavía más, y entonces oigo algo que me hace sentir verdadero pavor.

—Dos inyectores automáticos de adrenalina, marchando.

¡Mierda, no!

Los inyectores están en este pasillo.

Comprendo que tengo que encontrar como sea un escondite en los próximos segundos, pero soy incapaz de correr el riesgo de entrar a ciegas en el siguiente pasillo sin saber lo que podría encontrarme. En estas, observo una hilera de armarios pequeños por debajo de mí y se me ocurre una idea.

Abro la puerta de uno de los armarios y me agacho tras ella para que me sirva de barrera entre la farmacéutica que está a punto de entrar en el pasillo y yo. Estoy fuera de su vista, aunque solo si no le da por venir a cerrar la puerta del armario si se percata de que está abierta cuando coja los inyectores.

Estando ya en cuclillas en mi escondite, oigo cómo unos pies se deslizan sobre el suelo pulido a escasos metros de mí. No me puedo creer lo cerca que estoy de que me descubran. Pero los pasos comienzan a alejarse y, cuando me asomo por encima de la puerta del armario, compruebo que vuelvo a estar sola.

No puedo permitirme perder ni un segundo más, así que me pongo de pie y me asomo al siguiente pasillo, donde veo a una farmacéutica metiendo en una bolsa de papel un frasco grande de jarabe para la tos. Luego se marcha y vuelve al mostrador, así que yo me desplazo hacia el pasillo que acaba de dejar, examinando las estanterías a medida que voy avanzando.

Veo algunos antibióticos tópicos que se pueden aplicar sobre la piel. Esto ya se parece más a lo que buscaba. Debo estar acercándome, así que cojo unos cuantos y me los meto en los bolsillos, porque de algo podrían valer. Pero lo que quiero encontrar a toda costa son antibióticos orales, ya que suelen ser más fuertes y más efectivos y disminuyen el riesgo de que se necesite algún medicamento adicional más tarde, así que sigo inspeccionando.

Entonces veo lo que estaba buscando.

Cojo un frasco de un fármaco líquido de la estantería, compruebo un par de veces la etiqueta para asegurarme de que sea lo que quiero y me lo meto a toda prisa en el bolsillo de la chaqueta. Luego busco todo lo rápido que puedo varias pomadas antisépticas por tomar precauciones extra y me doy la vuelta para largarme ya de una vez de aquí. Pero lo único que sucede al hacerlo es que me topo de frente con una farmacéutica con cara de susto.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta la mujer de pelo castaño claro. Al reconocerme, su rostro tiene el mismo color que la bata blanca que viste. Parece muerta de miedo.

—Puedo explicártelo —le digo, pero está claro que voy a disponer de poco tiempo para hablar con la farmacéutica, porque empieza a alejarse de mí. Temo que pueda llamar a sus compañeros en cualquier momento, porque entonces estaría en una clara desventaja numérica.

Así que tomo una decisión impulsiva.

Me llevo una de mis manos al bolsillo de mi abrigo para dar a entender que en su interior hay un arma que no me da ningún reparo usar.

—No te muevas. No quiero hacerte daño, pero lo haré si no me queda más remedio —la amenazo. Me siento fatal por tener que hacer algo así, pero no tengo otra opción.

La farmacéutica se queda paralizada, con los ojos clavados en la mano que tengo sobre mi bolsillo. Su imaginación se ha desbocado, tratando de adivinar qué podría llevar ahí escondido que pudiera hacerle daño.

¿Una pistola? ¿Un cuchillo?

Cuanto peor sea el escenario que se imagine, mejor para mí, siempre y cuando no se dé cuenta de que en realidad no tengo ninguna de esas cosas y que esto no es más que un farol. La farmacéutica parece creer que represento una amenaza para ella. ¿Por qué no iba a pensarlo, si tenemos en cuenta lo que habrá visto en las noticias?

—Déjame salir de aquí y no te pasará nada —le digo con suavidad.

Tras unos segundos, la mujer asiente.

Esa es la señal que estaba esperando para moverme, así que paso lentamente junto a ella en dirección hacia la puerta. La vigilo por si hace algún movimiento brusco, igual que ella no me pierde a mí de vista por la misma razón. Pero ninguna de las dos rompe la promesa que nos acabamos de hacer y, cuando llego a la altura de la puerta, creo firmemente que voy a conseguir salir de aquí. Sin embargo, presupongo que la alarma va a sonar antes de que haya podido llegar demasiado lejos. En efecto, eso es lo que sucede en cuanto llego de nuevo al borde de las escaleras.

Empiezo a correr, saltándome peldaños y casi tropezando hasta que consigo llegar a la planta baja. Mientras los médicos, las enfermeras y los pacientes se giran todos con una expresión de desconcierto ante lo que podría haber provocado que suene la alarma, yo los voy esquivando a toda velocidad y corro hacia la salida. Una vez que la tengo a la vista, no aflojo el ritmo en ningún momento.

Veo que dos guardias de seguridad corren en la misma dirección que yo por delante de mí con la clara intención de averiguar cuál es el contratiempo. No se hacen a la idea de que el problema que andan buscando está a punto de dejar atrás este hospital.

Las puertas automáticas se abren y salgo al exterior, buscando ya el coche de mi padre en una zona de entrada que está muy concurrida. Veo una ambulancia aparcada nada más salir, pero paso corriendo junto a ella y por fin veo a mi padre sentado al volante de su vehículo, que tiene el motor aún arrancado.

Debe poder oír la alarma desde el interior del coche, lo que significa que sin duda sabe de sobra que no podemos perder ni un segundo. Acelera hacia mi posición y yo me apresuro a tirar de la manilla de la puerta del copiloto. Prácticamente me tiro sobre mi asiento y cierro de nuevo de un portazo; mi padre acelera de nuevo y comienza a alejarnos del hospital a toda velocidad.

Miro por el retrovisor y veo varios guardias de seguridad que acaban de salir del interior del recinto y están mirando en nuestra dirección.

Pero han llegado demasiado tarde.

Ahora lo único que espero es no ser yo la que llegue demasiado tarde para mi hijo.

CAPÍTULO 17

DARCY

La alarma sigue sonando, lo cual implica que este campus universitario debe seguir aislado y que mi búsqueda ya habrá comenzado. Pero no será fácil encontrarme estando escondida dentro de este armario del despacho de Cody, agazapada en la oscuridad junto a unos libros de medicina. Además, las puertas del armario están cerradas con llave y Cody está vigilando al otro lado del mismo. A menos que la policía traiga perros rastreadores. Porque, en ese caso, sí que voy a tener problemas. Pero espero haber salido ya de aquí cuando aparezcan los canes.

—¿Ves algo? —le pregunto a Cody, consciente de que puede oírme desde aquí dentro porque hemos estado hablando un poco desde que me metí en el armario.

—No, pero escucho voces fuera —me susurra Cody—. Así que quédate callada.

Hago lo que me dice, pues tampoco es que tenga muchas alternativas. Procuro que mi imaginación no empiece a jugarme malas pasadas mientras estoy aquí escondida. Pienso en que la seguridad del campus estará yendo de habitación en habitación buscándome, conscientes de que tengo que estar por alguna parte dentro de este recinto.

Y entonces oigo cómo llaman a la puerta.

En un principio siento alivio al comprobar que la puerta a la que llaman es la del despacho y no la del armario, pero, cuando percibo que Cody se dispone a abrir, sé muy bien que está a punto de enfrentarse a preguntas incómodas. Y yo estoy a punto de enfrentarme a una espera también de lo más incómoda, con la incertidumbre de si a alguien le dará por intentar abrir este armario.

—Buenas. ¿Qué pasa? —saluda Cody a quienquiera que esté al otro lado de la puerta de su despacho.

—Hay una alerta de seguridad. Creemos que Darcy Miller está en el campus. ¿La ha visto usted?

—¿La mujer que sale en las noticias?

—Sí.

Cody se está haciendo el tonto. ¿Funcionará?

—Eh... no. A ver, he escuchado la alarma, pero no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Así que usted ha permanecido en su despacho.

—Sí. Tengo mucho trabajo.

Cody se mantiene firme ante las preguntas.

—¿No ha visto a nadie que coincida con su descripción? —le preguntan a continuación.

Cody responde negativamente, y pienso que quizá la conversación se termine ahí.

—¿Podemos echar un vistazo rápido?

Oh, no.

Del tembleque que me entra casi hago caer los manuales de medicina que hay apilados a mi lado. Habría sido un desastre por el ruido que habrían provocado. Por suerte, consigo quedarme casi quieta.

—Eh... Sí, claro que sí —dice Cody. Percibo los nervios en su voz de forma nítida, aunque debe tener claro que no permitirles la entrada sería aún más sospechoso.

Oigo pasos a lo largo y ancho de este despacho, muy cerca del armario en el que me encuentro. Contengo la respiración, temiéndome que la puerta se abra en cualquier momento y los guardias de seguridad que supongo que están ahí fuera me saquen a rastras de aquí.

—Como les he dicho, no he visto a nadie —dice Cody—. He estado trabajando en el despacho, sin más. ¿De verdad creen que Darcy Miller está aquí? ¿Están seguros? O sea, ¿por qué iba a venir a la facultad?

Los guardias de seguridad no responden a ninguna de esas preguntas, y yo empiezo a temer que Cody esté hablando más de la cuenta. Me asusto todavía más cuando tengo la impresión de que hay alguien de pie justo al otro lado del armario.

Lo único que tiene que hacer es pedir que Cody lo abra, y todo se habrá acabado.

¿Lo hará?

—Vale. Quédese aquí. Si viera algo, llámenos —dice uno de los guardias de seguridad. Comprendo de inmediato que se disponen a salir del despacho.

—Por supuesto —dice Cody. Su voz ahora deja entrever el alivio que siente, que es el mismo que siento yo. Tengo el cuerpo entumecido, pero no me atrevo a moverme ni un centímetro hasta que los guardias se hayan ido.

Escucho con atención hasta que estoy segura de que lo han hecho. Cuando la puerta del despacho se cierra, oigo cómo Cody se acerca hasta el armario.

—Ya no hay moros en la costa —me dice. A continuación, usa una llave para abrir la puerta del armario y permitirme salir, cosa que hago vacilando, como si todavía temiera que los de seguridad pudieran volver y me pillaran aquí afuera. No hay razón para que lo hagan de inmediato, pues acaban de revisar esta estancia, así que intento convencerme a mí misma de que estoy a salvo. Al menos de momento. Aunque... ¿cómo se supone que voy a salir de este despacho?

Ese dilema está obviamente también en la cabeza de Cody, que mira hacia el exterior a través de las rendijas de las persianas.

—Solo eran miembros de la seguridad del campus, pero muy pronto este lugar estará lleno de polis —me dice. No tengo ninguna duda de que está en lo cierto, pues soy una fugitiva. Apuesto a que todos los policías de Chicago van a estar en este campus en cuestión de minutos, y también todos los periodistas de la ciudad.

—Todo esto es por culpa del profesor Wright —le digo a Cody, moviendo la cabeza de lado a lado en un gesto de desesperación—. Ha sido él quien ha llamado a la policía. He acudido a él porque lo recordaba de mi pasado. Creí que podría confiar en él. Pero me ha traicionado.

—Ah, ¿sí?

Asiento.

—Hay algo de él que no me cuadra; creo que tiene algo que ver con uno de los *flashbacks* que he tenido. Yo estaba aquí, en este campus, y estaba... —Dudo de si terminar o no la frase porque sé

que va a sonar fatal, pero decido que tengo que contarle la verdad a Cody, porque él me ha ayudado a llegar hasta aquí—. Estaba presionando una almohada contra la cara de una persona. La estaba asfixiando.

Cody no recibe mi relato demasiado mal, porque no sale corriendo del despacho para alejarse de mí lo antes posible. Pero sí que parece sorprendido.

—¿Crees que el profesor Wright tiene algo que ver con eso? —me pregunta.

—No lo sé. Tal vez. Lo que sí sé es que es evidente que no quiere que yo esté merodeando por este campus, pues podría acordarme de más cosas. ¿Habrá algo en concreto que le dé miedo que recuerde? ¿Querrá que me arresten antes de que logre recordar todo lo que pasó cuando aún era alumna de este campus? Sin duda, esa es la impresión que me da.

Cody se aleja de la ventana, pensativo. Me siento fatal por hacer que este hombre tenga que cargar con mis problemas, porque, además, yo acabo de causarle a él uno muy gordo. Pero, aun así, este hombre da la impresión de preferir que yo esté aquí a que no lo esté.

Tuve que llegar a gustarle bastante en el pasado si está dispuesto a aceptarme ahora, dadas las circunstancias.

—Seguramente te preguntarás qué fue lo que me pasó —le digo con tristeza—. Cómo pasé de ser una simple estudiante de Enfermería a convertirme en la peor enfermera del mundo...

—Yo no diría en la vida que eres la peor enfermera del mundo —responde Cody, esbozando una sonrisa—. Es probable que no te vayan a dar ningún premio, pero no eres tan mala como dicen por ahí.

—Ah, ¿no?

—Tú siempre me ayudabas con los trabajos —me dice Cody—. Solías echarme una mano con los ensayos que teníamos que presentar, para que los míos fueran casi tan buenos como los tuyos. Por eso sé que no eres una mala enfermera ni una mala persona. Siempre fuiste amable conmigo, así que no veo por qué habrías dejado de ser así cuando saliste de la facultad.

—Esos *flashbacks* que me vienen... Esos recuerdos... No todos son buenos. Y cada vez voy recordando más y más cosas. Tal vez pronto llegue a acordarme de todo. Me preocupa que eso no me haga ningún bien.

Cody asimila lo que le digo y empatiza conmigo al ver lo afectada que estoy por lo que me está pasando. A continuación, me coge una mano.

—Yo creo que cualquier cosa que hayas hecho, si ha sido mala, ha sido porque no tenías alternativa, y que, de haberla tenido, no la habrías hecho —afirma.

—Ese recuerdo de haber asfixiado a alguien en este campus, ¿a qué se deberá? —le pregunto con cierto miedo.

Cody frunce el ceño.

—No lo sé.

—¿Murió alguien en esta facultad cuando estudiábamos aquí? —le pregunto.

Cody me suelta la mano, vuelve a la ventana, echa otro vistazo hacia el exterior y responde a mi cuestión.

—Sí —me dice en voz baja, con los ojos todavía fijos en el exterior.

—¿Quién? —pregunto. Me da miedo que esta sea la pieza que me falta del puzle, al menos para este recuerdo concreto.

—Se llamaba Taylor. Era una compañera de la universidad. De hecho, estaba con nosotros en muchas de nuestras clases. Murió durante nuestro último año.

Dios mío de mi vida. ¿Será eso? ¿Maté a Taylor? ¿Fui yo quien lo hizo?

—Pero no murió porque la asfixiaran —continúa Cody, para mi tranquilidad—. Murió de una sobredosis de drogas. Así que no es ella la que recuerdas. Y no falleció ninguna otra persona mientras estuvimos estudiando aquí, así que, sea lo que sea que crees estar recordando, tú no mataste a nadie en este campus. Te lo prometo.

Cody parece muy seguro de ello, pero eso es más fácil para él que para mí, porque cuenta con la ventaja de tener una memoria completamente funcional. En la mía hay un montón de vacíos. Antes de que pueda preguntarle nada más, toma una decisión.

—Hay que sacarte de aquí antes de que la policía invada el campus —dice con firmeza—. Veo que están dejando salir algunos coches del recinto. Mi coche está aparcado justo ahí fuera. Puedes esconderte en el maletero y yo te sacaré de aquí.

—¿Crees que eso funcionaría? ¿No deberíamos quedarnos aquí?

—No, es demasiado arriesgado. La policía se pondrá a rastrearlo todo a fondo en cuanto lleguen aquí, y te encontrarán. Pero el campus es enorme y tienen muchos sitios que peinar, así que estarán ocupados durante un buen rato. Tenemos que sacarte clandestinamente mientras estén distraídos. Cuanto más tiempo lo demoremos, más policías tendremos alrededor.

Lo que Cody dice tiene todo el sentido del mundo, aunque me gustaría que hubiera otra manera de salir de aquí. No suena nada divertido que me saque de aquí escondida en el maletero de su coche, aunque es preferible eso antes que salir montada en la parte de atrás de un coche patrulla.

—Espera un segundo —me pide Cody mientras se acerca hasta la puerta para comprobar si el pasillo exterior está despejado. Cuando comprueba que lo está, me hace un gesto para que lo siga—. Tenemos que movernos rápido. No te separes de mí. Y, si vemos a algún policía, lo distraeré como pueda para que tengas la oportunidad de escapar —me dice—. Si no hay contratiempos, mi coche está a pocos minutos de aquí. Venga, vamos allá.

Me saca del despacho y llego hasta el pasillo, que está desierto y tranquilo, aunque la alarma no ha dejado de sonar. ¿Cuándo la apagarán? ¿Cuando me hayan cogido? Si es así, espero que siga sonando durante mucho tiempo.

—¡Vamos! —insta Cody mientras vamos avanzando. La situación es absolutamente estresante, pero me da confianza ver lo seguro que se muestra al mando.

Conoce este lugar muchísimo mejor que yo, así que es capaz de recorrerlo con mucha más facilidad. Incluso cuando vemos a un guardia de seguridad del campus más adelante examinando el interior de un despacho, toma con rapidez otra dirección para desviarnos ligeramente y que no nos descubra. Un poco después,

veo una puerta con una ventana y, tras ella, un aparcamiento, que debe ser donde está el vehículo de Cody.

¿Lo conseguiremos?

—Espera un momento —dice Cody, alzando una mano. Yo lo obedezco, viendo cómo se asoma a través de la ventana.

Miro hacia el camino por el que hemos llegado hasta aquí, pues él parece preocupado por si aparece alguien por detrás de nosotros. Pero, por suerte, no es así. Me imagino que tampoco hay nadie al otro lado de la ventana, porque Cody abre la puerta.

—Rápido. Es el coche azul claro. El segundo por la derecha. Vamos.

Saca una llave del bolsillo, abre el vehículo y, al instante, el maletero comienza a levantarse automáticamente.

—Métete ahí —me dice.

Salto de inmediato al interior del maletero y Cody me cubre lo mejor que puede con un abrigo y una bolsa que tiene ahí guardada.

Podría sentir cierto nivel de ansiedad por la idea de quedarme encerrada en un espacio tan claustrofóbico como este, pero es la única forma que tengo de salir del campus y confío en que Cody pueda gestionarlo todo con éxito. Por eso me quedo en silencio, me hago un ovillo y lo veo cerrar el maletero.

Ahora estoy completamente a oscuras.

Y aún no sé si esto funcionará.

CAPÍTULO 18

PIPPA

El trayecto de vuelta hasta la cabaña ha sido angustioso. Hemos tenido que mirar constantemente a través de los espejos retrovisores para ver si algún coche de policía nos perseguía con las luces parpadeando durante el camino de vuelta hasta nuestro escondite. Cuando mi padre sale de la carretera principal y entra en la pista forestal que lleva hasta las cabañas, ninguno de los dos ha visto nada que nos haga temer que estén a punto de atraparnos.

Al menos, no de forma inmediata.

Pero sigo sin poder relajarme ni respirar bien. La tensión que tengo acumulada en el cuerpo se manifiesta en que agarro con una fuerza inusitada la medicación que acabo de robar. De igual modo, mi corazón está latiendo tan rápido que temo ser una candidata perfecta para sufrir un ataque de pánico.

Estoy segura de que a la policía ya le habrá llegado la información de mi presencia en el hospital, pero de momento no nos han pillado; quizá no lleguen a hacerlo. Aunque ahora saben que estamos por esta zona, y creo que las últimas novedades al respecto saldrán pronto en las noticias.

Antes de que pueda dedicar demasiado tiempo a pensar en si Darcy verá alguna novedad en los medios sobre lo que acaba de ocurrir, diviso la cabaña y me preparo mentalmente para abordar el siguiente problema, que es la salud de mi hijo. Mi padre aparca y yo salgo del vehículo casi antes de que se detenga del todo, armada con la medicina que espero que mejore el estado de salud de Campbell. Estoy loca por averiguarlo cuanto antes.

Cuando llego a la puerta de la cabaña, se abre de golpe. Karl está en el umbral, aunque no tiene una expresión amable en el rostro ni me hace un gesto de bienvenida. Parece enfadado, como si no fuera consciente de que acabo de arriesgarlo todo para ayudar a nuestro hijo. Aunque, cuando paso junto a él y entro en la cabaña,

enseguida comprendo su actitud. La televisión está encendida y, tal y como me temía, mis acciones ya ocupan los titulares.

> EL HOSPITAL DEL HORROR. UNA FARMACÉUTICA, AMENAZADA POR LA HERMANA DE LA ENFERMERA ASESINA

Ese es el titular que aparece en la parte inferior de la pantalla, junto a una imagen del hospital del que acabo de huir. Las noticias viajan increíblemente deprisa, más incluso que el coche de mi padre, quien entra justo ahora en la cabaña. Mi madre nos pregunta si tenemos todo lo necesario, pero lo único que parece preocuparle a Karl es saber es si nos han seguido hasta aquí.

—No, todo bien, tranquilo —le digo con impaciencia. Me dirijo ya con rapidez hacia la habitación de Campbell, frustrada porque mi marido no comparta mi desesperación por poder facilitarle a nuestro hijo lo que necesita para ponerse mejor—. Mamá, ¿puedes ayudarme con esto?

—Por supuesto —me responde. Me sigue de inmediato hasta la habitación, de lo cual me alegro, porque siempre es mejor contar con dos enfermeras que con una sola.

Cuando entro en el dormitorio, encuentro a mi hijo donde lo dejé, dormitando, aunque se revuelve un poco cuando me oye acercarme. Veo más gotas de sudor en su frente y gimotea un poco según se va despertando, así que me doy prisa y saco la medicina de mi bolsillo.

—¿Qué es eso? —me pregunta Campbell, que parece agotado. Mi madre se acerca a mi lado con suavidad.

Trato de mantener la concentración en lo que estoy haciendo para no cometer errores, porque no es que pueda volver al hospital precisamente para conseguir más medicamentos con lo que he tenido que hacer para conseguirlos. Me viene a la mente el recuerdo de una situación que viví, cuando estaba empezando mi carrera profesional como enfermera trabajando en un hospital. Una leve pérdida de concentración me causó un problema. Me disponía a inyectarle un analgésico a un paciente, pero estaba nerviosa. Como quería impresionar a mis nuevos compañeros, que tenían más experiencia que yo, hice las cosas más rápido de la cuenta. Se me cayó la jeringuilla al suelo y un médico me echó una bronca,

diciéndome que tenía que volver a empezar el proceso desde el principio para garantizar la esterilización. Aquel día me sentí avergonzada por haber hecho mal una cosa tan sencilla delante de mis compañeros de profesión, sobre todo porque, aunque entonces estaba ya cualificada, no puede decirse que me sintiera aún una profesional. Fue un error tonto que no puso en peligro la vida de nadie, pero ese fallo me ha acompañado durante toda mi carrera. Principalmente por lo que me dijo el médico en voz baja cuando me dieron otra jeringuilla y pude por fin inyectar la medicina al paciente.

—Si no eres capaz de hacer bien a la primera las cosas sencillas, ¿qué posibilidades de éxito vas a tener cuando se trate de algo de vida o muerte? —me preguntó. Aquello me dolió profundamente en aquel momento, y, honestamente, lo sigue haciendo todavía.

Demostré con creces mi valía después de aquel comienzo tan poco convincente, pero no dejo de pensar en lo que aquel médico podría decir ahora cuando me vea en las noticias. ¿Que trabajó conmigo? ¿Que siempre supo que yo iba a ser problemática? ¿Que vio algo en mi forma de tratar a los pacientes que le hizo pensar que algún día podría provocar un problema delicado? No, seguro que no, porque en aquella época no existía ninguna señal para pensar algo así. Nunca he sido una enfermera perfecta, pero, hasta que todo se desmadró a raíz de lo de Darcy, no había hecho nada que sugiriera que iba a ser capaz de llegar hasta el punto al que he llegado.

—Bueno, necesito que te tomes esta medicina, y voy a ponerte pomada en el corte —le digo a Campbell.

Mi hijo se tensa de inmediato ante la sugerencia de ingerir algo que va a estar muy malo y de que le toquen la herida de una forma que tampoco le va a gustar.

—No pasa nada, la abuela está aquí contigo —le dice mi madre mientras le acaricia la cabeza y trata de tranquilizarlo.

Tengo la impresión de que intenta demostrarme que nunca me permitiría hacer algo con lo que ella no estuviera de acuerdo.

—Venga, déjame hacerlo y empezarás a sentirte mejor muy pronto —le digo, sabiendo que es verdad, pero con la necesidad de que me crea. He perdido la cuenta de la cantidad de niños pequeños a los que he tenido que atender en mi vida, y más de la mitad de

ellos intentan zafarse de mí cuando voy a tratarlos—. Tranquilo —le pido, intentándolo de nuevo, pero él sigue retorciéndose. Miro a mi madre para hacerle saber que va a tener que sujetarlo con un poco más de firmeza, aunque no es que fuera necesario hacerlo.

—¡No! —grita Campbell, rechazando nuestra intervención, pero mi madre lo mantiene sujeto mientras yo le quito la venda y le aplico la pomada en la herida. No me detengo hasta que termino de hacerlo —. ¡No! —vuelve a gritar. Pero, como le he dicho, no tardo más de un segundo en volver a cubrir la herida. Le doy las gracias a mi madre y le digo que yo me encargo a partir de aquí.

Ahora, la medicina.

—Bébetelo de golpe y luego toma un poco de agua —le ordeno, enseñándole la botella.

Campbell niega con la cabeza y mantiene la boca firmemente cerrada, pero le dejo bien claro que no me voy a ir a ninguna parte hasta que se tome la medicina. Si eso implica que tenga que pasarme aquí toda la noche y no dejarlo dormir, así será.

Al final, termina comprendiendo que está librando una batalla perdida y me permite meterle la cuchara en la boca. Se traga el líquido que contiene y, acto seguido, coge el agua y se la bebe de un sorbo. Tuerce el gesto, poniendo cara de que lo acabara de envenenar, como si yo fuera capaz de hacerle algo así.

Traga con fuerza e inmediatamente después emite un sonido que deja claro el asco que le ha dado hacerlo, pero, cuando miro dentro de su boca, veo que el líquido ha desaparecido. Supongo que mi hijo estará enfadado conmigo durante un tiempo por lo que acabo de obligarlo a hacer, pero, si ese es el precio que tengo que pagar por que su salud mejore, estoy más que dispuesta a asumirlo.

Ya estoy acostumbrada a ser la mala de la película en esta casa.

Igual que lo soy en los medios de comunicación.

Me encamino hacia el salón para ver la tele después de dejar descansando a mi hijo, que está gruñendo cuando salgo, aunque pronto estará recuperado. Encuentro a los demás miembros de mi familia reunidos en torno a la televisión, viéndola con una mirada retorcida, como si supieran que no deberían hacerlo, pero no pudieran resistirse a ello.

—¿Está bien? —me pregunta mi madre.

Yo asiento, pero me fastidia que haya sido ella y no mi marido quien me haya hecho esa pregunta. Miro a Karl en el sofá y veo que se está mordisqueando las uñas y moviendo las piernas. Es un manojo de nervios que amenaza con estallar en cualquier momento. Aún no lo ha hecho, pero está a punto.

—Campbell se va a poner bien. Eso es lo más importante —les aseguro mientras veo las noticias, dejando claro que el incidente en el hospital ha merecido la pena, aunque ahora tengamos aún más protagonismo en las noticias.

Ya hay un reportero en el exterior del Sunset Memorial hablando a la cámara con esa expresión reflexiva pero cercana que perfeccionó en la escuela de periodismo.

—Pippa Simpson ha estado aquí hace tan solo cuarenta minutos. Ha sido sorprendida robando en la farmacia hospitalaria que está situada en la segunda planta de este recinto, que actualmente alberga a más de quinientos pacientes.

Me encanta cómo parece sentir la tentación de mencionar el número de pacientes ingresados, como si ese fuera también el número de vidas amenazadas por mi presencia entre ellos. Por supuesto, ninguno de ellos corría peligro alguno. Yo nunca le haría daño a ninguna de esas personas. Pero claro, ¿por qué dejar que la verdad arruine una historia sensacionalista?

—Ha escapado tras amenazar a una farmacéutica, y ahora el foco está centrado en averiguar qué ha robado y a dónde ha huido. Por el momento, la policía no ha podido localizarla ni a ella ni tampoco al hombre que conducía el vehículo en el que ha escapado. Según el testimonio de un testigo presencial, se cree que ese hombre es Adrian Miller, el padre de Pippa y, por supuesto, también de Darcy Miller, la enfermera a la que actualmente se busca en Chicago.

Es difícil imaginar cuánta gente en Estados Unidos podría estar ahora misma pegada a la pantalla de una televisión viendo cómo evoluciona una historia tan dramática como la nuestra, que da la sensación de no dejar de complicarse más y más. Por eso mi marido está ya al límite, al borde del colapso mental.

—¿Y ahora qué? ¿Cuáles son nuestros próximos movimientos? —me pregunta, como si yo hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre eso de camino al hospital o a la vuelta del mismo, tras robar medicamentos vitales para dárselos al niño que ambos concebimos juntos.

—Tranquilízate. Perder los nervios no sirve para nada. Ni aquí y ahora ni en ningún otro momento —le digo. Eso se lo escuché decir una vez a un médico que se dirigía a una enfermera durante una jornada laboral. Se puede aplicar a esta circunstancia perfectamente. Pero, en esta ocasión, cae en saco roto.

—Esto va de mal en peor —se queja Karl—. Deberíamos haber llevado a Campbell al hospital y haber permitido que recibiera un tratamiento adecuado, en lugar de todo este lío. ¡Ahora es cómplice de un delito, por el amor de Dios!

—No seas ridículo, es un niño de cuatro años —respondo de forma tajante. Estoy cansada, nerviosa y, en estos instantes, tengo muchas ganas de discutir, porque es evidente que mi pareja también quiere hacerlo. Se queja de que nunca hago lo que él quiere, pero mira, este es un buen momento para que eso cambie.

Si lo que quiere es una pelea, la va a tener.

—Estoy harta de ser la única de los dos que hace algo —prosigo, animándome cada vez más—. ¿Sabes que fue el hombre que hay en la otra cabaña el que trajo a nuestro hijo hasta esta? No fuiste tú. No se encargó su padre. No, un completo desconocido hizo más por él que tú. ¿Qué imagen crees que da eso?

—¡Es que Campbell nunca debería haber llegado a tener la oportunidad de perderse en este bosque y terminar haciéndose daño! —me responde Karl—. Tú no deberías estar aquí, yo tampoco y, desde luego, muchísimo menos nuestro hijo. Tú nos has arrastrado a todos a esta situación, y ahora ya no hay vuelta atrás.

Podría gritarle a mi marido, atacarlo sin piedad. Estoy segura de que él tiene las mismas ganas que yo de hacerlo. Probablemente esa es la razón por la que mi padre interviene de inmediato, interponiéndose entre la pareja hostil para pedirnos un poco de calma.

Ese gesto es suficiente para que me muerda la lengua. Percibo una escapatoria, que no es otra que dirigirme rápidamente hasta la puerta que tengo a mi izquierda y salir al exterior. Necesito un poco de aire fresco en la cara. Más aún, necesito un poco de espacio y la calma que en estos momentos me ofrece el estar lejos de mi marido. Pero, nada más salir, veo a lo lejos la luz encendida de una cabaña.

Debe ser él.

El hombre que ayudó a Campbell.

El hombre en el que he decidido confiar.

Necesito un respiro de las personas que se encuentran en la cabaña de la que acabo de salir.

Así que decido dirigirme hacia la persona que está en la que tengo enfrente.

CAPÍTULO 19

DARCY

Puedo sentir desde el interior del maletero todos y cada uno de los baches que hay en la carretera. También escucho a la perfección el rugir del motor y el sonido de las ruedas sobre el asfalto. Pero, sobre todo, oigo con total nitidez una voz que le pide al conductor del coche en el que me encuentro que se pare.

—Deténgase un momento, señor —dice una voz masculina muy seria. Ya estaba incomodísima en este espacio tan reducido, pero mis ánimos acaban de empeorar aún más. El coche de Cody se ha detenido apenas un minuto después de que él lo pusiera en marcha, lo que significa que aún debemos estar dentro del campus y, por lo tanto, rodeados de policías.

—¿A dónde se dirige? —le preguntan a Cody.

Me siento fatal porque se vuelva a ver obligado a actuar como si no estuviera dándole refugio a una mujer buscada por la policía.

—A casa —responde—. Tengo una clase esta tarde y me he dejado allí unos apuntes importantes. Muy estúpido por mi parte, lo sé. Se supone que son los alumnos los que se olvidan de cosas, no el profesor, ¿verdad?

Cody se ríe de forma un tanto nerviosa, pero la verdad es que logra que parezca algo absolutamente natural.

—¿Es usted consciente de que hay un incidente en el campus y que se le ha pedido a todo el mundo que permanezca en el lugar en el que está por su propia seguridad? —le responden a Cody. Eso no suena nada bien.

—¡Ah, es verdad! Tiene razón, lo siento. He hablado antes con un miembro de la seguridad del campus mientras estaba por ahí investigando y me ha dicho que podía salir de la facultad. ¿Le parece bien?

Otra mentira. ¿Funcionará?

—Ah, ¿sí?

—Sí —responde Cody—. O sea, yo no he visto nada. ¿Es verdad que piensan que Darcy Miller está en el campus? No puede ser, ¿no? Debe tratarse de un error, ¿verdad?

Cody se arriesga mucho al pronunciar mi nombre con despreocupación, pero tengo la impresión de que ha decidido hacerlo porque seguramente es lo último que en realidad haría una persona que lleva escondida en el maletero de su coche a una fugitiva. Debe pensar que así no despertará sospechas en la persona con la que está hablando, que presupongo que se trata de un agente de policía.

—Como le he dicho, se le ha pedido a todo el mundo que no se mueva hasta que se haya registrado todo el campus —dice el obstáculo que se interpone en nuestro camino.

—Vamos, hombre, ayúdeme. Tengo que ir a buscar mi material. Lo necesito para una clase de esta tarde —suplica Cody.

—Con todo lo que está pasando, hoy no habrá más clases. Lo mejor es que vuelva dentro y espere junto a los demás.

Oh, no.

La estrategia de Cody no ha funcionado.

¿Qué hará ahora?

—Vale, tengo que admitirlo. Acabo de mentirle —confiesa.

Juro que siento como si todos los músculos de mi cuerpo se contrajeran de repente.

¿Qué coño acaba de decir?

—¿Me ha mentido? —pregunta el otro hombre inquisitivamente.

Cody lo confirma. Parece que mis peores temores se están haciendo realidad. ¿Acaso acaba de cambiar Cody de opinión porque se haya dado cuenta de que nunca me va a poder sacar de aquí? ¿Pensará que más le vale rendirse ahora, antes de que sea peor para él?

—La realidad es que no me he dejado los apuntes en casa —prosigue. Mi corazón late tan fuerte que, como siga haciéndolo, temo que llegue a escucharse desde el exterior del vehículo—. En realidad, la cosa es bastante peor.

Ay, Dios mío. ¿Qué está pasando?

—Verá, tengo que gestionar un asunto personal. Es bastante bochornoso, me da mucha vergüenza contárselo. Pero tengo que ir a casa como sea, así que no tengo más remedio que explicárselo.

Sigo atenta la historia desde el maletero, escuchando los latidos de mi corazón y el motor al ralentí.

—El caso es que estoy teniendo una aventura con otra mujer —afirma Cody para mi sorpresa. Hace una pausa antes de continuar, muy posiblemente porque se lo está inventando todo sobre la marcha—. Lo sé, soy un desgraciado repugnante y probablemente me merezco que mi novia lo descubra todo. Por el momento, ella no sabe nada, pero se enterará si llega a mi apartamento antes que yo. Se suponía que iba a estar fuera de la ciudad hasta mañana, pero ha vuelto antes de tiempo. El problema es que en mi casa hay cosas de mi amante por todas partes. Si no llego al apartamento antes que mi novia, estoy jodido. Muy muy jodido. Así que, por favor, de hombre a hombre, ¿podría echarme un cable? Se lo suplico, por favor. No permita que me coma ese marrón. Sabe lo difícil que es para un hombre, ¿verdad?

Vaya, no me lo puedo creer. Cody se ha sacado de la manga una historia fabulosa, en un último intento desesperado por conseguir que esta persona, ya sea un guardia de seguridad o un agente de policía, le permita salir del campus. ¿Ha hecho eso por mí? ¿Funcionará?

Hay una pausa terriblemente larga, que solo soy capaz de llenar imaginándome que alguien abre el maletero y me descubre aquí dentro. Pero entonces ocurre algo milagroso.

—Vale. De acuerdo. Vaya a su casa. Dese prisa. Y, si le detiene alguien más, no le cuente que he sido yo quien le ha permitido pasar.

No me lo puedo creer. Está dejando que Cody salga del campus. Su historia ha funcionado. La apelación a la camaradería masculina ha dado resultado. Si no sintiera el alivio que siento, me desagradaría profundamente la idea de dos hombres conspirando para mantener oculta una infidelidad. Pero la realidad es que no existe tal cosa, sino que solo es fruto de un nuevo intento de Cody

por salvarme. Tan pronto como lleguemos a un lugar seguro, saldré de un salto de este maletero para darle las gracias.

Un minuto después, percibo que el coche vuelve a aminorar la marcha, pero debe haber sido por alguna cuestión relacionada con el tráfico porque ahora ya sí que avanzamos a buen ritmo. Me imagino pues que ya hemos salido del campus. Si no siguiera sintiendo tanta ansiedad, podría sonreír ante la idea de que haya decenas y decenas de policías y periodistas buscando a alguien en un lugar en el que ya no está. Aunque no es momento de sonreír, ni siquiera después de una pequeña victoria. Todavía estoy a un millón de kilómetros de salirme con la mía.

No estoy segura de cuánto tardamos en llegar a la casa de Cody, pero no es poco tiempo. Me golpeo la cabeza con la tapa del maletero dos veces por culpa de algunos baches que debe tener la carretera. Cuando por fin se abre el maletero y veo a Cody indicándome con un gesto que ya puedo salir, entrecierro los ojos al recibir el golpe de luz. A continuación, salgo y pongo los pies sobre el hormigón de lo que parece un aparcamiento subterráneo.

—¿Dónde estamos? —le pregunto. Miro a nuestro alrededor y veo un montón de coches aparcados, aunque, por suerte, todos ellos están vacíos.

—En el aparcamiento de mi urbanización —me responde. Cierra su vehículo y se dirige hacia la salida más cercana—. Vamos, no nos quedemos mucho tiempo por aquí. Podría vernos cualquiera. Mi casa está en esta dirección.

Sigo a Cody hacia fuera del aparcamiento, subimos una escalera, entramos en un pasillo largo y subimos otra pequeña escalera. Supongo que está evitando los ascensores, lo cual es muy acertado porque, ya que hemos llegado hasta aquí, sería una pena estropearlo todo ahora si alguien nos viera.

Cuando llegamos a la tercera planta, Cody utiliza una tarjeta para acceder a otro pasillo. Finalmente se detiene ante una puerta que tiene tres números fijados en ella.

—Rápido. Adentro —me dice.

Abro la puerta de un empujón y entro en la casa, abandonando el pasillo antes de que cualquiera de los otros residentes pueda salir de

su apartamento y verme. Cuando miro hacia atrás, veo que Cody hace una rápida comprobación antes de seguirme hacia el interior; a continuación, cierra la puerta. Por fin podemos respirar un poco más tranquilos.

Al menos, de momento.

—¿Estás bien? —me pregunta Cody, lo cual roza lo absurdo. Siento que debería ser yo quien se lo preguntara a él.

—¿Me lo estás preguntando en serio? ¿Cómo estás tú? Cuando te han parado a la salida del campus, las mentiras que has tenido que contar... No sé cómo has sido capaz de mantener la calma, pero ¡muchas gracias!

Lo rodeo con los brazos y le doy el tipo de abrazo que solo reservo para alguien que se lo ha ganado a pulso. No hay duda alguna de que él se lo ha ganado. Le estaré eternamente agradecida por la ayuda que me ha prestado.

Y creo que, por la forma en la que lo estoy estrujando, sin duda es consciente de ello.

—¡Eh, tranquila! Me vas a romper una costilla como sigas así —dice Cody riendo, mientras yo lo suelto poco a poco al darme cuenta de que probablemente acabo de comportarme de forma demasiado entusiasta, pero no he podido evitarlo—. Que seas enfermera no significa que tengas que convertirme en tu paciente.

—En serio, si no hubiera sido por ti, ya estaría detenida —continúo, señalando algo que es obvio.

Cody, ese santo que parece haber sido enviado a mi vida para salvarme, se encoge de hombros y hace como si no fuera gran cosa. Luego va y dice la frase más común que una persona podría decir después de haber invitado a alguien a su casa.

—¿Quieres beber algo?

Ahora soy yo la que se ríe. Todo el nerviosismo acumulado en las últimas horas comienza a abandonar mi cuerpo gracias a una pregunta inocente sobre una posible bebida.

—¿Tienes algo fuerte? —le pregunto con descaro.

Cody está más que encantado de complacer mi deseo y se dirige hacia la pequeña cocina de su apartamento para ver qué puede encontrar.

Por mi parte, me tomo un segundo para recuperar el aliento. Sé que acabo de librarme por los pelos, pero también soy consciente de que no puedo quedarme escondida aquí para siempre. Es hora de elaborar un plan para acabar con esto, antes de que alguien salga herido.

No soporto la idea de que le suceda algo a Cody.

Y mucho menos, a mi familia.

CAPÍTULO 20

PIPPA

Estoy temblando.

¿Es por el fresco que hace aquí fuera?

¿O será por el miedo?

No estoy segura de qué es lo que me ha impedido llamar a la puerta de la otra cabaña, pero me he quedado merodeando por el bosque, viendo desde mi posición la cabaña, que aún tiene la luz encendida, pero sin tener claro qué hacer a continuación. Lo único que sé es que no quiero volver a discutir con mi marido, así que de momento no voy a regresar a la cabaña en la que él se encuentra.

Me he relajado un poco ahora que sé que Campbell va a estar bien. No hay duda de que los fármacos que he visto funcionar cientos de veces durante mi trayectoria profesional en otros pacientes volverán a hacerlo ahora. Si no fuera así, no estaría aquí afuera y me habría quedado al lado de su cama, pero tengo confianza en que mi hijo se pondrá bien. Además, mi madre está cuidándolo en estos momentos, y mi padre también está al lado, en el salón de la cabaña. Con esos dos expertos médicos a cargo, el paciente está en muy buenas manos. Me ha reconfortado mucho aliviar un poco la carga de esa preocupación, aunque haya sido a costa de que la policía sepa que estuve en ese hospital y de que Karl me odie aún más por arrastrarlos a todos hasta aquí.

Sin embargo, no puedo sentirme relajada todavía en relación con el desconocido que estaba con Campbell cuando se hizo la herida. Quiero hablar con él, saber más sobre él, asegurarme de que de verdad no representa ninguna amenaza y que no es más que un divorciado viviendo una vida tranquila en el bosque, tal y como él me contó. No puedo saberlo con seguridad, pero lo que sí que sé con total certeza es que llevó a Campbell en brazos hasta un lugar seguro, y eso tiene su valor.

La primera vez que hablamos, terminaron interrumpiéndonos.

Ahora es el momento de terminar nuestra conversación.

Aparco a un lado las dudas y me dirijo hacia la cabaña, totalmente dispuesta a llamar a su puerta. Sin embargo, justo antes de hacerlo, oigo una voz detrás de mí.

—¡Pippa! ¿Dónde estás?

Es Karl. Me está buscando, aunque de momento no me ha visto. No tardará mucho en hacerlo si mira en esta dirección, y entonces me doy cuenta de que, de momento, prefiero que no me vea. Nuestra discusión sigue estando muy reciente y no tengo ganas de volver a enfrentarme con él otra vez y tener que escuchar cómo me grita. No me apetece hablar con él, porque no tengo nada agradable que decirle en este momento.

Por eso, salgo disparada hacia un lateral de la cabaña para que no me vea. Sigo escuchando cómo me llama, pero tengo la espalda pegada contra la estructura de madera que actúa de barrera entre nosotros. Sé que aquí no puede verme.

Pero hay otra persona que sí que puede.

—Hola, vecina.

Me da un vuelco el corazón al oír esa voz. Cuando doy unos pasos hacia atrás para alejarme de la pared de la cabaña y miro hacia arriba, veo a Hector asomado a una ventana. Me ha pillado de lleno merodeando por su casa. Aunque enseguida me recuerdo a mí misma que, técnicamente, la casa no es suya en absoluto, y que él no tiene más derecho que yo a estar aquí.

—¡Oh! Eh... Lo siento —digo, disculpándome sin tener un motivo real para hacerlo. En fin, me ha pillado desprevenida. Pero me recompongo con rapidez. Aún tengo que estar alerta con este hombre, aunque él no parece desconfiar mucho de mí.

—No hay ningún problema. Entra si quieres. La puerta de atrás no está cerrada con llave, así que puedes seguir escondida para que tu marido no te vea, si eso es lo que te preocupa.

Hector desaparece hacia el interior de la cabaña y yo me quedo mirando la ventana vacía, avergonzada por que conozca mis problemas conyugales. Pero claro que los conoce. Debe haber escuchado que Karl me estaba llamando, igual que lo he oído yo, y me ha visto escondiéndome de él. Puede que incluso nos escuchara discutir hace escasos minutos. Y luego está el hecho de que este

hombre, después del accidente de Campbell, estaba en nuestra cabaña cuando mi marido entró y empezó a exigir explicaciones. Para no percibir la tensión entre nosotros, tendría que haber llevado puesta una máscara en la cara y tapones en los oídos.

Pero ahora me ha invitado a entrar en su cabaña.

¿Qué debo hacer?

Considero la posibilidad de darme la vuelta y volver con mi familia, pero, si lo hago, no averiguaré nada más acerca de este hombre para tener más claro si de verdad es seguro que nos quedemos en este lugar, estando tan cerca de él. También podría ser útil enterarme de si tiene alguna habilidad que pueda ayudarnos en el futuro en caso de que la necesitemos. Por ejemplo, cómo sobrevivir en este entorno tan extraño para nosotros. En última instancia, tomo una decisión después de convencerme a mí misma de que, aunque Hector sea peligroso, no sería tan estúpido como para intentar hacerme daño, sabiendo como sabe que mi familia está ahí al lado y podría venir a buscarme en cualquier momento. Tal vez sea realmente quien me ha dicho que es, y quizá lo que hizo con Campbell fuera solo un favor.

Si fue así, tengo que darle las gracias como es debido.

Así que decido entrar.

Enseguida me doy cuenta de que esta cabaña tiene exactamente la misma distribución que la mía, lo cual no me sorprende, ya que estoy segura de que todas fueron diseñadas para que parecieran idénticas. La diferencia es que Hector ha hecho de este sitio un hogar. Al contrario que nuestra cabaña, que, a excepción de los objetos improvisados que conseguimos traer, es bastante austera, Hector ha llenado la suya con una gran variedad de objetos domésticos. Hay un sillón rojo, una mesita en la que hay varias revistas de caza y varias ollas y sartenes negras ordenadas sobre la encimera de la cocina. Debe haber sacado todo esto de alguna otra parte, porque nuestra cabaña no cuenta con ninguno de estos objetos. Miro a mi alrededor y observo más indicios de lo cómodo que ha conseguido que parezca este lugar. Veo ropa secándose en un tendedero improvisado, y también lo que parece ser una tienda de campaña, aunque está plegada, lo cual me hace pensar que debe

haberla usado para dormir en algún momento, pero no recientemente.

Pero justo entonces veo algo que no resulta igual de acogedor.

Un arma.

Hay un rifle apoyado contra la pared, debajo de una chaqueta y al lado de unas botas. Nada más verlo, me arrepiento de haber entrado en esta cabaña.

No, joder. ¿Dónde me acabo de meter? ¿Y si coge ese rifle y me apunta con él? ¿Qué podría hacer yo? ¿Cómo podría escapar de aquí?

—Tranquila, no está cargada —dice Hector, que me sorprende saliendo de uno de los dormitorios—. Lo estará mañana por la mañana, cuando salga a cazar ciervos.

Aparto la mirada del arma y miro al hombre que camina con tranquilidad hacia la cocina. En apariencia está tranquilísimo ante mi presencia, lo que me hace pensar que no intenta ocultar nada. Pero no puedo estar segura de ello, así que mantengo las distancias y, mientras hablo, no pierdo de vista el arma.

—Solo quería volver a darte las gracias —le digo—. Por lo de antes con mi hijo.

—¿Cómo está? —me pregunta Hector, que abre un armarito y saca una lata de guisantes.

¿Cómo coño la ha conseguido?

—Se va a poner bien —le respondo, a la vez que me pregunto por qué tiene esa comida al alcance de la mano—. Perdona, ¿cuánto tiempo me dijiste que llevas viviendo por aquí?

—Lo suficiente para que la cocina esté bien surtida —me responde Hector mientras abre la lata—. Hay un supermercado a unos treinta kilómetros de aquí que tira muchas cosas, así que algunas noches recojo lo que puedo de la basura. No suelo encontrar nada del otro mundo, como puedes ver con esta lata de guisantes. Por eso lo del rifle. Prefiero comer carne cocinada en una hoguera, y el bosque es el mejor lugar para hacerlo.

Vuelvo a mirar el rifle y pienso que este hombre está mucho más adaptado a su nuevo entorno que mi familia y yo, que somos más

urbanitas. Él debe estar pensando lo mismo, a juzgar por lo que dice a continuación.

—Si me permites un consejo, buscaos otro sitio donde esconderos —dice Hector. Mientras lo hace, coge una cuchara y empieza a comerse los guisantes fríos, lo que normalmente me daría un poco de asco, pero tengo tanta hambre que comprendo por qué lo hace.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir con eso? No nos estamos escondiendo.

—Vale, miénteme si quieres. Me da igual. No es que haya gente por aquí a quien pueda hablarle de vosotros. Solo estoy intentando ayudarte. Tu familia y tú no vais a durar mucho en este bosque. Si no os morís de hambre, os acabaréis haciendo daño. Tu hijo ya ha abierto ese camino.

Podría tratarse simplemente de un consejo sincero de quien ya tiene experiencia viviendo en este lugar.

Pero esa parte de hacernos daño podría ser algo más turbio.

¿Es una amenaza? ¿Me está dando a entender que será peligroso para nosotros tenerlo como vecino?

No lo sé con seguridad, pero tengo la sensación de que no debo abusar de la hospitalidad de este hombre, así que intento cerrar rápido la conversación. De repente, la idea de volver con mi marido, por cabreado que esté, no me parece tan mala como estar al lado de este hombre misterioso.

—Bueno, como te he dicho antes, gracias por ayudar a mi hijo. No te molestaremos más mientras estemos por aquí, y estoy segura de que tú tampoco nos molestarás a nosotros.

Creo que lo que le he dicho suena bastante razonable y establece un límite claro entre nosotros. Me vuelvo hacia la puerta, pero escucho que Hector se ríe por lo bajo.

—¿De qué te ríes? —le pregunto. Mi sensación de nerviosismo no hace más que crecer.

—Nada, nada. Estoy seguro de que vais a disfrutar de vivir aquí. Pero, si crees que vamos a poder evitarnos, me temo que eso es bastante improbable.

No sé muy bien qué se supone que debo deducir de ese comentario, pero intento entender que simplemente quiere decir

que, como nuestras cabañas están tan cerca, es inevitable que nos veamos de vez en cuando. Por eso me limito a sonreír y sigo andando hasta llegar a la puerta, pasando junto al rifle de camino. También paso por delante de una mesita que hay junto a un perchero y, al hacerlo, observo un papel tamaño A4 sobre la misma. Luego veo un nombre escrito en el papel, que parece ser una carta o algo similar. El nombre que hay en la parte superior no me dice mucho. Pero me resulta extraño, porque no es el que me dijo la persona que tengo delante de mí.

Por lo que parece, esta carta pertenece a alguien que se llama *Travis Goddard*.

¿Será una persona diferente a Hector?

¿O me habrá dado el hombre del rifle un nombre falso?

De ser así, quizá después de todo sea mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes.

CAPÍTULO 21

DARCY

—¿Estás segura de que quieres ver esto?

La pregunta de Cody es bastante inocente, y creo que mi respuesta no le va a gustar.

—Sí. ¿Qué otra opción tengo para enterarme de lo que está pasando? —le respondo. Estoy en su apartamento, donde llevo refugiada desde que escapamos del campus, y no aparto los ojos de la televisión.

Me he pasado casi todo el tiempo desde nuestra llegada viendo las noticias, exceptuando los diez minutos que dediqué a dar buena cuenta de las tostadas con jamón y queso que me preparó mi anfitrión y los quince que estuve en el baño duchándome, tratando de refrescar cuerpo y mente. Entiendo por qué Cody está preocupado por mí: no puede ser muy bueno para mi salud mental escuchar lo que se dice sobre mi persona. Sobre todo, sin son cosas negativas. Pero no tengo otra forma de evaluar en qué punto están las cosas.

Como era de esperar, en estos momentos gran parte de la cobertura informativa está teniendo lugar desde los alrededores de la universidad, donde los medios de comunicación se han reunido para informar en relación con mi presencia en el día de hoy en ese lugar. Incluso hay rumores que aseguran que aún sigo escondida en alguna parte del enorme campus, aunque algunas personas han empezado a aceptar que existe la posibilidad de que me escapara antes de que se levantara el cordón policial y ahora vuelva a andar suelta por Chicago. Nadie habla de la posibilidad de que me encuentre aquí, oculta en la casa de un profesor, aunque eso podría cambiar rápidamente si la persona que permitió que el coche de Cody saliera del campus cae de repente en la cuenta de que aquella fue la única opción que tuve para huir.

—Contamos ahora con la presencia de la doctora Eleanor Mason, psiquiatra, que se une a nosotros para hablar de cuáles son las

motivaciones más probables de la enfermera Miller en estos momentos. Gracias por acompañarnos, doctora.

Sigo observando la pantalla y veo que aparece en ella una mujer recatada de cincuenta y tantos años, con aspecto muy académico y serio, como si acabara de terminar de diagnosticar a un paciente justo antes de aparecer en un canal de televisión nacional para hablar sobre mí. Me imagino que será una experta, o lo más parecido a una experta que hayan podido encontrar los medios, que están intentando averiguar de cualquier forma qué será lo próximo que haré.

—Doctora Mason, ¿tiene alguna teoría sobre por qué la enfermera Miller habría estado en la universidad?

—Bueno, sabemos que fue alumna de esa facultad. Allí obtuvo una de sus certificaciones como enfermera, junto con los estudios que realizó en la Universidad de Michigan.

—Pero ¿por qué volver a ese lugar?

—Bueno, podría deberse a varias razones. Tal vez está buscando a alguien. O quizá tan solo quiera encontrar respuestas. También podría tener algo que ver con que esté empezando a recordar cada vez más cosas sobre su pasado. Sabemos que las lesiones cerebrales como las que ella sufrió pueden llegar a curarse, no siempre del todo, pero su memoria puede mejorar. O podría deberse a otra cosa.

—¿Otra cosa como cuál?

—Puede que no recuerde nada ni a nadie en concreto, pero, si está viendo las noticias, los medios de comunicación están construyendo una imagen minuciosa de la persona que fue en el pasado. Eso podría estar ayudándola a averiguar algo sobre sus orígenes y a decidir cuáles deben ser sus siguientes pasos.

—¿Quiere decir que toda esta cobertura mediática es algo que le beneficia?

—Lo que digo es que no hay duda de que ella, donde quiera que se encuentre, estará viendo las noticias. Y me imagino que el resto de su familia también. Esta cobertura informativa constante está ayudando a mantener unida a esa familia, porque aunque no tengan medios para ponerse al día entre ellos, nosotros se los estamos proporcionando.

Resulta extraño ver a una desconocida especulando sobre mí y cuáles podrían ser mis motivaciones, pero es todavía más raro comprender que tiene razón. Supongo que esta mujer es una experta, así que tiene sentido que tenga alguna idea de lo que pasa por mi cabeza. Eso sí, la realidad es que no lo sabe todo. Solo yo sé cuáles podrían ser mis próximos pasos. Aunque, por el momento, estoy indecisa.

El presentador de las noticias vuelve a tomar el control de la emisión. Me pregunto qué más van a decir ahora sobre mí, pero, antes de que pueda averiguarlo, Cody se pone de pie de un salto, dándome un pequeño susto.

—Creo que necesitamos tomarnos un respiro —dice de repente. Me arrebata el mando a distancia y apaga la televisión para evitar que pueda escuchar a más gente analizando cada detalle de mi vida.

—¡Eh! —protesto, pero él no cambia de opinión y mantiene el mando a distancia fuera de mi alcance, de forma que no pueda llegar a él ni saltando. No es que lo fuera a hacer tampoco, porque estamos en su casa y él tiene todo el derecho del mundo a establecer las reglas.

Supongo que no tiene sentido intentar enterarme de más cosas viendo la tele, pero tengo una fuente de información de vital importancia en este salón. Y puedo utilizarla.

—Cuéntame más cosas de cuando éramos estudiantes —le pido a Cody—. ¿Cómo era yo?

Cody duda en responder, como si no estuviera seguro de que, después de todo, la idea de ver las noticias no fuera tan mala en comparación con verse obligado a tener esta conversación conmigo.

—Eras... maravillosa —dice, tomando asiento en uno de los taburetes giratorios que hay junto a la barra de desayuno. Parece un poco incómodo—. O sea, eras muy agradable y simpática. Supongo que por eso empecé a pasar tiempo contigo. Necesitaba un amigo, y no tenía muchos en el campus, sobre todo al principio, cuando llegué. Pero tú fuiste una amiga.

—¿Con quién más nos juntábamos? —le pregunto. Estoy impaciente por unir cuanto antes las piezas que componen el puzle

de mis años de formación. Quizá eso me dé una pista o me haga descubrir algo crucial que pueda ayudarme en el presente.

—Eh, bueno, éramos unos cuantos los que solíamos salir juntos, si te refieres a eso.

Lo presiono para que me dé algún nombre; mientras tanto, Cody gira ligeramente sobre su asiento.

—Vale. Mmm... Estaba Sarah. Derek. Milly.

Ninguno de esos nombres me suena de nada, así que supongo que, o bien perdí el contacto con ellos hace mucho tiempo, o nunca volvieron a ponerse en contacto conmigo después de mi accidente.

—Jacob. Eden.

De repente, me muevo con inquietud.

—¿Eden? ¿La misma Eden cuyo cadáver recuperaron en el lago Michigan?

Miro fijamente a Cody, que deja de moverse en el taburete. Comprendo que el hecho de que se haya quedado tan quieto constituye una respuesta inequívoca a mi pregunta.

—Recordaba que fuimos compañeras de trabajo, pero no que nos hubiéramos conocido siendo estudiantes —afirmo.

Cody asiente, confirmándome que así fue.

Eden. La mujer cuyo nombre aparece en las noticias casi tanto como el mío y el de mi hermana. Es el nombre de la enfermera fallecida que trabajaba conmigo antes de mi accidente, la misma que estaba enamorada de Laurence, el hombre que mató a su esposa enferma mientras yo permanecía inmóvil mirando la escena, demasiado dominada por el miedo, el *shock* o un amor ciego como para hacer algo al respecto.

—Sí, solía salir con nosotros —me confirma Cody.

Pienso en ello durante un instante y me surgen más preguntas.

—¿Por qué no me has preguntado por ella? —le digo—. Si todos éramos amigos cuando estábamos estudiando, y si en las noticias no paran de decir que Eden está muerta y que mi familia y yo somos sospechosos de haberla matado, ¿por qué no me has preguntado si lo hice yo? ¿Por qué no quieres saber si yo la maté?

Cody empieza a girar ligeramente de nuevo sobre el taburete.

—No me hace falta saberlo —dice.

¿Es porque no quiere cargar con esa información si la policía lo interroga? ¿O porque no quiere echar por tierra la imagen que tiene de mí, aquella mujer amable a la que conoció cuando estudiábamos juntos?

—Yo no le hice nada —afirmo, para que le quede claro—. No sé cómo acabó en el lago, pero yo no la maté.

Aunque esa afirmación debería hacerme sentir mejor, la realidad es que no es así. Si no fui yo quien la mató, me preocupa que alguien de mi familia lo hiciera. Si ese fue el caso, debía estar corriendo un serio peligro para hacer algo así.

—No pasa nada. No tienes que explicarme nada —insiste Cody—. Sé que ella no era una buena persona.

Frunzo el ceño.

—Ah, ¿no?

Cody duda, pero es demasiado tarde, porque ya lo ha dicho.

—No. A mí nunca me gustó. O sea, incluso cuando salía con nosotros, yo la podía tolerar, pero nunca me cayó bien. Supongo que jamás la vi como la veías tú.

—¿Cómo la veía yo?

—Tú la adorabas. Pensabas que era maravillosa. Era tu mejor amiga, así que claro que pensabas eso. Yo no veía su lado bueno. Se notaba que era diferente a ti. Mentía mucho. Era muy falsa. Me preocupaba que algún día te hiciera daño. Nunca pensé que fuera tan buena amiga para ti como tú lo eras para ella.

Me resulta fascinante obtener esta perspectiva de mi relación con Eden en el pasado, aunque a la vez un poco preocupante.

—Mira, yo no sé lo que pasaría con ella. Pero, aunque no lo recuerdes, que sepas que estoy seguro de que se lo merecía. Podía ser una persona muy manipuladora. Ese era el único problema de pasar tiempo contigo. Ella siempre estaba cerca de ti.

—¿Y aun así seguiste juntándote conmigo? —le pregunto.

Cody asiente.

Miro a lo largo y ancho de su apartamento para tratar de descubrir algo ajeno a la vida profesional de este hombre. Una foto de una pareja, quizá. Un niño. Incluso una mascota. No hay nada más que

libros de medicina y un montón de trabajos que corregir. Supongo que es un hombre soltero. Tal vez lleve siéndolo mucho tiempo.

Quizá por eso haya aprovechado la oportunidad inesperada de ayudarme hoy. ¿Y si nunca llegó a superar el amor que sentía por mí cuando éramos más jóvenes?

—Deberías dormir un poco —sugiere Cody, como si estuviera leyéndome la mente y comprendiera que, si seguimos hablando, la conversación podría ponerse un tanto incómoda—. Puedes dormir en mi cama. Yo me quedo en el sofá.

—No. El sofá es para mí.

—No, y no es negociable —dice mi agradable amigo—. Venga, voy a enseñarte la habitación. Si necesitas cualquier cosa del supermercado, dímelo.

Cody se está portando estupendamente conmigo y no tengo palabras para agradecérselo, aunque en parte dudo de si la razón por la que quiere que duerma en el dormitorio y no en el salón es que no me pase la noche viendo las noticias. Probablemente esté en lo cierto al pensar que no me hace mucho bien no separarme de la tele, porque no dejan de repetir las mismas cosas sobre mí.

Me hace mucha falta dormir. Pero también necesito pensar un poco y trazar un plan. ¿Me quedo aquí escondida, básicamente encerrada y preocupada por que alguien en el campus llegue a descubrir que Cody me sacó clandestinamente de allí? ¿O me voy de esta casa y vuelvo a salir a la calle, arriesgándome a que me vean, pero al menos volviendo a tener una actitud activa para tratar de mejorar mi situación?

No sé qué hacer. Por la mañana, si a esas alturas nadie ha irrumpido en este apartamento para detenerme, tomaré una decisión definitiva sobre mis siguientes pasos. Pero una cosa sí que tengo clara: la histeria mediática sobre mi familia y sobre mí no deja de intensificarse.

CAPÍTULO 22

PIPPA

Anoche volví a la cabaña después de la visita que le hice a Hector, o tal vez a Travis. Después de ir un segundo a ver cómo estaba mi hijo, me fui a la cama. Karl quería hablar, o discutir, sobre dónde me había metido y por qué lo había ignorado cuando me estuvo buscando por el exterior de la cabaña; tenía ganas de volver a charlar sobre la situación que estamos atravesando. Pero yo no soportaba la idea de tener que escuchar nada de eso, por eso cerré la puerta del dormitorio y le pedí que no entrara. Con sensatez, me obedeció.

Una pelea doméstica es lo último que necesita esta cabaña con todo lo que estamos viviendo, pero mi marido y yo estamos en guerra, y la convivencia es cada vez peor. Campbell parece ir mejorando. Vuelvo a percibirlo cuando me despierto y voy a verlo otra vez. Parece que afuera el día está claro hoy, muy soleado.

Entro en el salón y veo que Karl durmió anoche en el sofá. Observo algo que parece una cama improvisada, aunque mi marido no se encuentra en ella. Escucho que hay alguien en el baño, así que supongo que debe ser él. Qué maravilla, puedo pasar unos minutos más sin tener que verlo. Sin embargo, veo a otra persona.

Mi madre entra en el salón con cara de sueño y de no haber descansado demasiado durante la noche. Antes de que pueda decirle nada, me dirige una mirada seria, y sé que me va a echar una buena bronca porque reconozco esa mirada de mi infancia.

—Karl y tú vais a ir a dar un paseo y a arreglar vuestras diferencias, y no vais a volver aquí hasta que lo hayáis hecho —me dice con firmeza—. No os hace ningún bien a ninguno de los dos estar todo el día peleando, con todo lo que estamos teniendo que vivir. Si esta familia no es capaz de mantenerse unida en un momento como este, ni siquiera sé por qué objetivo estamos luchando. Así que id a solucionarlo y, cuando volváis, podremos decidir nuestros siguientes pasos.

—Tengo que ver las noticias —le digo, buscando el mando a distancia.

Pero mi madre mueve la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—No. Vas a ir a dar un paseo y te vas a llevar a tu marido.

Mi madre ha dejado claro que el asunto es innegociable. Cuando Karl sale del baño y se tensa en cuanto me ve, comprendo que ella tiene razón. No podemos seguir así.

A este paso, nuestro mayor problema no es la policía.

Somos nosotros mismos.

—Pippa acaba de sugerir ir a dar un paseo. Creo que es una buena idea, ¿no, Karl? —dice mi madre.

—Yo me quedo aquí a echarle un ojo a Campbell —responde mi marido, intentando zafarse de ella igual que acabo de hacer yo.

Pero mi madre está más que preparada para esa excusa y la esquiva con habilidad.

—No, no te preocupes. Yo me quedo vigilándolo. Podéis ir los dos y pasar un poco de tiempo juntos a solas. Venga, idos. Nos vemos luego.

Mi madre se cruza de brazos y espera a que la obedezcamos, como si fuéramos dos estudiantes traviesos a los que les acaban de ordenar que vayan a recoger sus dormitorios. Una vez más, por experiencia propia, sé que no va a ceder hasta que se salga con la suya, así que ni siquiera intento retrasar más las cosas. Me limito a ponerme los zapatos y coger una chaqueta, y Karl hace lo mismo con cierto apuro. Los dos salimos y, nada más hacerlo, mi madre cierra la puerta. Apuesto a que si intentara abrirla ahora, probablemente comprobaría que está cerrada con llave. No vamos a poder entrar hasta que vuelva a haber paz entre nosotros.

Miro a mi marido y él me devuelve la mirada, nervioso. Ninguno de los dos está dispuesto a dar el primer paso ni a decir las primeras palabras, hasta que tomo la decisión de comenzar a andar. Karl se queda un poco detrás de mí, aunque me sigue con algo de indecisión.

Hace una mañana preciosa y es agradable estar al aire libre, aunque, cuanto más se alarga el silencio entre Karl y yo, más crece

la sensación de incomodidad. Empieza a parecer que cualquier palabra que se diga a continuación va a tener demasiado peso emocional.

—Para ser unas vacaciones gratis, esto no está tan mal —dice Karl con ironía.

La tensión se relaja un poco y me permito una leve sonrisa.

No es la mejor manera de empezar una conversación, pero no tenía que serlo. Son solo algunas palabras, pero al menos es un comienzo. Él lo está intentando, así que yo también debería.

—Sé que probablemente no haya vuelta atrás después de esto —empiezo a decir con tristeza—. Para nosotros, para nuestro matrimonio, para nuestra familia, para toda nuestra vida. Soy consciente de que probablemente las cosas hayan llegado a un punto de no retorno. Pero, dicho eso, siento que tenemos que permanecer unidos en estos momentos, porque, de lo contrario, todo esto no habrá servido para nada.

Miro con esperanza a mi marido, preguntándome cómo responderá a lo que le acabo de decir. He declarado que nuestra relación prácticamente está finiquitada y que más vale que resistamos firmes a esta situación para que nuestro empeño no haya sido en balde. ¿Será una declaración tan negativa que quizá piense que no vale la pena ni contemplarla? *¿O estará de acuerdo conmigo?*

—Lo que más me cuesta entender —responde Karl mientras seguimos caminando lentamente, adentrándonos en el bosque— es que digas que has hecho todo esto por tu familia. Darcy. Tus padres. Campbell. ¿En qué momento vas a admitir que has llegado demasiado lejos y que tú también tienes la culpa? Porque comprendes que tú también tienes tu parte de culpa, ¿verdad? La misma que tu hermana. Por favor, dime que eres consciente de eso.

Karl me mira mientras seguimos caminando, supongo que esperando que reconozca mi culpabilidad. Eso sería lo correcto para al menos apaciguar sus ánimos. Pero no puedo evitar sentir que eso es muy injusto. Él no ha sido puesto tan a prueba como yo.

—Supongo que todo sería diferente si se tratara de tu familia —digo, arriesgándome a provocar otra discusión, pero incapaz de ignorar lo que acabo de escuchar—. Si fuera tu hermana la que

estuviera metida en un lío. Y tus padres. Entonces entenderías cómo me siento. Entenderías por qué he hecho lo que he hecho para haber llegado hasta este punto. Tú habrías hecho lo mismo que yo. O al menos eso espero.

—¿Esperas que yo hubiera hecho lo mismo? ¿Matar a una mujer, tirar su cuerpo al lago y convertirme en la persona más buscada en Estados Unidos? ¿Involucrar a mi hijo completamente inocente en esta pesadilla?

Me detengo en seco, pensando que este paseo ha sido una idea terrible y que no tiene sentido adentrarse más en el bosque para volver a discutir.

—¿Qué quieres hacer, Karl? ¿Abandonarnos? Si es así, puedes irte ya y entregarte en la comisaría más cercana. Cuéntales que todo es culpa mía. Diles que soy una mala persona, una mala mujer y una mala madre. Échame la culpa de todo y tal vez, si tienes suerte, te dejarán libre con una simple advertencia leve. ¿Es eso lo que quieres? Porque eso es lo que parece.

—¡Claro que no! ¡Por supuesto que no es eso lo que quiero! —exclama Karl, exasperado. Mientras lo hace, me parece notar que algo se mueve detrás de él entre los árboles—. Lo que estoy intentando decirte es que...

—Espera —digo, levantando una mano, intentando silenciar un momento a mi marido.

—¿Qué?

—Me ha parecido ver algo por allí —le digo, mirando en la dirección en la que juraría haber visto movimiento hace unos segundos.

Karl se gira hacia allá para echar un vistazo, pero no puede ver nada; ahora lo único que tenemos a la vista son árboles. Fuera lo que fuera, acaba de desaparecer. O, por lo menos, ha vuelto a ocultarse. Ahora tengo la sensación firme de que hay alguien observándonos. Mientras miro a mi alrededor, me pregunto si será Travis. ¿Nos habrá seguido hasta aquí desde su cabaña? ¿Estará espiándonos? *¿Llevará consigo el rifle que vi antes?*

—No hay nada —dice Karl.

Sin embargo, nada más terminar la frase, ambos escuchamos un ruido a lo lejos, exactamente en el mismo lugar en el que he visto movimiento hace unos instantes. Oímos algo parecido al sonido de unas hojas que crujen en el suelo del bosque, como si alguien las pisara al caminar.

—Ahí hay alguien —digo.

Ahora Karl está menos dispuesto a discrepar.

—¿Puede que tu madre o tu padre nos hayan seguido? —sugiere Karl con bastante optimismo.

Si fueran mis padres, no habría de qué preocuparse. Pero lo dudo mucho.

—No, estarán en la cabaña, echándole un ojo a Campbell. Además, fueron ellos los que sugirieron que saliéramos a dar un paseo. No nos iban a seguir.

—Entonces, ¿será el tipo ese? —pregunta Karl, usando técnicas básicas de deducción.

—Supongo que sí —respondo en voz baja, pues no quiero que ese hombre me oiga si está cerca de aquí. Este podría ser un buen momento para contarle a mi marido mi visita de anoche a esa otra cabaña.

—Ayer, cuando salí de la cabaña y tú me estuviste buscando, fui a verlo —le admito mientras sigo escudriñando los árboles en busca de cualquier señal de más movimiento.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Quería volver a darle las gracias por ayudarme a llevar a Campbell de vuelta a nuestra cabaña. Pero también quería asegurarme de que no había nada de qué preocuparse con él. Pretendía convencerme a mí misma de que es un tipo en el que se puede confiar.

—Así que, mientras yo te estaba buscando, tú estabas con él, ¿no?

—Karl, esa no es la cuestión. Estoy intentando decirte algo que probablemente debería haberte dicho antes, pero con tanta discusión no fui capaz de hacerlo anoche.

—¿Qué me quieres decir?

—Tiene un arma.

—¿Quién?

—Pues ese hombre, quién va a ser. La vi cuando fui a su cabaña. Me dijo que es para cazar, y tal vez sea cierto. Pero me puso nerviosa.

Ahora es Karl el que parece estar nervioso.

—Deberías habérmelo contado antes. Siempre me gusta saber cuándo nuestro hijo está cerca de un arma letal —dice Karl casi gritando, con un tono de voz demasiado alto dadas las circunstancias.

—¡*Shh!* —exclamo para que baje la voz, aunque está claro que, si hay alguien por aquí cerca, nos habrá oído.

—Estoy harto de tantos malditos secretos —continúa Karl, que no presta atención alguna a mi advertencia—. ¿Por qué no puedes contarme las cosas cuando suceden en lugar de que yo tenga que sonsacártelas?

Mi marido tiene algo de razón, pero no es el momento ni el lugar para discutir sobre eso. Tengo la sensación urgente de que debemos volver con el resto de la familia, y además cuanto antes.

—Vamos —le digo, girándome en dirección a la cabaña y sin que se me quite la sensación de estar siendo observada.

Karl no necesita que se lo diga dos veces y comienza a seguirme, pues no quiere quedarse aquí solo. Mientras caminamos, recuerdo que tengo algo más que contarle.

—También se presentó con un nombre falso —digo en voz baja, poniéndome en guardia ante la posibilidad de que mi marido se enfade aún más.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijo que se llamaba Hector, pero no es así. Vi una carta en su cabaña y tenía escrito otro nombre. Travis Goddard.

Karl deja de andar de repente, como si toda la fuerza de sus piernas hubiera desaparecido de un momento a otro. No me queda más remedio que detenerme yo también.

—¿Qué? —le pregunto, sin comprender por qué se ha parado en seco. Es entonces cuando veo el gesto de terror en su rostro.

—¿Travis Goddard? —repite.

Yo le confirmo que ese es el nombre que acabo de decirle.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Karl mira a nuestro alrededor, pero seguimos sin ver otra cosa que no sean árboles, aunque eso no parece reconfortarle demasiado.

—Tenemos que volver a la cabaña cuanto antes, y luego tenemos que largarnos de este lugar —dice, hablando ahora muy bajo después de que yo le haya pedido durante tanto tiempo que hiciera precisamente eso.

—¿Por qué?

—Porque ya he oído ese nombre antes —me dice Karl, con un tono de voz aún más bajo que antes.

—Ah, ¿sí?

Mi marido asiente con gesto sombrío.

—¿Dónde?

—En las noticias.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Mi marido vuelve a mirar a su alrededor, pero lo agarro del brazo y lo obligo a mirarme y a responder a mi pregunta.

—Karl, ¿cómo que has oído ese nombre en las noticias?

Por fin consigo que me devuelva la mirada.

—Lo escuché en la radio, en un par de informativos, cuando iba conduciendo hacia el trabajo. Hace meses ya, pero lo recuerdo bien por la historia con la que estaba relacionado.

—¿Qué historia?

—La de la familia de Canadá —responde.

—¿Qué familia?

—La familia que Travis Goddard asesinó. Padre, madre e hijo. Luego se dio a la fuga. No había vuelto a oír su nombre hasta que me has dicho que lo viste en la cabaña que está justo al lado de la nuestra.

Miro fijamente a mi marido, deseando con todas mis fuerzas que no acabara de decir lo que ha dicho. Pero sí, lo ha hecho, así que ya no puedo desoírlo. Ahora sé que mi primera intuición era correcta.

El hombre de la otra cabaña es peligroso.

El problema es que puede que ya sea demasiado tarde para huir de él.

CAPÍTULO 23

DARCY

Me sentía demasiado culpable ante la posibilidad de que Cody renunciara a su cama para que yo durmiera en ella con todo lo que ya había hecho por mí, así que volví a negarme a aceptarlo e insistí en dormir en el sofá una y otra vez. Al final, después de dejarle claro que ninguno de los dos iba a poder descansar hasta que él accediera, Cody se fue a su habitación, pero solo después de prepararme lo mejor que pudo una cama en el sofá.

Fue muy tierno verlo esforzarse porque fuera lo más cómoda posible: puso una sábana sobre el sofá, desplegó una manta sobre la misma y mulló un par de almohadas, todo con la intención de que fuera lo bastante acogedora como para que pudiera dormir varias horas. Le agradecí el esfuerzo, como he estado agradecida por todo lo que ha hecho desde que nos reencontramos. Mientras me acomodaba en el sofá, le solté una mentira piadosa: era muy cómodo y estaba tan cansada que iba a dormirme en cuestión de minutos. La verdad era que estaba muy lejos de poder conciliar el sueño y que no tenía ninguna intención de cerrar los ojos cuando me dejara sola. Lo único que en realidad quería hacer era volver a encender la televisión para ver las noticias y seguir descubriendo más cosas, tanto sobre la investigación en curso sobre mí y mi familia como sobre la historia de mi vida, que me ha llevado hasta esta situación.

Cuando Cody se fue a su dormitorio y cerró la puerta, cogí discretamente el mando a distancia y encendí la televisión. Bajé el volumen hasta que apenas se escuchó y, a continuación, comencé a darme un atracón de noticias. Ni que decir tiene que no he pegado ojo en toda la noche. Ha salido ya el sol, pero Cody sigue sin emerger de su habitación, así que voy a seguir viendo la tele hasta que aparezca.

Pero la noche larga y la falta de sueño han merecido la pena, porque he averiguado un montón de cosas.

Entre todos los informativos que trataban mi búsqueda y la de mi familia, que no contenían ninguna novedad concreta ni sugerían que la policía tuviera alguna pista de dónde me encuentro, encontré un programa en el que se hacía un perfil de mi personalidad y se contaba la historia de mi vida. Para alguien que sufre amnesia, fue como encontrar oro, porque he tenido la oportunidad de ver cómo se relataban con detalle muchos aspectos de mi vida, y eso me ha permitido rellenar varios vacíos en mi memoria y refrescar las cosas que he empezado a recordar recientemente.

El programa empezó contando mi infancia. Se ha descrito que soy hija de Adrian y Scarlett Miller, y que pasé parte de mi infancia en una casa modesta de un barrio de clase media de Chicago hasta que toda la familia nos mudamos a la enorme casa de Winnetka. Esa es la casa que ahora todo el mundo conoce, ya que es allí donde la policía ha estado buscando pistas, además de ser el lugar al que fui nada más volver a Chicago y donde la policía casi me atrapa. Ha sido surrealista ver fotos de mi casa en un canal nacional de televisión, además de varias fotos mías de niña en las que vestía un uniforme escolar. No sé quién les habrá proporcionado esas imágenes a los medios de comunicación, o si se han utilizado sin permiso, pero he visto varias fotos en las que aparecía con mi hermana. Además, he oído tertulias que hablaban del lugar en el que me educaron y contemplaban la posibilidad de que ocurriera algo en mi infancia que pudiera haber dado alguna pista de lo que llegaría a hacer siendo adulta.

El consenso ha sido que yo crecí de una manera muy convencional, así que debió ser al mudarme cuando las cosas empezaron a torcerse. Por supuesto, el primer lugar al que me trasladé después de la casa de Winnetka fue la Universidad de Michigan, y después, la Facultad de Medicina, que estaba ya más cerca de casa, para obtener una formación más específica. Ha sido en ese momento cuando se ha mencionado el campus del que me he escapado recientemente, aunque no se ha dicho nada sobre el profesor Wright, algo que todavía me molesta mucho. La cronología ha avanzado hasta mis trabajos como enfermera, en los hospitales en los que trabajé en Chicago. He visto fotos mías con el uniforme

característico de mi profesión, con un aspecto normal, seguro, fiable; básicamente, el tipo de mujer a la que cualquier persona confiaría a sus seres queridos para que cuidara de ellos. Significativamente, ha habido un comentario sobre mi escasez de relaciones. Ningún novio del que hablar. Desde luego, ningún marido. Ausencia de hijos. Parece que solía estar bastante sola.

¿Qué me hizo ser así?

Sería comprensible que cualquiera que no supiera cómo ha terminado la historia dudara de la razón por la que yo soy noticia, ya que todo lo relacionado con mi vida hasta que llegué a Chicago era rutinario, absolutamente normal. Pero luego se produjeron los acontecimientos más recientes y, claro, mi aparición en los titulares resulta lógica. Los cadáveres en el lago Michigan, pertenecientes a Laurence, el marido de la mujer a la que estuve cuidando durante su batalla contra el cáncer, destinada al fracaso, y a Eden, mi compañera y también mi mejor amiga. Ambos tenían vínculos conmigo, y ambos están muertos. Luego fui vista en Florida. Se produjo la muerte de Parker en el hospital y se habla de mi posible conexión con ella, sobre todo teniendo en cuenta que, cuando se revisaron las imágenes de las cámaras de seguridad del hospital, me vieron salir corriendo del edificio justo después de la hora de su muerte. Las noticias han mostrado esas imágenes, por lo que me ha quedado meridianamente claro que alguien las ha hecho públicas. A saber cuántas personas las habrán visto y se habrán formado una opinión sobre mí al verme huir del hospital con mi uniforme de enfermera.

He pensado en lo que me dijo Cody, que nunca le había caído bien Eden cuando estudiábamos juntos. Sin embargo, en el programa no se ha mencionado ningún aspecto negativo de su personalidad. Lo único que han dicho es que probablemente era una víctima mía, completamente inocente.

No he dejado de pensar en toda la noche *que todo es muy parcial y sesgado*. En un momento determinado, he caído en la cuenta de algo horrible.

Nadie escuchará jamás mi versión de los hechos a menos que me detengan.

Cuando ha terminado el reportaje y la descripción de mi evolución desde niña inocente a enfermera malvada estaba aparentemente completa, en lo único que parecían estar de acuerdo los miembros del programa era en que no había existido un único detonante que hubiera desencadenado los acontecimientos. No han sido capaces de identificar el momento exacto en el que dejé de ser una enfermera que respeta la ley para convertirme en la mujer más buscada de Estados Unidos, así que han supuesto que algo lo provocaría en la edad adulta. La conjetura ha sido que, o bien fue eso, o bien una consecuencia terrible de haber tenido una infancia demasiado perfecta, lo cual me ha parecido ridículo.

En fin, no me ha quedado nada claro. Ahora sigo dándole vueltas al asunto que más me preocupa. Es ese recuerdo que tengo de haber asfixiado a una persona cuando era estudiante, y también el hecho de que el profesor Wright intentara tan de inmediato que me detuvieran en cuanto acudí a él en busca de ayuda.

—Por favor, dime que has dormido algo —dice Cody, que me pilla viendo la tele cuando entra en el salón.

—Eh... Sí, sí —le miento. Cojo el mando a distancia y apago la televisión, esperando que no se imagine que la he tenido encendida durante horas.

Observo que Cody lleva un traje puesto. Como empieza a prepararse un café nada más aparecer, supongo que tiene por delante un duro día de trabajo.

—Tengo que ir a trabajar. Han convocado a todos los empleados del campus a una reunión y parecerá raro que no vaya —me explica Cody mientras saca dos tazas, imaginándose que yo también necesito un chute de cafeína—. Además, nunca me he pillado un día por enfermedad en todo el tiempo que llevo trabajando allí, así que sería sospechoso que cogiera uno justo el día después de que la policía apareciera por el campus.

Estoy de acuerdo con esa idea.

—Si me recordaras cuando estudiaba, ahora mismo estarías pensando que he cambiado mucho —se ríe Cody para sí mismo mientras prepara los cafés—. Siempre me saltaba las clases

fingiendo estar enfermo. Ahora ya no lo hago. Supongo que por fin he madurado.

Sonrío al escuchar eso, aunque en parte me pregunto si tal vez la razón por la que Cody no se ha tomado más días libres improvisados durante su trayectoria profesional es porque no tiene motivos suficientes para faltar al trabajo. Cuando era estudiante, seguro que había fiestas, amigos y amores con los que salir. Pero ¿ahora? No parece que tenga mucho que hacer más allá del trabajo, al menos hasta que yo he vuelto a aparecer en su vida.

—¿Vas a estar bien aquí mientras esté fuera? —me pregunta mientras me tiende un café. Me quedo mirando el líquido caliente; mi cabeza da las mismas vueltas que el humo que se eleva hacia mí.

—Sé que no voy a poder estar escondida eternamente —le admito —. La policía acabará encontrándome. Pero ¿y si no se trata de prolongar sin fin mi libertad, sino de recordar todo lo posible para poder poner las cosas en su sitio antes de que me encierren?

Cody parece sorprendido por lo que acabo de decirle.

—¿Qué quieres decir con *eso de «poner las cosas en su sitio»*?

Estoy a punto de contestarle, porque la verdad es que tengo en mente una cosa concreta, pero en el último instante decido no compartirla con él. Sé lo que me diría si se lo contara. Intentaría disuadirme, así que prefiero permanecer en silencio y beber un sorbo de café.

—Mira, volveré del trabajo sobre las seis o así. Hasta entonces, hay mucha comida en la nevera. Date una ducha. Lee un libro. Intenta relajarte. No veas las noticias. Podemos encontrar una solución esta noche. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —digo en voz baja, sin intención de hacer ninguna de esas cosas. Pero necesito que Cody se vaya ya para poder avanzar algo en lo que en realidad quiero hacer. Justo antes de irse, va un momento a su habitación para coger algo y, cuando está en ella, me fijo en el pase de seguridad del campus que cuelga del bolsillo de su mochila.

No desperdicio la oportunidad. Lo cojo instintivamente y lo escondo antes de que vuelva. Cuando coge su mochila y se despide de mí, se va sin sospechar en absoluto que el objeto que necesita

para moverse con facilidad por el campus está en mi poder. Es de suponer que se dará cuenta en cuanto llegue al trabajo y quizá se imagine que se lo he quitado yo, pero para entonces ya será demasiado tarde. A esas alturas, yo tendré lo que necesito para entrar en el lugar al que quiero ir.

Voy a volver a visitar al profesor Wright. Puede parecer algo arriesgado y absolutamente imprudente, pero necesito respuestas. Esta vez, no me pienso ir de allí hasta que averigüe con precisión qué está ocultando ese hombre sobre mi pasado. Tengo la sensación de que lo que me impulsó a cometer errores graves en mi profesión tuvo su origen durante mi formación como enfermera bajo su supervisión.

CAPÍTULO 24

PIPPA

Si existe algo en el mundo capaz de hacer que una madre eche a correr, es descubrir que su hijo está cerca de un posible asesino en serie.

Corro a toda velocidad a través del bosque, con mi marido un poco por delante de mí porque es más rápido que yo, aunque no tengo menor determinación que la suya por llegar hasta nuestra cabaña lo antes posible. Ambos queremos alcanzarla cuanto antes, porque nos hemos dado cuenta de que el hombre misterioso que comparte con nosotros este lugar tan remoto es requerido por la justicia debido a los crímenes atroces que cometió en Canadá. Según mi marido, el nombre que vi escrito en la carta que estaba en la cabaña en la que vive ese hombre se corresponde con el de la persona que buscan al otro lado de la frontera por múltiples asesinatos.

Travis Goddard es una persona extremadamente peligrosa.

Es un asesino.

Y está viviendo justo al lado de mi familia.

Siento una terrible ansiedad y una desesperación extrema por volver a nuestra cabaña y asegurarme de que Campbell y mis padres no han sufrido ningún contratiempo desde que salimos de allí para dar un paseo. Aunque también soy consciente de que estando en el bosque me he sentido observada. Travis podría estar cerca de nosotros, merodeando por alguna parte. Esa idea me basta para acelerar mi carrera lo máximo posible. No sé dónde estará, pero mi plan es desplazarnos todo lo rápido que podamos para que no pueda alcanzarnos.

Aunque mi marido siempre ha estado en contra de escondernos en este paraje, yo creía que era nuestra mejor opción. Ahora que sé a quién tenemos por vecino, estoy totalmente en contra de la posibilidad de quedarnos aquí ni un segundo más de lo necesario. En

cuanto volvamos a la cabaña, hacemos las maletas y nos largamos de aquí, para poner la máxima distancia posible con ese hombre.

Solo espero que tengamos suficiente tiempo para poder hacerlo.

Me siento algo aliviada cuando, entre los árboles, diviso la cabaña, aunque no voy a tranquilizarme del todo hasta que entre en ella y vea que todos mis seres queridos están bien. Por lo tanto, no aminoro la marcha. Tampoco lo hace Karl, que llega primero a la cabaña e irrumpe en ella, dejándome por un momento sola en el exterior. Eso provoca que mire nerviosamente hacia atrás por encima del hombro para asegurarme de que nadie nos venía persiguiendo, si es que Travis estaba de verdad en el bosque todavía cerca de nosotros. No lo veo, así que vuelvo sana y salva a la cabaña, aunque no menos obsesionada con el posible paradero de ese hombre.

—Más despacio. Lo que dices no tiene ningún sentido —le está diciendo mi padre a Karl cuando entro.

Veo que mi familia está reunida en el salón. Campbell está sentado junto a mi madre, con un vaso de zumo en la mano, y su aspecto es mucho mejor que el de ayer, aunque todavía está un poco pálido. Es obvio que no quiere separarse de su abuela.

—¡Tenemos que irnos, a la de ya! —exclama Karl, y me imagino que esa tiene que ser la segunda vez que dice esa frase desde que ha irrumpido en la cabaña. Así de alterado está cuando la ha pronunciado.

—¿Irnos? ¿Qué dices? —exclama mi madre, mirando en mi dirección. Por la expresión de su rostro, comprendo que debe estar considerando la opción de que mi marido y yo hayamos vuelto a discutir. Por primera vez en mucho tiempo, Karl y yo estamos de acuerdo en algo, así que tengo que dejar eso muy claro lo antes posible.

—Karl tiene razón. Nos vamos de aquí ahora mismo —digo con firmeza—. Rápido. Tenemos que recoger nuestras cosas y salir de aquí. Os lo explicaré todo en el coche, pero debemos largarnos cuanto antes.

Decido acelerar el proceso cogiendo a Campbell para así hacer que mi madre también se ponga en marcha. Esa decisión también me sirve para mantener a mi hijo lo más cerca posible de mí, que es

lo que pienso hacer a partir de ahora hasta que estemos bien lejos de aquí.

—Venga. Vámonos —digo mientras llevo a Campbell hasta el dormitorio para empezar a hacer las maletas.

Karl viene detrás de mí, igual de impaciente que yo, aunque mis padres siguen perdiendo el tiempo en el salón. Aún no conocen la gravedad de la situación, pero será difícil contárselo todo si Campbell nos puede escuchar. No quiero que entre en pánico si se entera de algo, pero tampoco quiero asustar a mis padres si puedo evitarlo. Pero parece que voy a tener que hacerlo, ya que siguen exigiendo algunas respuestas.

—¿Quiere alguien contarnos qué es lo que está pasando, por favor? —grita mi padre.

Dado que tanto él como mi madre han dejado de imitar mis movimientos, comprendo que no me van a hacer caso y no van a empezar a hacer las maletas hasta que sepan lo que sucede.

—Toma, llévate a Campbell a la habitación y enseguida voy a ayudarte —le digo a mi marido. Le paso a nuestro hijo y él se lo lleva al dormitorio mientras yo doy media vuelta para hablar con mis padres con tranquilidad.

—Vale, necesito que intentéis mantener la calma porque no queremos que Campbell se altere más de la cuenta —digo en voz baja mientras mis padres escuchan atentamente—. Tiene que ver con el hombre que vive en la otra cabaña. Creemos que está huido de la justicia y que lo buscan por asesinato en Canadá, así que podríamos correr peligro si nos quedamos aquí. Por eso tenemos que irnos. ¿Lo entendéis?

—¿Por asesinato? —pregunta mi madre con un tono de voz ligeramente más alto del adecuado. Antes de que me dé tiempo a pedirle que hable más bajo, escucho algo en el exterior.

¿Estará Travis ahí fuera? ¿Nos habrá oído?

Me acerco a una ventana y me asomo al exterior, pero no veo nada. Aunque yo juraría que he oído algo moviéndose cerca.

—Tenemos que irnos —vuelvo a decir por enésima vez y, por fin, mis padres comprenden que no pueden demorarse más. Se van a su habitación para empezar a hacer sus maletas y yo voy rápidamente

a buscar a Karl, que está ocupado metiendo cosas en una bolsa de viaje mientras Campbell lloriquea a su lado, sin parar de preguntarle a dónde vamos ahora.

—Te lo contamos en el coche —le aseguro para intentar tranquilizarlo.

Pero eso nunca es tarea fácil con un niño de cuatro años, y Campbell lo demuestra, porque no deja de llorar. Sin embargo, a diferencia de muchísimos otros momentos de nuestras vidas, eso no frena a sus padres. Estamos haciendo lo que debemos hacer.

Recogemos todo lo que tenemos en un tiempo récord, y mis padres también. Aunque Campbell sigue bombardeándonos a preguntas a todos, me da igual; podemos respondérselas en el coche mientras nos alejamos a toda velocidad de aquí. Justo cuando estoy a punto de salir con la maleta en la mano, vuelvo a mirar por la ventana. Ojalá nos hubiéramos olvidado de hacer el equipaje y nos hubiéramos ido ya.

Travis viene caminando hacia nuestra cabaña.

—Viene hacia aquí —anuncio para alertar a los demás. Lo he dicho con un tono de voz lo suficientemente alto como para que estén en guardia, pero no tanto como para que el hombre que se está acercando pueda escucharme.

¿Por qué vendrá hacia acá?

¿Qué es lo que quiere?

¿Sabrá que estamos a punto de huir de él?

—¿Qué hacemos? —me pregunta mi madre.

Miro a Campbell, ya que nuestra decisión tiene que basarse en lo que sea mejor para él. No puedo correr el riesgo de ponerlo en un peligro inminente, así que, por lo que a mí respecta, eso descarta la opción de pasar corriendo junto al asesino que tenemos al lado.

—Tenemos que mantener la calma —digo—. No podemos permitir que se dé cuenta de que estamos intentando escapar de él, ni de que sabemos quién es. Podría pensar que vamos a contarle a la policía dónde está.

Todos están de acuerdo conmigo, y menos mal, porque nos estamos quedando sin tiempo.

—Déjame hablar con él —dice mi padre, dirigiéndose hacia la puerta. Sin embargo, lo detengo antes de que llegue.

—No, hablo yo con él. A mí me conoce mejor —afirmo, asumiendo la responsabilidad—. Llevaos a Campbell a alguno de los dormitorios. Y esconded las maletas.

Todo el mundo se pone en marcha de inmediato. Mi madre se lleva a Campbell para que no esté a la vista; mi padre y Karl hacen lo mismo con el equipaje. Terminan sus tareas justo antes de que llamen a la puerta.

—Hola. ¿Va todo bien? —saludo a Travis con la mayor soltura que puedo. Me recuerdo a mí misma que debo llamarle Hector, porque no puede enterarse de que conozco su verdadero nombre.

—Justo iba a hacerte la misma pregunta —me contesta Travis. Me doy cuenta de que está mirando por encima de mi hombro, pero no hay nada raro detrás de mí, ya que las maletas han desaparecido del salón—. Os he visto a tu marido y a ti venir corriendo hacia la cabaña. Daba la impresión de que estabais histéricos.

—Ah, ¿eso? No hombre, no pasaba nada. Estábamos jugando —digo con una carcajada forzada.

—¿Jugando?

—Sí. Estábamos compitiendo para ver quién llegaba antes. Mi marido me ha ganado, por desgracia.

Vuelvo a reírme, pero la risa no puede sonar más falsa. Creo que Travis se ha dado cuenta, aunque, si de verdad lo ha hecho, no lo comenta.

—Ah, entiendo. Daba la impresión de que estabais nerviosos.

—Nerviosos. No, de verdad que no.

Estoy muy nerviosa teniendo esta conversación, pero intento disimularlo lo mejor que puedo.

Travis vuelve a mirar por encima del hombro hacia el interior de la cabaña.

—¿Dónde está todo el mundo? —me pregunta, insistiendo un poco más.

—En sus habitaciones —respondo, encogiéndome de hombros—. Relajándose un poco. Descansando. ¿Qué vas a hacer tú?

Espero que al girar la conversación hacia él deje de notar lo incómoda que me siento en su presencia.

—Iba a ir a dar un paseo. ¿Alguno de vosotros se anima a venir conmigo?

Por supuesto que no.

—Oh, eh... Gracias por la oferta, pero, como te he dicho, todo el mundo está bastante cansado, así que creo que no.

—¿Tú tampoco?

—¿Yo? Mmm... No, yo también voy a descansar. Pero gracias. Que disfrutes de tu paseo.

Travis me mira fijamente durante unos segundos eternos. Luego, sonríe y se da la vuelta. Pero me recorre un escalofrío, porque soy muy consciente de que esa sonrisa ha sido igual de falsa que mi risa. Me siento todavía peor cuando, tras cerrar la puerta y acercarme a la ventana, lo veo regresar a su cabaña en vez de ir a dar ese paseo del que me acaba de hablar.

Nos ha descubierto. Sabe que sabemos quién es. Y ahora no confía en nosotros.

Sigo mirando hacia su cabaña, sabiendo que él podría estar en este momento también junto a una de las ventanas, observándonos para ver cuáles son nuestros próximos movimientos. ¿Qué pensaría si nos ve salir corriendo con las maletas justo después de haberle dicho que íbamos a descansar un poco? ¿Y si se pusiera a perseguirnos?

Por eso decido que no podemos irnos todavía.

Vamos a esperar a que oscurezca, y entonces intentaremos salir de aquí a escondidas.

Tenemos que hacerlo sin que se dé cuenta de que nos vamos.

¿Seremos capaces de lograrlo?

CAPÍTULO 25

DARCY

Mi regreso al campus de la universidad se antoja aún más peligroso y arriesgado que la última vez, dado que ayer fui vista en este lugar y se inició una enorme búsqueda que fue noticia en todo el país. No había nadie buscándome por este recinto con especial ahínco cuando vine ayer, pero hoy la cosa es bien diferente. Por eso he cambiado mi aspecto y he robado una chaqueta del armario de Cody, así que al menos estoy vestida con un color distinto al de ayer. He encontrado una gorra de béisbol en su habitación, así que también me la he cambiado. Aún llevo el uniforme de enfermera debajo del abrigo, porque siento que no quiero abandonarlo. Percibo cómo me une a la mujer que era hace años, y es seguro llevarlo puesto siempre que no esté bien visible.

Al acercarme a la facultad, veo a lo lejos a varios policías caminando entre un montón de estudiantes. Hay varios más apostados frente a un edificio grande que tiene un letrero con la palabra «Cafetería» escrita sobre él. Hay, pues, una presencia policial considerable, pero la zona también está repleta de estudiantes, así que hago todo lo posible para que parezca que encajo bien en el grupo de estos últimos y camino con la cabeza gacha pero sin ninguna timidez, más bien con determinación. Una de las cosas que me está dando el valor que necesito es que llevo conmigo el pase de acceso de Cody.

Lo uso para abrir al instante una puerta lateral y entrar en un pasillo que está casi en silencio, excepto por algunos estudiantes que desaparecen con rapidez en el interior de las aulas. Probablemente sean personas que ya llegan tarde y que no quieren cabrear a sus profesores más de lo que ya lo habrán hecho. Veo cómo se van cerrando todas las puertas hasta que me quedo sola. Continúo avanzando por el pasillo y me asomo por un par de ventanas que tienen integradas las puertas para asegurarme de que todo el mundo está ya ocupado con lo suyo. Y no hay duda de que

es así, porque compruebo que las clases ya han comenzado y veo decenas de caras mirando fijamente a quienquiera que les esté dando la lección de hoy.

He llegado a las proximidades del aula magna en la que entré ayer durante la clase del profesor Wright, y lo he hecho a propósito. Quiero ver si ya está dando la clase. Si es así, tendré claro que no está en su despacho, y eso me dará la oportunidad de husmear un poco por él.

Reconozco el aula en la que el profesor estuvo trabajando ayer, así que me asomo cautelosamente a través de la ventana y, cuando lo hago, ahí lo veo, plantado con seguridad ante el auditorio y hablando a todos sus alumnos. Detrás de él hay una diapositiva relacionada con las hemoglobinas. Me quedo mirándolo unos segundos, recordando lo rápido que me traicionó ayer llamando a la policía. Eso no hace más que alimentar mi deseo de saber por qué me engañó y quiso quitarme de en medio lo antes posible.

Dejo atrás el aula magna y recorro el mismo camino que seguí ayer, otra señal inequívoca de que mi memoria está mejorando, hasta que por fin llego al despacho del profesor Wright. Tanteo la puerta con la esperanza de que no esté cerrada con llave. No lo está, así que entro, cierro la puerta y pongo el seguro por dentro. Luego, echo un buen vistazo a mi alrededor. Desde luego, es más fácil hacerlo sin el profesor aquí conmigo, fingiendo ser mi amigo, distrayéndome con falsas promesas de que va a ayudarme.

Trabajo eficientemente abriendo cajones, rebuscando entre documentos, esperando encontrar algo, cualquier cosa, que pueda ayudarme a recordar algo más o a obtener más información sobre el hombre que trabaja aquí. Impulsada por la certeza de que voy contrarreloj y de que tengo que intentar enmendar cualquier daño causado en el pasado antes de que me detengan, trabajo motivada para tratar de averiguar si el profesor oculta algo terrible relacionado con el tiempo que pasé aquí como estudiante. Pero, por el momento, no he encontrado nada comprometedor. Ni en su escritorio ni en su estantería ni en ningún otro lugar de este despacho.

No recuerdo nada especial. Ni siquiera un maldito *flashback*. Tal vez ya se hayan acabado. Quizá ya he recordado todo lo que voy a

recordar, y el resto se ha perdido para siempre. Entonces me golpeo un dedo del pie contra el borde de un sofá pequeño que el profesor Wright tiene en un rincón de la habitación, y se me saltan las lágrimas del dolor. Y, cuando observo de nuevo el despacho con la vista nublada por las lágrimas, sí que logro recordar algo. Estoy aquí, en este despacho, llorando.

Y no solo eso.

Estoy suplicando algo.

Estoy en el despacho con el profesor Wright, aunque ambos somos mucho más jóvenes y estamos en medio de un debate acalorado.

—No puedo hacerlo —digo, consumida por la angustia—. No está bien. Tengo que contarle a alguien lo que ha pasado. Es lo justo para su familia.

—Como lo hagas, me encargaré personalmente de que te expulsen de aquí y tu reputación académica quedará destruida. Tu formación quedará cuestionada y nunca llegarás a ser enfermera —me suelta el profesor Wright. Su nivel de rabia es parecido a mi nivel de angustia.

—¿Cómo puedes hacerme algo así? —le grito—. ¿Y cómo pudiste hacerle algo así a ella? ¡Está muerta por tu culpa!

El recuerdo es muy perturbador. Tengo que taparme la boca con la mano al acordarme de todo, pues estoy en *shock*. El profesor Wright me amenazó con destruir mi carrera de enfermería antes incluso de que hubiera empezado, y todo porque yo sabía que había acabado con la vida de alguien.

"Está muerta por tu culpa». ¿De quién estaba hablando?

Pienso sobre lo que me contó Cody. Me dijo que en este campus había muerto alguien. ¿Cómo se llamaba? Taylor, ¿no? ¿Es a ella a quien me refería en la conversación que mantuve en este despacho tantos años atrás, en la que le gritaba al profesor? ¿Tuvo él algo que ver con su muerte? ¿O fui yo? ¿Qué relación podría tener esa imagen que recuerdo en la que estoy asfixiando a una persona con todo esto?

De repente, siento una necesidad muy urgente de salir de esta estancia. Siento como si las paredes se estuvieran estrechando

sobre mí y me fueran a asfixiar dentro de poco si me quedo aquí. Me dirijo hacia la puerta, y me siento afortunada cuando la cruzo y no veo a nadie al otro lado. No hay ningún estudiante, ningún guardia de seguridad y, lo mejor de todo, no veo tampoco al profesor.

Acelero el paso por el pasillo, buscando una forma de salir del edificio, pero enseguida me doy cuenta de que he salido en dirección contraria a la que entré y ahora estoy perdida. Hay muchas puertas, pero ninguna tiene ventanas, así que no es posible ver lo que hay al otro lado. Sería arriesgadísimo elegir una al azar y atravesarla. Pero sigo tan perturbada por el *flashback* que me acaba de venir que no soy capaz de pensar con claridad. Elijo una puerta sin darle más vueltas y, cuando entro en la sala, veo lo que parece una recreación de un pabellón de un hospital. Hay una hilera de camas pegadas a una pared, así como máquinas junto a cada una de ellas que cumplen con funciones diversas como medir la tensión arterial o el ritmo cardíaco. Parece un lugar en el que las enfermeras podrían practicar situaciones reales que se dan en un hospital, como, por ejemplo, moverse entre los pacientes, tomar notas o realizar controles médicos sencillos. Se trata de un entorno de bajo riesgo antes de que trabajen en un hospital de verdad y su labor se convierta en una cuestión de vida o muerte.

Me desplazo a lo largo de las camas, todas ellas desocupadas, por fortuna. Tampoco hay señales aquí de que pueda haber algún estudiante de Enfermería o algún profesor. Estoy sola en esta sala. Mientras camino, me pregunto si alguna vez estuve aquí, practicando con otros estudiantes, preparándome para lo que creía que sería una carrera larga y satisfactoria en el mundo de la medicina. Me imagino extremadamente escrupulosa, con muchas ganas de aprender, meticulosa con todos los detalles que me enseñaban, pero sin miedo a equivocarme, porque sin duda así es como más se aprende. No sé fui una de las mejores estudiantes de la clase, una figura prometedora destinada a sobresalir entre mis compañeros, o si era más bien mediocre, una estudiante más que pasó por aquí sin pena ni gloria.

Solo cuando llego a la última cama logro recuperar otro recuerdo. Es uno muy vívido y específico que no solo demuestra que yo estuve

en esta sala cuando estudiaba aquí, sino que fui testigo de algo verdaderamente impactante.

Veo al profesor Wright forzando a otra mujer.

Es una estudiante. Le está suplicando que se aparte de ella y la deje en paz, pero él no para. Solo se detiene cuando yo le digo que lo haga.

Así que eso fue lo que ocurrió. Lo pillé intentando abusar de otra alumna y, cuando lo amenacé con contarlo, él me amenazó a mí con expulsarme de la facultad, poniendo en serio peligro mi carrera de enfermera.

Un ruido repentino de cristales haciéndose añicos detrás de mí me hace darme la vuelta. Veo a una mujer con bata blanca que me está mirando aterrada. Es como si todos los músculos de su cuerpo se hubieran congelado. No tardo mucho en comprender la razón. Me ha reconocido y está horrorizada.

—Por favor, tranquila. No voy a hacerte daño —le digo, abriendo las palmas de las manos para demostrarle que no pienso hacerle nada. Pero no sirve para que se relaje, porque permanece paralizada.

—Voy a salir —le digo con calma, haciendo un movimiento lento hacia la misma puerta por la que ha entrado esta mujer—. Quédate aquí y dame la oportunidad de irme. ¿De acuerdo?

La mujer sigue inmóvil.

—No actives ninguna alarma. ¿Me lo prometes? —le pregunto.

La mujer sigue sin hacer nada, pero mejor eso a que salga corriendo. Paso muy despacio a su lado, con la duda de si será una profesora o una alumna un poco mayor. Sea quien sea, me tiene pavor, así que uso eso a mi favor para salir de esta sala y volver al pasillo, donde acelero el paso. Esa mujer puede salir del trance en cualquier momento y dar la señal de alarma, así que tengo que largarme de la facultad antes de que lo haga. Encuentro la forma de salir al exterior y atravieso a toda prisa el aparcamiento, con el objetivo de llegar a la calle que hay un poco más allá. Sin embargo, cuando paso entre las filas de coches, escucho algo que no me suena nada bien.

—¡Darcy!

Alguien acaba de gritar mi nombre. Mientras me doy la vuelta para ver quién ha sido, me estoy imaginando ya un agente de policía con una sonrisa de oreja a oreja, emocionado por haber sido el policía afortunado que me ha atrapado entre todos los posibles compañeros que podrían haberse llevado la gloria en su lugar. Pero no, no se trata de un policía. Es Cody. Cuando llega a mi altura, parece estar muy enfadado.

—Me has robado el pase de acceso —dice al verlo en mi mano. Me lo quita de un tirón.

—Lo siento —digo sin mucha convicción. Me siento aliviada de que me haya pillado mi único amigo y no cualquier otra persona.

—¿En qué coño estabas pensando para volver aquí otra vez después de lo de ayer? ¿Tú estás loca? ¿Y además usando mi pase? ¡Si te pilla la policía, pensaría que te lo he dado yo!

—Lo siento. De verdad que lo siento. Necesitaba volver a la universidad. Es el profesor Wright. Ahora recuerdo lo que hizo. Agredió sexualmente a una estudiante y yo lo pille in fraganti.

—¿Qué?

—Aquí mismo, en el campus. Fui testigo directo. Se detuvo cuando lo vi, aunque, cuando intenté denunciarlo, me amenazó. ¿Sabes algo de eso?

Cody parece atónito.

—No, no tengo ni idea de lo que estás diciendo.

—Esa estudiante que me dijiste que murió... —le digo, intentando centrar su atención.

—¿Taylor?

—Sí, ¿tienes una foto de ella en algún sitio? Quiero ver si es la misma mujer que he recordado en mi *flashback*.

Cody saca rápidamente su teléfono. Le he incitado a que se dé prisa en hacerlo, contándole que una mujer me ha visto por aquí y que por eso no deberíamos permanecer en estas instalaciones más tiempo del necesario.

—Se publicaron varios artículos en Internet cuando murió —me explica mientras busca uno de ellos.

Cuando me muestra la pantalla, veo que se trata de la misma mujer que acabo de recordar.

—Es ella. Es la mujer a la que el profesor Wright trató de forzar. ¿Crees que la mató para que no hablara?

—¿Qué? No. Ya te lo conté, murió a causa de una sobredosis. Mira, lee esto. El artículo hace referencia al informe del forense. Fue una sobredosis en toda regla. No hay indicios de nada sospechoso.

Mis ojos escudriñan las palabras del artículo, y Cody tiene razón. Pero que Taylor muriera a consecuencia de las drogas no significa que el profesor no pudiera haber provocado su muerte.

—¿Y si la mujer estaba intentando olvidar lo que él le hizo? —le pregunto a Cody, atemorizada—. ¿Y si aquella agresión la dejó marcada? ¿Y si el profesor Wright la estuvo presionando para que guardara silencio? O, peor aún, ¿y si Taylor temía que él volviera a intentarlo? ¿No te das cuenta? Él podría haber causado indirectamente la sobredosis porque sus acciones la pudieron conducir a ingerir esas drogas.

—Esa acusación es muy grave. Y todo sucedió hace mucho tiempo. Incluso si tuvieras razón, ha logrado salir impune durante todos estos años. Es bastante poco probable que lo vaya a admitir ahora, ¿no?

—No lo sé. Si soy capaz de ponerlo en una situación en la que se sienta presionado, tal vez pueda sacarle una confesión. Por eso intentó que me detuvieran ayer. Quería que lo hicieran antes de que yo pudiera recordar nada —le digo, dándome cuenta de ese hecho mientras hablo—. Constituyo una amenaza para su secreto.

—No entiendo para qué va a servirte esto —me dice Cody.

—Porque cualquier vínculo con mi pasado me ayuda a conocerme mejor. Esas conexiones a veces provocan otro *flashback* o simplemente me ayudan a llenar algunos vacíos en la memoria. Pero no quiero hacer esto por egoísmo. Tal vez sí que haya actuado así en el pasado, pero ahora también se trata de ayudar a Taylor, o al menos a sus padres —digo con firmeza—. Si descubren por qué su hija murió por una sobredosis, quizá entiendan mejor por qué lo hizo. Y, en ese caso, mi vuelta a esta universidad al menos habrá servido para algo bueno.

—¿Y cómo lo hacemos? —me pregunta Cody, mirando a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie deambulando por

este aparcamiento antes de que me ayude a salir de aquí otra vez de forma clandestina.

—Necesito que organices una reunión con el profesor Wright —le digo—. Hazlo esta noche. Creerá que estaréis solo vosotros dos. Dile que es algo relacionado con el trabajo. Lo único que necesito es que lo lleves hasta un lugar seguro en el que pueda confrontarlo. Luego yo me encargaré del resto.

—No, esto ya ha ido demasiado lejos. Ya me he arriesgado demasiado por ti —dice Cody—. Podría perderlo todo por ti, ¿y tú me lo pagas robándome?

Da la sensación de que Cody se planteara marcharse ya y abandonarme a mi suerte, pero no se mueve ni un milímetro. Sigue aquí conmigo, lo que me indica que todavía le importo.

—Por favor —le digo, cogiéndole la mano—. Ayúdame una vez más, y luego todo habrá terminado. Te lo prometo.

No recuerdo ninguna de las enseñanzas que mis padres me inculcaron de niña, pero estoy bastante segura de que, si pudiera acordarme de ellas, una habría sido no hacer promesas sin estar segura de poder cumplirlas. Sin embargo, eso es justo lo que le acabo de hacerle a Cody, que finalmente accede a concertar la reunión con el profesor Wright. Pero yo no tengo la menor idea de si luego todo habrá terminado...

... o si no habrá hecho más que empezar.

CAPÍTULO 26

PIPPA

La espera hasta que se ha puesto el sol me ha resultado desesperadamente larga, pero por fin ha caído la oscuridad y ya casi es hora de que mi familia y yo tratemos de salir a hurtadillas de esta cabaña, subamos a nuestro coche y nos alejemos del asesino que está viviendo tan cerca de nosotros. Ya hemos hecho las maletas y estamos listos para irnos desde hace varias horas, pero no me he atrevido a intentar huir a la luz del día. Soy muy consciente de que Travis podría vernos e intentar intervenir si se diera cuenta de que estamos huyendo de él. Pero, a medida que la luz se ha ido atenuando ahí fuera, va a ser más difícil que nos vea. Seguro que escuchará el motor del coche cuando arranque, pero para entonces ya será demasiado tarde porque mi padre tendrá total libertad para pisar el acelerador y desapareceremos a toda velocidad. Lo difícil va a ser dar el primer paso y subirse al coche, pero nuestras probabilidades de éxito al respecto van aumentando cuanto más oscuro está en el exterior.

—Cinco minutos y nos vamos —les digo a mis padres. Luego, voy al dormitorio a ver cómo está Campbell, que sigue descansando en su cama con su padre al lado. Lo ideal sería que mi hijo no tuviera que moverse esta noche. Preferiría que durmiera como es debido para asegurarme de que el cansancio no ralentice su recuperación. Pero no vamos a pasar otra noche aquí ahora que sabemos la verdad sobre el hombre que vive en la cabaña de al lado, así que no tengo más remedio que sacar a rastras a mi pobre hijo de esta cama tan calentita y meterlo en el coche, que estará frío. No me queda otra que esperar que no empeore.

—¿Estamos todos listos para otra aventura? —pregunto alegremente. Intento que esto sea lo más divertido posible, pero la realidad dista mucho de serlo. Aunque Campbell no conoce la magnitud real de nuestros problemas, incluso él es lo bastante listo

como para darse cuenta de que el hecho de que nos estemos yendo de aquí tan de noche no tiene nada que ver con una aventura.

—Estoy cansado —dice. Se nota que está agotado y que preferiría quedarse en la cama.

A mí también me gustaría acostarme un buen rato. Después de salir de aquí, no sé cuándo tendremos otra oportunidad de dejar caer nuestras cabezas sobre una almohada. Pero quedarnos aquí no es una opción, y se lo dejo claro.

—Venga, vamos a ponernos en marcha. Cuanto antes lo hagamos, antes llegaremos al siguiente sitio guay.

—Yo quiero ir a casa —protesta Campbell—. ¿Es ahí a donde vamos?

Karl y yo nos miramos. Estoy a punto de responder con sinceridad y decirle que no, pero mi marido habla primero.

—Sí, nos vamos a casa, hijo —miente—. Así que venga, vámonos ya.

Eso logra que Campbell se levante de la cama, aunque no me gusta cómo se ha gestionado. Se lo hago saber a Karl mientras salimos de la habitación.

—¿Por qué le has dicho eso? Ahora se va a poner triste cuando vea que no vamos a casa.

—Teníamos que conseguir que se moviera —responde Karl, que niega en un gesto de cansancio—. Mi método ha sido más rápido.

No voy a empezar otra discusión ahora teniendo en cuenta que estamos a punto de subirnos al coche y que vamos a estar muy cerca el uno del otro durante las próximas horas. Por lo tanto, lo dejo estar y me reúno con el resto de mi familia junto a la puerta de entrada. Las maletas están ya hechas, dispuestas para que las metamos en el maletero.

—¿Algo nuevo en las noticias? —le pregunto a mi padre, que se ha encargado de ver si hay alguna novedad antes de salir de aquí por si ha surgido algo con Darcy de lo que tengamos que enterarnos.

—No. Todo igual —me contesta.

En realidad, es una buena noticia, porque significa que aún no han detenido a mi hermana. Estamos demostrando ser todos muy

ingeniosos a media que pasa el tiempo. Pero cada día parece traer un nuevo reto a nuestras vidas; de hecho, ahora mismo nos tenemos que enfrentar al próximo.

—Adrian y yo iremos primero con las maletas —dice Karl, haciéndole un gesto a mi padre, que está ya listo para moverse—. Lo metemos todo en el coche y luego vosotras venís tan rápido como podáis. ¿De acuerdo?

Mi madre y yo asentimos. Campbell observa a su abuelo y a su padre recoger el equipaje antes de salir. Yo rezo para que Travis no esté mirando hacia nuestra cabaña justo en este momento. Aunque, si lo estuviera, puede que la oscuridad le impida ver qué está pasando exactamente.

Esperamos veinte segundos para darles tiempo a los hombres y que cumplan con su cometido. Luego salimos también y sentimos el aire frío en nuestras caras ahora que es de noche. Miro hacia el coche y veo dos siluetas moviéndose entre las sombras, una en el maletero cargando el equipaje y la otra colocándose detrás del volante. Me imagino que Karl se está encargando de las maletas mientras mi padre está a punto de arrancar, aunque sabe que debe esperar a que estemos todos sentados dentro y hayamos echado el seguro de las puertas para poder hacer ese ruido.

Llevo de la mano a Campbell hasta el coche, susurrándole que guarde silencio, cosa que ya está haciendo. Aun así, necesito insistirle en ello para que no haga ningún ruido de repente que pueda atraer la atención de Travis. Echo un vistazo a su cabaña a lo lejos. Aunque veo una luz encendida dentro, no hay señales de movimiento ni nadie mirando por la ventana.

—Sube al coche —insto a Campbell, de nuevo en un susurro.

Mi hijo entra con desgana, posiblemente demasiado cansado para discutir o deseando ponerse cómodo otra vez para volver a descansar un poco. Estaré encantada de dejarlo dormir sobre mi hombro cuando estemos ya en la carretera, pero aún no hemos llegado a ese punto. Aunque no estamos lejos de hacerlo, porque Karl cierra el maletero lo más silenciosamente que puede, con lo que el equipaje ya está guardado.

Todos nos sentamos en el coche y cerramos las puertas haciendo el menor ruido posible. Mi padre se prepara para poner en marcha el motor. Estamos seguros de que Travis lo escuchará, pero con suerte ya será demasiado tarde para que pueda hacer algo al respecto. Me digo a mí misma que ya estamos seguros en el coche y que vamos a comenzar a movernos en cualquier momento.

Pero entonces el motor falla.

Mi padre frunce el ceño y gira la llave por segunda vez, pero obtiene el mismo resultado. El vehículo no responde. Así que vuelve a intentarlo. Y una vez más. Cuando lo hace por quinta ocasión, todos estamos ya seguros de que el coche tiene un problema serio.

—¿Qué está pasando? —pregunto, cada vez más preocupada con cada giro de la llave.

—No lo sé. No arranca —responde mi padre, diciendo algo que os obvio.

Somos blancos fáciles, expuestos en medio de la nada con un asesino suelto por la zona.

—Pero ¿cómo es posible? —le presiono. No sé si puede tratarse más bien de algo que mi padre esté haciendo mal o de que al coche le pase algo. En principio, un error humano parece más probable que un fallo repentino de este vehículo tan fiable, que además se estaría produciendo en el peor momento posible.

—¡No lo sé! —repite mi padre, exasperado—. Voy a tener que salir y levantar el capó para echar un vistazo.

—Yo te ayudo —dice Karl.

Los dos hombres se disponen a salir del coche, pero eso me pone muy nerviosa. Preferiría que nos quedáramos todos aquí dentro, con los seguros de las puertas echados, y pudiéramos resolver el problema sin que nadie tenga que salir al exterior.

—Inténtalo de nuevo —le pido a mi padre.

Vuelve a hacerlo, pero sigue sin haber suerte, así que finalmente se bajan. Me quedo en uno de los asientos de atrás con mi hijo, mi madre y un pensamiento muy obsesivo que empieza a rondarme la cabeza.

¿Y si no se tratara tan solo de mala suerte?

¿Y si Travis hubiera manipulado nuestro coche para evitar que nos vayamos?

Intento convencerme a mí misma de que tal cosa es imposible. ¿Cómo podría haberlo hecho? ¿Cuándo habría tenido la oportunidad? Pero hay otra parte en mi cerebro, una que me da más miedo, que intenta responder a todas esas preguntas.

Podría haberlo hecho anoche mientras dormíamos. Incluso hoy mientras estábamos encerrados en la cabaña haciendo las maletas. La cosa es que no hay dudas de que ha tenido ocasiones para hacerlo.

¿Por qué?

Mi padre levanta el capó para echar un vistazo y dejo de tenerlo a la vista, ni tampoco a mi marido. Cada vez tengo más claro que esto es mucho más que un simple problema del coche. Estoy prácticamente segura de que Travis ha tenido algo que ver.

¿Qué puedo hacer al respecto? Si digo algo, haría que mi hijo y mi madre se asustaran una barbaridad. Tampoco quiero atemorizar a los dos hombres, porque están ocupados intentando arreglar el problema y lo que menos necesitan es que yo los distraiga. Así que decido quedarme sentada donde estoy, sintiendo el frío que ya se filtra en el coche y, junto a él, una gran carga de ansiedad.

El problema es que, cuanto más tiempo estemos aquí encerrados, más tiempo tendrá ese hombre para hacernos año.

Dondequiera que esté, al acecho en este bosque tan oscuro.

CAPÍTULO 27

DARCY

Agradezco enormemente todo lo que Cody ha hecho por mí hasta ahora, pero, quizá por encima de todo, le agradezco el hecho de que accediera a mi petición y se pusiera en contacto con el profesor Wright para concertar una reunión. El profesor no tiene ni idea de que estoy detrás de la idea de esa cita. Él piensa que se trata de algo relacionado con el trabajo. Por eso espero que se presente en el lugar en el que han quedado, frente a un bar en una calle tranquila.

Cody le mandó un mensaje al profesor Wright diciéndole que estaba costándole dar ciertas clases y que necesitaba el consejo de alguien que fuera muy bueno, aprovechándose del ego del profesor. El hecho de que le propusiera ir a tomar una copa no hizo sino aumentar las posibilidades de éxito, porque al profesor Wright le encanta empinar el codo. Así que, mientras estoy ya en mi posición viendo cómo Cody espera frente al bar, confío en que el profesor Wright haga su aparición en cualquier momento.

Me escondo para que no me vea cuando llegue, para que no sepa que hay gato encerrado hasta que sea demasiado tarde para salir pitando. Estoy detrás de un coche aparcado, merodeando por la zona, más que lista para salir de mi escondite cuando haga falta y enfrentarme al profesor. Solo tengo que esperar el momento perfecto.

Mientras aguardo, reflexiono sobre cómo me amenazó con expulsarme de la facultad y la aparente facilidad con la que estaba dispuesto a echar a perder mi carrera profesional solo para que a él no le ocurriera nada por lo que había hecho. Es terrible, aunque también he intentado detenerme a pensar sobre cómo habría sido mi vida si hubiera ignorado su advertencia y hubiera denunciado a las autoridades lo que le hizo a Taylor. Quizá habría tenido algún problema si nadie me hubiera creído, y tal vez nunca habría llegado a ser enfermera. ¿Habría sido eso algo negativo? Puede que en realidad estuviera destinada a dedicarme a otra cosa, porque mi

carrera como enfermera ha sido un completo desastre. No puedo evitar sentir que Taylor podría seguir viva si yo la hubiera apoyado entonces. Pase lo que pase, seguiré sintiéndome culpable por eso, aunque de algún modo logre llevar al profesor Wright ante la justicia.

De repente, se detiene un taxi frente al bar. Cuando se abre la puerta, veo salir del mismo al profesor. Lleva una camisa elegante y unos vaqueros. Parece evidente que ha hecho un esfuerzo por ir bien vestido esta noche. Me pregunto si lo hace por las mujeres que puedan estar tomándose una copa cerca de él. Apuesto a que le encantaría hablar con alguna mujer atractiva, contarle que es una eminencia en el mundo académico y tratar de deslumbrarla con su gran intelecto. Me da la sensación de que es ese tipo de hombre. Si eso no le funciona, puede que recurra a contarle una anécdota relacionada con que en el pasado le dio clases a Darcy, esa mujer infame que aparece en las noticias. Eso podría despertar el interés de la mujer y que la conversación perdurara el tiempo suficiente como para terminar invitándola a tomar una copa en su casa.

Me da escalofríos pensar en la posibilidad de que este hombre consiga seducir a alguna chica después de lo que le hizo a Taylor. Quién sabe qué más habrá hecho en el pasado, la cosa podría ser incluso peor. Por eso estoy decidida a detenerlo, aunque pueda parecer a primera vista que en mi vida tengo problemas mucho mayores con los que he de lidiar. Además, sigo convencida de que la presencia del profesor Wright podría ayudarme a recordar más cosas del pasado. Como no tengo ninguna pista de dónde está mi familia y tampoco dispongo de ningún lugar al que acudir, al margen de la ayuda que me pueda prestar Cody, me parece que ahora mismo no tengo demasiadas opciones. Así que, por el momento, voy a centrarme en enmendar una injusticia del pasado.

Veo cómo Cody se acerca al profesor Wright y le estrecha la mano, dándole las gracias por haber acudido a la cita, tal y como ambos acordamos que haría para mantener el engaño un poco más de tiempo. Cody y yo también quedamos en que le sugiriera al profesor ir a otro bar que está un poco más adelante en la misma calle en vez de entrar en el que tienen delante. Con esa estrategia,

conseguiremos llevarlo hasta un lugar más tranquilo que este para así poder aparecer yo por sorpresa. Aunque eso depende de que él acceda a la propuesta o no.

Como no parece oponerse a la sugerencia de Cody, los dos compañeros de trabajo empiezan a alejarse calle abajo, lo que me permite salir sigilosamente de mi escondite y comenzar a seguirlos a una distancia prudencial. La gorra y el hecho de que ya ha caído la noche me mantienen bien protegida para que nadie pueda reconocerme. Mientras caminan, escucho sus voces apagadas, aunque no con la claridad suficiente como para distinguir lo que dicen. Quizá estén hablando de mí y del caos que se produjo ayer en el campus; tal vez estén exponiendo algunas teorías sobre dónde podría haberme metido. Si el profesor se diera la vuelta y mirara, vería que la realidad es que estoy justo detrás de él. Sin embargo, como no tiene motivos para hacerlo, sigue caminando hasta llegar a una zona más tranquila y oscura de la calle, lejos de la gente que estaba bebiendo en el bar frente al que se encontraron.

Entonces Cody se detiene, tal y como habíamos planeado que hiciera. No hay nadie más alrededor; este es el lugar perfecto.

Oigo al profesor preguntarle a Cody que por qué se ha quedado quieto. Yo sigo caminando en su dirección, y debe oír mis pasos acercándose porque, de repente, se da la vuelta. Cuando me ve, abre los ojos de par en par.

—Darcy —murmura cuando me ve llegar.

Me siento muy satisfecha al ver lo sorprendido que está por haberse encontrado de nuevo cara a cara conmigo. Pero esta vez es muy diferente a la anterior porque, a diferencia de entonces, yo tengo la sartén por el mango.

—Me engañaste —digo, yendo directa al grano—. Me dijiste que ibas a buscarme algo de comida, pero me encerraste en tu despacho y llamaste a la policía. Y sé por qué lo hiciste. No querías que recordara lo que hiciste en el pasado. Pero ya es demasiado tarde, porque he conseguido recordarlo. Me acuerdo de todo.

El profesor Wright escucha mi perorata mirando a la vez a Cody, sin duda consciente de que su compañero ha sido parte esencial de esta farsa. Así que lo único que puede hacer es echarse a reír.

—Así que has sido tú el que la ha estado ayudando, ¿verdad? —le dice a Cody, moviendo la cabeza en señal de desaprobación—. No tenía ni idea de cómo había logrado salir del campus sin que la pillaran. Ahora, ya tengo la respuesta.

Cody opta por quedarse en silencio, ya sea porque está demasiado nervioso o porque considera que debe respetar que este es mi momento, que es ahora cuando puedo decirle al profesor lo que le quiero decir.

—Como te acabo de explicar, lo recuerdo todo —repito, volviendo a centrar su atención en mí.

—Esto es ridículo. ¿De qué estás hablando? —me pregunta sin convicción—. No tengo ni idea de qué es lo que está pasando aquí, pero sí que sé que hay un montón de gente buscándote. Si fuera tú, me iría de aquí antes de que alguien te vea.

Vaya, qué caballero. Siempre pensando en los demás antes que en sí mismo. Lástima que ya no esté tan ciega como para no saber que su única prioridad es él.

—Intentaste abusar de Taylor cuando yo aún estudiaba en la facultad y yo te pillé haciéndolo. Luego nos amenazaste a las dos para que no contásemos nada. Ella terminó suicidándose, y supongo que yo te tenía demasiado miedo como para denunciarte. Pero, a diferencia de entonces, ahora ya no tengo nada que perder, así que la verdad va a salir a la luz y la familia de Taylor conseguirá algo de justicia después de todos estos años.

—¿Abusar de Taylor? —se burla el profesor—. Darcy, por favor. Vale, sí, fui yo quien llamó a la policía, pero solo porque estoy preocupado por ti. Sufres una lesión cerebral severa y has hecho cosas muy graves, así que lo único que quiero es que recibas la ayuda que necesitas antes de que haya más personas que resulten heridas, o incluso tú misma.

—¡Deja de fingir que existe gente que te importa más que tú mismo! —le grito—. ¡Sé el tipo de hombre que eres en realidad, y voy a asegurarme de que todo el mundo lo sepa igual que yo!

El profesor deja de fingir estar sorprendido y, de repente, se pone muy serio.

—Aunque de verdad pudieras haber recordado algo —dice, casi insinuando su culpabilidad, pero sin llegar a verbalizarlo—, ¿quién coño te iba a creer? Eres una asesina desquiciada que está a la fuga y todos los policías de Chicago te están buscando. ¿De verdad piensas que alguien se va a fiar más de tu palabra que de la mía, siendo yo un profesor muy respetado con una trayectoria intachable? Si te verdad lo crees, estás aún más loca de lo que cuentan en los medios, que ya es decir.

El profesor intenta hacerme dudar de mi plan, aunque para ello le haría falta algo más que unas simples palabras desagradables. Pero, a continuación, sí que dice algo que me pilla por sorpresa.

—Además, aunque contaras algo, no sería la primera vez que lo haces —me dice—. Años después de que te graduaras, la facultad recibió una acusación anónima contra mí. Alguien aseguró que yo había agredido sexualmente a una estudiante y que había que investigarlo. Al final quedó en nada, pero yo sé que tuviste que ser tú.

Eso es toda una novedad para mí, pero me alivia saber que no me guardé aquel secreto tan terrible una vez que me convertí en enfermera. Debí intentar que pillaran al profesor Wright, aunque es obvio que no funcionó. Y supongo que no quise correr demasiados riesgos, por eso lo hice de forma anónima. Aunque, ahora que me ha dicho que ya lo acusaron una vez y no sufrió ninguna consecuencia, ¿por qué esta vez iba a ser diferente?

—En esta ocasión no lo voy a hacer de forma anónima —le digo, tratando de contrarrestarlo—. Voy a ofrecer más detalles. Me aseguraré de que pagues por ello. Haré todo lo posible para que por fin te cojan y no puedas hacer daño a más alumnas.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que le tiré los tejos a Taylor? Vale, es cierto, lo hice, pero solo porque ella siempre estaba tonteando conmigo. ¿Cómo iba yo a saber que, cuando llegara el momento de quedarnos a solas, cambiaría de opinión de repente y no querría acostarse conmigo? ¿Y cómo coño iba yo a saber que le afectaría tanto que terminaría suicidándose?

—¡Se suicidó porque intentaste abusar de ella! —le grito, intentando defender a esa pobre mujer, porque ella ya no puede

hacerlo por sí misma.

—Pero ¿qué quieres que haga yo ahora al respecto? No puedo cambiar el pasado —dice fríamente el profesor Wright, como si ya hubiera pasado página por completo tras aquel incidente que destrozó a la familia de Taylor.

Pero yo no lo he hecho aún, y menos ahora mismo, pues se me viene a la mente en este momento una imagen de la madre de Taylor llorando junto a su marido, agradeciendo a todos los estudiantes del campus las flores y las condolencias que les habían ofrecido desde el trágico suceso.

—Me juego lo que sea a que ella no fue la única alumna a la que le hiciste algo parecido a aquello —digo—. Estoy segura de que existieron otras. Sé qué clase de hombre eres y voy a encargarme de que todo el mundo se entere. Aunque no vayas a la cárcel, me cargaré tu reputación. Me voy a ocupar personalmente de ello.

—¿Y crees que eso te va a ayudar en algo? —me responde el profesor Wright—. ¿No has considerado la posibilidad de que eso tan solo serviría para empeorar tu situación?

—¿Mi situación por qué?

—¿No te acuerdas de la parte en la que intentaste matarme? —me dice el profesor con una sonrisa arrogante—. Qué conveniente para ti que hayas olvidado esa parte de la historia.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunta Cody antes de que yo pueda hacerlo.

—Pusiste una almohada sobre mi cabeza e intentaste asfixiarme con ella —nos dice el profesor Wright, que consigue que ese recuerdo que recuperé recientemente de pronto cobre sentido—. Me decías que era un desgraciado y que merecía morir. Pero te detuviste en el último momento y, cuando lo hiciste, te dije que habías hecho lo correcto. ¿Por qué desperdiciar un futuro tan prometedor matándome? ¡Tenías tanto potencial, Darcy! Te dije que todo lo que tenías que hacer para darte cuenta de lo que podías llegar a conseguir era olvidarte de mí. Y eso hiciste.

Me cuesta asimilar lo que estoy oyendo. El profesor aprovecha mi silencio para volver a hablar.

—Te pedí que no echaras por tierra tu futuro, y me hiciste caso —me dice con calma—. Así que ahora te vuelvo a decir lo mismo. Todavía eres una mujer libre. De momento, no te han cogido, y puede que nunca lo lleguen a hacer. Así que lárgate mientras puedas. Vete de Chicago y, quién sabe, tal vez la policía nunca te coja. Podrías vivir el resto de tu vida en algún lugar lejos de aquí, pero solo si te vas ya. ¿A qué estás esperando?

Hace que suene muy bien. Muy fácil.

«Vete de aquí. Olvídate del pasado. No hagas lo correcto. Elige la opción más fácil».

El problema es que siento que me he pasado toda la vida viviendo de esa forma, y mira cómo he terminado.

Pero... ¿tengo energía para seguir luchando? ¿O debo hacerle caso y desaparecer de la ciudad?

—Vamos —le digo en voz baja a Cody.

El profesor Wright asiente cuando observa que parezco dispuesta a marcharme.

No le digo nada más. Comienzo a andar y Cody me sigue. Una vez que estamos de vuelta en su coche, me importan muy poco los próximos movimientos del profesor. Lo único que me preocupa es saber si Cody ha hecho lo que le pedí.

—¿Lo has grabado todo? —le pregunto.

Él comprueba su teléfono y, acto seguido, me confirma que acaba de registrar la conversación al completo.

—Sí, lo tengo —me dice Cody con nerviosismo—. Pero ¿estás segura de entregarle esto a la policía después de lo que te acaba de contar? ¿Intentaste matarlo?

—Quiero que se enfrente a la justicia —le respondo—. Y quiero hacer lo correcto por Taylor. No te preocupes por mí.

Tengo la impresión de que, para Cody, eso parece más fácil de decir que de hacer. Antes de que arranque para alejarnos de aquí, le pido otro favor.

—Necesito que hagas una cosa más por mí —le digo—. Solo una. Luego, todo habrá terminado. Te lo prometo.

Y, esta vez, no le estoy mintiendo.

CAPÍTULO 28

PIPPA

Continuamos atrapados en el coche, sin poder ir a ninguna parte. Sigo temiéndome que estemos en peligro. Vuelvo a mirar por la ventanilla, pero la oscuridad es casi total, salvo por la luz que veo en la distancia en la otra cabaña. Mi padre y Karl siguen investigando bajo el capó para intentar averiguar cuál es el problema del motor, pero no parecen tener suerte de momento, ya que aún no han vuelto al interior del coche. Mientras tanto, Campbell no para quieto. No puedo culparlo, porque hace un frío tremendo aquí dentro. Y la temperatura va a seguir bajando como no consigamos que el vehículo se ponga en marcha pronto.

—Quiero volver dentro —dice Campbell, que sin duda prefiere la cabaña de la que acabamos de salir a estar aquí fuera.

Pero volver dentro no es una opción, o al menos espero que no tengamos que hacerlo. Sigo decidida a que nos alejemos de ese hombre peligroso que vive en la otra cabaña, pero todo depende de que el coche responda. Por lo que tomo la determinación de salir para ver si me entero de qué es lo que nos está retrasando.

—Espera aquí un momento —le digo a mi hijo. Miro a mi madre para darle a entender que se quede un segundo con Campbell y lo mantenga entretenido. Luego salgo del coche, sin ganas de hacerlo, pero con la necesidad de descubrir cuál es el problema que podríamos tener.

—¿Qué le pasa? —le pregunto a Karl, que está de pie junto a la parte delantera del vehículo. Mientras, mi padre examina el motor más de cerca con una linterna.

—No lo sé, no tiene ningún sentido —refunfuña Karl mientras mi padre sigue mirando.

Me muerdo la lengua para no pedirles que se den más prisa; al fin y al cabo, no estaría contribuyendo en nada. Pero, cuando me giro de nuevo hacia Karl, me doy cuenta de algo.

La luz de la otra cabaña se ha apagado.

Podría significar que Travis se ha ido a la cama, sin más. Sin embargo, al mirar a mi alrededor, tengo la impresión de que no es así. Entonces vuelvo a pensar, muy a mi pesar, que ese hombre podría ser la razón de nuestro problema repentino con el coche.

—¿Y si esto fuera cosa suya? —le pregunto a mi marido—. Me refiero a Travis. ¿Y si ha estado manipulando el coche para que no podamos escaparnos?

Casi deseo que Karl eche por tierra esa teoría disparatada de inmediato, pero no dice nada. De hecho, las cosas no hacen más que empeorar cuando mi padre levanta algo.

Es un cable.

Lo han cortado por la mitad.

El silencio que se hace entre nosotros es la prueba de que todos estamos ya seguros de que esto solo puede tener que ver con un sabotaje humano. Oigo movimiento detrás de mí y siento cómo el frío invade mi cuerpo. Miro hacia atrás por encima de mi hombro. Está muy oscuro, pero puedo ver que se acerca algo.

O mejor dicho, alguien.

Es Travis.

Y lleva su arma.

—¡Viene hacia acá! —grito, incapaz de mantener un tono de voz bajo.

Karl me agarra de inmediato y me mira a los ojos.

—Coge a Campbell y a tu madre, y volved al interior de la cabaña —me dice con firmeza—. Encerraos en el baño y no volváis a abrir la puerta a menos que tu padre o yo os digamos que es seguro hacerlo.

—¡No, venid con nosotros! —les suplico, pues no quiero dejar a ninguno de los dos aquí fuera, pero Karl me presiona. Sé que nos estamos quedando sin tiempo y que Travis pronto llegará a nuestra altura, así que abro de golpe la puerta del coche y le hago caso a mi marido.

—¡Vamos! Hay que salir del coche, ¡ahora mismo! —grito, instando a mi madre y a mi hijo a que se muevan de inmediato. Cuando salen, cojo a Campbell de la mano y empiezo a correr, ordenándole a mi madre que nos siga tan rápido como pueda.

Mientras corro hacia la cabaña, miro hacia atrás y veo que Travis sigue caminando despacio hacia nuestro coche. Su ritmo es desconcertantemente lento comparado con lo rápido que voy yo. También veo a Karl y a mi padre acercándose a él, con las manos extendidas hacia delante, dispuestos a enfrentarse a ese hombre. Pero ¿qué pasará si no se detiene?

Mi prioridad tiene que ser poner a salvo a mi hijo, así que irrumpo de nuevo en la cabaña y les ordeno a él y a mi madre que entren el baño.

—¿Y papi? —pregunta Campbell.

Yo me limito a meterme en baño con él y con mi madre. Luego cierro la puerta y echo el pestillo, tal y como me ha dicho Karl. Me ha costado mucho dejarlo ahí fuera, pero tengo que aceptar que él y mi padre tienen más posibilidades de hacer frente a cualesquiera que sean las intenciones de Travis que nosotros tres. Pero, ahora que estamos aquí encerrados, sin forma de ver lo que ocurre fuera, empiezo a arrepentirme de haber venido corriendo hasta aquí. ¿No deberíamos habernos quedado fuera y haber luchado juntos? O tal vez deberíamos haber huido más lejos.

Empiezo a considerar la idea de volver a abrir la puerta, aunque solo yo saldría del baño. Podría dejar a mi madre aquí, con Campbell, mientras voy a intentar ayudar a los dos hombres. Pero no estoy segura. ¿Y si es un riesgo demasiado grande? ¿Y si Travis tiene el control de la situación y quitar el pestillo de esta puerta le da la oportunidad de entrar en el baño y hacernos algo a nosotros también?

—Seguro que están bien —digo.

Tanto Campbell como mi madre empiezan a llorar. Pero la espera sin saber a ciencia cierta qué está sucediendo es insoportable. Cuando han pasado diez minutos, tengo la necesidad de salir para averiguar qué está pasando ahí fuera.

—Quédate aquí y echa el pestillo de nuevo en cuanto salga —le digo a mi madre.

Campbell me agarra de la mano, pues no quiere que me vaya. Mi madre también se muestra reacia.

—No, quédate tú, voy yo —me dice. Obviamente, tiene la misma necesidad que yo por saber cómo está su marido. Si se diera el caso de una confrontación física, está claro que tendrá menos posibilidades que yo de salir airosa, así que sigo adelante con mi idea.

—Vuelvo enseguida —les digo.

Quito el pestillo de la puerta, y, al hacerlo, tengo la sensación inmediata de que los tres estamos en peligro. Cuando salgo y cierro la puerta de inmediato tras de mí, me relajo un poco al oír cómo mi madre vuelve a bloquearla desde dentro.

Estando los dos a salvo por el momento, centro mi atención en las dos personas que no lo están. Me acerco a una ventana para mirar hacia el exterior. Con la oscuridad que hay, es imposible ver a nadie, así que salgo de la cabaña. Temo ser sorprendida por Travis, aunque tengo la esperanza de que ya se hayan ocupado de él.

Y entonces oigo un disparo.

El ruido fuerte y repentino me hace dar un respingo, aunque no hago ruido, probablemente por el miedo que me ha invadido.

¿Habrá alcanzado esa bala a alguno de mis seres queridos?

¿Acabo de perder a mi marido o a mi padre?

¿Y si el arma volviera a dispararse?

Quiero gritar para intentar averiguar si queda alguien con vida, pero tengo miedo. Corro hacia donde estaba aparcado el coche. Soy consciente de que estoy entrando a ciegas en una situación sobre la que no tengo ningún control. Entonces veo a mi padre de pie, con las manos en la cabeza. Da la sensación de estar conmocionado, pero al menos está vivo.

—¡Papá! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Karl?

Miro alrededor buscando a mi marido, pero no lo veo. Mi padre se limita a señalar hacia el otro lado del coche, y yo ya me temo lo peor. Pero veo a mi marido de pie, en medio de la oscuridad.

—¡Karl! ¿Qué estás haciendo ahí? —le grito, temiendo que esté en una posición vulnerable con Travis aún al acecho. Pero, al acercarme a él, entiendo de inmediato por qué tanto él como mi padre ya no tienen miedo.

Travis está tirado en el suelo. A medida que me acerco a él, comprendo algo más.

Está muerto.

Compruebo que mi marido esté bien, pues me asusta la posibilidad de que haya resultado herido durante lo que sea que haya sucedido. Pero parece estar perfecto, aunque muy impactado.

—Estás bien —le digo, como si necesitara que se lo confirmara.

No me contesta. Está observando fijamente el cuerpo que tiene a sus pies, lo que me incita a hacer la pregunta obvia.

—¿Qué ha pasado?

—Vino a por nosotros —me responde Karl en voz baja—. Apuntó a tu padre, así que le quité el arma como pude. Entonces se disparó.

Señala el rifle tirado cerca en el suelo.

—Iba a matarnos —continúa Karl—. A todos. Así que he tenido que detenerlo. No tenía elección.

—Lo sé —le digo. No quiero que se sienta peor aún por lo que ha hecho, porque soy muy consciente de que ya está muy alterado a causa de ello.

Por fin levanta la vista del cadáver y me mira a mí.

—Lo siento —me dice. Eso me suena ridículo hasta que añade algo de contexto a esa disculpa—. Siento todo lo que te he dicho desde que empezó todo esto. Ahora comprendo que lo hiciste todo por nuestra familia. Solo tratabas de protegernos.

Karl lo ha entendido. Ahora que se ha visto empujado a una situación similar a la que yo viví, me ha comprendido. No hay nada que no seamos capaces de hacer cuando nuestras familias están amenazadas. No es el momento de regodearme en una victoria o de soltar el típico «te lo dije», así que no hago nada de eso. Cuando me rodea con los brazos y me abraza con fuerza, siento que por fin he recuperado a mi marido.

CAPÍTULO 29

DARCY

Cody ha llevado el coche hasta un lugar bastante lejano de donde confrontamos al profesor Wright. No creo que a ese hombre se le haya ocurrido volver a llamar a la policía después de nuestra conversación. No será tan estúpido como para hacerlo de nuevo teniendo en cuenta que ahora sabe que estoy recuperando la memoria, y todavía menos cuando parece creer que me ha convencido para que no lo denuncie. Pero Cody grabó toda la conversación sin que el profesor lo supiera, así que ese desgraciado está muy lejos de salirse con la suya. No me parece mal que lo crea por el momento, aunque solo sea hasta que ponga en marcha la siguiente fase de mi plan. Para eso, necesito que Cody haga una cosa más.

—Este es el sitio —me dice cuando detiene el coche.

Miro a través del cristal delantero hacia el lugar al que me ha traído. Es un albergue para los sintecho. Veo una cola de personas que esperan en el exterior, ya sea simplemente para entrar o para poder comer algo caliente. Aquí es donde le he pedido a Cody que me traiga, porque no quería pasar otra noche más en su casa. Creo que ya ha hecho demasiado por mí, y además no quiero correr el riesgo de que me pillen allí si algo se tuerce con el profesor Wright. Esta opción es mejor para mí si quiero que lo de mañana salga bien.

—Gracias —digo, mientras Cody permanece en silencio en el asiento del conductor—. Por todo.

—No hay de qué.

De repente, siento el impulso de inclinarme y darle un beso en la mejilla. Parece estar tan sorprendido como yo.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta, nervioso.

—No sé, me ha apetecido hacerlo —le digo con una sonrisa—. Quizá debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

No tengo ni idea de cómo se van a desarrollar las cosas a partir de ahora, pero sé que Cody se siente muy atraído por mí desde hace

años, así que he pensado que no sería mala idea darle al menos un beso por si no volviera a verlo nunca más después de esta noche. Lo que siento por él ha ido creciendo desde que nos reencontramos. Ojalá haya alguna forma de que podamos volver a pasar tiempo juntos cuando todo esto termine.

—Bueno, sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —le pregunto, volviendo a concentrarme en lo más importante ahora.

—Sí —confirma Cody con seguridad.

—Gracias —vuelvo a decirle. La verdad es que no hay palabras que expresen verdaderamente hasta qué punto le estoy agradecida.

—¿Crees que va a funcionar? —me pregunta, con un tono de inseguridad en su voz.

—Vale la pena intentarlo —le respondo sin convicción—. Si no, me entregaré a la policía mañana por la noche, si es que no me han detenido a esas alturas. Pero, al menos, quiero intentarlo. Lo entiendes, ¿verdad?

Cody asiente y considero la posibilidad de volver a besarlo, esta vez en los labios. Pero no lo hago, no sé si porque me da vergüenza o porque sé que debería empezar a moverme ya para que ambos podamos ponernos manos a la obra con nuestras respectivas tareas.

El momento se pasa, y decido que ha llegado la hora de moverme.

Salgo del coche y empiezo a caminar hacia el refugio, manteniendo la cara más o menos oculta bajo la gorra de Cody y ciñéndome la chaqueta que me ha prestado para intentar pasar todo lo desapercibida que pueda entre la gente que ya se congrega en este lugar. Al igual que ellos, estoy buscando un lugar seguro en el que pasar la noche y, también como ellos, estoy pasando por un mal momento, así que quizá no sea demasiado difícil pasar inadvertida. Existe la posibilidad de que alguna de estas personas me reconozca por las noticias, pero espero que, aunque lo hagan, tengan problemas mayores de los que preocuparse antes que denunciarme.

Me coloco al final de la cola y miro hacia atrás. Veo alejarse el coche de Cody y siento que se me revuelve el estómago porque sé con exactitud lo que se dispone a hacer. Hay un segundo en el que me da pánico que eso no sea lo más correcto. Sin embargo, ya es demasiado tarde, porque se ha marchado y no tengo forma de hacer

que se detenga. Al final, me tranquilizo diciéndome a mí misma que no es necesario cambiar el plan. Es el mejor que tengo.

La cola avanza sin parar hasta que llego al final, donde me recibe la cara amable de un voluntario, que ni siquiera me pregunta por qué he venido. Solo quiere saber si una manta y una almohada me bastan para esta noche.

—Sí, gracias —respondo, agradecida por lo que me acaba de dar. También estoy satisfecha porque no parece haberme reconocido, lo que probablemente se deba a la poca luz que hay en este refugio, la gorra que cubre mi cabeza y la chaqueta que llevo bien abrochada sobre el uniforme de enfermera.

Cojo la manta y la almohada y me busco un sitio en un vestíbulo de una dimensión considerable en el que ya están instaladas decenas de personas de distintas edades. Intento ponerme lo más cómoda posible. Si consigo dormir un par de horas, me daré por satisfecha. No podría dormir mucho más sabiendo todo lo que probablemente va a pasar mañana por la mañana.

Me he tumbado sobre una de las colchonetas de gimnasia que hay dispuestas sobre el suelo, que está duro. Me tapo con la manta y me dispongo a recostar la cabeza en la almohada cuando oigo a alguien toser cerca de mí. Se repite varias veces, así que miro y veo a una niña pequeña junto a una mujer, que me imagino que será su madre. La niña vuelve a toser y la madre parece preocupada. No sé si estará resfriada o si tendrá alguna infección. Las probabilidades son altas si duerme con frecuencia en lugares como este. La tos continúa, y yo siento la necesidad de ir a ayudar, así que me levanto de la colchoneta y me acerco hasta ella.

—¿Estás bien? —le pregunto a la niña con una voz tierna.

La madre me mira.

—No para de toser. No sé qué hacer —me dice, con la preocupación reflejada en el rostro.

La niña parece muy incómoda y agotada, como si lo único que quisiera hacer fuera dormir, pero la tos no se lo permitiera.

—¿Puedo echarle un vistazo un segundo? —le pregunto a la madre, extendiendo la mano para colocarla sobre el pecho de su

hija. Ambas parecen nerviosas, y sonrío para que intenten estar tranquilas y que confíen en que sé bien lo que me hago.

Le pongo la mano sobre el pecho para buscar su respiración cuando vuelva a toser y, cuando lo hace, tengo la convicción de que se trata más de una tos de esas que hacen que te pique la garganta que de cualquier tipo de infección grave. Siento que estoy actuando con el piloto automático puesto, intuyendo qué hacer. Tengo claro lo que tengo que decirle.

—Cuando notes que vas a toser, ponte la mano sobre la boca, así —le explico con un gesto—. ¿Puedes hacer eso?

La niña asiente. Solo pasan unos segundos antes de que siente la necesidad de toser de nuevo, así que se pone la mano sobre la boca.

—Ahora traga saliva y aguanta la respiración —le ordeno, y la pequeña me obedece—. Luego, cuando necesites volver a respirar, hazlo despacio, a través de los huecos de los dedos. Mantén la mano sobre la boca y repítete mentalmente que ya no vas a toser más.

La niña hace lo que le digo. De momento, no ha vuelto a toser.

—Ahora, inspira por la nariz y, si te sientes bien, retira la mano de la boca.

La chica retira la mano poco a poco y parece esperar a volver a toser. Pero eso no sucede.

—¡Ha funcionado! —exclama, emocionada por haberse librado de la tos.

Su madre también parece encantada.

—¿Cómo sabía que había que hacer eso? —me pregunta.

La verdad es que no estoy segura. Es como si fuera un recuerdo antiguo de otros tiempos, cuando cuidaba a mis pacientes utilizando mis conocimientos y mi experiencia para hacerlos sentir mejor rápidamente.

—¿Es usted médico o algo así? —me pregunta la niña.

—No exactamente —le respondo con una sonrisa. Les doy a ambas las buenas noches y vuelvo a mi cama improvisada. Mientras me acurruco en ella, veo a la niña haciendo lo mismo con su madre. Pronto se apagarán las luces y, con suerte, podremos dormir un poco.

Cuando me despierte, Cody debería haber hecho ya lo que le he pedido.

Si ha sido así, los medios de comunicación tendrán noticias novedosas de las que informar.

Espero que las vean las personas adecuadas.

CAPÍTULO 30

PIPPA

Estoy a salvo dentro de la cabaña con mi familia. El cuerpo del hombre que nos amenazaba yace en el exterior, cada vez más frío sobre la tierra, mientras nosotros intentamos volver a entrar en calor aquí dentro. Como el peligro en relación con Travis ya ha pasado, no tenemos por qué abandonar esta cabaña, al menos no con tantas prisas, así que hemos decidido quedarnos a pasar la noche y volver a evaluar la situación por la mañana. Sin embargo, no estoy segura de cuánto vamos a dormir los que somos conscientes de que hay un cadáver ahí fuera.

Campbell es el único que no lo sabe, así que las probabilidades de que cierre los ojos y descanse son mayores que las nuestras. Eso es lo que ocurre después de que me haya pasado un rato sentada a su lado en la cama, acariciándole el pelo. Se duerme plácidamente; si no lo quisiera tanto, estaría muerta de la envidia. Lo dejo en la habitación y voy al salón para ver cómo están los demás. Karl es el que más me preocupa, teniendo en cuenta lo que acaba de hacer por esta familia, pero sé que mis padres también están afectados. Me los encuentro a los tres sentados en el salón comedor, muy callados.

—Se ha dormido —les confirmo antes de que me lo pregunten.

Me siento junto a Karl y lo rodeo con un brazo. Lo noto débil emocionalmente, como si algo se hubiera roto en su interior ahora que ha acabado con una vida. Me da miedo decirle que, por desgracia, eso jamás cambiará. Yo tuve que hacer lo mismo, matar a Eden para proteger a mi familia, y sé perfectamente que el recuerdo de aquel horrible suceso nunca desaparecerá del todo, ni tampoco dejará de volver a mi cabeza en los momentos más silenciosos y tenebrosos de la noche, cuando no puedo dormir. Pero lo que me permite seguir adelante es lo mismo que debería permitírselo ahora a mi marido.

—No te ha quedado más remedio —le digo—. Has tenido que hacerlo, y ahora estamos todos juntos y a salvo gracias a ello.

—Pippa tiene razón —dice mi madre—. Has protegido a tu hijo. Nos has protegido a todos. Así que no te sientas mal por ello.

Sé que no son más que palabras y que es muy fácil decirlas, pero me reconforta escuchar que alguien respalda mi visión. Acto seguido, mi padre también interviene con firmeza en la conversación.

—Has sido valiente y has actuado con decisión —dice. A diferencia de nosotras, él ha sido testigo directo de lo que ha ocurrido fuera de la cabaña—. Estoy orgulloso de ti.

Karl mira a mi padre y se nota que valora ese gesto. Yo le doy un abrazo. Resulta increíble, pero, después de nuestras recientes discusiones y de sentir que hemos estado al borde de la separación durante tanto tiempo, ¿podría ser este el impulso que necesitábamos para superar nuestros problemas? Preferiría que no hubiéramos tenido que llegar a esto, pero quizá fuera la única forma de que mi marido entienda por qué he hecho todo lo que he hecho hasta ahora. Así me lo dijo además inmediatamente después del altercado, estando ambos aún junto al cuerpo de Travis.

—Deberías ir a acostarte un rato —le sugiero a Karl—. Lo más seguro es que no te puedas dormir, pero al menos descansa un poco.

Karl acepta la sugerencia más fácilmente de lo que yo pensaba y se levanta para irse al dormitorio.

—Ahora voy yo —le digo. Cuando eso suceda, será la primera vez que compartamos la misma cama desde que llegamos a esta cabaña. Pero voy a dejar que se ponga cómodo antes de acostarme. Veo cómo desaparece hacia la habitación, y luego miro a mis padres.

—Vosotros también deberíais intentar descansar —les digo, pero ninguno de los dos parece tan dispuesto como mi marido.

—No. No puedo dormir después de lo que ha pasado —dice mi padre—. Y tampoco quiero. Tenemos que decidir qué vamos a hacer ahora.

—Yo pienso igual —dice mi madre.

No me molesto en intentar convencerlos.

—¿Qué pasa con el coche? —pregunto—. ¿Se puede arreglar?

—Con lo que le ha hecho ese hombre, imposible —responde mi padre—. Pero su vehículo debe estar en alguna parte. Podríamos cogerlo si encontramos las llaves en su cabaña.

—¿Para ir a dónde? —pregunta mi madre.

—Esa es la cuestión —dice mi padre—. No tengo ni idea.

Yo tampoco lo sé, así que decido ponerle fin a la conversación encendiendo la tele para ver las noticias. Quizá eso nos ayude a tomar nuestra próxima decisión. Hace tiempo que no sabemos nada de Darcy.

Hago un poco de *zapping* y termino dando con un canal en el que se está hablando de mi hermana, aunque no están diciendo nada que no sepamos ya. Siguen comentando que ayer estuvo en Chicago y que la vieron en la universidad, pero nadie parece haberla visto desde entonces, o al menos nadie ha informado de ello.

—Espero que esté bien —dice mi madre entre lágrimas.

Al final puede que haya sido una mala idea encender la tele con todo lo que hemos pasado esta noche. Cuando estoy a punto de apagarla e ir a meterme en la cama con Karl, aparece una noticia de última hora.

—Atención, tenemos una novedad. La policía de Chicago ha convocado una rueda de prensa. Nos vamos en directo hasta la jefatura de policía de inmediato.

Me detengo al instante. Menos mal que no he llegado a apagar la televisión, porque esto es algo que tenemos que escuchar.

Es tardísimo para una rueda de prensa, así que las novedades que la policía quiera transmitir deben ser muy importantes. Contengo la respiración temiéndome que vaya a ser algo relacionado con la detención de Darcy y, en consecuencia, con la finalización de su búsqueda. ¿Y si fuera aún peor que eso?

¿Y si estuviera muerta?

Mis padres deben estar pensando lo mismo que yo. Cuando el informativo muestra ahora una sala grande en la que un jefe de policía está delante de un micrófono, comprendo que existe la posibilidad de que estemos a punto de vivir una experiencia horrible para todos nosotros.

—Esta noche se ha puesto en contacto con nosotros un hombre que afirma haber estado con Darcy Miller durante las últimas treinta y seis horas, y tiene información muy importante sobre sus motivaciones y su paradero. Este hombre ha pedido hablar con los medios de comunicación para poder transmitir un mensaje de la enfermera Miller, de acuerdo con la voluntad de esta. A pesar de que tenemos algunas dudas sobre su contenido, vamos a permitir que se lea porque parece ser la forma más rápida de detenerla cuanto antes, con el menor peligro posible para la ciudadanía.

El jefe de policía se hace a un lado, permitiendo que otro hombre ocupe su lugar frente al micrófono. No lo reconozco, pero explica de inmediato de quién se trata.

*—Me llamo Cody Barber y tengo aquí una carta de Darcy que voy a leer en voz alta —*afirma.

Miro a mis padres, que están demasiado atentos a la pantalla como para hacerme caso.

—»En primer lugar, quiero dirigirme a mi familia. Quiero deciros que siento haberos hecho pasar por esto. Os quiero y espero que podáis perdonarme por lo que os he hecho sufrir».

Mi madre empieza a llorar. Mi padre, también con lágrimas en los ojos, la consuela, y yo siento que tengo la vista un poco borrosa. Qué típico de Darcy que se preocupe primero por nosotros antes que por ella misma.

—»En el día de ayer fui vista en mi antigua facultad, donde estudié Enfermería. La razón por la que fui allí es que recuperé un recuerdo de algo que ocurrió en aquella época, y quería intentar encajar algunas piezas, recordarlo todo con más nitidez. Allí busqué la ayuda de mi antiguo profesor, el señor Wright, pero enseguida me di cuenta de que no era mi aliado. Y no lo era porque recordé lo que hizo cuando yo estudiaba en la facultad».

Cody parece respirar hondo antes de seguir leyendo.

—»Pillé al profesor Wright intentando abusar sexualmente de una estudiante llamada Taylor Keys. Por desgracia, ella se quitó la vida poco después de aquel incidente y, cuando intenté denunciarlo, el profesor Wright me amenazó con expulsarme, poniendo fin a mi sueño de dedicarme profesionalmente a la enfermería. Lamento

decir que, en aquel momento, sucumbí a su amenaza, lo que significa que nunca se ha hecho justicia con Taylor. Pero ahora estoy intentando cambiar eso y, con la ayuda de Cody, he grabado una confesión del profesor Wright que espero que conduzca a una investigación».

Estoy en *shock* ante estas revelaciones, como imagino que lo estará cualquiera que esté escuchándolas. Todo este tiempo he estado preocupada por Darcy, imaginándomela escondida en alguna parte. Sin embargo, parece haber estado ocupada con una misión para tratar de hacer justicia a una antigua alumna.

—»Siento mucho el pánico que causé ayer en el campus y pido disculpas a cualquiera con quien me haya cruzado en estos últimos días que me haya reconocido y se haya asustado. Nunca les habría hecho daño, aunque en algún caso haya tenido que fingir que lo haría. Espero que entiendan que solo intentaba seguir en libertad hasta que pudiera detener al profesor Wright».

Cody se aclara la garganta antes de seguir leyendo.

—»También quiero pedir disculpas por todas mis acciones anteriores, que han provocado que tanto mi familia como yo seamos buscados por la policía. Sé que he hecho algunas cosas mal en el pasado, aunque en cada momento sintiera que no tenía otra alternativa. Ahora estoy intentando hacer las cosas bien. Por eso mi etapa como prófuga va a terminar ya, pues deseo entregarme».

Me quedo boquiabierta al escuchar esa frase, impactada ante la idea de que Darcy se vaya a entregar sin luchar.

—»Por ello, deseo informar a la policía de mi ubicación para que puedan detenerme fácilmente. Mañana a mediodía estaré en la esquina oeste de Hutchins Park. Es mi parque favorito, del que tengo muchos recuerdos felices de mi infancia, por eso lo he elegido. Y una cosa más: llevaré puesto mi uniforme de enfermera, porque sigo estando orgullosa de serlo, igual que sé que mi hermana también lo está».

Cody baja la carta para que todo el mundo entienda que ya ha terminado de leerla. Los periodistas comienzan de inmediato a diseccionar el contenido de la misma y a analizar por qué Darcy ha podido hacer algo así. Yo me dirijo a mis padres para conocer sus

opiniones. En concreto, tengo curiosidad por saber si se han percatado de lo mismo que yo.

—Ha dicho Hutchins Park, pero ese no es su parque favorito, ¿verdad? —les pregunto—. Ahí no es donde jugábamos de niñas.

—No, era en Greenwood Park —dice mi padre.

Yo asiento, ahí es donde solíamos ir.

—¿Por qué habrá mencionado ese parque? —se pregunta mi madre.

Yo creo tener la respuesta.

—Es un mensaje oculto, solo para nosotros —aseguro—. Sabe que existe la posibilidad de que la estemos escuchando, por eso ha dicho lo de su parque favorito. Quiere que sepamos que allí es donde va a estar mañana al mediodía para que tengamos la oportunidad de encontrarla mientras la policía la busca en otra parte.

Mis padres parecen sorprendidos ante esa idea. Pero, cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que eso es lo que nos ha querido decir.

—Darcy no se va a entregar a la policía —les digo—. Lo que quiere es que nosotros podamos encontrarla. O, mejor dicho, quiere que lo haga yo. Ha hablado de mí al final. Me estaba diciendo que soy yo la que tiene que ir a su encuentro.

Mis padres se miran entre ellos. Yo me pongo en pie de un salto. La adrenalina me recorre el cuerpo pensando en la tarea que mi hermana acaba de encomendarme.

—Tengo que ir a Chicago a buscarla —digo—. Y tengo que llevar puesto mi uniforme de trabajo. Por eso ha dicho eso de que ambas estamos muy orgullosas de ser enfermeras. Quiere que mañana vaya vestida igual que ella.

—¿Por qué querría eso? —pregunta mi madre.

La verdad, eso es algo para lo que no tengo respuesta. Debe haber una buena razón, porque mi hermana no lo habría dicho si no la hubiera. Es demasiado lista para malgastar palabras durante un mensaje público.

Darcy ha sido capaz de dirigirse a mí mientras hacía creer a la policía que se estaba dirigiendo a ellos.

La inteligencia con la que lo ha hecho me hace pensar que también tendrá algo planeado para que ambas podamos salir de Chicago sin que nos detengan.

Por eso pienso correr el riesgo.

Voy a ir a recuperar a mi hermana.

CAPÍTULO 31

DARCY

A pesar de encontrarme en un entorno inusual para mí y en unas circunstancias muy extrañas, he conseguido dormir un poco. Al abrir los ojos y echar un vistazo por el refugio, veo que varias personas siguen sumidas en el mundo de los sueños, incluida la niña a la que anoche ayudé a calmar un poco su tos. Me alegro de que esté durmiendo bien, aunque parece que su madre no tiene tanta suerte. Está muy despierta vigilando a su hija, sin duda para cerciorarse de que esté bien en un entorno lleno de tantos desconocidos.

Observo a madre e hija durante unos minutos. A saber qué las habrá llevado a tener que pasar la noche aquí. Encuentro algo de consuelo en el hecho de que se tengan la una a la otra. Cuando salgo de esos pensamientos, se me vienen a la cabeza mis propios problemas. Comienzo a pensar en Cody y en si habrá hecho lo que le pedí. Solo tengo una forma de averiguarlo: he de intentar ver las noticias. Por lo tanto, me levanto de mi «cama», recojo la manta y la almohada, y me dirijo hacia la salida esquivando con cuidado a todas las personas que aún duermen en este lugar.

—Gracias —le digo a la mujer que hay tras el mostrador al devolverle la ropa de cama.

Ella me sonríe al aceptarla, más concentrada en colocar lo que acabo de entregarle en el montón correcto que en mirarme a la cara, lo cual me permite salir de aquí sin que me haya reconocido nadie todavía.

Es una mañana fría y el sol acaba de salir, pero la ciudad ya se ha despertado. Se pueden oír un montón de ruidos en las calles aledañas. Los coches, las personas que ya se desplazan hacia sus trabajos e incluso el sonido del motor de un helicóptero resonando a lo lejos me dejan bien claro que en este lugar la tranquilidad y el silencio nunca duran mucho. Y, si Cody ha hecho lo que le pedí, hoy no va a ser una excepción.

Me dirijo a pie hacia el destino que tengo en mente, teniendo cuidado para que no me reconozcan por el camino, ya que eso destrozaría el plan que tan meticulosamente he trazado. También voy atenta a ver si encuentro una televisión encendida, ya que me gustaría ver las noticias para asegurarme de que ese plan ya está en marcha. Cuando veo una cafetería un poco más adelante, decido acercarme para comprobar si tienen una televisión a la que los clientes puedan echar un vistazo durante el desayuno.

Miro a través de la ventana y veo a un par de personas comiendo huevos revueltos con beicon. Un poco por detrás de ellos hay una tele que está emitiendo las noticias. El titular de la parte inferior de la pantalla me da toda la información que necesito.

> LA ENFERMERA ASESINA SE VA A ENTREGAR EN EL DÍA DE HOY

Sonrío para mis adentros. Y no por el titular en concreto, sino por lo que implica. Cody ha hecho lo que le pedí. Ha cumplido su palabra. Nunca debí dudar de él. Está claro que hay muy pocas cosas que ese hombre no se atrevería a hacer por mí.

Lo único que espero ahora es que no haya sido en vano.

Sigo caminando para que nadie perciba mi presencia. A medida que voy avanzando por las calles de la ciudad, estas van estando cada vez más concurridas. Y que la gente salga a raudales de todo tipo de edificios no solo se debe a que sean las primeras horas de un día típico en Chicago. Es que hoy van a ocurrir dos cosas muy importantes en esta ciudad.

La primera, una enorme operación policial que ya está en marcha para rodear Hutchins Park, que es donde todo el mundo cree, equivocadamente, que voy a estar a mediodía. Y la segunda, un gran desfile que está previsto que pase por el centro de la ciudad a esa misma hora. Ayer lo vi anunciado en un cartel, y eso fue lo que me dio la idea de lo que voy a hacer hoy.

El desfile es la otra noticia que acapara titulares de los medios de comunicación locales. Cuando paso junto a otra televisión, puedo ver que se hace alusión a ese gran acontecimiento que va a coincidir con la operación policial para mi detención.

REGRESO DEL DESFILE DE ENFERMEROS. Chicago se prepara para rendir homenaje a los enfermeros con la vuelta del desfile que celebró la profesión de 1949 a 1958.

Las noticias muestran imágenes de baja calidad del desfile que recorría las calles de Chicago hace más de sesenta años y que va a regresar en el día de hoy. Miles de enfermeros saldrán a la calle para celebrarlo. La mayoría serán profesionales médicos reales, aunque muchos otros serán actores disfrazados que tomarán parte en el desfile junto con un gran número de personas que participarán interpretando el papel de pacientes. Junto a todos ellos habrá miles de personas que se congregarán en las calles para verlos pasar, por lo que el día promete ser increíblemente ajetreado para la policía de la ciudad. Y eso sin contar con que yo anuncié ayer mi intención de entregarme. Por suerte, no parece que hayan cancelado el evento, así que se va a celebrar a la misma hora en la que se supone que yo le he dicho a la policía que voy a estar en el parque, asegurándome así de que van a estar completamente saturados, justo lo que pretendo.

Sigo caminando, y, mientras lo hago, escucho más helicópteros y veo pasar varios coches de policía en dirección al parque. También observo a varios enfermeros vestidos con su uniforme de trabajo dirigiéndose hacia el punto de partida del desfile, así como una gran carroza, que representa un hospital, que está siendo posicionada con cuidado.

Hay acción por todas partes. Sin embargo, mientras pasan a toda velocidad más coches de policía y otro helicóptero vuela justo sobre mi cabeza antes de desaparecer detrás de un edificio alto, giro a la izquierda y empiezo a caminar hacia un lugar donde las cosas parecen estar más tranquilas. A diferencia de todos esos policías, yo no me dirijo hacia Hutchins Park, sino a Greenwood Park, un lugar que debería estar mucho más en calma, puesto que casi todo el mundo espera que yo vaya a estar en otro sitio.

Confío en que no esté más tranquilo de la cuenta, porque hay una persona a la que espero ver allí.

Cuando el reloj marque las doce del mediodía, deseo con todas mis fuerzas que mi hermana esté allí conmigo.

Si no lo está, bien porque no haya visto mi mensaje en la televisión, o bien porque esté demasiado lejos de aquí como para llegar a tiempo, me lo tomaré como una señal de que todo debe terminar ya, y me entregaré a la policía.

Pero ojalá Pippa esté en el parque, porque no quiero que todo esto termine.

Todavía no.

CAPÍTULO 32

PIPPA

—¿A dónde vas, mami?

La pregunta de Campbell es muy inocente, pero se percibe el miedo en la forma en que la hace. Está claro que no quiere que me vaya, y, si soy sincera, yo tampoco quiero dejarlo atrás. Pero no puedo llevármelo conmigo; es demasiado arriesgado, y más sabiendo que es imposible predecir cómo se va a desarrollar todo a partir de ahora. Lo que tengo claro es que el sitio al que voy no es el lugar idóneo para un niño.

—Te vas a quedar aquí con papá y con los abuelos —le digo. Luego, le doy un beso en la frente—. Yo volveré pronto y, si tengo suerte, la tita Darcy vendrá conmigo.

—¿De verdad? —me pregunta mi hijo, que está contentísimo al oír el nombre de su tía. Hace mucho que no la ve y siempre la ha adorado.

—Sí. —Sé perfectamente que tal vez sea mentira, pero, si escuchar eso le hace lo bastante feliz como para que no proteste demasiado y pueda irme ya, vale la pena intentarlo. Sin embargo, me siento mal, porque mentirle a nuestro hijo es algo que le he echado en cara a mi marido en otras ocasiones. Cuando, en realidad, para ser buenos padres, a veces no queda otra que mentir a los hijos.

—Date prisa y vuelve pronto —me dice Campbell tras darle un abrazo.

Cuando llego a la puerta de la cabaña, me giro y miro a mi pequeño una vez más, esperando que no sea la última vez que lo haga. La verdad es que no tengo ni idea de lo que pasará cuando llegue a Chicago para intentar encontrar a Darcy.

Tal vez todo salga bien.

O quizá este sea el fin de nuestra familia.

La siguiente persona de la que me despido es mi madre, a la que abrazo con fuerza.

—Encuéntrala y asegúrate de que está bien —me pide.

Asiento para confirmarle que tengo claro que ese es mi objetivo. Me alivia que mi madre no haya insistido en venir conmigo, ya que eso solo habría complicado las cosas en Chicago. Y no necesitamos complicaciones, todo tiene que ser lo más sencillo posible.

Mi madre se queda en la cabaña para echarle un vistazo a Campbell, y yo salgo ya y me dirijo hacia el lugar en el que mi marido y mi padre están revisando el coche de Travis. Lo encontraron cubierto por varias ramas frondosas, que suponemos que usó para intentar hacerlo lo menos visible posible para cualquier transeúnte. Como nuestro coche no está operativo, no me queda más remedio que coger el del hombre al que mi marido mató anoche. Es un vehículo que suponemos robado, lo que implica que tal vez la policía lo tenga en su radar. En fin, eso solo va a aumentar la dificultad de mi tarea mientras conduzco hacia Chicago, pero no hay otra opción. Ese coche es la única forma que tengo de salir de aquí. Llego a la altura de los dos hombres y, con cierto nerviosismo, les pregunto si está en condiciones para circular.

—Parece que todo está bien —me dice mi padre mientras cierra el capó.

—Tiene gasolina de sobra —confirma Karl desde el asiento del conductor, donde ha estado comprobando el panel de control.

El motor ya está en marcha. Hemos encontrado las llaves del coche dentro de la cabaña de Travis, que no parecía un lugar tan espeluznante ahora que está muerto. Su cuerpo yace cubierto por más follaje para que Campbell no pueda verlo si sale a jugar al exterior. Hemos enterrado el arma a una profundidad considerable para que nadie la encuentre y así evitar más incidentes.

Quiero darle un abrazo a Karl antes de irme, aunque se lo doy antes a mi padre. Me dice algo similar sobre Darcy a lo que me ha dicho mi madre.

—Ve a por tu hermana —me insta con valentía—. Tráela a casa.

Soy consciente de que esta no es ni mucho menos nuestra casa, pero tener a Darcy aquí con nosotros significaría que volveríamos a ser una familia completa. A eso es a lo que se refiere mi padre. Asiento igual que he hecho con mi madre. He querido transmitirles a

los dos que nada me va a detener para tratar de rescatar a mi hermana.

Solo me queda mirar a Karl, quien, hasta ahora, no ha intentado disuadirme de ir a ese parque de Chicago en el que creo que Darcy me estará esperando. Estoy segura de que lo habría hecho antes del incidente con Travis, pero desde entonces ha comprendido hasta qué punto puede llegar una persona para proteger a sus familiares más queridos. Mi marido ya ha dejado de ser un obstáculo para mí, y ha pasado a convertirse en un pilar en el que puedo apoyarme. Y ahora me sujeto con firmeza a ese pilar, de forma literal, pues lo abrazo con fuerza y le digo que lo quiero. Él me responde lo mismo y luego me dice algo más.

—Haz lo que tengas que hacer para protegerla —me insta—. Y cuídate tú también.

—Claro, eso haré —le aseguro.

Una vez terminadas las despedidas, me dispongo a dejar aquí a la mayor parte de mi familia para ir a buscar a la única integrante de la misma que nos falta.

Me subo al coche y, durante unos instantes, trato de familiarizarme un poco con los mandos. Luego, hago un gesto a los hombres para indicarles que ya estoy lista. Meto marcha atrás para separarme un poco de las cabañas, doy la vuelta y, finalmente, inicio el largo descenso por la pista polvorienta que conecta con la carretera principal.

Voy avanzando en medio de un silencio sobrecogedor, con la única compañía del murmullo del motor. Cuando llego a la carretera, decido que necesito algo de compañía en el viaje, así que pongo la radio. Tardo un rato en sintonizar una señal lo bastante estable. En cuanto lo consigo, recibo las últimas novedades desde Chicago.

—Se espera una gran presencia policial en Hutchins Park, donde se cree que la enfermera Darcy Miller está dispuesta a entregarse a las autoridades a mediodía de hoy. Pero el jefe de policía está llamando a la precaución y le está pidiendo a la ciudadanía que permanezca lejos del parque. Se han establecido cordones policiales con ese propósito.

Todo parece seguir según lo previsto, y eso me infunde valor. Parece que Darcy aún no ha sido detenida y que todo el mundo sigue hablando de Hutchins Park, que estoy convencida de que no es el lugar al que mi hermana va a acudir en realidad. Resultaría asombroso que hubiera sido capaz de engañar a todo el mundo en la ciudad, aunque aún no estoy segura de si seremos capaces de salir de ella sin que nos vean. Pero, al poco, escucho algo que me hace pensar que el plan de mi hermana es todavía más brillante de lo que pensé en un principio.

—Hoy van a ocurrir muchas cosas en Chicago, pues no solo se trata de la posible detención de la enfermera Miller. Y es que en el día de hoy va a volver a celebrarse por las calles de la ciudad el desfile anual de enfermeros que se realizaba en el pasado. Es una tradición que comenzó durante la época de la posguerra y que se ha retomado para reconocer el trabajo excepcional de los enfermeros y demás personal médico del estado de Illinois. Algunos expertos afirman que no puede ser una coincidencia que la enfermera Miller quiera entregarse el mismo día en que está programado el desfile que celebra su profesión, asegurando que es posible que haya elegido el día de hoy porque no quiere seguir ensuciando la reputación de los enfermeros. Declaran que es posible que la enfermera Miller piense que acabar hoy con su fuga es una forma de mostrar su respeto a sus colegas, que, a diferencia de ella, no han hecho nada malo y representan su profesión con la mayor dignidad.

No sabía nada del desfile de hoy, pero, ahora que me acabo de enterar, empiezo a darle vueltas a la cabeza. Al igual que esos supuestos expertos que explican sus teorías en la radio, yo también creo que esto no puede ser una coincidencia. Pero, a diferencia de ellos, no estoy tan segura de que Darcy haya elegido entregarse hoy para redimirse por su mala labor como enfermera en el día en el que se les hace un homenaje. Creo que lo ha escogido porque sabe que quizá las dos tengamos que escapar a pie, y qué mejor manera de hacerlo que vistiendo el uniforme de nuestra profesión mientras corremos por calles que ya estarán atestadas de otros enfermeros.

Esa debe ser la razón por la que me insinuó que me pusiera mi uniforme.

El desfile es su plan B si el plan A se torciera.

Si no estuviera tan nerviosa, me reiría e incluso alardearía un poco de la creatividad de mi hermana. No hago ninguna de esas dos cosas, porque los nervios me dominan. Y, según me acerco a la ciudad, cada vez más.

Es un viaje largo, pero mantengo la radio encendida todo el tiempo. La señal se vuelve más nítida a medida que me aproximo a Chicago; mi estado de ansiedad también se intensifica según me doy cuenta de que estoy llegando a un punto desde el que ya no es posible dar marcha atrás. Cuando diviso los rascacielos, me fijo en que hay dos helicópteros sobrevolando la ciudad, muy probablemente centrados en el parque al que creen que va a acudir Darcy. Yo conduzco hacia el otro, en el que yo presumo que en realidad estará. El tráfico se vuelve cada vez más denso, y muchas calles habituales están cerradas debido al desfile. Sigo los desvíos hasta que diviso las puertas del parque.

Tal y como esperaba, y estoy segura de que Darcy también, aquí no hay agentes de policía. Se encuentran a varios kilómetros de distancia de este lugar. Los helicópteros que sigo viendo a lo lejos delimitan el espacio entre la policía y yo. Si Darcy está en este parque, su plan ha salido a la perfección.

Pero ¿estará aquí?

Aparco el coche y cruzo las puertas de entrada. Aún no sé si mi viaje habrá sido una pérdida de tiempo o si podré volver a la cabaña en la que nos está esperando el resto de la familia.

Solo hay una forma de averiguarlo.

Por favor, que mi hermana se encuentre aquí.

Si no, estaré completamente sola, y este podría ser nuestro final.

CAPÍTULO 33

DARCY

Es casi mediodía. No me hace falta mirar el reloj que hay en una torre cercana para saberlo; simplemente lo deduzco por el ruido que oigo a lo lejos. Los helicópteros zumban en enjambre y suenan multitud de sirenas, pero, por suerte, todo eso ocurre alrededor de un parque diferente al que me encuentro. Eso no significa que pueda relajarme. A medida que pase el tiempo, podrían ocurrir dos cosas.

Por un lado, la policía puede terminar descubriendo que les he mentido y empezar a buscarme por el resto de la ciudad.

Y, por otro, cuanto más tiempo esté aquí sin ver a mi hermana, menos probable será que termine apareciendo.

Sigo buscando a Pippa, resguardada tras el tronco de un roble robusto, aunque estoy preparada para salir de aquí en cuanto la vea acercarse. Aún no hay ni rastro de ella, a pesar de que el reloj de la torre ha dado las doce hace unos minutos.

¿Habrá entendido el mensaje que le mandé en la rueda de prensa?

¿Habrá visto siquiera las noticias?

Quizá no vaya a venir y yo siga estando sola.

He puesto tantas esperanzas en volver a ver a Pippa hoy en este lugar que no tengo ni idea de qué hacer si no apareciera, más allá de salir de aquí y vagar por las calles hasta que me vea un agente de policía. Así de cerca estoy de rendirme.

Pero entonces la veo.

Estoy segura de que es Pippa aunque todavía esté tan lejos como para que sea imposible distinguir su cara con claridad. Reconocería sus andares en cualquier lugar del mundo: cómo camina, cómo se mueve, la longitud de sus zancadas, el ligero balanceo de los brazos y el sutil movimiento de la cabeza.

Es ella.

Es mi hermana.

Me muero de ganas de salir corriendo de detrás del árbol y gritar su nombre, pero me preocupa que haya alguien cerca que pueda alertar a la policía en cuanto me oiga. Así que permanezco en mi sitio y dejo que Pippa se aproxime a mí, observándola mientras lo hace. Ella gira la cabeza hacia todas partes, mirando en todas direcciones, intentando verme igual que yo la he visto a ella.

Solo un poco más cerca. Un poquito más.

Llega un punto en el que ya no puedo aguantarme. Salgo de mi escondite y echo a correr hacia la primera persona de mi familia a la que veo en mucho tiempo. Cuando Pippa me ve acercarme rápidamente a ella, parece en *shock* al principio, pero luego sonríe al igual que ya lo estoy haciendo yo.

—¡Has venido! —exclamo cuando llego a su altura. La rodeo con mis brazos y la abrazo con todas mis fuerzas porque, ahora que nos hemos reunido, no quiero volver a separarme de ella jamás.

—Pues claro que he venido —me responde Pippa.

Lloro de puro alivio al sentir cómo recupero las fuerzas que estaba perdiendo por el simple hecho de contar ahora con este apoyo.

Me doy cuenta de que Pippa también ha comprendido que debía venir con su uniforme de enfermera puesto. Antes de explicarle por qué, quiero volver a abrazarla para que entienda lo mucho que significa para mí que esté aquí conmigo.

—¿Cómo estáis? ¿Cómo están todos? ¿Mamá y papá? ¿Están bien? ¿Y Karl y Campbell? ¿Están a salvo? ¿Dónde están?

Mis preguntas llegan a Pippa a la misma velocidad a la que he salido corriendo hacia ella, que no parece preocupada ni triste. De hecho, esboza una sonrisa repentina.

—¿Te acuerdas de todos nosotros? ¿Recuerdas cómo nos llamamos? —me pregunta.

—Sí. Leo el cuaderno todos los días. Y, además, desde que volví a Chicago, cada vez estoy recordando más cosas.

—¡Eso es maravilloso! —exclama mi hermana—. Y sí, todos estamos bien —me confirma—. Todos están en una cabaña al norte de la ciudad. Están sanos y salvos, no te preocupes por ellos.

—¿En una cabaña?

—Es una historia muy larga —dice Pippa.

El zumbido que se escucha a lo lejos proveniente de los helicópteros es un buen recordatorio de que sería mejor no pedirle ahora mismo que me cuente la historia completa.

—Menos mal que estáis todos bien —le digo—. He estado muy preocupada desde que empezasteis a salir en la noticias y supe que la policía os estaba buscando. Habéis debido pasar mucho miedo, y todo por mi culpa.

—No todo es culpa tuya —me dice mi hermana con amabilidad—. ¿Y tú? ¿Estás bien? Hemos estado muy preocupados por ti. Nosotros al menos nos teníamos los unos a los otros, pero tú has estado sola.

Pippa me sujeta de los brazos mientras me mira de arriba abajo, examinándome para ver si hay indicios de lesiones o desnutrición. Pero estoy en buenas condiciones, teniendo en cuenta por lo que he pasado.

—Estoy bien —respondo escuetamente, pues no quiero perder tiempo en que se preocupe por mi estado de salud. Habiendo sido capaces de llegar hasta aquí, ahora no tenemos tiempo para eso.

—Estábamos todo el rato pendientes de las noticias —me dice Pippa a continuación—. Cuando escuchamos tu carta y la referencia a tu parque favorito, tuve claro que era un mensaje en clave para nosotros.

—Estaba segura de que te darías cuenta. —No puedo dejar de sonreír, muy feliz porque mi plan haya funcionado. Aunque, cuando escuchamos otra sirena a lo lejos, vuelvo a la realidad—. Tenemos que irnos. La policía podría darse cuenta también del engaño, o al menos dejar de centrarse en el parque equivocado y empezar a dispersarse de nuevo por toda la ciudad para buscarme. Así que tenemos que movernos ya.

—Mi coche está aparcado justo al salir del parque —dice Pippa, señalando en qué dirección—. Podemos conducir de vuelta a la cabaña y luego, una vez que estemos todos juntos, pensaremos con tranquilidad qué hacer a continuación.

La idea suena bien; ese era el plan A. Si funciona, no tendré necesidad alguna de poner en marcha el B, que es arriesgadísimo y podría salir mal perfectamente. Echamos a correr y, cuando veo el coche a lo lejos, pienso que todo va a ir bien. Pero, justo antes de

alcanzarlo, escucho una voz detrás de mí que me hace pensar al instante que cualquier plan se acaba de ir a la mierda. Porque claro, siempre pensé que si me iban a detener aquí, sería un agente de policía el que lo hiciera. Sin embargo, cuando Pippa y yo nos giramos para ver quién acaba de gritar mi nombre, sé que la cosa es aún más complicada.

La persona que ha dado conmigo no tiene la autoridad necesaria para arrestarme. Pero puede hacerme algo más drástico que eso.

Podría matarme.

Y, mientras miro fijamente al profesor Wright a los ojos, tengo la sensación de que justo eso es lo que ha venido a hacer a este lugar.

CAPÍTULO 34

DARCY

—¡¿Cómo?! —es todo lo que puedo decir mientras miro fijamente al profesor, que ha hecho lo que ninguno de los policías de Chicago ha sido capaz de hacer: nos ha atrapado a mí y a mi hermana antes de que pudiéramos escapar de la ciudad.

—Hola, Darcy. Esta debe ser tu hermana. ¿Pippa? —pregunta el profesor Wright con una mueca de satisfacción, mientras nos mira a las dos de arriba abajo—. ¿Qué pasa? ¿Estás sorprendida de verme?

—¿Quién es? —me pregunta mi hermana, aún sin saber quién es el hombre que ha salido a nuestro encuentro.

—Soy un antiguo profesor de su hermana —responde con frialdad la persona que está demorando nuestra huida—. Es posible que hayas oído hablar de mí en las noticias recientemente. La policía me está investigando por culpa de las acusaciones disparatadas que tu hermana vertió sobre mí.

—¡De disparatadas, nada! Eres culpable de todo lo que he dicho —le grito, tratando de mantenerme firme en mi postura—. ¡Ya recuerdo perfectamente lo que hiciste, y ahora que se lo he contado al mundo entero, no vas a poder seguir quedando impune!

—Puede que eso sea cierto —dice el profesor con tranquilidad—. Pero, si yo caigo, tú caes conmigo.

Está decidido a no dejar que me salga con la mía después de haber arruinado su vida. Pero lo que no entiendo es cómo pudo saber que estaría aquí.

—¿Cómo supiste que iba a venir a este parque? —le pregunto, nerviosa. Imaginaba que solo mi familia sería capaz de descifrar mi mensaje.

—No eres la única persona que ha estado recuperando recuerdos últimamente —responde el profesor Wright—. Yo también me he acordado de algo que sucedió en el pasado. Una vez tuvimos una conversación después de una clase. Fue al principio de tu época de estudiante. Viniste a decirme que te estaba costando mucho estar al

día, que estabas agobiada con todos los trabajos y que te preocupaba no ser lo bastante inteligente como para lograr convertirte en enfermera.

Yo no recuerdo esa conversación.

—¿Y sabes lo que te respondí? Te dije que eras una de las alumnas más brillantes que había tenido nunca y que no tenía ninguna duda de que ibas a llegar a ser una enfermera fantástica algún día. Supongo que era pésimo juzgando a las personas, porque mira en lo que te has convertido.

—¡Mi hermana es una enfermera maravillosa! —interviene Pippa en mi defensa. Aunque eso solo consigue hacer reír al profesor.

—¿En serio? ¿Por eso la están buscando como sospechosa de asesinato?

No tiene sentido intentar que este hombre me vea con otros ojos, como tampoco serviría para nada que él intentara hacer lo mismo conmigo. Así que, aunque agradezco el gesto de mi hermana, me decido a evitar que perdamos más tiempo.

—Sigo sin entender cómo supiste que iba a venir aquí —le digo.

—Lo supe por lo que hablamos a continuación, justo después de que expresaras tus inquietudes acerca de poder llegar a convertirte en enfermera. Te dije que tenías que tomarte algo de tiempo para descansar cuando te sintieras abrumada por los estudios y te sugerí algo tan sencillo como ir a dar un paseo por tu parque favorito.

Sigo sin recordar esa conversación del pasado, pero empiezo a entender cómo aquella charla de hace tantos años, tan banal en apariencia, sirve para atormentarme ahora.

—Te pregunté cuál era tu parque favorito en aquel momento —explica el profesor—. Y me lo confesaste. Me dijiste que era este, Greenwood Park. ¿Y sabes qué? Por alguna extraña razón, se me quedó grabado. Por eso, cuando escuché tu carta en las noticias, la carta en la que me acusabas de tantas cosas, me llamó la atención que dijeras que tu parque favorito era Hutchins Park. Sabía que eso era mentira por lo que me contaste años atrás. Así que se me ocurrió venir aquí, al que de verdad es tu parque favorito, para ver si te encontraba. Y mira, aquí estás.

Siendo un hombre que da clases en la universidad todo el día, el profesor Wright se siente muy cómodo impartiendo sus conocimientos superiores a aquellos que saben menos que él. Eso es lo que parece estar haciendo ahora también. Pero no estamos en una de sus clases. Lo que está en juego es mucho más importante que suspender un examen. Ambos somos conscientes de ello.

—¿Qué quieres? —le pregunto con nerviosismo.

—Ya te lo he dicho: si yo caigo, tú caes conmigo.

Empiezo a percibir que, por mucho que discuta con él, no me va a servir para nada. Ha venido hasta este parque para impedir que me vaya de la ciudad, y cualquier otra cosa que no sea intentar escapar de aquí es perder el tiempo. Por eso, me giro hacia mi hermana y le digo una sola palabra.

—Corre.

Ambas salimos disparadas en dirección al coche. El profesor nos persigue, pero, como disponemos de una ligera ventaja sobre él y estamos más cerca del vehículo, lo alcanzamos primero.

Pippa desactiva el seguro y ambas abrimos las puertas de golpe. Espero que mi hermana pueda arrancar el motor antes de que el profesor nos alcance. Sin embargo, no hemos empezado todavía a movernos cuando veo que ese hombre coge un cubo de basura enorme. Temo que tenga la intención de arrojárnoslo.

—¡Empieza a conducir! —exclamo. Pippa pisa el acelerador y salimos disparadas hacia delante. El profesor Wright lanza el cubo en nuestra dirección y golpea el cristal delantero con un fuerte estruendo. El cristal no se rompe, pero se agrieta. Habría sido preferible que se hubiera hecho añicos por completo, porque ahora la realidad es que la telaraña de pequeñas grietas que se han formado hace que la visibilidad a través del cristal sea prácticamente nula. Como Pippa no puede ver lo que tiene por delante, es imposible que pueda sacarnos de aquí y conducir con seguridad por la ciudad.

—¡Sal del coche! —le grito a mi hermana. En apenas una fracción de segundo he tomado la decisión de que es mejor que continuemos nuestra huida a pie antes que en este vehículo inservible. Por lo tanto, abrimos las puertas que con tanto afán queríamos cerrar hace

solo un momento y salimos del coche antes de que el profesor nos alcance.

—¡Corre! —le digo a mi hermana por segunda vez en apenas unos minutos. Pero esta vez no tenemos un destino concreto en mente, sino que solo intentamos poner la mayor distancia posible entre nosotras y nuestro perseguidor.

Cruzamos la calle que bordea el parque y nos adentramos en otra lateral, más estrecha. Al mirar hacia atrás, compruebo que el profesor sigue pisándonos los talones. No tenemos ninguna posibilidad de cambiar de dirección ni de retroceder sin que nos intercepte, lo cual es un verdadero problema, porque nos estamos dirigiendo hacia un estruendo ensordecedor, aunque puede que al fin y al cabo eso no sea malo del todo.

No vamos corriendo hacia el otro parque, lo cual sería un desastre ya que allí es donde está actualmente toda la policía. En cualquier caso, tardaríamos un montón en llegar hasta allí porque está a kilómetros de distancia.

No. Nos estamos acercando hacia otro lugar que está igual de atestado de gente, aunque allí tendremos la oportunidad de pasar desapercibidas.

Estamos dirigiéndonos hacia el desfile.

Mientras corro junto a mi hermana, me doy cuenta de que este es el momento en el que abandono totalmente el plan A y me concentro en el B, que tiene que ver con mezclarnos entre la multitud. Fue por eso por lo que le sugerí a Pippa que llevara puesto su uniforme de enfermera, y es por eso por lo que yo sigo llevando el mío. Al doblar otra esquina y ver la parte de atrás del desfile de enfermeros un poco más adelante, ya no somos las dos únicas personas en nuestro entorno que van vestidas así. Hay cientos de enfermeros, y si logramos llegar hasta su altura, podremos camuflarnos entre ellos. Conseguiremos que parezca que somos parte del desfile, en vez del par de mujeres fugitivas que en realidad somos.

¿Podremos llegar a tiempo para intentar mezclarnos entre ellos?

¿O nos pillará el profesor antes de que alcancemos el desfile?

La respuesta no tarda en llegar, y no es la que yo habría preferido. Noto cómo una de las manos del profesor me agarra del brazo y tira de mí hacia atrás. A pesar de mis esfuerzos por soltarme, me sujeta firmemente y me arrastra hasta la pared lateral de la calle.

Al chocar contra ella, el profesor estira las manos hacia mí y, de forma aterradora, me rodea con ellas el cuello y comienza a estrangularme. Lucho por salvarme como pueda, pero lo único que consigo es que apriete con más fuerza. Hasta que Pippa acude para defenderme, como buena hermana. Ningún hombre va a pasar por encima de nosotras.

Pippa le da un puñetazo al profesor Wright con toda la fuerza que es capaz de reunir. El golpe hace que este deje de agarrarme y se tambalee ligeramente hacia un lado. Ese momento de tregua me basta para lanzarme al ataque, y comienzo a golpear yo también al profesor. Entre las dos conseguimos tirarlo al suelo; él intenta protegerse por todos los medios de los golpes que está recibiendo.

Sin embargo, aunque lo tengamos controlado por ahora, sé que, en cuanto se ponga de pie, volverá a intentar matarnos a mí o a mi hermana.

No puedo permitir que se levante, cueste lo que cueste. Por eso, cuando se empieza a incorporar, aturdido pero aún consciente, le doy un empujón y termina golpeándose contra el filo del bordillo.

Lo único que pretendía era que tuviera claro que no le convenía levantarse del suelo para atacarnos de nuevo. Pero es tal la fuerza del golpe que se ha dado que queda inconsciente de inmediato. O al menos eso es lo que creía yo.

Pippa se agacha y le busca el pulso.

—Está muerto —dice en voz baja, apenas audible a causa del desfile tan ruidoso que tenemos, literalmente, a la vuelta de la esquina.

Prácticamente a continuación, veo que otra carroza llega a la calle en la que nos encontramos, acercándose hasta la parte final del desfile. Enseguida me doy cuenta de que están a punto de descubrir lo que acabamos de hacer. Tengo que pensar rápido. Cuando veo a los enfermeros doblar la esquina y unirse al desfile, pienso en que

Pippa y yo podríamos simplemente seguirlos y nadie se daría cuenta de nuestra presencia en el mismo.

Pero ¿y el profesor?

No podemos dejarlo tirado en la calle sin más, con toda esa sangre manándole de la cabeza.

Es entonces cuando me fijo en que entre el grupo de enfermeros hay un equipo de voluntarios que van empujando unas camillas sobre las que yacen una serie de personas que simulan ser pacientes. Estos últimos actúan como si estuvieran heridos o incluso inconscientes, y los están llevando hasta donde espera la multitud, un poco más adelante dentro del recorrido del desfile. La escena hace que se me ocurra una idea. En cuanto veo un par de camillas vacías, decido contársela a Pippa.

Le va a parecer una locura.

Pero no nos queda otra; o nos ponemos a representar un papel o nos van a pillar aquí, al lado de un cadáver.

—Levántalo por los pies. Rápido —le digo a mi hermana mientras agarro los brazos del profesor Wright.

—¡¿Qué?! —exclama, haciéndonos perder un tiempo del que no disponemos.

—Tenemos que colocarlo en una de esas camillas para que la gente piense que es un actor —le explico, esperando que no suene tan ridículo como en el fondo es.

Pippa comprende lo que quiero decir y también sabe que, o hacemos eso, o alguna persona de las que marcha en el desfile se va a dar cuenta de que acabamos de matar a un hombre. Por eso, sin dudarlo demasiado, termina cogiendo las piernas del profesor y lo levantamos del suelo. Luego, transportamos su pesado cuerpo hasta el recorrido del desfile.

—¡Hola, perdón por llegar tarde! —digo, intentando que parezca que no desentonamos en este lugar. Uno de los participantes pica el anzuelo y nos deja una camilla vacía, en la que a continuación ponemos el cuerpo del profesor. Mientras lo hacemos, el voluntario llega incluso a comentar que el actor que interpreta el papel de nuestro paciente lo está haciendo de forma muy realista. Poco después, comienza a empujar la camilla junto con otro voluntario.

Pippa y yo nos miramos la una a la otra a medida que el desfile comienza a arrastrarnos. Ya no podemos hacer otra cosa que no sea intentar pasar desapercibidas. Por una razón fundamental: viendo la multitud que nos precede, sabemos que no solo está formada por ciudadanos convencionales. También habrá agentes de policía.

Así que más nos vale no hacer nada que llame demasiado la atención.

CAPÍTULO 35

DARCY

La banda de música que nos precede está poniendo banda sonora al desfile, que se abre paso serpenteando por el centro de Chicago. Las trompetas, los trombones y los tambores nos van marcando el paso, manteniendo a la vez el entusiasmo de todas las personas que están participando en esta procesión tan larga. Además, hay varias carrozas formando parte del desfile, y en cada una de ellas hay una persona que, micrófono en mano, se comunica con la multitud sin cesar, ya sea para explicar a qué hospital pertenecen los enfermeros junto a los que se encuentran o simplemente para celebrar lo maravilloso que es ver a la ciudad de Chicago tan alegre como lo está hoy.

Las miles de personas que han acudido a las calles para apoyar el desfile lo saborean a cada instante, ovacionando a todos los participantes según van pasando ante ellos. Pippa y yo no somos más que dos simples enfermeras entre cientos que reciben los elogios del público. Todos vestimos con nuestro uniforme, todos caminamos en la misma dirección y, por la sensación que da, todos encajamos a la perfección en este evento. Es imposible no tener la impresión de que nos podrían descubrir en cualquier momento, puesto que estamos marchando delante de miles de personas que se han agolpado en las calles para presenciar el acontecimiento. Cualquiera de ellas podría reconocernos si se fijara bien en nosotras, igual que cualquiera de los participantes del desfile podría darse la vuelta, mirarnos y caer en la cuenta de que está caminando junto a dos enfermeras tristemente célebres.

Pero, por suerte —al menos por ahora—,los espectadores están demasiado ocupados vitoreando y rindiendo homenaje a los enfermeros que pasan ante ellos como para poder distinguirnos a nosotras entre todos los presentes, lo cual es un gran alivio. Del mismo modo, ninguna de las personas que marcha en el desfile se fija en nosotras, ya que todas están concentradas en saludar a la

gente que se ha agolpado en las calles. Me siento aún más segura de que no estamos llamando la atención cuando veo a tres agentes de policía entre la multitud y ninguno de ellos se mueve en nuestra dirección al pasar junto a ellos.

Por absurda que parezca la situación, al final Pippa y yo no somos más que dos personas que están en una calle junto a otras miles. Así, distinguirnos aquí sería igual de difícil que encontrar esa aguja tan molesta en un pajar.

Escucho el ruido de un helicóptero y, nerviosa, miro al cielo para observar la aeronave que sobrevuela el desfile. Tal vez esté vigilando por si surgiera algún problema, pero quizá esté buscándome a mí. Ya ha pasado suficiente tiempo como para que la policía que estaba en Hutchins Park se haya dado cuenta de que no voy a acudir allí para entregarme. Imagino que habrán enviado todos sus recursos, entre ellos probablemente ese helicóptero, para comenzar a peinar de nuevo toda la ciudad. Pero ¿serán capaces de localizarme aquí abajo? Estoy convencida de que debo parecer una hormiga en medio de esta marea de gente.

Al menos, eso espero.

Miro hacia atrás y veo a los dos voluntarios que empujan la camilla en la que se encuentra el profesor Wright. Como cualquier otra persona que los esté viendo, no tienen ni idea de la realidad de lo que se oculta ante sus narices. Solo están representando su papel, entreteniendo a la multitud, fingiendo, actuando, haciendo vibrar al público porque es genial presenciar algo así.

Al girar hacia otra calle abarrotada de gente, me fijo en una niña, una espectadora que está en primera fila. Lleva una banderita de Estados Unidos y un lazo blanco grande en el pelo. Pero no es eso lo que me llama la atención. Lo que hace que me haya fijado en ella es el hecho de que lleve puesto un uniforme de enfermera. No tengo dudas de que habrá tenido que convencer a sus padres de que quería ponérselo para esta ocasión tan especial para ella. Cuando comenzamos a dejarla atrás, giro la cabeza para seguir mirándola y me doy cuenta de lo emocionada que está por ver a tantos enfermeros reales. Para ella, la enfermería sigue siendo un juego de fantasía y simulación, y por eso admira tanto a los adultos que

hacen ese trabajo en la realidad. Me imagino que no querrá fingir eternamente que es enfermera y que, cuando sea mayor, querrá convertirse en una de verdad. A nuestro paso, estamos inspirándola, haciendo que pueda marcarse un objetivo, que pueda enfocarse en un propósito. Y, lo que es más importante a su edad, estamos alimentando su pequeña imaginación con esperanzas y sueños. Es demasiado pequeña aún como para conocer la realidad de la profesión, para saber que la enfermería tiene mucho que ver con turnos de trabajo largos y agotadores en los que se realizan tareas monótonas que se repiten con una regularidad frustrante. Y eso sin contar con la muerte y el sufrimiento que lleva aparejada esta profesión. Pero ella está en una edad en la que simplemente le parece divertido ponerse un uniforme e ir a cuidar a una persona, darle su medicina y hacer que mejore; básicamente las partes agradables de este trabajo.

Esa pobre niña no tiene ni idea.

Me veo obligada por la inercia de los participantes a seguir avanzando por el desfile, así que aparto la mirada de la chica y me giro hacia la persona que camina a mi lado. Mi hermana está escudriñando con nerviosismo la multitud, igual que he estado haciendo yo. Estoy segura de que estará pensando lo mismo que yo he pensado ya varias veces.

¿Cómo vamos a salir del desfile y escaparnos de aquí sin que nadie se dé cuenta?

Aunque parezca contradictorio estar rodeadas de tanta gente cuando lo que estamos intentando es que nadie nos vea, en realidad, nos está ayudando mucho. Porque la verdad es que somos esas agujas del pajar. Eso me hace sentir esperanzada y pensar que tal vez haya una forma de escabullirnos sin que nadie se fije en nosotras, ya que hay demasiada gente alrededor como para que nos vean con facilidad. Es entonces cuando diviso que, un poco más adelante, hay una zona vacía entre la multitud que se ha agolpado a ver el desfile, pues hay un espacio acordonado probablemente con la intención de facilitar el acceso de vehículos. Presiento que quizá ahí tengamos una oportunidad de salir de aquí.

—Ahí delante —le digo a Pippa con un tono de voz lo bastante alto como para que se oiga por encima de la banda de música y los vítores de la gente—. Vamos a desviarnos por ahí. Camina rápido y mantén la cabeza baja. Actúa con normalidad. Así, aunque alguien se fije en nosotras, pensará que simplemente teníamos pensado salir del desfile por ahí.

Pippa asiente para confirmar que está de acuerdo con el plan. A medida que se acerca ese hueco entre la multitud, estoy cada vez más preparada para salir de aquí e intentar llegar de nuevo hasta un lugar más tranquilo. A pesar de haberme pasado tanto tiempo sola y aislada del mundo durante los últimos días, me resulta mucho más estresante estar rodeada de tanta gente.

El hueco se acerca y, cuando estoy a punto de moverme, alguien me habla.

—Qué bien logrado. Parece real —me dice con una sonrisa la enfermera que camina a mi otro lado.

Cuando miro hacia abajo, veo que tengo un poco de la sangre del profesor Wright en el uniforme. Esta mujer es totalmente ajena al hecho de que la sangre es auténtica y de que la persona a la que pertenece ha muerto hace muy poco tiempo. Es más, su cuerpo también forma parte de este desfile. Sin tener tiempo para responderle fingiendo que la mancha roja que hay en mi uniforme es en efecto maquillaje, oigo un grito detrás de nosotras. Cuando me doy la vuelta, veo algo horrible.

Una de las ruedas de la camilla que transporta al profesor Wright ha chocado contra algo, lo que ha provocado que la camilla se tambalee y que el cuerpo del profesor comience a rodar sobre el hormigón. Los dos voluntarios que llevaban la camilla se disponen de inmediato a ayudar al actor, temiendo haberle causado algún daño. Pero sus preocupaciones serán mucho mayores en cuanto se den cuenta de que no existe tal actor. Pippa y yo observamos horrorizadas cómo la gente empieza a darse cuenta de que el hombre que yace en el suelo no está fingiendo en absoluto estar herido o enfermo.

Está muerto.

Y el alarido que se eleva entre la multitud me confirma que mi hermana y yo ya no somos las dos únicas personas que lo saben.

CAPÍTULO 36

DARCY

Debemos salir corriendo. No tenemos otra opción. Pero cada vez más gente empieza a darse cuenta de que hay un muerto en medio del desfile, así que la posibilidad de llevar esa opción a la práctica disminuye rápidamente. Todos los participantes que nos rodean dejan de caminar para mirar el cuerpo que yace en el suelo, mientras que muchos de los espectadores que están cerca comienzan a abrirse paso para intentar ver mejor. Se oyen gritos y chillidos. Aunque algunas personas prefieren apartarse para evitar contemplar una escena perturbadora y no tener que ver la muerte tan de cerca, son más los que parecen estar locos por echar un vistazo, porque así es como se manifiesta la faceta más morbosa del ser humano.

El comportamiento de la multitud está haciendo imposible que Pippa y yo podamos avanzar entre la densa masa de personas que nos rodea. Puedo ver que mi hermana está empezando a entrar en pánico, aunque me da la sensación de que eso no se debe solo a una sensación de claustrofobia. Me da que tiene más que ver con el hecho de que varios policías se están abriendo paso entre la multitud hacia el lugar en el que yace el cuerpo, que está a solo unos metros de donde nos encontramos. Pippa acaba de comprender lo mismo que yo.

Ya va a ser imposible salir de aquí sin que nos vean.

Casi podría hasta reírme de la situación. En un desfile que se extiende a lo largo de kilómetros y kilómetros, es el lugar tan específico en el que me encuentro el que se ha convertido en el centro de atención de todo el mundo. Qué típico de mí y de mi vida. Me reiría si esto no supusiera el fin de mi libertad, pero sin duda lo va a hacer. Se van acercando cada vez más policías, y, en un momento determinado, uno de ellos me mira directamente. Acto seguido, se fija en mi hermana. Una fracción de segundo después, tengo claro que nos ha reconocido a las dos. Y ya está ignorando

por completo al cadáver; supongo que porque acaba de averiguar quién ha matado a ese hombre.

Por eso ahora está alertando de nuestra presencia a algunos de sus compañeros.

Miro a mi alrededor en busca de alguna vía de escape, pero los edificios tan altos que hay a ambos lados de la calle parecen cerrarse sobre nosotras. Cuando veo la cara de pavor de Pippa, me doy cuenta de que no puedo seguir haciéndole esto. Parece agotada y terriblemente asustada. Además, está lejos de su familia, de su marido y de su hijo, que la necesitan, pero no pueden disfrutar de ella porque la he arrastrado conmigo hasta esta situación. Todo esto es culpa mía. Aunque he intentado por todos los medios retrasar lo inevitable, siento que por fin ha llegado el momento.

Es hora de afrontar las consecuencias de mis acciones.

Sin embargo, antes quiero que todo el mundo se entere de por qué he hecho lo que he hecho. Necesito también que la gente entienda que mi familia no se merece el odio que ha estado recibiendo en los medios de comunicación. Por todo ello, avanzo hacia delante y, dando un salto, me subo a una de las carrozas del desfile, alzándome por encima de la multitud.

Me abro paso por la carroza. Veo en ella a varios enfermeros que parecen impactados por mi repentina decisión de subir aquí. Algunos me reconocen, otros no lo hacen. Pero todos se apartan de mi camino de forma instantánea. Es así como consigo coger el micrófono que hasta hace poco utilizaba un enfermero para dirigirse a los espectadores.

Se escucha un sonido muy estridente cuando me pongo el micrófono junto a los labios, lo cual hace que haya aún más gente que mire hacia mí. La banda de música deja de tocar y todo el desfile se paraliza. Es como si el tiempo se hubiera detenido en Chicago. El único movimiento que veo ahora procede del helicóptero que planea sobre mí. En cuanto a las personas que están en tierra, todo el mundo está extraordinariamente quieto y en silencio. La gente me mira y comprende que aquí, en este desfile de enfermeras, acaban de encontrarse cara a cara con la enfermera más infame de Estados Unidos.

Un agente de policía apresa a mi hermana y otros cuantos rodean la carroza en la que estoy subida y se preparan para subir a ella, así que me dispongo a hablar mientras tenga la oportunidad. Varias cámaras se alzan entre la multitud y comienzan a grabarme. Supongo que el número de espectadores que van a ser testigos de lo que tengo que decir será muchísimo mayor que los que se reúnen ante mí en esta calle.

—Estáis todos aquí porque habéis venido a rendir homenaje a los hombres y mujeres que dedican su vida profesional a ayudar a los demás —digo mientras miro a la marea humana—. Y es justo que lo hayáis hecho, porque estos enfermeros y enfermeras que veis a vuestro alrededor merecen ser homenajeados. No es un trabajo fácil, pero ellos hacen que lo parezca. Si no existieran, muchas personas jamás recibirían la ayuda que necesitan.

Veo que un agente de policía se sube al otro extremo de la carroza, así que me alejo unos pasos en la dirección contraria y vuelvo a mirar a la gente, que me está escuchando con un nerviosismo palpable.

—Pero, como probablemente todos sepáis ya, yo también soy enfermera —afirmo, todavía orgullosa de serlo, a pesar de lo que ha pasado—. Aunque habréis oído todo tipo de cosas sobre mí, yo era muy buena profesional. Me encantaba mi trabajo. Trabajaba duro y me esforzaba por hacerlo siempre lo mejor posible. Cuidaba con mimo a mis pacientes. Espero que ellos sepan que fue un honor hacerlo.

Sigo teniendo la atención de todo el mundo. Mientras, el policía que me acompaña en la carroza se acerca hacia mí muy despacio. Pero trato de mantener la distancia con él, pues aún no he terminado de hablar.

—Me siento fatal por haber manchado el nombre de la profesión que tanto me ha dado —continúo—. Quizá ya no merezca llamarme enfermera, y tal vez no merezca estar entre tantos otros enfermeros que son mucho mejores de lo que yo seré nunca. Desde luego, no tengo ninguna duda de que no merezco estar aquí con mi hermana.

Mientras digo eso, miro a Pippa, que está siendo sujetada por un policía para que no pueda huir. Aunque tampoco es que lo esté

intentando, pues parece estar atenta a la carroza, observándome y escuchándome.

—Mi hermana, Pippa, es el tipo de enfermera que yo debería haber sido. Nunca ha cometido errores y no ha habido dramas en su vida. Siempre intenté ser una enfermera perfecta, y nunca lo conseguí. Pero mi hermana sí, y por eso estoy muy orgullosa de ella.

Sonrío a Pippa. No se trata de una sonrisa triste de una mujer a la que están a punto de detener. Al contrario: es sincera, pues quiero a mi hermana con toda mi alma. Lo que acabo de decir no puede ser más sincero.

—Además, siento muchísimo haberla metido, tanto a ella como al resto de mi familia, en un lío tan terrible —continúo. Aparto la mirada de mi hermana y de los agentes de policía que nos rodean tanto a ella como a mí—. Los medios de comunicación han querido hacer creer que ellos han hecho todo tipo de cosas terribles, pero están equivocados. De lo único que son culpables es de intentar protegerme a mí, a un miembro de la familia. ¿Hay alguien aquí que no intentaría proteger a uno de sus familiares más cercanos?

Miro el mar de caras que tengo ante mí esperando que comprendan lo que acabo de decir. Aunque, más que eso, espero que la policía lo entienda.

—La verdad es que yo soy la que lo hizo todo —afirmo. No es la verdad, o al menos no del todo, pero quiero intentar proteger a las personas que llevan tanto tiempo intentando protegerme a mí—. Mi hermana y mis padres no han matado a nadie. Pero yo sí. He quitado vidas y he presenciado cómo otras personas hacían lo propio. Mientras Laurence Murphy mataba a su mujer, Melissa, una de mis pacientes, me quedé mirando sin hacer nada, y todo porque estaba enamorada de él. Cuando comprendí la gravedad de aquello, Laurence intentó matarme a mí, así que acabé con su vida en defensa propia. También maté a Eden, mi antigua compañera, porque sabía la verdad y nos amenazó a mi familia y a mí. —Esa última parte es mentira, pero espero que haya alguna forma de hacer creer a la policía que fui yo quien mató a Eden, para poder así alejar las sospechas del resto de mis familiares.

Quiero ahondar un poco en esto, para reforzar esa idea.

—Mi familia es igual de víctima que cualquier otra persona. Me dijeron que me detuviera, que me entregara a la policía, y se horrorizaron cuando decidí huir —les digo a todos los que me están escuchando—. Pero yo fui egoísta e intenté salvarme como pude. Todo lo que mi hermana o mis padres hicieron después fue simplemente porque me seguían queriendo, a pesar de todo, y querían que no me ocurriera nada. También fue porque los amenacé. Les dije que les haría daño si se les ocurría llamar a la policía.

Otra mentira, dicha para exculpar a mi familia tanto como pueda, aunque estoy segura de que la policía querrá interrogarlos en profundidad. Lo más preocupante ahora mismo es que el policía que ya está en la carroza está cada vez más cerca de mí. Ya casi no tengo espacio para moverme, porque podría caerme hacia delante, justo en los brazos de los policías que se encuentran debajo de mí. Pero no importa. Casi he terminado.

—Lo hice todo yo. Hice todo aquello de lo que se me acusa y aún más cosas, pero no soy una persona terrible que se aprovechó de su rol de enfermera. No quería hacer nada de lo que hice. Fueron las circunstancias. Defensa propia. Desesperación. Miedo. Desconcierto. El accidente de coche en el que me vi envuelta cambió mi identidad y me hizo olvidarme de muchas cosas. Sin embargo, antes de aquello no era del todo inocente. He cometido errores, errores que ahora por fin estoy dispuesta a afrontar. Lo único que pido es que dejen en paz a mi familia. No se merecen nada de esto. Yo soy la única que se lo merece.

Dicho eso, percibo que se me ha acabado el tiempo. Cuando el policía llega a mi altura, le muestro que no tengo intención alguna de seguir luchando. En vez de eso, suelto el micrófono y extiendo las manos para que me espose. El acero rodea mis muñecas, pero nadie aplaude la captura de una delincuente tan conocida.

Todo el mundo se limita a observar en silencio cómo me llevan.

Incluida mi adorada hermana.

CAPÍTULO 37

PIPPA

Hay un vídeo en el que mi hermana y yo jugábamos a ser enfermeras cuando éramos pequeñas. Las imágenes son antiguas y muy borrosas para los estándares modernos. El vídeo se grabó con una videocámara de los años noventa y está un tanto tembloroso porque mi padre lo filmó mientras nos seguía por toda la casa, pero demuestra a la perfección por qué mi hermana y yo éramos un poco especiales.

Resulta evidente que disfrutábamos mucho jugando. Vestíamos nuestros pequeños uniformes y actuábamos como si de verdad estuviéramos salvando vidas. En el vídeo, yo tengo un estetoscopio de plástico alrededor del cuello, mientras que Darcy sostiene una jeringuilla de plástico. Juntas deambulamos por nuestra casa, que para nosotras se había convertido en un hospital. Nuestros padres nos animaban dar rienda suelta a nuestra imaginación, y por eso se puede ver en nuestras caras que de verdad nos creíamos que estábamos atendiendo a pacientes en lugar de ser dos niñas que querían divertirse un poco antes de irse a la cama. Al volver a ver ese vídeo —algo que he hecho muchas veces últimamente desde el día en el que detuvieron a mi hermana—, me doy cuenta de que mi padre se ríe un montón de veces mientras nos graba. Sin duda, se lo pasaba muy bien viendo a sus hijas jugar a ser enfermeras. También percibo con claridad lo feliz que parecía mi madre cada vez que aparecía en la imagen, normalmente en un segundo plano cuando mi hermana y yo pasamos corriendo a su lado. Pero también cuando mi padre la enfocaba alguna vez, tratando de captar también su felicidad.

Pero sobre todo, caigo en la cuenta en un aspecto relacionado con Darcy y conmigo.

Ella parece muchísimo más seria y segura de la tarea que estamos llevando a cabo. Mientras yo rompo constantemente el personaje con varias carcajadas, mi hermana actúa como si de verdad

estuviera tratando de salvar vidas en un hospital. Mide la temperatura de los ositos de peluche y los juguetes, les da palmaditas en la cabeza, los arropa en la cama y, cuando lo cree necesario, les pone una inyección en el lugar preciso del brazo. Observando jugar a mi hermana, tengo la sensación de que ella no estuviera viendo objetos inanimados, sino personas reales que están enfermas y necesitan su ayuda. Por eso se enfada conmigo si me río más de la cuenta.

—Necesitamos más medicamentos —me dice un poco después en el vídeo, mientras mira un peluche rosa—. Está muy malito. ¿Tenemos más pastillas?

Mi padre no tarda en llegar y le pasa a Darcy un paquete de golosinas, que ella utiliza para «alimentar» al osito, como si esas píldoras mágicas fueran a hacer que se sintiera mejor. Es una escena sencilla, sin duda similar a lo que puede ocurrir en cualquier otra casa del mundo mientras unos niños juegan. Sin embargo, es más compleja la forma en la que mi hermana reacciona cuando decide que el osito no está mejorando.

—Está muy enfermo —dice con el rostro torcido por el dolor. Es como si la situación fuera real, como si no se hubiera dado cuenta de que eso es pura ficción y puede decir cuando le dé la gana que el osito se ha puesto mejor y acabar con el sufrimiento. Entonces, justo antes de que la cámara se apague, y de forma casi imperceptible a menos que se observe muy de cerca, me doy cuenta de algo desconcertante.

Darcy llega a secarse una lágrima que empieza a caerle por la mejilla. Da la sensación de que se estuviera imaginando con tanta fuerza que ya no puede ayudar a ese osito de peluche en calidad de enfermera que eso la ha trastocado y la ha hecho sentir impotente.

No sé si mi padre se dio cuenta aquel día cuando estaba grabando, ni si él o mi madre se habrán percatado alguna de las veces que vieron este vídeo con posterioridad. Yo solo he sido capaz de percibirlo recientemente, tras estar curioseando algunas cosas viejas en su casa. Se me ha quedado grabado por una razón.

Ese momento fugaz de niña muestra la esencia del carácter de mi hermana.

De verdad se preocupa por los demás.

Por eso tengo más claro que nunca que ella no debería estar en la cárcel.

Sin embargo, allí es donde está, y allí estaré yo también dentro de poco, aunque no como compañera de prisión. No, yo voy a ir a visitarla junto a mis padres, durante nuestro permiso semanal para hacerlo. La razón por la que nosotros tres no estamos en prisión junto a mi hermana es que pudimos facilitarle a la policía una información muy valiosa sobre un asesino muy buscado en Canadá. El hecho de que nos encontráramos con Travis en las cabañas y supiéramos dónde se ubicaba su cuerpo hizo que pudiéramos solicitar cierta indulgencia. A pesar de lo que habíamos hecho como familia, pensamos que el crimen cometido al otro lado de la frontera era mayor y aún más conocido para la ciudadanía. Como nadie tenía pistas y esa investigación se encontraba prácticamente paralizada, nosotros teníamos la oportunidad de resolverla. Al facilitar la información sobre Travis, no solo les dimos un respiro a los seres queridos de sus víctimas, que tanto habían sufrido, sino que permitimos a las fuerzas policiales de Estados Unidos y Canadá cooperar entre sí y quedar en buen lugar ante la opinión pública.

Antes de nuestra visita a Darcy, estoy jugando a otro juego infantil. Esta vez soy ya la madre que se ríe a carcajadas y es mi hijo es el que finge ser un trabajador. No está jugando a ser enfermero, médico o cualquier otro profesional relacionado con la medicina, porque creo que necesito un descanso de ese mundo. En lugar de ello, está representando el papel de un chef, y me está preparando el desayuno en su cocina de plástico. Mientras me fríe un huevo en su sartén, me froto la barriga y le digo que tengo mucha hambre.

Puede que exagere con respecto a eso, pero no lo hago lo más mínimo cuando digo que me siento infinitamente agradecida por poder presenciar este momento tan sencillo y especial con mi hijo. Soy muy consciente de que podría estar perdiéndomelo, al igual que podría no estar presente en muchos otros en el futuro si la policía conociera la verdad sobre todo.

Pero no es así.

Mi hermana se encargó de eso.

Cuando Darcy cogió el micrófono en el desfile y empezó a hablar, yo no tenía ni idea de lo que iba a decir. Pero, en cuanto comenzó su discurso, me di cuenta de que seguía siendo exactamente la misma persona que era cuando éramos niñas. Le seguían importando mucho los demás. Por eso elogió a todos los enfermeros del desfile y habló de lo altruista que era su trabajo.

Y, por la misma razón, actuó de forma completamente desinteresada y desvió hacia sí misma toda la atención que la policía pudiera centrar en su familia.

Darcy admitió todo lo que hizo, pero fue más allá y asumió la culpa de cosas que no había hecho, como, por ejemplo, matar a Eden. Fui yo quien hizo eso, yo tuve la culpa, fue mi delito. Sin embargo, Darcy lo confesó y, como la policía no tiene más información, siguen creyendo a día de hoy que es culpable de ese asesinato. Mi hermana también simuló habernos presionado a mí y a nuestros padres para que la ayudáramos y no le contáramos a nadie lo que había hecho. Dijo que tuvimos miedo de ella y de lo que podría hacernos si no le hacíamos caso. En otras palabras, se pintó a sí misma como un monstruo. Obviamente, eso no es cierto, pero seguro que alteró la perspectiva de la policía cuando evaluaron lo que los demás habíamos podido llegar a hacer.

De repente, pasamos de ser cómplices a víctimas de las circunstancias, arrastrados por la integrante de la familia que sí que era una criminal. Como Darcy lo admitió todo, se resolvieron todos los casos que estaban abiertos y la policía permitió que tanto mis padres como mi marido y yo evitáramos la cárcel, considerando evidente que mi hermana había sido quien lo había instigado todo.

No cabe duda de que a la policía le encantó que los medios de comunicación dieran aún más bombo a la historia de «la enfermera asesina», convirtiéndonos de repente en las víctimas y exagerando lo terrible que era Darcy, porque eso suponía que diera la sensación de que habían atrapado a uno de los personajes más siniestros que jamás han existido en Chicago. Estoy segura de que algunos detectives y agentes habrán llegado a pensar que estuvimos más involucrados con ciertas cosas de lo que se hizo creer a la opinión pública, pero no existían pruebas de que Darcy no nos hubiera

obligado a ayudarla ni de que no hubiéramos sentido que nuestras vidas corrían peligro si la desobedecíamos. Lo único que tuvimos que hacer fue ceñirnos a esa historia durante los interrogatorios policiales. Eso fue muy difícil, ya que no se correspondía con la realidad y detestábamos la idea de tener que hacer que Darcy pareciera infinitamente peor de lo que es. Pero éramos conscientes de que aquello era lo que ella quería. De lo contrario, no habría hecho lo que hizo en el desfile.

La familia lo es todo para todos nosotros.

Así, hemos permanecido juntos el mayor tiempo posible.

—¡Mmm, está buenísimo! —exclamo cuando le doy un «bocado» al huevo de plástico que me acaba de servir Campbell. Me froto el estómago para demostrar lo llena que me ha dejado.

Mi hijo suelta una risita, disfrutando del juego, lo que me hace sonreír a mí también porque soy consciente de lo afortunados que somos por el simple hecho de estar jugando. Podría culpar a Darcy de haber hecho de mi vida un desastre, pero no sería justo. En vez de eso, prefiero sentirme muy agradecida con ella por haberme permitido tener la posibilidad de seguir siendo una buena madre todos los días durante el resto de la vida de mi hijo. Él no va a tener por qué visitarme en la cárcel cuando en realidad debería hacerlo, y eso es gracias a la persona a la que voy a ir a ver dentro de un rato.

—Tiene buena pinta. ¿Queda algo para mí?

Me giro hacia la puerta del cuarto de juegos y veo a Karl de pie observando cómo «cocina» nuestro hijo. Campbell se ríe al instante antes de servirle un poco de beicon de plástico a mi marido, que finge comérselo y disfrutarlo igual que acabo de hacer yo con el huevo.

Campbell termina de preparar nuestra comida ficticia y comienza con la tarea adulta de fregar los platos. Mientras tanto, Karl se pone a mi lado y me abraza. Me da un beso en la cabeza y me acurruco contra él. Disfruto mucho de la cercanía con mi marido, y no solo la literal de este momento. Me refiero a todo en general. Habiendo ya superado prácticamente toda la situación dramática que vivimos, nuestra relación ahora nos vuelve a permitir disfrutar de la compañía del otro. Tenemos menos motivos para pelearnos y guardar secretos.

También nos reconcilió mucho el hecho de haber tenido que pasar por la misma situación: habernos vistos obligados a matar a otra persona para proteger a nuestra familia. Supongo que es un secreto que nos llevaremos a la tumba, pero seremos capaces de gestionarlo. Está claro que es preferible eso antes que la cárcel, el divorcio y que nuestro hijo no vea a sus padres abrazarse y besarse todos los días.

Escucho el timbre de la puerta. Antes de ir hacia allá, ya sé de sobra quién es. Son las nueve y media de la mañana y el timbre suena a la misma hora todas las semanas.

Es mi padre. Estará esperando detrás de la puerta mientras mi madre hace lo propio sentada en el coche que acabarán de aparcar en el camino de entrada. Han venido a recogerme para dirigirnos a la prisión donde está Darcy.

Es hora de ir a ver a la infame enfermera asesina sobre la que todo el mundo en Estados Unidos sigue cotilleando.

Aunque, para nosotros, ella no es más que Darcy Miller. Una de las personas a las que más quiero en el mundo.

EPÍLOGO

DARCY

Como enfermera, me enorgullecía servir a la comunidad y me gustaba estar rodeada de otras personas que hacían lo mismo que yo. Supongo que en eso la cosa no ha cambiado tanto. Sigo estando rodeada de gente cuyo trabajo consiste en servir a la comunidad, aunque ahora mismo lo que eso implica es mantener controladas a delincuentes peligrosas.

Observando a los miembros de la seguridad de la prisión ocuparse de sus asuntos, me pregunto si estarán tan orgullosos de su trabajo como yo lo estaba del mío, o si para ellos no significa nada más que un cheque a final de mes. Esto no es un hospital y no hay pacientes tumbados en camas. Lo único que hay aquí son delincuentes convictos en sus celdas, contando los días que faltan para su puesta en libertad. El único trabajo de los guardias es vigilarlos. Creo que ser enfermera es mejor, aunque supongo que es lógico que yo piense eso, teniendo en cuenta mi pasado profesional. El problema es que he perdido el derecho a hacer mi trabajo, y también el de caminar por la calle como una mujer libre. Llevo ya seis meses encarcelada, viviendo en este lugar de alta seguridad y ninguna diversión. Pero me lo merezco. Hubo gente que perdió la vida por mi culpa y, como soy la única superviviente, me corresponde pagar el precio. No pasa nada; lo acepté en el mismo momento en el que pude hablar por aquel micrófono el día del desfile. También me reconforta el hecho de que mi familia siga estando libre y pueda vivir su vida en el exterior, del mismo modo que me sentiré animada cuando vengan a visitarme dentro de muy poco.

En cualquier momento me van a llevar hasta la sala de visitas, donde veré a mis padres y a mi hermana y tendré tiempo para hablar con ellos, antes de volver a la vida solitaria que llevo aquí dentro. Me muero de ganas de que me cuenten qué han estado haciendo. Quiero saber si mis padres han hecho algo divertido últimamente o si mi hermana tiene alguna anécdota nueva que

contarme sobre mi sobrino, Campbell. Por supuesto, igual que yo tengo ganas de saber cómo les va, ellos querrán que les cuente también qué tal me va a mí la vida por aquí. Haré todo lo posible por poner buena cara y decirles que estoy bien, pero es difícil sonar convincente al respecto, porque nadie quiere acabar en un lugar como este. Sin embargo, aquí estoy, para regocijo de la policía y de los medios de comunicación.

A todo el mundo le encanta que la enfermera asesina esté ya entre rejas.

A todos excepto a la propia enfermera.

Me dirijo hacia la sala donde pronto me encontraré con mi familia. Por el camino, echo un vistazo a algunas de las otras celdas cuando paso por delante de ellas, aunque, como siempre, me arrepiento de hacerlo porque lo único que veo son las caras serias o tristes de las otras reclusas que residen aquí. Extrañamente, algunas de ellas asienten con la cabeza en mi dirección cuando me las cruzo, en un gesto que parece significar que tienen respeto por las cosas que han escuchado que he hecho. Esta es una prisión solo de mujeres, así que me imagino que el hecho de que haya matado a varios hombres violentos, maltratadores y peligrosos me convierte en una especie de heroína para ellas, y también para algunas personas del exterior. De vez en cuando recibo cartas de admiradores que me dicen que no soy una mala persona, cosa que agradezco. No puedo decir lo mismo acerca de algunas declaraciones de amor o de los mensajes repulsivos de algunos candidatos a convertirse en acosadores. Pero no llegan a preocuparme, porque ninguno de ellos puede llegar hasta donde me encuentro. Supongo que todo eso forma parte de ser una persona famosa. La gente siempre hablará de mí, algunos se obsesionarán conmigo y con mi historia, y otros incluso llegarán a decir que soy una inspiración para ellos. Quizá eso sea mejor que haber vivido una vida tranquila y sin ningún incidente destacable. Al menos siempre seré recordada. A veces, cuando estoy tumbada en mi cama por la noche después de que se apaguen las luces y miro las paredes de mi celda esperando conseguir ese pequeño lujo que es dormir, sonrío para mis adentros. Porque, a pesar de todo, eliminé de la faz de la tierra a tres hombres peligrosos: Lawrence, Parker y

el profesor Wright. Todos tuvieron su merecido. Esa idea muchas veces me anima un poco, igual que lo hace ver a mi familia en el momento en el que llegan a la sala de visitas.

Me alegra ver que mis padres tienen buen aspecto, teniendo en cuenta por lo que han pasado. Pippa, que obviamente también ha sufrido increíblemente, parece un poco agotada. Pero ella tiene un niño pequeño, así que supongo que su cansancio se debe más a eso que a que se sienta preocupada por mí.

Sonrío porque estoy muy contenta de verlos, y los invito a que se sienten frente a mí. No puedo darle un abrazo a cada uno, pues va contra las reglas de este lugar, pero estoy muy feliz por estar con ellos.

—¿Cómo estáis todos? ¿Campbell y Karl están bien? ¿Qué novedades me contáis?

Siempre soy yo la que hace las primeras preguntas. Mi familia ha aprendido a permitírmelo porque eso me hace sentir mucho mejor que pasarme los primeros cinco minutos hablando de mí misma.

—Todos estamos bien —me responde Pippa con una sonrisa—. Karl está bien y Campbell, tan divertido como siempre. Te manda un abrazo enorme.

—Mándaselo también a él de vuelta —le digo. Me encantaría poder ver a mi sobrinito, pero ya he aceptado que este no es un lugar adecuado para él y que, si alguna vez llego a salir de aquí, para entonces se habrá convertido ya en un hombre adulto.

—¿Habéis tenido noticias nuevas de la policía? —pregunto con nerviosismo. Tengo un miedo constante de que lleguen a pensar que mi familia está más involucrada en todo lo que pasó que lo que yo les hice creer.

—No, nada nuevo —responde mi padre en voz baja, para que no nos oiga ninguno de los guardias que nos rodean—. Todo bien en ese sentido, así que no te preocupes.

—¿Y tú? —me pregunta mi madre—. ¿Va todo mejor por aquí?

—Sí, yo estoy bien. Intento mantenerme ocupada. La verdad es que los días se me pasan bastante rápido.

Espero que eso la haga sentirse mejor, pero no ha funcionado. Mueve la cabeza de lado a lado en un gesto de desesperación. De

repente, parece haberse puesto triste.

—Qué forma más injusta de hacer que una persona desperdicie su vida —se queja—. Eres brillante y tienes un talento bárbaro. Deberías estar fuera ayudando a la gente. Eras una enfermera buenísima. No es justo que te dejen pudrirte aquí dentro cuando podrías estar haciéndole mucho bien a la sociedad.

—Mamá, estoy bien, en serio —insisto—. Creo que todos estamos de acuerdo en que es mejor que dé por terminados mis días como enfermera. Tienes razón, se me daba bien, pero eso dejó de ser así, y no pasa nada por aceptarlo.

Mi madre se seca una lágrima mientras mi padre le pone un brazo sobre el hombro. Yo miro a mi hermana.

—Hablando de enfermeras, ¿qué me cuentas tú? ¿Has pensado ya en lo que quieres hacer?

Pippa fue suspendida de su trabajo tras los últimos acontecimientos y, aunque algunos de sus compañeros lucharon para su regreso, al final tuvo que aceptar que era poco probable que su hospital, o cualquier otro, se enfrentara a la crisis de imagen que supondría tenerla empleada en uno de sus pabellones. Así que se terminó marchando por decisión propia y, en su última visita, aún no había decidido qué iba a hacer.

—Todavía me lo estoy pensando —responde Pippa—. Pero ha sido estupendo pasar más tiempo con Campbell. No va a ser siempre un niño, y me aporta mucho más cuidar de él que pasarme el día entero cuidando a los hijos de otras personas. De hecho, he estado pensando que quizá le dé clases yo misma en casa.

—Vaya. De enfermera a profesora. ¿Quién lo habría pensado? —digo riéndome—. ¿Crees que puedes gestionarlo?

—Si puedo gestionar un pabellón lleno de niños enfermos, creo que podré con un niño revoltoso pero, en general, inofensivo.

—Esa es mi hermanita.

Sonrío a Pippa, que me devuelve la sonrisa de inmediato. Nuestro vínculo es ahora igual de fuerte que ha sido siempre. Después de todo lo que hemos pasado, no creo que a estas alturas nada pueda romperlo.

—¿Has vuelto a pensar en lo de intentar echar un cable en el hospital de la cárcel? —me pregunta mi padre, refiriéndose a algo que me sugirió en una de sus visitas anteriores.

—No quiero hacerlo y, aunque quisiera, es imposible que me dejaran entrar allí —le digo—. Con el historial que tengo... ¿Te imaginas el revuelo que se armaría en los medios de comunicación si alguien se enterara de que la enfermera asesina ha vuelto a ejercer su profesión?

Mi padre no me puede discutir eso. Aunque él intentara mantener que algo así podría hacerme bien, lo último que quiero es volver a verme abocada al papel de cuidadora, aunque posea los conocimientos médicos necesarios para hacerlo correctamente.

A medida que la visita se acerca a su fin, reflexiono sobre lo reconfortante que me resulta comprobar que los miembros de mi familia están tan bien como me podría haber imaginado. Parecen un poco más felices que la primera vez que entraron aquí.

Quizá todo vaya a ir bien.

No de la misma forma que en el pasado.

Pero bueno, podría ser suficiente para todos nosotros.

—Os quiero —les digo cuando volvemos a separarnos.

Un guardia comienza a guiarme de nuevo hacia mi celda.

No he llegado aún a ella cuando escucho un grito a mi izquierda. Al girarme, veo a una reclusa golpeando a otra. Parece una pelea; no son infrecuentes en este lugar. Normalmente, la situación es controlada con rapidez, pero me doy cuenta de que esta vez es diferente cuando veo que hay más prisioneras que se unen a la disputa. Y no solo se están peleando entre ellas.

También están yendo a por los guardias.

Comprendo que, de repente, estoy inmersa en una situación muy peligrosa e intento volver a mi celda cuanto antes porque no quiero resultar herida ni tampoco quiero verme forzada a tener que defenderme, ya que podría hacerle daño a alguien si me viera obligada a ello. No es que me preocupe añadir tiempo a mis ya de por sí larguísimas condenas por asesinato y homicidio imprudente, sino que no quiero causar más dolor a más personas. Sin embargo,

antes de que pueda volver a mi celda, oigo algo que me hace detenerme.

—¡Ayúdame!

Es entonces cuando veo a una reclusa tendida en el suelo, sujetándose el cuello mientras la sangre cubre sus manos. Me doy cuenta de que está gravemente herida y necesita asistencia médica urgente.

Miro a mi alrededor en busca de algún guardia que pueda ofrecérsela, pero todos están ocupados con las demás reclusas. Suena una alarma que indica que se ha perdido el control en esta ala de la prisión, y, mientras lo hace, soy consciente de que la vida de esta reclusa corre peligro a menos que reciba ayuda ahora mismo.

Corro hacia ella y me arrodillo. Evalúo sus heridas con rapidez y veo que sangra abundantemente por el cuello, así que presiono con las manos sobre la herida.

—Tranquila, te vas a poner bien —le digo, aunque la realidad es mucho más incierta, porque está perdiendo mucha sangre.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta la mujer, con el miedo reflejado en sus ojos. De su cuerpo sigue brotando sangre, que mancha mis manos.

¿Qué puedo responder a eso?

Lo único que me parece adecuado:

—Confía en mí. Soy enfermera.

UNA CARTA DE DANIEL

Estimado lector:

Quiero agradecerte enormemente que hayas elegido leer *El error de la enfermera*. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades en Bookouture, regístrate en el siguiente enlace, donde recibirás gratis un relato corto, *La esposa asesina*. Nunca compartiremos tu dirección de correo electrónico y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/daniel-hurst

Espero que te haya encantado *El error de la enfermera*. Si ha sido así, te agradecería mucho que escribieras una reseña sincera. ¡Me gustaría conocer tu opinión!

También puedes visitar mi página web, donde puedes descargarse gratuitamente un thriller psicológico titulado *Solo un segundo* y suscribirte a mi boletín informativo semanal, que te permitirá estar al tanto de todas mis aventuras con mi esposa, Harriet, y mi hija, Penny.

Gracias,

Daniel

CONTACTA CON DANIEL

Ponte en contacto conmigo directamente en mi dirección de correo electrónico daniel@danielhurstbooks.com. ¡Respondo a todos los correos!

www.danielhurstbooks.com
facebook.com/danielhurstbooks
instagram.com/danielhurstbooks

Table of Contents

El error de la enfermera
PRÓLOGO
ANTES
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
EPÍLOGO
UNA CARTA DE DANIEL
CONTACTA CON DANIEL